



Cuenta
atrás

Lory Talbot

D.J.57

Cuenta atrás

Lory Talbot

© Lory Talbot, julio 2018

Diseño de la portada: Marta Hidalgo.

Corrección: Marta Hidalgo.

Primera edición: julio 2018

“No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste

electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Para ti, abuelo. Allá donde estés serás feliz.

Agradecimientos.

Quiero dar las gracias en primer lugar a Marta por toda su ayuda y su paciencia.

Quiero agradecer a mis lectoras cero por aguantar las esperas entre capítulo y capítulo y ayudarme a mejorar. Sin vosotras no habría sido lo mismo. Millones de gracias por todo:

Magüi Gil, gracia por tu ayuda, paciencia y consejos. ¡Ah!, y por el tatuaje. Jajaja.

Silvia Habas, tu apoyo y buenas palabras me hacen mucho bien. Ojalá pueda agradecértelo en persona.

María Isabel Sebastián, me ha encantado que hayas formado parte de esto. Eres una mujer increíble a la siempre me alegraré de haber conocido.

Maite López, ¿qué puedo decirte? Una gran casualidad hizo que nos conociéramos y ahora sé que tengo una amiga más.

También quiero agradecer a Alicia Vozme por responder tan rápido cuando necesité ayuda.

Y por supuesto a Jorge Hernández, que me ayudó a meterme de lleno en el mundo de los bomberos. Y que supo responder a las extrañas preguntas sobre su trabajo que me iban surgiendo a lo largo de esta historia.

A todos y todas mis seguidores/as por entender el motivo por el que he tardado tanto en terminar este libro.

Y por supuesto a ti, lector por darle una oportunidad a la historia de Daniel y Sky.

Índice

Primer encuentro	11
El gran desayuno	24
Una llamada inesperada	37
Visita... ¿deseada?	49
Súper cita	61
Los días pasan	75
No te vayas	89
Baile nocturno	103
Confesiones y decepciones	120
Bendita paciencia	135
Todo empieza a encajar	150
Más cada día	162
¡Sorpresa!	178
Por siempre	194
Cuenta atrás	213
Jodida suerte	229
Todo llega a su fin	244
Día D	257

Primer día de mi vida 269

Epílogo 283

3...2...1... Sky 293

Primer encuentro

Llego un poco antes de la hora como es mi costumbre. Con el casco de la moto en la mano observo el edificio que tengo delante. La claridad que precede al amanecer asoma por detrás del parque de bomberos. Mi moto y mi trabajo son mis dos grandes pasiones.

Hoy me toca turno. Como es sábado espero que sea un turno tranquilo. Aunque estoy siendo un iluso, lo sé. Pero es que ayer mi hermano, Clayton, me convenció para salir a tomar una cerveza y la cosa se alargó más de la cuenta.

—Hola, Dan. —Me giro y veo a mi compañero, medio hermano y compinche de fechorías, Ray.

—Hola, tío. ¿Qué tal se ha dado el turno?

—Muy tranquilo. Solo ha habido una llamada y ha sido porque una mujer se ha quedado encerrada en su casa.

—Genial. Espero que el mío sea igual de tranquilo. Necesito dormir un poco.

—¿Una noche movidita? —Me asesta un ligero codazo en las costillas.

—Mi hermano tenía la noche libre de niños y me enganchó para tomar una cerveza.

—¿Cómo está ese cabrón loco?

—Estresado entre el trabajo en la bolsa y los tres niños. Pero bien. Es lo que se buscó al querer tener niños tan joven.

—Me alegro de que esté bien —responde estirándose—. A ver si

coincidimos con los días libres y quedamos todos una noche. Hace tiempo que no nos echamos unas cartas como antes.

—Sí. Eso estaría bien. Al menos podré irme a la cama cuando no pueda seguiros el ritmo.

—Te has vuelto un blandengue desde que has cumplido los treinta. Bueno, me marchó. Voy a ver si pillo a Sheryl antes de que se vaya para que me haga una mamada rápida. —Suelto una carcajada, Ray es el tío más divertido con el que he trabajado.

Veo cómo se marcha riendo. Sé que lo que dice no va en serio, él nunca trataría a la encantadora Sheryl como a una puta cualquiera. Y si lo hace yo le partiré las dos piernas. Y lo que es mucho peor, se tendrá que enfrentar a mi madre. Eso es algo por lo que nadie quiere pasar. Lo sé por propia experiencia.

Nos conocimos en el instituto. El destino quiso que Ray fuera mi compañero de laboratorio desde el primer día. En el segundo año apareció Sheryl y enseguida se enganchó a ella. Fui yo quien los presentó e hice un poco de celestino. Les costó dar el paso pero no se han separado desde entonces. Me consta que la quiere con locura. Por eso sé que, si alguien va a tener sexo oral esta mañana, va a ser ella. Mientras que él se hará una paja cuando ella se marche al trabajo.

Dejo de pensar en el sexo oral que va a tener o dar mi amigo y me dirijo a la cocina. Necesito un café con urgencia.

Un día más. Un turno más. Que conste que no es una queja, ¡me encanta mi trabajo! Ser bombero no es sencillo, hay que mantener muy buena forma física y ser fuerte también mentalmente para afrontar las diversas situaciones en las que nos vemos envueltos. Lo que más hay que tener controlada es la mente. Cuando recibimos una llamada tenemos que estar concentrados al cien por cien. No puedes distraerte ya que tienes que tomar decisiones en segundos, decisiones que pueden costarte la vida a ti, o a tus compañeros.

Además, tienes que aguantar largas ausencias del hogar. En el parque en el que yo estoy hacemos turnos de veinticuatro horas, a los que les siguen tres días de descanso. Hay quien piensa que vivimos muy bien porque trabajamos un día de cada cuatro, pero lo que no ven es todo lo que curramos y lo que sacrificamos de nuestra propia vida por salvar la de los demás.

Las mujeres de algunos de mis compañeros no llevan nada bien todo el riesgo que corremos y los horarios tan difíciles de compaginar que tenemos. Pero yo no tengo ese problema. Ya no. Desde hace un mes vuelvo a ser un hombre soltero y feliz.

Sí, he dicho feliz. Ruth, mi ex, me agobiaba demasiado con el tema del tiempo libre. Cuando llego a casa después de un turno de veinticuatro horas lo único que quiero, al menos el primer día de descanso, es dormir. Luego, comer la copiosa comida que me traigo de casa de mi madre y ver la televisión tirado en mi sofá. Durante los dos siguientes días podía hacer conmigo lo que quisiera, menos llevarme a pasar días eternos en algún centro comercial. A ella le encantaban las compras, el barullo que provocan las aglomeraciones de personas. Yo no puedo con ello. Ya paso suficientes agobios y tensiones en el trabajo como para tenerlos también fuera.

Los primeros meses junto a Ruth fueron divertidos. Siempre que descansaba iba a su casa a buscarla, le echaba un polvo que me dejaba exhausto y luego dormía en su cama. Me levantaba, me comía el desayuno que me tenía preparado, volvíamos a follar y nos tirábamos en el sofá, hasta que llegaba la hora de hacer algo por la tarde, algo que a ella le gustase. Pero yo sabía que no íbamos a durar mucho, ese ritmo de vida no es para mí.

A mi madre tampoco le gustaba, decía que era poco familiar y que si le dábamos nietos iban a salir medio tontos como su madre. Me río al recordar que esto lo decía sobre todo porque a Ruth no le gustaba su pastel de carne. Y eso sí que es un pecado capital para ella.

—Buenos días, Cabo —Una grave voz me devuelve al mundo real.

Miro al joven rubio que está sentado a la mesa, es uno de los nuevos. Aún está en proceso de adaptación, pero es un chico centrado y con muchas ganas de ayudar. Es prometedor, un bombero nato.

—Buenos días, Charlie. Has llegado pronto.

Me sonrío entusiasmado. Recuerdo aquellos días en los que yo sonreía así y en los que me encantaba cuando empezaba mi turno. No es que ahora no me guste mi trabajo, ni mucho menos. Siempre he querido ser bombero y trabajé muy duro hasta que lo conseguí, pero he visto tantas cosas en estos años...

—Vamos, Charlie, repasemos el equipo. Hoy te toca a ti.

Después de comprobar que todo está en orden en los camiones nos encontramos en la sala con todos los compañeros para la reunión diaria. El Sargento nos asigna los puestos con rapidez. Hoy me toca en el camión de rescate. Solemos rotar para no hacer siempre lo mismo, podemos estar en el camión de fuego, en el de rescate o en el de técnica. Cada uno tiene su instrumental y su función, pero todos son igual de importantes.

Tras la reunión nos preparamos para las primeras prácticas del día, debemos mantenernos alerta y en forma, pero hoy no nos da tiempo ni de despedirnos del Sargento. Hay una emergencia y la sirena retumba por todo el parque. No tardo ni un minuto en estar vestido y listo para salir.

—Cabo Harris, se trata de un accidente en cadena en el Robert F. Kennedy Bridge. —Es mi Sargento quien me informa—. Quedas al mando.

Rápidamente nos montamos en el camión y salimos con la celeridad que nos caracteriza. Somos uno de los parques más eficientes entre otras cosas por nuestra rapidez de respuesta.

En diez minutos estamos en la entrada del puente. Todo es caos, coches estrellados y gente gritando y malhumorada. Nos abrimos paso hasta el accidente principal andando, tenemos que dejar el camión a tres coches de distancia ya que no hay otra forma de pasar. Encontramos un mercedes de lo más pijo embutido entre dos todoterrenos. Me acerco con rapidez a la ventana donde una conductora está recostada en el asiento.

—¿Señora? ¿Señora, me oye?

La mujer abre los ojos lentamente dirigiéndolos hacia mí, aunque no es capaz de enfocar bien. Intento abrir la puerta pero no puedo, algo normal en un accidente como este. Una vez que compruebo que la mujer está con vida, examino el entorno. Es primordial que compruebe que no hay riesgo de explosión causado por algún líquido inflamable. Cuando me cercioro de que todo está bien me pongo en marcha.

—Charlie, tú entra por el lado del acompañante, comprueba las constantes de la mujer y colócala un collarín —ordeno con firmeza sin levantar la voz.

—Sí, señor. —Charlie se aleja para cumplir la misión que le he asignado.

—Jefferson, Reynolds, vosotros calzar el coche delantero y el que está

justo detrás para que no muevan y podamos sacar a la mujer con seguridad. Tendremos que cortar el techo para poder sacarla. Avisa de que vayan preparando la camilla y un traslado urgente.

El Cabo Jefferson se marcha raudo mientras me acerco al coche para intentar tranquilizar a la mujer. Me coloco junto al parabrisas para poder hablar con ella. Mi ubicación no es aleatoria, es primordial que no se mueva hasta que Charlie la haya inmovilizado.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta con voz débil.

—Señora, ha tenido un accidente. No se preocupe, está bien, pero vamos a tener que usar alguna herramienta para sacarla de ahí. —Al oírme empieza a moverse nerviosa—. No, señora, no se mueva. ¿Cómo se llama?

—Sky.

—¿Cómo? —Creo que está divagando.

—Me llamo Lisa, aunque todo el mundo me llama Sky.

“Sky” es cielo en inglés, un nombre muy apropiado para una mujer tan hermosa. Charlie llega con el collarín y empieza a meterse por la ventanilla del copiloto.

—Bueno, Sky, necesito que me prestes atención. Ahora voy a contarte lo que vamos a hacer, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Bien, es muy importante que no te muevas. —Charlie llega hasta ella más rápido de lo que esperaba—. El muchacho que tienes a tu lado se llama Charlie y va a proceder a ponerte un collarín. Tú déjale trabajar, pero recuerda que no debes moverte a no ser que te lo digamos.

Veo a través del cristal rajado como mi compañero le coloca el collarín e intenta tranquilizarla. Me incorporo para ir a dar las órdenes a los demás chicos, pero me detengo al oír a la mujer:

—No te vayas, quédate conmigo —me suplica con voz lastimosa.

—No me voy a ir, Sky. Te voy a seguir contando lo que vamos a hacer, ¿vale? —La pobre mujer asiente con los ojos llenos de lágrimas—. Ahora, dos de mis chicos van a proceder a cortar el techo de tu bonito coche. No te

asustes, que es solo rutina.

—No te creo —murmura.

—De verdad, es lo que hacemos siempre. Cortar el techo de un coche, para mis chicos, es como cortar una barra de pan. Están entrenados para ello. Os voy a cubrir con un plástico para que no os hagáis daño con los cristales. Pero no hagáis manitas ahí abajo... —Mi broma surte efecto deseado y consigo arrancarle una tenue sonrisa.

—No te preocupes —dice ella de pronto—, me van más los morenos.

—¡Vaya! No sé si sentirme ofendido —tercia Charlie sonriendo también.

Me aparto a un lado, pero manteniéndome delante del coche, para que la mujer pueda verme a través de la luna delantera. Mis compañeros empiezan a hacer su trabajo. Ya estoy acostumbrado al ruido que puede llegar a hacer un coche cuando ha sido retorcido de esta manera, pero la pobre Sky está atemorizada. Unos minutos después, los chicos, logran cortar el techo y retirarlo hacia atrás. Rápidamente me acerco a ella y vuelvo a examinarla por encima. No parece tener nada grave, solo algunos cortes en la cara y el brazo.

—Bien, Sky, ya casi estamos. Ahora necesito que muevas los pies, aunque sea un poquito. —Hace lo que le pido moviéndolos levemente. —Muy bien. Ahora dime si te duele algo.

Cierra los ojos durante unos segundos mientras trata de evaluar su estado general.

—Me duele la cabeza, la cara y el brazo izquierdo.

—¿Nada más? Eso está muy bien. Ahora vamos a sacarte del coche. Vamos a meter una camilla por el techo descapotable que te acabamos de hacer y Charlie va a ir tumbando el asiento para que podamos tumbarte ella. —Me mira asustada—. Tranquila. Sé que has dicho que no te duele nada de importancia, pero tenemos que asegurarnos, ¿vale? —No está para nada convencida, y antes de que proteste intento bromear: —Venga, deja que te tumbe en esa camilla y te examine, te prometo que no te voy a hacer nada indecente.

—Mientras me lo hagas tú me da igual que sea indecente.

¡Vaya! Ella también puede bromear en una situación tan estresante como

esta.

Con la ayuda de Jefferson y muchísimo cuidado, metemos la camilla entre su cuerpo y el asiento. Charlie empieza a tumbarla mientras nosotros seguimos metiendo la camilla. Cuando conseguimos tenerla en la posición deseada la sacamos del coche.

—Ves, ya está. Ahora puedo examinarte a gusto sin que te puedas resistir.
—La miro sonriente desde arriba cuando la posamos en la camilla de los sanitarios.

—Ya te he dicho que si eres tú no voy a protestar.

Suelto una pequeña carcajada cuando me guiña uno de sus preciosos ojos azules.

—Venga, chicos. A la de tres. Un, dos, ¡tres!

Entre mis tres compañeros y yo levantamos la camilla para llevarla hasta la ambulancia que nos espera al lado de nuestro camión. Cojo una de las agarraderas de al lado de la cabeza, para que Sky siga viéndome y esté tranquila. Y no lo hago porque la chica esté muy bien, sino porque es una táctica psicológica para reducir lo máximo posible el estrés de las víctimas.

Entre la multitud llegamos a nuestro destino y la dejamos en manos de los sanitarios. Pero antes de marcharme me acerco de nuevo a la cara de ella para despedirme. Mi madre estaría orgullosa de mi caballerosidad si me viera.

—Ya te quedas con mis compañeros, ¿de acuerdo? Ellos van a cuidar de ti.

—Muchas gracias. No me has dicho cómo te llamas.

—Me llamo Daniel, pero mis amigos me llaman Dan.

—Muchas gracias por sacarme de ahí, Dan.

—De nada, es mi trabajo. Espero que sigas bien.

Los compañeros meten a la mujer en la ambulancia y con premura se marchan hacia el hospital.

Una vez que nuestro trabajo aquí ha concluido montamos en el camión y volvemos al parque. Una salida más en un día más. O eso es lo que quiero creer. Debo reconocer que la señorita Sky ha llamado mi atención. Espero

que esté bien y no tenga nada grave, tal y como le he prometido.

Cuando llegamos, tras informar al Sargento de cómo se ha dado el servicio, me meto en la cama. Me cuesta dormir, doy vuelta tras vuelta. No puedo alejar de mi mente esos ojos tan expresivos. En tan poco tiempo he podido percibir miedo, dolor, aprehensión, gratitud y burla. Es la mirada más clara que he visto nunca. Una mujer tan bonita no tendría que pasar por un trauma como ese. Sé perfectamente que los accidentes de coche le pueden pasar a cualquiera, pero impresiona que alguien con aspecto de... de ángel, tenga que sufrir uno. Con ese recuerdo cierro los ojos y me duermo al fin.

Otra vez suena la sirena. Otra llamada. Me levanto rápidamente y en cuestión de segundos estoy vestido y listo para volver a la acción. Llego junto al camión y mi Sargento nos informa de que esta vez son los del segundo camión los que se marchan. Es una llamada rápida, un canalón que se ha descolgado en un edificio. No deberían tener ninguna complicación.

Pienso en volver a la cama, pero no puedo dormir. Con las cuatro horas que he dormido parece que ha sido suficiente. Además, sigo pensando en la mujer del mercedes y en sus expresivos ojos.

Voy a la cocina para prepararme un café cargado. Me lo tomo sentado en una silla en la entrada, para absorber las vitaminas del sol, mientras leo el periódico. Hoy el Sargento nos ha perdonado las prácticas de la tarde, ¡menos mal!

—Hola. —Levanto la cabeza y veo que frente a mí está la mujer del mercedes.

—Hola. —Me levanto en el acto—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. Gracias a ti. Me han dicho que solo tengo unos pequeños cortes en la cara y en el brazo.

—¿Ni esguince cervical, ni contusión en el cuello?

—No, nada de nada.

—Eso está genial. Me alegro de que estés bien.

—Y yo. —Suspira de una manera muy sensual—. Bueno, venía a darte las gracias por haber sido tan paciente conmigo hoy. Estaba bastante nerviosa.

—¿Cómo me has encontrado?

Me alegro de que esté aquí pero me sorprende a la vez.

—Le he preguntado al enfermero de la ambulancia antes de que me dejaran en el hospital. Quería darte las gracias por ayudarme. Y... bueno... invitarte a un café, o algo.

La miro alucinado. Se la ve avergonzada pero decidida. Es una mezcla de lo más atrayente. Se nota que no es habitual que invite a un hombre a tomar algo.

—Me encantaría ir contigo, pero...

—Estás casado, ¿verdad? ¡Qué tonta soy! Cómo he podido pensar...

—No —la corto—. No estoy casado, pero mi turno no acaba hasta mañana a las ocho de la mañana. Si quieres podemos quedar para desayunar. Si te apetece.

—Vale. Perfecto.

—Nos vemos en el Starbucks de Union Square W. ¿A qué hora te parece bien? —pregunto.

—¿A las nueve? —responde sonriéndome ligeramente.

—Perfecto. Mañana a las nueve nos vemos.

Me sonrío abiertamente y me sorprendo al tener ante mí la imagen más bonita del mundo. Nunca he visto nada tan fantástico. La sonrío yo también y se gira para marcharse. Por primera vez la veo como la mujer que es, y no como parte de mi trabajo. No solo tiene unos ojos bonitos, sino que también tiene una figura espectacular y una sonrisa que enamoraría a cualquier mortal.

Me quedo unos cuantos minutos mirando la esquina por la que se ha marchado, como esperando que vuelva y me deslumbre otra vez con su perfecta sonrisa. Pero no vuelve y yo me siento de nuevo en mi silla para seguir tomando el sol, aunque ya no leo el periódico.

Me quedo inmerso en mis pensamientos, intentando decidir qué voy a hacer mañana cuando la vea. Esa mujer me ha impactado tanto que es la primera vez, en los doce años que llevo siendo bombero, que estoy deseoso porque acabe el turno y así poder ir a su encuentro.

Cuando los compañeros vuelven yo sigo sentado en mi silla, pensando en ella. Me dicen que el servicio ha ido bien y que no han tenido problemas. Por primera vez desde que trabajo con ellos presto poca atención a sus explicaciones.

Cuando llega la hora de almorzar nos reunimos todos en el comedor como siempre. El cocinero que tenemos es todo un experto en su materia, al fin y al cabo tenemos que alimentarnos bien para poder rendir al máximo.

—Cabo, un pajarito nos ha contado que hoy ha rescatado a un bombón...

—Juárez, tú y tus pajaritos cotillas —respondo algo molesto.

—¡Venga, Dan! ¿Es verdad que estaba como un queso o no?

—Si tenéis tiempo de fijaros en si una persona es un bombón o no, es que no estáis demasiado centrados en vuestro trabajo. —Soy un maestro saliendo por la tangente, gracias a mi querida madre tengo entrenamiento en esto.

—¡Ah, no! no se preocupe por nuestra concentración porque nos hemos fijado en ella cuando ha venido por aquí a hablar con usted.

«¡Joder con Juárez! No se pierde una». Toda la mesa me mira a la espera de que conteste. ¿Qué les digo yo ahora? La verdad. Sí, eso es lo que tengo que decir. No tengo nada de lo que avergonzarme, ni por lo que esconderme.

—Sí, ¿vale? Es un auténtico bombón. Y ya no voy a decir nada más.

Vítores, silbidos y palabras malsonantes resuenan por todos lados. No puedo olvidar que todos somos bastante jóvenes, que pasamos muchas horas juntos y que ¡somos hombres! Además, una mujer como Sky no puede pasar desapercibida ni aunque lleve un saco de patatas como vestimenta.

Por supuesto no pienso contarles que mañana he quedado con ella para desayunar, eso es parte de mi vida privada. Además, no infrinjo ninguna ley, ni ninguna norma.

—¿Y para qué ha venido? —Ahora es el cotilla de Jefferson quien ataca.

—¿Para qué crees, Jefferson? Ha venido para darnos las gracias por ayudarla, nada más.

—¿Nada más? —Por su cara sé que se ha tragado mi excusa—. Pues si una mujer así viniese a darme las gracias, trataba por todos los medios de

conseguir su teléfono. Mujeres como ella no se ven todos los días. Con ese cuerpo... esos ojos... esa sonrisa tan sexy, esos andares de tigresa...

—Jefferson, por favor. Hasta que no dejes de tratar a las mujeres como objetos no vas a encontrar una que te aguante.

Con una carcajada colectiva nos levantamos y recogemos la mesa entre todos. Después cada uno se marcha a hacer algo para matar el tiempo esperando que el resto del día pase tranquilo.

Yo vuelvo a meterme en la cama, necesito descansar un poco, aunque dudo que pueda dormir algo. Esos azules ojos me van a perseguir hasta que vuelva a verla. Pensándolo bien, cuando la vea tampoco podré sacarla de mi cabeza. Para poder seguir adelante como si nada tendré que meterla en mi cama. Cuando la pruebe seguro que mi cuerpo se sacia de ella y puedo volver a mi rutina y mi vida normal. Aunque... ¿Quiero saciarme de ella? ¿Quiero olvidarla? En realidad, ¿quiero meterla en mi cama? Ella parece una princesita con dinero, de las que necesitan que las traten como lo que son con total dedicación. No sé si estoy capacitado para confraternizar con alguien así. Con este trabajo las mujeres acaban cansándose de mis horarios y de los riesgos que corro cada día. Sin embargo soy un hombre con necesidades que ya ha cumplido los treinta años y que no quiere acabar solo.

Necesito cerrar un poco los ojos y descansar mi mente durante un rato. Al menos por unas horas. Cuando la vuelva a ver ya me encargaré de mis sentimientos y pensamientos.

El gran desayuno

Por fin se acerca la hora de salir. No nos hemos vuelto a mover del parque, al menos yo. Aparte de las dos salidas que hemos tenido que hacer no ha habido más avisos. Por suerte ha sido un día de lo más tranquilo, porque no he conseguido concentrarme del todo.

Si este hubiese sido un turno normal ahora mismo estaría cabreado por no haber podido descansar, pero no lo ha sido. Hoy he podido conocer a un ángel en la tierra; un ángel que está algo magullado, pero aún así, un ángel.

Debo dejarme de gilipolleces y ponerme en marcha. En cinco minutos llega el relevo y tengo que marcharme a toda leche si no quiero llegar tarde.

Ya he hecho los informes pertinentes sobre las salidas de hoy y estoy listo para largarme.

—Buenos días, Cabo —Robert me saluda.

—Buenos días, Robert. Que paséis un buen turno.

—Cabo, ¿se viene a desayunar? —me pregunta Charlie.

—No puedo, lo siento. Otro día.

Hago caso omiso de las protestas y los chistes y me marcho. Tengo una hora para llegar a casa, ducharme, espabilarme y llegar a mi cita. ¡Estoy emocionado!

Me monto en mi moto sonriendo. Voy a desayunar con esa bonita mujer y no podría tener otro plan mejor. ¿Hay algún plan mejor? No, no lo creo.

Llego a casa silbando una de las canciones de mi grupo favorito: *Nothing*

Else Matters de Metallica.

—Buenos días, Dan. ¿Has tenido un buen turno? —la guapa Angelic, mi vecina de abajo, me saluda con una sonrisa cuando se acerca a mí para esperar el ascensor.

—Sí, unos de los mejores turnos de mi vida —respondo con una sonrisa enorme.

Me mira expectante. Sé que quiere que le cuente el porqué de mi respuesta pero no le voy a decir nada. No es de su incumbencia y no quiero que chismorree.

Además, se lleva demasiado bien con mi madre y no me apetece que le vaya con el cuento y me caliente después la cabeza con algo que es única y exclusivamente cosa mía. Angelic y yo nunca tendremos nada, por mucho que mi madre insista y por muy buena que esté mi vecina. A pesar de; su metro setenta, su pelo rubio, sus ojos grises y su piel blanca. Es demasiado curiosa y chismosa para mi gusto.

Me despido de mi guapa vecina y sigo mi camino. Tengo una misión que llevar a cabo. Entro en mi piso, donde lo primero que hago es encender la radio. La pongo a un volumen bastante bajo, apenas son las ocho de la mañana y no quiero molestar a los vecinos. La canción *Thunderstruck* de AC/DC empieza a sonar cuando estoy entrando en la ducha. Esta canción siempre me proporciona un subidón de energía enorme. Me quito de encima los restos de agotamiento del turno mientras canto y pienso en esos ojos azules, en como me miraban cuando me daba las gracias. Recuerdo como si lo estuviese viendo ahora mismo el contoneo de sus caderas mientras se alejaba de mí, dejándome atontado.

Parezco un adolescente hormonado. No puedo evitar imaginar cómo se moverá ese trasero estando encima de mí, con mi polla dentro de ella, hasta el fondo. Disfrutando juntos al ritmo de la canción *Sweet Dreams* del gran Marilyn Manson, que es una de las imprescindibles en mi repertorio. De pronto comienzo a oír la voz de Manson desde mi radio. Cuando me doy cuenta tengo la polla cogida y me masturbo despacio, moviendo la mano al ritmo que marcan sus caderas en mi cabeza. Ya no oigo lo que suena en la radio, solo esa sensual canción. El ritmo se acelera y mi mano con él, pero pronto vuelve a bajar el tempo y yo, desesperado, vuelvo a relajarme. Esto es

una auténtica tortura; imaginar a mi ángel encima de mí, moviéndose, follándome mientras la canción habla de utilizar y dejarse utilizar. Es demasiado para mí. Cuando la canción vuelve a acelerarse mi mano la sigue y termino corriéndome con fuerza con un gemido agónico.

Al salir de la ducha estoy más que decidido a conquistar a esa mujer. Si no soy capaz de conseguirla voy a volverme loco, o a matarme a pajas como nunca antes he hecho. Necesito que la próxima vez que me corra sea dentro de ella. Aunque tenga que ser dentro de una de esas mierdas de látex que tan útiles son.

Me enfundo mis vaqueros preferidos, unos negros que todo el mundo dice que me quedan muy bien, una camiseta blanca y me marcho. No sé qué puede pasar y, aunque en mi Harley-Davidson *Fat Boy* del 96 no hay compartimento para guardar dos cascos, me llevo uno más. Es posible que tenga suerte y pueda subir a ese ángel conmigo.

El día es caluroso pero la brisa que se levanta al ir en mi máquina del infierno (como llama mi madre a la moto) es refrescante. Necesito terminar de espabilarme antes de encontrarme con ella.

Una duda me asalta de pronto mientras estoy parado en un semáforo: ¿y si ella no aparece? ¿Y si ha recapacitado y cree que es una auténtica locura? No la culparía porque la verdad es que es una locura de las grandes. Por muy agradecida que esté porque la haya ayudado, no es necesario que me invite a desayunar, ni siquiera a tomar un café. ¿Si hubiese sido otro compañero quien la hubiera ayudado también se lo habría propuesto? No parece la típica chica que va por ahí insinuándose ante cualquiera. Todo lo contrario, parece una chica bastante adinerada que coge lo que quiere cuando quiere y a la que nunca le ha faltado de nada. Sí, a ella le bastará con llamar a papá y hacerle saber cuáles son sus caprichos. Aunque me da igual, tiene un cuerpo que me llama intensamente y con el que quiero follar.

Llego al lugar acordado: el Starbucks de Union Square W. No soy un gran seguidor de estos sitios, prefiero el café casero preparado en una cafetera de las antiguas y con tiempo. Aunque reconozco que el café que aquí sirven no está tan malo.

Aparco la moto cerca de la puerta, estoy deseoso de verla. Entro, miro a todos lados, pero no está. Compruebo el reloj de mi muñeca y veo que llego

cinco minutos antes de la hora. Habiéndome masturbado en la ducha de ese modo y aún así, he llegado antes de tiempo. Se notan mis ansias.

Encuentro una mesa vacía y me siento mirando hacia la puerta moviendo la pierna convulsivamente y golpeando la mesa con los dedos. El sonido de las conversaciones de mi alrededor me molesta, no me gustan las aglomeraciones. Pero pronto se convierten solo en un zumbido porque ella, mi ángel, aparece vestida con un traje de chaqueta y pantalón rosa claro. No me gusta, por muy espectacular que esté. Pienso en que ella debería vestir de blanco ante el mundo, pero en el interior, solo para mis ojos, debería llevar rojo pasión. Aparto esos pensamientos lascivos antes de que empiecen a hacer estragos en mis pantalones y me levanto para encontrarme con ella.

—Hola. Perdona por el retraso. —Se acerca a mí con una sonrisa y me tiende la mano.

—Hola. No te preocupes, acabo de llegar. —Le cojo la mano, pero en vez de estrecharla beso el dorso mientras le sonrío de medio lado, como el caballero del infierno que soy—. ¿Qué quieres tomar?

Me sonrío ampliamente pero desvía la mirada hacia la calle y se vuelve seria de pronto. Miro en la misma dirección pero solo veo el trasiego habitual de Nueva York. No sé qué es lo que la ha podido perturbar así.

—La verdad es que... bueno, no puedo quedarme mucho. No puedo dejarme ver por aquí.

—Oh, vale, no te preocupes. Si no tienes ganas de desayunar conmigo no pasa nada.

—¡No! Claro que quiero desayunar contigo. Pero es que... digamos que soy una persona un tanto pública.

¿Me está diciendo que no quiere que la vean conmigo? No sé si sentirme herido o afortunado. Ella misma me está dando la excusa perfecta para quedarnos a solas... en mi casa.

—Bueno, vivo no muy lejos de aquí. Si quieres podemos ir a mi casa y te invito allí a un café de los de verdad.

Se me queda mirando unos segundos deliberando si es buena idea, o no, ir a mi casa. No me gusta su indecisión, cada vez es más evidente que lo que pasa es que no quiere desayunar conmigo.

—Oye, en serio, no hace falta que me des ninguna excusa. No es necesario que me agradezcas nada, yo solo hacía mi trabajo.

—No, de verdad que quiero desayunar contigo. —Suspira ruidosamente—. Vayámonos de aquí cuanto antes, por favor.

Ahora me sonrío con una maravillosa sonrisa, digna del ángel que es. Me tiende una mano y rápidamente me levanto para aceptarla. No todos los días se presenta una oportunidad así.

Salimos de la cafetería agarrados de la mano, me niego a soltarla aún. Llegamos al lado de mi máquina infernal y la miro con picardía.

—Ten. —Le tiendo el casco que he traído para ella.

Vuelve a dudar, nos mira alternativamente a la moto y a mí durante lo que me parecen años. Pero al final sonrío y se pone el casco mientras yo hago lo mismo. Cuando ambos estamos sentados agarro sus manos y me rodeo la cintura con ellas. La excusa es que lo hago para que se sujete, pero en realidad lo hago porque estoy deseoso de sentir sus manos sobre mi cuerpo. Todo yo me tensó cuando las vibraciones de mi máquina traspasan su cuerpo y llegan al mío. Esto me está excitando como hacía tiempo que no sentía.

Llegamos a mi casa casi sin darme cuenta, atento únicamente a su cuerpo contra el mío. Aparco en mi sitio habitual y bajamos. Ahora soy yo quien, tras quitarnos los cascos, le tiendo la mano. Ella no duda ni un segundo en aceptarla y la llevo hacia el portal de mi edificio. Llegamos a la puerta de mi casa sin decir ni una sola palabra y, por suerte, sin encontrarnos con la cotilla de mi vecina.

Abro la puerta y la insto a entrar, mientras trato de recordar si metí en el cesto la ropa sucia. La preocupación que tengo es una tontería, no soy un hombre desordenado pero estoy algo nervioso.

—Siéntete como en tu casa. Voy a preparar el café. ¿Hay algo que te apetezca desayunar? Las tostadas francesas son mi especialidad —informo.

—Muy bien. —Me muestra una amplia y preciosa sonrisa—. Probaré esa especialidad tuya.

Me quedo embobado mirándola. En mis treinta años de vida nunca había visto a una mujer tan bonita. Empiezo a caminar hacia atrás hasta que choco con la puerta de la cocina, provocando en ella una tímida carcajada. Con

rapidez y eficiencia preparo mis famosas tostadas y dos cafés, con los que me esmero de manera especial. No le he prometido un café espectacular para ahora defraudarla.

—Parece que se te da bien la cocina.

Sonrío sin girarme. Oír su voz sin ver su cara es igual de excitante que recordar mi fantasía matutina. No puedo evitar que mi polla reaccione y se tense. Tiene una voz muy sensual, suave, aterciopelada, incitante.

—Siéntate, ya casi está el desayuno.

Miro sobre mi hombro y veo cómo su esbelto cuerpo se sienta en una de las sillas de la mesa de la cocina. En silencio doy gracias a mi madre por haberme “recomendado” que comprase una mesa transparente, así puedo ver cómo sus bonitas piernas se cruzan una encima de la otra. Desearía que, en vez de llevar esos pantalones que tan bien le sientan, llevase una falda que me diese la oportunidad de admirar esas fantásticas piernas. Dejo de divagar y pongo sobre la mesa los platos con las tostadas francesas con una capa de rodajas de plátano y los dos cafés que huelen de maravilla. Me siento delante de ella, en la silla más alejada. Si me sentase a su lado posiblemente caería en la tentación de tocarla, y no sé si eso estaría bien. Solo pienso en hacerla mía.

—Mmmm... esto está muy bueno —dice relamiéndose los labios—. Más que bueno.

—Gracias.

Con lo elocuente que soy siempre, con la facilidad de palabras que siempre he tenido y ahora solo soy capaz de decir monosílabos o palabras cortas. ¿Qué me está pasando?

Seguimos desayunando sin decir una palabra. El silencio es algo tenso, pero no por ser incómodo, sino por una extraña electricidad que recorre el aire que hay entre los dos. Mi polla, que había empezado a relajarse, vuelve a tensarse. Y veo cómo ella se revuelve ligeramente en su asiento. Recorro con la vista su cuerpo hasta sus labios entreabiertos y me doy cuenta de que ella está haciendo lo mismo conmigo.

—¿Tú también lo sientes? —Su suave voz confirma lo que estaba pensando.

Asiento sin decir ni una palabra y sin dejar de mirar esos ojos azules tan

transparentes. Por supuesto que lo noto, la tensión que hay entre nosotros es casi palpable. Pero no puedo lanzarme sin más. Ella se merece algo más que un simple polvo.

—No te he traído aquí pensando en eso. Yo... la verdad es que quería desayunar contigo y... ¡Joder!

—¿No quieres hacerme el amor? ¿No te gusto? —Su voz, antes suave, ahora tiene un deje dolido.

—Por supuesto que me gustas. Nunca había conocido a nadie tan... impresionante como tú. Ese es el problema.

—No te entiendo. ¿Podrías explicarte mejor?

—El problema es que me gustas demasiado. Te deseo con locura. Y tú... tú te mereces lo mejor.

—Yo ya tengo lo mejor. Ahora lo que quiero es la aventura que tú me puedes proporcionar. Te confieso que no solo quería desayunar contigo para agradecerte que me sacaras del coche, sino también porque te deseo. Desde el primer momento en el que te vi.

Se levanta despacio, se quita los zapatos y se acerca a mí lentamente.

—Hay algo en ti que me atrae como la luz a las polillas. Nunca me había pasado algo así. Yo siempre he hecho lo que me han dicho que haga. Pero tú... me incitas a hacer una locura. —Me separo de la mesa cuando apoya la mano sobre mi hombro—. Tú no eres cómo los hombres que me rodean. Eres un hombre libre que puede vivir la vida sin presiones. Cuando me miras haces que me sienta... viva, libre, deseada. Yo no hago estas cosas. No voy detrás de un hombre, ni mucho menos me voy a su casa. Pero contigo... no sé que me pasa. Necesito estar aquí, necesito que me hagas tuya, que me hagas sentir mujer de nuevo.

Mientras habla se introduce entre mis piernas abiertas. Agarra mis manos y las coloca sobre sus caderas incitándome a tocarla. No puedo controlarme, rozo suavemente su cadera, pero necesito más. Levanto su camisa y acaricio su cintura, piel con piel. Es extremadamente suave. No me atrevo a subir más. Nunca, ninguna mujer, me había parecido tan extraordinariamente sexy.

A pesar de haber dicho que ella no hace este tipo de cosas se sienta sobre mis piernas colocando las suyas una a cada lado de mi cadera. Estoy

excitado, muy excitado. Termino perdiendo el poco control que me queda. Retiro con una mano el plato que tengo delante, mientras que con la otra acaricio su trasero y uno mi boca a la suya. Su sabor es más que exquisito, contiene aromas de plátano, café y sobretodo de ella.

Sin separar nuestras bocas la echo con cuidado en la mesa y me tumbo sobre ella apoyando los codos en la encimera para evitar dejar caer todo mi peso. En esta posición puedo rozar mi miembro contra su sexo y no me resisto a moverme haciéndola gemir. Vuelvo a repetir el movimiento alucinado aún por lo que está pasando: me estoy masturbando contra ella y me gusta.

Aunque lo que más deseo en este momento es meterme en su interior. Subo la mano que aún tenía en su culo hasta su pecho por debajo de su camisa. La acaricio por encima del sujetador mientras repito una y otra vez el movimiento de caderas. Quiero que gima para mí, solo para mí. Pero más aún quiero que me sienta dentro, solo a mí. Quiero hacer que se olvide de todos los hombres con los que haya estado, que solo recuerde lo que se siente al hacerlo conmigo.

Me separo de su boca y su cuerpo para poder ver como este ángel rubio se contonea deseosa de más, de mucho más. Desabrocho lentamente su camisa dejando a la vista un precioso sujetador blanco. Sí, tal y como había imaginado el blanco es uno de sus colores, aunque sigo pensando que su ropa interior debería ser roja. Acaricio su suave piel empezando por sus labios, esos labios exuberantes por los que suaves jadeos escapan; sigo por su garganta, ese cuello de cisne que rezuma elegancia. Paso la mano entre sus pechos, que suben y bajan con cada acelerada respiración. Sigo mi recorrido por su plano vientre, haciendo que se retuerza ante las cosquillas que le hacen mis caricias. Es más que excitante ver cómo se contonea anhelante de más.

Cuando el viaje de mis manos llega hasta el botón de sus pantalones levanto la mirada y me quedo unos instantes observando sus ojos, esperando y temiendo que me diga que pare, que no continúe.

—Por favor, no te pares ahora.

Es una súplica. Una a la que no me puedo negar.

Desabrocho el botón y bajo la cremallera sin apartar los ojos de los suyos. Ya no hay marcha atrás. Es el momento de hacerla mía. Me deshago de su

pantalón y de sus bragas en un abrir y cerrar de ojos. Así, medio desnuda, su aspecto es más que el de un ángel, es la sensualidad personificada, el pecado hecho mujer.

—Tengo que ir a por un condón —digo con el último halo de sentido común que me queda.

Salgo con rapidez en dirección a mi habitación. Abro el cajón de mi mesilla y saco lo que buscaba. Cuando me doy la vuelta para volver a la cocina con mi ángel encuentro que ella está completamente desnuda apoyada en el marco de la puerta. Me quedo sin aliento. Espero que, si esto es un sueño, no me despierte hasta que acabe con ella.

Con una sonrisa de lo más sexy se acerca con paso firme. Sin dejar de mirarla me quito la camiseta, me deshago de las Converse de mis pies y de los pantalones. Los calzoncillos me los dejo puestos. Si me los quito es posible que termine antes de poder tocarla. Pero ella tiene otros planes.

—Esto sobra.

Me quita la poca ropa que había pensado dejarme y me empuja sobre la cama. Estoy extasiado. Como un autómata saco el condón de su envoltorio y me lo pongo sin mirar. Sé perfectamente lo que hago, tengo bastante práctica con ellos. Sin dejar que vuelva a pensar en nada se sienta sobre mí y me mete en su interior muy despacio. Es una sensación indescriptible. Está apretada, húmeda y muy caliente.

Incapaz de quedarme sin hacer nada me incorporo y fundo mi boca con la suya. Mi lengua va en su busca con la misma desesperación con la que su cuerpo se mueve sobre el mío. Es una auténtica diosa que se contonea sobre mí en busca de su placer y, por consiguiente, del mío. Nos movemos al unísono en una sincronía deliciosamente delirante.

—Daniel —jadea contra mis labios.

—Sky, no puedo más —digo al cabo de unos minutos, casi sin respiración.

Seguimos moviéndonos, pero todo se va acelerando poco a poco. Hasta que al fin grita contra mis labios y se aprieta con más fuerza sobre mí dejándose ir. Y yo me corro sin poder evitarlo. Esta mujer saca los instintos más primarios de mi ser.

Nos quedamos tumbados en mi cama. Yo boca arriba y mi ángel con la cabeza apoyada en mi hombro, ambos satisfechos pero no saciados.

—Ha sido increíble —susurra besándome en el pecho.

—Ya será menos. Pero gracias por el halago.

Ríe suavemente haciendo que mi pecho se ensanche al ser el artífice de tan increíble melodía.

—Cuando aceptaste mi invitación a desayunar no planeé esto. Aunque no me arrepiento.

—Yo tampoco lo había planeado pero lo volvería a hacer sin dudar. — Levanta la cabeza y me besa en los labios—. Y lo haría otra vez ahora mismo, pero debo marcharme. Tengo muchos recados que hacer.

Dejándome triste y solo se levanta de la cama y empieza a recoger su ropa esparcida por todo mi piso. Al no tener ya junto a mí su calor termino levantándome para vestirme también.

—Te llevaré a casa —me ofrezco.

—No es necesario. Cogeré un taxi.

—Pero quiero llevarte.

—De verdad, no es necesario. Si me das tu número te llamaré un día de estos para vernos de nuevo.

Esto último me suena a evasiva. No soy quién para decir nada, yo mismo he hecho esto más de una vez. Le recito mi número despacio para que no se equivoque mientras ella lo anota en su teléfono. Aún no estoy listo para dejarla marchar, así que la acompaño hasta la calle para esperar el taxi.

—Espero tu llamada —susurro acercándome a su boca.

—Te llamaré. Pronto.

El taxi llega y ella sube, pero no antes sin darme un beso apasionado que me deja un sabor agridulce.

Veo cómo mi ángel se marcha. Un ángel al que he tenido en mi cama y al que no podré sacarme de la cabeza en mucho tiempo. No me puedo creer que pensase que al acostarme con ella se me pasaría la obsesión y seguiría con mi vida. No puedo creer que haya sido tan iluso.

Apenado por su marcha entro de nuevo en casa. Ahora que ella se ha ido noto el cansancio del turno y la falta de sueño.

—Buenos días, vecino —me saluda Angelic cuando sale del ascensor.

—Buenos días, vecina.

—¿Una nueva amiga?

Se refiere a Sky y como su recuerdo es solo mío prefiero no compartir absolutamente ni un solo dato sobre ella.

—Sí.

Es todo lo que digo antes de que las puertas del ascensor se cierren alejándome de la rubia cotilla.

Entro en mi casa con una gran sonrisa y me tumbo en la cama. Su olor está impregnado en mis sábanas. Algo me dice que tardaré en cambiarlas. No sé cuándo la volveré a ver, pero sí sé que hoy va a ser uno de mis mejores descansos, su olor y su recuerdo me van a acompañar mientras duermo.

Una llamada inesperada

Entramos agarrados de la mano al bar de siempre donde los chicos nos esperan. Algo se celebra, pero no consigo recordar el qué. Como esperaba los muchachos ya han empezado con las rondas de cervezas. Más les vale que ninguno de ellos tenga que hacer su turno después de esto.

Vítores y aplausos nos reciben haciéndome sonreír y apretar ligeramente la mano que está entrelazada con la mía. Miro hacia abajo y veo unos delicados dedos de uñas perfectamente arregladas. Giro la muñeca y en uno de esos bonitos dedos hay un anillo de compromiso, ¿o es de boda? no lo sé. Levanto la vista buscando a la dueña de ese anillo y ahí está ella: mi ángel. Me muestra su preciosa sonrisa, esa que hace que mi corazón se salte un latido para luego desbocarse. El ruido del bar se convierte en un murmullo lejano, toda mi atención está centrada en esta maravillosa mujer que me sonríe. Su pelo rubio enmarca su preciosa cara y sus azules ojos. Azules como un cielo despejado de verano, me atrapan e hipnotizan. Podría pasar el día entero mirándolos y no echaría de menos ni respirar. Solo la necesito a ella para ser completamente feliz.

De pronto mueve nuestras manos unidas y las apoya en su barriga. Estaba tan absorto en su mirada que no me había dado cuenta de que nuestras manos están posadas en su abultado vientre. ¿Qué es esto? Ella no estaba así cuando se ha marchado, hace apenas unas horas, de mi casa. Vuelvo a levantar los ojos hacia los suyos y veo la felicidad extrema, la misma que me invade a mí. En ese instante todo encaja: Ella, mi ángel, es mi esposa y está embarazada de un hijo mío.

—Daniel... —dice suavemente—. ¡Daniel! —grita ahora.

Dice algo más pero no consigo oírla. De repente una atronadora música impide que escuche su dulce voz, cosa que me cabrea mucho.

Abro los ojos sobresaltado. «Pero ¿qué coño...? ¿Qué es ese ruido?» Todo se queda en silencio durante unos segundos, pero enseguida vuelve a sonar la atronadora música. Mi cerebro empieza a despertarse y comprendo que lo que suena son los Guns n' Roses con su *Sweet child o' mine*.

—Joder —susurro pasándome las manos por el pelo.

Cojo el puñetero teléfono de la mesilla de noche y miro la pantalla. Suelto otro suspiro, las palabras “Tocacojones casa” parpadean devolviéndome de golpe a la realidad. El sueño que acabo de tener ha sido de lo más desconcertante, y lo último que quiero ahora mismo es hablar con mi madre. Aún así descuelgo.

—Hola, mamá. —Bostezo mientras la saludo.

—¡Hola, cariño! ¿Fue muy movido el turno de ayer?

—No mucho. Un par de salidas y poco más.

—¿Y aún estás en la cama?!

Miro la hora en el despertador de la mesilla. Los números azules me dicen que es la una del mediodía. Habré dormido un par de horas como mucho, ya que Sky se ha ido a eso de las once.

—¿Cómo sabes que aún estoy en la cama? —pregunto sonriendo.

—Pues de la misma manera que sé que ahora estás sonriendo: ¡Porque soy tu madre! Y te conozco muy bien.

Por suerte no me conoce al ciento por ciento, porque entonces sabría que mi sonrisa no es por su llamada, o su ingenio, sino por una guapa rubia que me ha vuelto loco.

—Vale, mamá. ¿Qué quieres?

—¿Tengo que querer algo para llamar a mi querido hijo?

Suelto una carcajada. Claro que quiere pedirme algo, a mí no me engaña.

—Mamá...

—Bueno... vale. Algo quiero.

—¡Mamá, por Dios! Suéltalo ya, que tengo hambre.

—Qué impaciente eres, hijo mío. Está bien ¿Te acuerdas de mi amiga Marissa? ¿La que fue conmigo al colegio?

—Claro, ¿qué pasa con ella?

—Pues resulta que va a venir a casa unos días con su hija. Marian, la nena, tiene una entrevista para un periódico porque ha terminado su segunda carrera, ni más, ni menos. Es una niña listísima. ¿Te he dicho ya que también es muy guapa?

—Mamá... mamá. ¡Para! Y dime qué es lo que quieres de una vez.

—Pues lo que quiero es que saques a Marian a conocer la ciudad. Para que se desestrese y se le pasen los nervios.

—Vamos, que quieres que tenga una cita con ella.

—Bueno... lo que hagáis no es cosa mía. —Vuelvo a reír a carcajadas, para ella todo es “cosa suya”—. Pero no me opondría a que se convirtiera en mi nuera...

—Vale, mamá. Te voy a colgar que tengo que comer algo e ir al gimnasio.

—Bueno, bueno. ¿Pero la vas a sacarla por ahí, o no?

—¡Hay que joderse! Hablas de la pobre chica como si fuera un perro. Sí, vale. El sábado libro aunque el domingo me toca trabajar.

—Genial, pues el jueves podéis quedar. Se lo digo a Marissa. ¡Te quiero, cariño!

«¡¿El jueves?!» Y sin más me cuelga. No me da tiempo a replicar o a confirmarle si estoy libre el jueves. Por desgracia sí que lo estoy, a no ser que... Sky me llame. Si esto pasa, la pobre Marian deberá buscarse otro acompañante. Quizás le interese a Jefferson quedar con ella. Él trabaja el viernes, pero no sería la primera vez que va de empalmada.

Bueno, me estoy adelantando a los acontecimientos. Hasta que la rubia no me llame (si es que llama) no sé que planes tengo que anotar en mi agenda. De momento se podría decir que tengo una cita con la tal Marian. Solo espero que no sea un trol. Paso de comerme más la cabeza. Si llama, pues bien, y si

no... pues a otra cosa. Me levanto y voy a la cocina a ver que hay para comer. Necesito recuperar energías.

Después de una comida a base de ensalada y chuletas de cordero a la plancha me tumbo en el sofá. Voy a reposar un poco antes de ir a hacer ejercicio. Desde mi horizontal postura le mando un mensaje a Ray para informarle de que en una hora, más o menos, estaré por el gimnasio.

Me enfundo mis pantalones de chándal negros, una camiseta de tirantes también negra y las deportivas. Busco en mi iPod el álbum de Nirvana y echo a correr en dirección al gimnasio cuando *Smells like teen spirit* comienza a tronar. Treinta minutos corriendo por las calles de Nueva York, mientras Kurt Cobain canta, es todo un subidón. Cuando entro en el *Gym* veo a Ray machacándose el pecho con las pesas.

—No vayas tan de sobrado, tío —le digo ayudándole a dejar la barra en su soporte.

Mi amigo está tumbado en el banco, sin camiseta, mirándome con una sonrisa muy típica suya.

—Por fin apareces. Ya creí que hoy no vendrías a entrenar.

—Me he levantado tarde, por lo que he comido más tarde de lo normal.

—¿Y eso? —Se levanta del banco para que yo ocupe su lugar—. Me ha dicho Juárez esta mañana que el turno fue tranquilo. Seguro que te pasaste la mayor parte del tiempo durmiendo.

—La verdad es que no hubo mucho movimiento —respondo intentando retrasar lo inevitable.

Me tumbo en el banco con la esperanza de que el bocazas de Juárez no le haya hablado de la visita de Sky. Agarro la barra con las dos manos y empiezo a subirla y bajarla. Uno, dos, tres... trece, catorce y quince. Vuelvo a dejar la barra en su sitio satisfecho con el cansancio que noto en mis músculos. Seguimos pasando por las máquinas haciendo todo tipo de ejercicios. Machacándonos. Estoy lleno de energía aunque he descansado poco y acabo de hacer más de una hora de ejercicio. Debe ser el subidón que me da cada vez que recuerdo a Sky tendida medio desnuda sobre la mesa de mi cocina. Y lo recuerdo constantemente.

—¿No tienes nada que contarme? —Ray llama mi atención dándome un

puñetazo en el hombro.

—Sí, mi madre quiere que el jueves saque a la hija de una amiga suya de paseo.

—Tu madre y sus citas. Hasta que no le presentes a una mujer y le asegures que te vas a casar con ella no te va a dejar tranquilo.

—Lo sé. —Suspiro resignado—. ¿Tienes planes para el jueves por la noche? ¿Te apetecen unas cervezas?

—¿Quieres endilgarme a la niñita? Sabes que estoy casado, ¿verdad?

—Claro que sé que estás casado. No quiero endilgarte a nadie, ¿por quién me tomas? Eso quiero hacérselo a Jefferson —me río—. Solo necesito que vengas para que la muchacha no se haga ilusiones.

—Está bien. Pero tendrás que decírselo tú a Sheryl. Ya me dirás el sitio y la hora. Ahora me piro. Nos vemos, tío.

Sonrío. Ahora solo tengo que invitar a Jefferson para que me libre de ella. Conociendo a Gary Jefferson, a la que sea levemente guapa, intentará tirársela. De ese modo me la quitaré de encima. ¡Soy un genio!

Vuelvo a ponerme los auriculares y esta vez son los Rolling Stones quienes amenizan mi carrera de regreso a casa con su *Paint it black*. Escuchar música hace que se despeje mi mente por completo y que no piense en absolutamente nada.

Llego a casa exhausto. Alegremente cansado. Voy directo a la cocina para tomar una bebida isotónica que me ayude a recuperarme un poco. En cuanto entro veo un recipiente de plástico. Cojo la nota que hay encima y, como sé quién lo ha dejado ahí, sonrío antes de leerla:

Aquí tienes un poco de pastel de carne, sé que es tu preferido. Tu queridísima, amada, buena e inocente madre. Te quiero hijo de mi alma y mis entrañas.

P.D: Que conste que he llamado mil veces antes de entrar y cuando he abierto te he llamado a gritos mil veces más, por si estabas enamorando a mi futura nuera y la madre de mis nietos.

Hay que joderse. Con esta mujer es imposible cabrearse. Siempre consigue hacerme sonreír, de la misma manera que siempre se sale con la suya. Es una auténtica experta en conseguir lo que quiere, cuando lo quiere y de la manera que quiere.

Le quito la tapa al recipiente e inhalo el delicioso olor de la comida de mi madre. El ligero hambre que tenía, en décimas de segundo, pasa a ser voraz. Lo siguiente que hago es mirar el móvil. Tengo varias llamadas perdidas de mi señora madre y un mensaje de Ray:

No he querido presionarte, más que nada porque tenía prisa. Pero no te creas que no sé lo de esa rubita que ha ido a buscarte al parque. Más te vale contármelo todo. Y tienes que presentármela; sí, o sí. Porque, según Juárez, es todo un bombón.

«¡Lo sabía!, Juárez es un bocazas de manual». Podría meterse la lengua en el culo y dejar de hablar de mi vida privada. Para colmo ha conseguido despertar el interés de Ray. Ahora no va a parar hasta que se la presente, y ni siquiera sé si voy a volver a verla. Esta mañana cuando me ha pedido el número de teléfono no me ha apuntado el suyo a su vez. Me ha dado largas, explicándome que tiene una vida un poco complicada y nunca sabe cuándo va a tener un segundo de respiro. Lo que me queda es esperar e intentar no desesperar. Suelto el teléfono y me meto en la ducha.

Por fin he dejado de estar empapado de sudor y ya no huelo mal. Me miro en el espejo del baño secándome el pelo con la toalla. Me doy cuenta de que tengo que ir al peluquero, empieza a estar demasiado largo. Mis ojos marrones, que en ocasiones se ven negros, están cansados. También lo está mi cuerpo musculado. Mi atención se centra en el tatuaje que llevo sobre el pecho izquierdo. Me lo hice cuando nos enteramos de la enfermedad de mi padre. La frase “La mejor forma de predecir tu futuro es crearlo” me recuerda que yo elijo cómo vivir mi vida. Aunque a veces las cosas escapan a mi control, como por ejemplo la llamada que tanto ansío y no llega.

No me molesto en vestirme. Una de las cosas buenas que tiene vivir solo

es que puedo pasearme en bolas siempre que me apetece. Voy a calentarme el rico pastel de carne de mi madre y a tirarme en el sofá. A ver lo que aguanto sin quedarme inconsciente.

Como siempre, la comida de mi madre está riquísima. Al terminar, sin recoger la mesa siquiera, me tumbo en el sofá con el móvil en la mano. Ella sigue sin llamar y yo ya empiezo a desesperarme.

Nunca me había enganchado de una mujer así de rápido. Será por la desesperación, o la falta de sexo, o que es preciosa, o lo fabulosa que es en la cama, o... mil argumentos más se me ocurren para justificarlo. Pero ahora tengo que desconectar. Enciendo la televisión y busco el canal FOX, seguro que puedo ver un capítulo de mi serie favorita: Los Simpson.

«¡Ja! Sí que la están echando». Las locuras de Homer, las travesuras de Bart y la sabelotodo de Lisa, me distraen siempre. Para más inri, están echando el capítulo por excelencia: *Llévate a mi mujer, sinvergüenza*. Estos personajes amarillos siempre me hacen reír pero cuando Homer y sus compañeros buscan nombre para su banda de moteros y uno de ellos propone el de «Los matacristos» estallo en carcajadas y todo para terminar llamándose «Los satanases del infierno». «Tengo que hacerme una chaqueta con ese nombre». Tras este episodio echan varios más. Con ellos desconecto de todo y de todos, del mundo en general.

Abro los ojos desorientado y con el cuello dolorido. Me he quedado dormido en el sofá. Miro la hora en el móvil que aún tengo en la mano y compruebo que son las tres de la mañana. Apago el televisor sin prestarle atención. Me marcho a la cama algo cabreado porque Sky no ha llamado. Pienso que no lo va a hacer nunca.

Me despierto en mi cama. Estoy tan cómodo que no me apetece levantarme, además, las sábanas aún huelen a ella. No. Tengo que quitármela de la cabeza. Cabreado, porque no me haya llamado en dos días, me levanto y quito las sábanas para lanzarlas al cubo de la ropa sucia.

Tras desayunar me enfundo el chándal y me voy al gimnasio. Hoy toca cardio. Necesito liberar tensiones.

Cuando vuelvo me doy una ducha rápida y voy a casa de mi madre para comer. Porque si no voy al menos una vez a la semana es capaz de llamar a la policía para que me busquen.

—Hola, cariño —Me agacho para que mi madre me pueda dar un beso en la mejilla.

—Hola, queridísima, amada, buena e inocente madre.

—¡Calla! Qué tonto eres. —Me da un golpe en el pecho regañándome cariñosamente.

Hoy comemos albóndigas en salsa, otra de sus especialidades.

—Bueno... —empieza mi madre sentándose a mi lado en su sofá de flores—. Ayer cuando fui a tu casa me encontré con Angelic.

—¿Y?

—¿Alguna vez te he dicho que me encanta esa chica?

—Me lo dices cada vez que la ves —respondo exasperado.

—No hace falta que me hables así. —Ahora pone cara de enfado, cosa que me hace reír—. ¿Encima te ríes de mí? Al final te ganas una colleja.

—No, mamá, no me río de ti. Tranquila. Cuéntame de qué hablaste con mi vecina.

—Me habló de que te había visto por la mañana cuando llegabas de trabajar. Y también de que, al poco tiempo, mientras paseaba a su perro Rory, te vio irte en esa máquina infernal en la que te mueves.

—¿Y? —pregunto de nuevo. Me exaspera lo cotilla que puede ser una mujer tan guapa como Angelic.

—Pues que luego, unas horas después, vio como una rubia salía contigo del edificio y se marchaba en un taxi.

—¿Adónde quieres llegar, mamá?

—¿Contratas a... a chicas de compañía para... desfogarte?

—¡¿Cómo?! —Estoy anonadado con su pregunta—. No, mamá, no pago por tener sexo. La rubia de la que habla Angelic es una mujer maravillosa y una amiga mía.

—¿Una amiga?

—Sí, mamá. Una amiga, nada más.

Necesito terminar con esta conversación absurda. Sin dejar que pregunte nada más la beso en la mejilla y me levanto.

—¿Te vas ya? —pregunta entristecida.

—Sí, voy a pasarme por casa de Clayton para ver un rato a los niños.

—¿Sí? ¿Puedo ir contigo?

Mi plan se va a la mierda. Yo lo que intentaba era huir de ella y sus preguntas pero cuando me mira con tanta tristeza no puedo negarle nada.

—Sí, prepárate y nos vamos.

Pasamos una tarde entretenida en casa de mi hermano. La cara de mis sobrinos se han iluminado cuando nos han visto. No sé cómo mi hermano y mi cuñada no se vuelven locos con un niño de seis años, otro de cuatro y otro de dos. Son la mar de divertidos, así como unos terremotos.

Caden, el mayor, siempre ha dicho que quiere ser bombero como su tío “Nan”. Para desesperación de su padre; Calvin, el mediano, dice que quiere ser policía, para detener a los malos que hagan fuego; y Cameron, al ser el más pequeño, aún no sabemos qué quiere ser de mayor, pero como diga que quiere dedicarse a alguna rama de emergencias termina matando a mi hermano de un infarto.

Clayton, Caden, Calvin, Cameron y Caitlyn es realmente absurdo que todos los nombres empiecen por la misma letra, aunque mi madre está más que encantada con esta norma no escrita, ya que su nombre también empieza por la misma letra: Caroline.

—¿Lo has pasado bien? —le pregunto a mi madre cuando la dejo, a ella y a su coche, en su casa.

—Sí, hijo. Gracias por llevarme. Clayton y Caitlyn nunca tienen tiempo de traerme a los niños para que los vea. Al final tendré que sacarme el carnet de conducir.

—No te preocupes, mamá, yo te llevaré siempre que quieras.

—Gracias, cariño. Que descanses.

La beso en la cabeza y me monto en mi moto.

Cuando llego a casa me tiro en el sofá pensando en mi madre. Con tan

solo sesenta y dos años es viuda y, a pesar de que hace ya cinco años de la muerte de mi padre, aún no lo ha superado. Aunque ya lo lleva mucho mejor.

De pronto *Back in black*, de AC/DC, empieza a sonar de pronto sobresaltándome. En la pantalla hay un número que no tengo guardado y no reconozco.

—¿Hola?

—Esto... hola, Dan. Soy Sky.

«¡Mierda, es ella!» Me quedo en silencio atónito. Ya me había hecho a la idea de que no me iba a llamar y me ha pillado totalmente descolocado.

—Dan, ¿estás ahí?

—Sí, sí, perdona. Estoy aquí.

—¿Estás bien? Si te pilló en mal momento te llamo luego.

—No, no te preocupes, no estoy haciendo nada.

—Te llamaba para saber si pasado mañana estás libre, para... tomar un café, o algo. —No me pasa desapercibido su tono pícaro.

—Lo siento preciosa, pero me toca trabajar.

—¿A qué hora sales?

—Pues entro a las ocho de la mañana y salgo a la misma hora del jueves. Son turnos de veinticuatro horas. Si quieres nos podemos ver el jueves o el viernes. —No puedo reprimir que se filtre un tono de esperanza en mi voz.

—Este fin de semana tengo que viajar. Me marcho el jueves por la mañana.

Saber que no voy a poder verla, al menos hasta la semana que viene, me jode más de lo que debería. Pero de pronto se me ocurre una gran idea.

—¿Y qué tal ahora? Puedo pasar a recogerte.

—¿Ahora? —duda durante unos segundos interminables—. Está bien. En una hora, más o menos, estoy en tu casa.

—Dime dónde voy a buscarte.

—No, no te preocupes. Ya sé tú dirección. En un rato nos vemos.

Visita... ¿deseada?

Cuelgo el teléfono y lo miro como un gilipollas. «¿De verdad me acaba de decir que viene de camino?» Me pellizco en el brazo para comprobar que no me haya dormido y mi mente calenturienta la haya invocado. «¡Coño! qué daño me he hecho». Sí, definitivamente viene de camino a casa. No me lo puede creer.

Rápidamente me levanto del sofá y miro a mi alrededor. Veo las zapatillas de gimnasio tiradas en medio del salón. El chándal, que me he puesto esta mañana, está en el suelo del baño. Me he duchado tan rápido que no me he dado cuenta de que lo dejaba tirado. Corro por la casa recogéndolo todo. La camiseta de esta mañana también está tirada, la encuentro en una de las sillas de la cocina. «¡Joder!» Nunca soy tan desordenado, ¿por qué he tenido que empezar a serlo hoy? Abro la lavadora para meter la ropa y veo que el uniforme está dentro, sin lavar. Se me ha olvidado lavarlo y lo necesito. ¿Cuándo he sido tan desastre?

Antes de que pueda programar la lavadora suena la puerta. «¡¿Ya está aquí?!» Miro la ropa sucia, que está en el suelo, con los ojos como platos y de pronto rompo a reír, ¡me parezco a mi madre y sus agobios!

Sigo riendo cuando abro la puerta y veo a mi preciosa Sky. Lleva un vestido, moderadamente atrevido, de color berenjena. Mi risa se corta al instante, pero la sonrisa continúa cuando veo que ella me sonrío a mí. Está tremendamente... sexy. Absolutamente deseable. Desquiciantemente follable.

—¿Me vas a dejar entrar, o vas a seguir ahí, mirándome?

—Bueno... eso de mirarte es una buena idea. Eres una delicia para la

vista.

Su carcajada hace que se me erice el vello de todo el cuerpo.

—Aunque si lo pienso mejor... me gustaría más mirarte cuando llevas menos ropa encima.

Se sonroja. Con ese ligero rubor está más exquisita, si eso es posible.

Me aparto para dejarla pasar y admiro su trasero cuando lo hace. Cierro la puerta y me apoyo contra ella, viendo cómo mi ángel pasea por mi salón. Parece que lo esté observando todo. Ahora me alegro de haber recogido la ropa. «¡Mierda!» La ropa sigue en el suelo frente a la lavadora y no me ha dado tiempo a poner el uniforme a lavar. Si no lo necesitase le daban por culo a la ropa, pero como lo necesito, voy a tener que terminar lo que he empezado. Dejo a Sky inspeccionando mi salón mientras vuelvo junto a la lavadora.

—Vaya —la dulce voz de mi invitada me distrae de mi tarea—. Un hombre que sabe usar una lavadora.

—Es lo que tiene vivir solo. No puedo estar llevando la ropa sucia a mi madre. Ella tiene una vida que vivir.

—Guapo, con un trabajo decente, que sabe hacer un café excelente e independiente. Además, te preocupas porque tu madre viva su vida. ¿Se puede pedir algo más? ¡Ah! Y eres muy bueno en la cama. —Sonrío ante su descripción—. Aún no me explico cómo estás soltero. Porque lo estás, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Debes añadir a esa lista la fidelidad.

Dejo de mirarla, reticente, para seguir programando la lavadora. Ambos guardamos silencio durante el proceso. El aire se ha cargado de tensión e incomodidad. Estaba muy emocionado con volver a verla, con tenerla de nuevo en mi casa, pero ahora no creo que sea tan buena idea.

Termino mi labor y me giro para mirarla. Está arrebatadoramente sexy, pero, si quiere que pase algo entre nosotros, va a tener que dar ella el primer paso. No pienso arrastrarme por un polvo, aunque sea con ella. Con ese ángel rubio extremadamente sensual, que tiene un cuerpo hecho para pecar. No, tengo que dejar de pensar eso, o terminaré empotrándola contra la primera pared que encuentre.

—Dan, yo... quería hablar contigo.

—Claro. Vayamos al salón.

Esta vez la precedo. Que quiera hablar de algo y que lo diga con tanta seriedad no es buena señal. Me siento en un extremo del sofá, recostado contra el respaldo, con las piernas abiertas; mientras que ella se sienta en el otro extremo, con las piernas juntas, las manos en el regazo y la espalda recta. Se nota que somos de mundos distintos o, mejor dicho, de estatus sociales diferentes.

—¿Quieres beber algo? —pregunto para romper el incómodo silencio.

—Un poco de agua estará bien. Gracias.

Me levanto para escapar de este momento tan... raro. Deseo que se marche y a la vez quiero meterla en mi cama y no dejar que se levante en una semana.

Saco la botella de agua que siempre tengo en la nevera y una cerveza para mí. Cuando vuelvo al salón veo a Sky escribiendo un mensaje a toda velocidad.

—Aquí tienes. —Dejo un vaso y la botella sobre la mesa que está frente a ella—. ¿Todo bien?

—Sí, todo bien. Gracias.

Vuelvo a mi sitio en el sofá dándole un trago a mi ansiada bebida.

—Bien. ¿De qué quieres hablar?

—Bueno... Yo... —Suspira—. Yo nunca he ido tras un hombre. Nunca he ido a una casa ajena, al menos sola. Ni mucho menos me he metido en la cama de un desconocido.

Cierra la boca y se me queda mirando a la espera de que diga algo. Pero no tengo nada que decir, por el momento, así que aguardo en silencio a que continúe con la mirada fija en ella.

—Dan —vuelve a suspirar—, mi vida siempre ha estado organizada al segundo. Siempre me han dicho dónde tengo que estar, con quién debo ir y cómo debo comportarme.

—¿Y eres feliz así? ¿No echas de menos tu independencia?

—Nunca he tenido de eso. —Baja la mirada a sus manos entrelazadas.

—Pero conmigo has roto tu esquemática vida, ¿por qué?

Vuelve a levantar la vista hacia mí y me sorprendo al comprobar que su mirada no es la risueña que recuerdo. Por empatía, o yo que sé, trato de animarla. No me gusta verla tan afligida, prefiero verla sonreír.

—A mí me gustó mucho que rompieras las reglas conmigo. Pero, ¿puedo preguntarte por qué yo?

—No lo sé. La manera en la que me trataste cuando estaba en el coche. La forma de tranquilizarme... No sé, nadie había hecho eso por mí.

—Eso es que no has tenido muchos accidentes de tráfico. —Intento bromear.

—Sí, nunca había tenido que pasar por algo así antes.

—¿Por qué has vuelto? —Vuelvo a ponerme serio.

—Porque quiero seguir rompiendo las reglas contigo —dice derrochando seguridad—. Me haces sentir bien, deseada. Contigo me siento guapa, como nunca me había sentido. Tú, en tan solo un rato, me has hecho recordar que soy una mujer de treinta años, que tiene que vivir su vida y su sexualidad.

La miro anonadado. ¿Qué clase de vida ha llevado este ángel? ¿Con qué tipos a tratado para pensar así con tan solo un polvo? Esto último prefiero no saberlo. Pero sí me gusta ser el elegido.

—Me gusta vivir contigo tu sexualidad —respondo extrañamente emocionado.

Doy un trago intentando parecer despreocupado. Solo hemos follado una vez. Ella no sabe lo de mis sueños eróticos y mis juegos solitarios en la ducha recordándola. Volvemos a quedarnos en silencio, aunque después de su confesión ya no es tan incómodo, ahora solo es... tenso.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —Necesito saber la respuesta a esta cuestión antes de dar el siguiente paso.

—Quiero... —suspira —, no sé lo que quiero, Dan. Bueno, sí que lo sé, quiero seguir sintiéndome... bien. Deseo verte siempre que pueda. Si tú quieres también, claro.

—¿Quieres usarme como hombre objeto?

Ahora está avergonzada, y yo... yo estoy alucinado. Esta mujer, este ángel, quiere verme, siempre que pueda. Una parte de mí se siente ultrajado, concretamente mi cabeza; pero otra se siente eufórica, en este caso mi polla.

—Vale —digo al fin haciendo caso a mi entrepierna, por una vez es ella quien gana.

—Pero hay una condición.

—¿Condición? ¿Cuál? —¿Después de que acepto va a poner condiciones?

—No pueden vernos juntos en público —me dice mirándome directamente a los ojos.

—¿Por qué?

—Porque ya te he dicho que mi vida es complicada.

—O sea, me estás pidiendo que solo follemos. Bueno, solo cuando tú quieras.

Sigue mirándome fijamente, dándole vueltas a algo en su hermosa cabecita.

—Tienes razón, es una absoluta locura —dice tras unos segundos de duda—. Olvida todo lo que te he dicho.

De pronto se levanta, coge su bolso y se dirige a la puerta. ¡Se va! Se ha arrepentido de haber venido.

—No te vayas —digo por un impulso.

La alcanzo justo cuando llega a la entrada. No puedo permitir que se marche. La acorralo contra la puerta apoyando mi pecho contra su espalda impidiendo su marcha.

—No te vayas, por favor.

—Dan —jadea ligeramente—, sé que lo que te propongo es una locura. Incluso creo que no está bien, pero te deseo. Quiero estar contigo. Me gustas mucho. No saber porqué me siento tan atraída hacia ti te hace más interesante. —Le aparto el pelo y empiezo a besar su cuello de cisne mientras ella continúa hablando—. Pero solo podemos estar juntos a mi manera.

—¿Hasta cuándo? —exhorto contra su cuello.

—Hasta... —jadea—, hasta que consiga encontrar una solución.

Aprieto mi cuerpo contra el suyo clavando mi erección contra su trasero. Ella se contonea contra mí dejando ver claramente cuánto me desea. Coloco mis manos, que hasta ahora estaban apoyadas contra la puerta, sobre su cintura. Empiezo a subir una lentamente por su cuerpo, acariciándola, hasta que llego a su pecho.

Aún sigo ultrajado por su proposición, pero sé que en el momento en el que mi mano toque esa parte de su anatomía no dejaré que se marche. También sé que aceptaré todo lo que ella me quiera dar y de la manera en que ella quiera dármelo.

Su culo vuelve a restregarse contra mi dura erección y ese simple movimiento hace que pierda el poco raciocinio que me queda. Acojo su pecho en mi mano y me excita aún más comprobar que no lleva sujetador.

—Joder, Sky. No puedo resistirme a ti.

—Yo tampoco puedo resistirme a tus encantos.

Un gemido ronco sale de mí, sin que lo pueda retener. Ha dicho que ella tampoco se puede resistir a mí. Esto me hace sentir... victorioso. Me está dando el poder de hacer lo que quiera con su cuerpo y voy a dar buen uso de él.

Mi otra mano, que aún está sobre su cadera, baja hasta llegar a su muslo desnudo y luego sube acariciándola por doquier. Subo y subo pero me detengo en su trasero cubierto únicamente por unas finas bragas. No puedo resistir la tentación de tocar su sexo por encima de la ropa interior y comprobar que está húmeda, muy húmeda. Retiro a un lado lo único que separa mis dedos de su cuerpo y sin pensarlo mucho meto dos dedos dentro de ella. Está mojada, caliente y apretada. Es una puta locura y mi jodida perdición.

Metó y saco los dedos, muy despacio, notando cómo sus músculos se aprietan en torno a ellos. Mi polla reclama atención, pero estoy demasiado centrado en ella. Quiero verla disfrutar. Pero ella no piensa lo mismo; alarga una mano hacia atrás hasta que la coloca sobre mi verga. Su delicada palma me acaricia, arriba y abajo, al mismo ritmo que yo la masturbo.

—Quiero verte —jadea.

Saco los dedos de su interior y doy un paso atrás. Se queda un par de segundos apoyada contra la puerta antes de girarse para quedar frente a mí. Es todo sensualidad, un pecado capital hecho mujer. Atraído como un imán vuelvo a acercarme, pero me agacho al llegar a ella. Es un manjar que estoy más que decidido a probar.

—Levántate el vestido —susurro mirándola a los ojos desde mi arrodillada posición.

Duda, veo vergüenza en su rostro, pero todo da paso a una mirada pícara. Muy lentamente coge el bajo de su vestido y lo levanta hasta que se lo quita. Queda vestida únicamente por unas pequeñas bragas negras y sus tacones de aguja.

Con una calma mal fingida cojo los laterales de su ropa íntima y la deslizo por sus largas piernas. Ahora tan solo lleva los tacones y está más bella que antes. Poso las manos en sus muslos y la insto a separarlos. Paso la lengua buscando su clítoris, probando su esencia. Sabe a ambrosía, a prohibido, a pasión, a ángel. Sus gemidos suben de tono y yo acelero el ritmo. Quiero que se corra con mi boca y luego hacerla probar su propio sabor.

De arriba a abajo, de derecha a izquierda, con perezosos círculos: la llevo al filo del abismo. Me lleva un par de minutos conseguir mi objetivo y, al alcanzarlo, sonrío satisfecho mientras asciendo por su cuerpo camino de su boca. Cuando uno nuestros labios sus manos vuelan a mis pantalones para liberar mi miembro. Hace unas horas pensaba que no iba a volver a verla y ahora, la tengo apresada contra la puerta de mi casa, masturbándome mientras devora mi boca.

—Fóllame, Dan. Por favor —pide sin separarse de mis labios.

—Necesitamos un condón.

—En mi bolso hay.

Rápidamente me agacho y le doy el bolso. Saca el paquetito plateado y me lo pone casi sin que me dé cuenta.

Agarro su precioso trasero y la alzo para que me rodee con esas magníficas piernas que tiene. Mi cuerpo me pide que entre de golpe en ella y

la folle con rudeza, pero mi cabeza me aconseja que disfrute del momento. Le hago caso a mi cabeza, ya que es sabia y me recuerda que no sé cuándo se va a volver a repetir esta fantástica situación. La penetro lentamente para que sienta cada centímetro de mí. Jadeando llego hasta el fondo, estoy completamente dentro de ella. Me quedo quieto fijando la mirada en la suya. Esos hermosos ojos azules brillan de excitación y... ¿júbilo?

Sin hablar, y sin dejar de mirarla, empiezo a salir de su interior, para luego volver a entrar al mismo ritmo. Mis caderas se mueven de manera automática haciéndonos jadear a los dos. No puedo apartar mis ojos de los suyos, hasta que se lanza a mi boca. Nos besamos con frenesí mientras sigo entrando y saliendo de su cuerpo.

Empiezo a notar cómo sus músculos me aprietan intentando retenerme en su interior. Es entonces cuando el esclarecedor escalofrío que anuncia mi inminente éxtasis recorre mi espalda. Acelero el ritmo intentando controlarme. Hasta que ella no me regale otro orgasmo no voy a dejarme ir. Por suerte a la cuarta vez que la penetro se corre gritando mi nombre, hecho que me insta a seguirla.

Estamos tumbados de lado en mi sofá, mirándonos. Mis manos no pueden dejar de tocarla; el muslo, la cintura, el brazo, el cuello, la cara, cualquier parte de su cuerpo perfecto.

—Quédate a pasar la noche conmigo —le pido en un susurro.

—Dan...

—Mañana tengo que entrar a las ocho de la mañana a trabajar. Pero puedo llevarte a casa antes, o puedes quedarte durmiendo, lo que tú prefieras.

La beso antes de que me dé la negativa que espero, intentando inútilmente que cambie de opinión.

—No puedo, Dan. Debo volver a casa.

—¿No hay nada que pueda hacer para convencerte?

Su preciosa sonrisa me dice todo lo que necesito saber. Entonces, un maléfico plan cruza mi mente: si consigo agotarla lo suficiente se quedará dormida conmigo. Le devuelvo la sonrisa poniendo en marcha mi plan.

Miro a mi ángel, tiene la cabeza apoyada en mi hombro y una de sus piernas descansando sobre las mías. He conseguido salirme con la mía. Hacerle el amor con fuerza y rapidez en la cama ha sido lo que necesitaba para que se quedara dormida en mis brazos. Le doy un suave beso en la cabeza y suspiro contento.

Aunque no pueda ser en público, ni todos los días, este precioso ángel va a ser mío. Pero algunas preguntas rondan mi cabeza: ¿Por qué tenemos que llevarlo en secreto? ¿Por qué no puedo quedar con ella en cualquier momento? ¿Solo le gusta de mí como la follo? ¿Me quiere únicamente por mi cuerpo? Son demasiadas preguntas para darles vueltas esta noche. Necesito descansar y aprovechar que ella está conmigo.

El despertador suena a las siete de la mañana sacándome de un increíble sueño en el que Sky está tumbada a mi lado. Alzo la mano para parar el estridente pitido y un gemido suena a mi lado. Me giro y ahí está: mi sueño hecho realidad. Está preciosa con el pelo algo alborotado y su cara relajada, más bonita que nunca.

Me levanto intentando no despertarla. Me doy una ducha rápida y cuando salgo ella sigue durmiendo. Ya es hora de que me vaya a trabajar, pero no puedo hacerlo sin volver a besarla, así que me acerco a la cama para despertarla.

—Preciosa, despierta.

Empiezo a repartir besos por su cara y ella abre los ojos de pronto, sobresaltada. Desorientada mira a todos lados, intentando ubicarse, con una expresión de congoja en su cara.

—Tranquila, estás en mi casa —le digo intentando tranquilizar su incipiente pánico.

Me mira y abre los ojos aún más cuando se da cuenta de que es de día.

—¿Qué hora es? —pregunta alarmada.

—Son las siete y cuarto y yo debo irme a trabajar —le doy un suave beso en los labios—. Siéntete como en tu casa. Te dejo un juego de llaves sobre la

mesa para que, cuando estés lista, te puedas marchar echando la llave. Si te apetece quedarte también puedes.

Vuelvo a besarla, aunque esta vez más intensamente. Me separo de ella a regañadientes, pero el deber me llama y tengo que cumplir.

—¿Me llamarás pronto? —empieza a preocuparme que no diga nada.

—Sí —suspira—. En cuanto pueda sabrás de mí.

—Bien. —Sé que tengo que irme, pero no puedo evitar seguir haciéndole preguntas—. ¿Has dormido bien?

—Sí, tu cama es muy cómoda. Y tú también

—Gracias por no cabrearte por no haberte despertado antes.

—No te preocupes. Ya me las apañaré. —Ahora es ella quien me besa—. Gracias por obligarme a dormir contigo.

—Ha sido un verdadero placer. Créeme. Tengo que irme. Estás en tu casa.

Me levanto de la cama y me marcho para comenzar mi turno con una sonrisa satisfecha.

Sé que mi cara hoy va a dar pie a numerosas preguntas de mis compañeros, pero me da exactamente lo mismo, en este instante soy feliz. Aunque me jode haber tenido que dejar a Sky sola en casa, el recuerdo de haberla tenido en mi cama me acompañará, al menos, hasta que pueda disfrutar de ella de nuevo.

Súper cita

Acaba el turno, otro más. Los chicos se han pasado del día intentando sacarme información, pero no han obtenido los resultados que esperaban. Juárez es el más persistente, según dice, hace mucho tiempo que no me ven tan relajado y bla, bla, bla. Pero no pienso decirles nada. Mi vida privada es mía. Aunque es posible que acabe hablando con Ray, estoy extasiado con todo lo que ha pasado estos días y necesito contárselo a alguien. Además, sé que mi mejor amigo no le hablará a nadie de lo que le cuente, ni me juzgará.

—Está muy distraído, Cabo. —Charlie se reúne conmigo en la entrada del parque.

—Solo pensaba —le explico.

—No le dé muchas vueltas, Cabo. La solución más sencilla suele ser la mejor.

Le miro de reojo. Para ser un muchacho tan joven suele decir cosas de lo más inteligentes.

—Además —continúa mi joven compañero—, en una hora podremos irnos a descansar. Después de dormir un poco lo verá todo desde otra perspectiva.

—Tienes razón. Necesito descansar unas pocas horas.

El día ha sido de lo más tranquilo. He estado en el equipo de técnica, es decir, que no me toca salir a no ser que haya algún incidente con cables o inundaciones. Como todas las llamadas han sido fáciles nosotros no nos hemos tenido que mover de aquí.

Aunque, a pesar de no haber salido, no he descansado nada. No he podido parar de pensar en ella. La dejé ayer tumbada, de lo más sexy, en mi cama. Una pequeña parte de mí alberga la esperanza de que, cuando llegue a casa, la encontraré donde la dejé, esperándome. Pero la parte más racional de mí sabe que eso es una utopía.

En estas horas que he tenido para pensar he reflexionado mucho sobre la proposición de Sky:

¿Quiero poseerla? A todas horas.

¿Me gusta como mujer? Mucho.

¿Puedo mantener lo nuestro en secreto? Supongo que sí.

¿Quiero ser su secreto? Eso suena excitante.

¿Aguantaré mucho tiempo esta situación? No lo sé.

¿Qué pasará cuando esto me sobrepase? Mandaré todo a la mierda, casi seguro.

¿Seré capaz de hacer lo correcto llegado el momento? Primero tendré que estar convencido de qué es lo correcto.

Y así durante las veinticuatro horas que ha durado el turno. Necesito desconectar de mi mente. Necesito distraerme.

Lo único que ahora se me ocurre es escribirle un mensaje a Ray, aunque sean las siete de la mañana. Ya me contestará cuándo lo lea.

Dan: Buenos días, tío. ¿Aún duermes?

Ray: Buenos días.

Que va. Sheryl se ha despertado con ganas de marcha y ya no me he sobado.

Dan: No me interesan los detalles de tu vida sexual.

Ray: ¿Seguro? Estoy convencido de que te pondrá cachondo saber cómo se la meto a mi mujer.

Dan: No te las des de machote, que ambos

sabemos que es ella quien hace todo el trabajo.

Ray: Jajaja. Y lo bien que lo hace, ¿qué?

*Dan: Repito: NO ME INTERESAN LOS
DETALLES DE TU VIDA SEXUAL.*

Ray: Estás más gruñón que de costumbre. ¿Pasa algo?

Dan: Algo pasa, sí.

Ray: ¿Mamá Caroline está bien?

Dan: Esa mujer nos enterrará a todos.

Ray: Venga, cuéntame qué ocurre. ¿Es por una mujer?

Dan: Sí, es por una mujer, pero es complicado.

Ray: ¡No me habías dicho que tienes churri!

Dan: Ya te he dicho que es complicado. Necesito contártelo. ¿Puedes quedar hoy?

Ray: Claro. Llámame cuando te despiertes y nos vemos en mi casa, o donde quieras.

Dan: OK. En un rato voy para allá, no creo que sea capaz de dormir nada.

Ray: ¿Tan fuerte te ha dado?

Dan: Luego hablamos.

Sí, definitivamente esto es lo que necesito. Ray me ayudará a verlo todo con otra perspectiva. ¿Y si no me gusta lo que me tenga que decir? Él siempre querrá que yo sea feliz, por muy cursi que suene. Y si me dice que lo mejor es que deje de ver a Sky y rompa nuestra “relación”... entonces tendré que reflexionar un poco más.

Una mano acaricia mi espalda. Es una mano cálida que repasa uno a uno

mis músculos. Me tumbo boca arriba con los ojos aún cerrados, temo que si los abro esa dulce caricia se evapore.

Ahora la mano pasa a explorar mi vientre. Toca todos y cada uno de mis abdominales y me araña con las uñas haciendo que un gemido se me escape, aunque quiero seguir aparentando dormir.

—Buenos días, mi vida —me saluda una sensual voz.

Las caricias son sustituidas por suaves besos. Esto es aún mejor que cuando me araña salvajemente.

—¿No quieres despertar aún? —pregunta.

—No —susurro—, me gusta lo que estoy soñando.

—No es un sueño, mi vida. Estoy aquí contigo.

Aunque su afirmación es firme me niego a abrir los ojos. El miedo a que desaparezca es mayor que las ganas de ver sus ojos.

Sus besos suben por mi abdomen, pasan por el centro de mi pecho y llegan a mi cuello. Toda mi anatomía está dura y a la espera de sus caricias. Sus labios ahora rozan lo míos, pero no llegan a besarme.

—Te quiero, Daniel.

Sus palabras me hacen abrir los ojos. Quiero ver cómo sus azules ojos brillan cada vez que me dice que me quiere. Pero no está. Sus labios no rozan lo míos, su cuerpo no descansa sobre el mío, su preciosa cara no está ante mí. Sky se ha ido y noto una desazón enorme en el corazón.

En la oscuridad de mi habitación miro el techo. La persiana está bajada al máximo impidiendo que la luz de la calle penetre. El sueño que acabo de tener es igual de perturbador que el primero que tuve con ella. Esto no me ayuda a aclararme, todo lo contrario, me confunde más si cabe.

Me levanto desesperado por librarme del recuerdo de lo soñado. Estoy sudoroso y... cachondo. Mi cuerpo me pide a gritos desahogarse, pero hacerme una paja en la ducha conlleva que rememore su recuerdo y no es lo que necesito ahora mismo. Abro el grifo del agua fría y me meto bajo la lluvia helada.

Media hora después estoy montándome en mi moto o, como la llama mi madre: mi máquina del infierno. Sonrío al acordarme de ella. Es una “tocacojones” de manual. Al lado de la definición de “Pesada” o “Entrometida” sale su foto, con verle la cara ya se comprende lo que esas palabritas significan. Pero, aún así, es mi madre y daría todo por ella.

Como si convocara a un espíritu, justo cuando estoy a punto de subirme en mi moto, el móvil empieza a sonar con la canción *Celebration day* de Led Zeppelin.

—Hola, mamaíta —saludo al descolgar.

—Hola, hijito de mi vida —responde. —¿Qué tal ha ido el trabajo?

—Bien, como siempre. ¿Qué tal estás tú?

—¿Yo? bien, bien. Con los achaques normales de mi edad.

—Mira que eres exagerada, mamá.

—Lo que tú digas. Bueno, solo quería asegurarme de que no se te ha olvidado que esta noche has quedado con Marian.

«¡Mierda!» Estoy tan concentrado recordando a Sky que no me he acordado de esa estúpida cita.

—Sí, mamá. Me acuerdo —miento.

—Vale, pues has quedado con ella a las siete. Tienes que venir a casa a recogerla. Porque también te acuerdas de que ella y su madre han venido a pasar unos días y se quedan en mi casa, ¿verdad?

—Sí, mamá. Me acuerdo de eso también —respondo exasperado.

Quiero a mi madre con toda mi alma, sino fuera así ya la habría colgado, pero es desesperante lo pesada que puede llegar a ser algunas veces.

—Vale. Pues ponte guapo y aparca esa máquina del infierno en la que vas porque esta noche os vais en un taxi. Yo os lo pago. ¿Sabes ya dónde la vas a llevar?

—Mamá... —tengo que terminar la llamada ya—. Tengo que colgar, he quedado para comer con Ray y ya voy tarde.

—¡Oh, Ray! Dale un beso a ese niño pícaro de mi parte y otro a su paciente mujer.

—Vale, mamáita, yo se los doy, ¿pero los quieres en la boca o dónde? Luego nos vemos.

—En el culo mejor, así dejarás de reírte de esta pobre anciana. —Es inevitable que suelte una estrepitosa carcajada—. ¡Qué ilusionada estoy! Hasta luego, cariño. Te quiero.

—Y yo a ti, mamá.

Voy a guardar el teléfono en el bolsillo del pantalón cuando un mensaje me hace mirarlo otra vez.

Hola. Espero que el trabajo fuera bien.

Es ella. Sky me ha escrito por primera vez. Todas las dudas y pensamientos apáticos que tenía antes desaparecen. No tardo ni medio segundo en decidirme a contestar.

Dan: Sí, el turno fue tranquilo. ¿Dónde estás?

Sky: Me alegro. Estoy en Alaska.

Dan: ¿Alaska? ¿Qué haces allí?

Sky: Acompaño a mi padre, como siempre.

Dan: Espero que lo estés pasando bien. ¿Qué haces por allí?

Sky: Me ha gustado despertarme contigo.

Dan: Buena manera de cambiar de tema. A mí también me ha gustado... ¿Le vas a hablar de mí?

Sky: Dan, por favor, deja el tema. Ya te he dicho que es complicado.

Dan: Es verdad, soy tu secretito. Solo me quieres para follar.

Sky: Eso no es así.

Dan: ¿No? Pues a mí me parece que sí.

La aplicación de mensajes me dice que sigue conectada, pero no contesta. Cabreado guardo el teléfono, me pongo el casco y arranco la moto. Si no quiere contestar es su problema. Lo que está claro es que el que calla otorga. Lo malo es que me encabrona que no diga nada. Acelero y me marcho a casa de mi amigo.

Diez minutos después estoy tocando la puerta de Ray.

—Hola, guapo. —Sheryl me saluda al abrir la puerta.

Me sorprende que aún esté aquí, a estas horas ya debería de haber salido hacia el trabajo.

—Hola, reina. ¿Estás bien?

Suelta una carcajada mientras me hace un gesto para que entre en su casa. Hace que sonría, esta mujer es la alegría personificada.

—No se te puede ocultar nada. Eres exasperante —finge estar enfadada.

—Te encanta, reconócelo.

—¡Hola, colega! —Algo bueno ha pasado en esta casa. Ray está de muy buen humor, demasiado bueno.

—¡Ay, Dios mío! ¿Quiénes sois y qué habéis hecho con mis amigos? —exclamo riendo.

—¿Qué pasa, no podemos estar contentos sin más?

Los miro con los ojos entornados. Me están ocultando algo, pero no van a tardar mucho en contármelo. Si es necesario usaré toda mi persuasión para sonsacarles. Empezaré por la mirada que dice: No soy tonto. Suéltalo.

—Está bien. —«¡Ja! Ha sido más fácil de lo que esperaba»—. Te has dado cuenta de que Sheryl va a ir más tarde a trabajar, ¿verdad?

—Obvio, aún está aquí cuando su turno empezó hace una hora.

—Deja el sarcasmo por un ratito. —Le pongo los ojos en blanco—. Pues es que hoy ha tenido que ir al médico.

—¿Al médico? —Esa palabra me alarma—. ¿Estás bien?

—Sí, tranquilo —me tranquiliza ella—. Solo he ido para que me confirmen que... ¡Vas a ser tío!

—¿Estás embarazada?! FELICIDADES

Abrazo a mi amiga y la levanto del suelo para hacerla girar en el aire.

—¡Dan, para! Me estoy mareando.

Paro en el acto. La suelto y voy a abrazar a mi amigo. Más bien, es como un segundo hermano.

—Enhorabuena, tío.

—Gracias.

—Bueno, chicos. Yo os dejo. Debo ir a ganarme el jornal —nos interrumpe Sheryl.

Me despido de ella con otro fuerte abrazo y me marcho al salón para darles algo de intimidad. Paso de ver cómo se comen a besos y se dicen guarradas.

Me quedo mirando por la ventana sin ver nada en realidad. Lo único de lo que soy consciente es del teléfono móvil que tengo agarrado dentro del bolsillo de mi pantalón. Sky no ha contestado y no parece que tenga intención de hacerlo.

—Toma. —Una cerveza aparece por encima de mi hombro.

—Gracias.

—Venga, suéltalo. Se nota a la legua que algo perturba tu cabecita.

Me siento en el sofá y lo escupo todo sobre Sky: La primera vez que la vi; cuando vino a buscarme al parque aquella misma tarde y la invité a desayunar; la fantástica mañana que pasamos juntos... Se lo vomito todo, casi sin respirar, haciendo las pausas justas para darle un trago a mi cerveza.

Cuando llego al momento de la proposición me trabo un poco. Me siento como un gilipollas por haber aceptado algo tan absurdo. Han sido cinco días, pero parecen cinco semanas.

Termino el relato y cierro la boca esperando que mi amigo diga algo. Pero los segundos pasan y Ray sigue sin decir nada, por lo que aparto la mirada de mi cerveza y le miro.

—Guau, tío. Todo lo que me has contado es muy... intenso.

—Lo sé.

—¿Por qué aceptaste?

—Eso no lo sé.

—Si lo que esperas es que te diga lo que tienes que hacer, lo siento, pero no lo voy a hacer. Ya eres mayorcito. Pero... si lo que buscas es un consejo... te diré que disfrutes de ella, pero que no te cierres al resto del mundo. Sal, disfruta, folla. Y cuando veas a Sky... pues goza con ella, y de ella.

El consejo de mi amigo me hace reflexionar. Sabía que era buena idea hablar con él. Si ignoras su pelo negro peinado de punta, sus ojos negros que todo lo miran divertidos y esos músculos, que ha conseguido machacándose conmigo en el gimnasio, encuentras una mente muy espabilada y una gran inteligencia. Además de ser el amigo más fiel que pueda existir. Soy muy afortunado de contar con él en mi vida.

Paso el día en casa de mi amigo. Una vez zanjado el tema de Sky pasamos a hablar de cientos de temas dispares. Lo paso en grande aquí. Comemos unos bocadillos que nos preparamos nosotros mismos (cosa que, estoy seguro, no sorprenderá a Sheryl cuando vuelva) mientras bebemos cervezas y recordamos viejas fechorías de juventud.

A las cinco me despido de Ray y me marcho a mi casa para prepararme para la cita con Marian. No tengo muchas ganas de salir, pero al menos servirá para olvidar que Sky aún no me ha contestado.

Dos horas después, y tras dar un paseo, llego a casa de mi madre. Llamo al timbre con toda la desgana del mundo. En décimas de segundo mi madre me abre la puerta con una enorme sonrisa y escanea mi ropa sin dejarme entrar aún. Hasta que se da por satisfecha y se aparta. Me he puesto unos vaqueros negros, mis botas, una camiseta gris y mi chaqueta de cuero preferida. Para ser yo voy bastante arreglado, incluso me he peinado.

—Podrías haberte puesto un pantalón de traje y unos zapatos —me regaña mi madre.

—Mamá, no voy de boda. Además, ¿no estoy guapo?

—Hola, Daniel. ¡Qué guapo estás! —Marissa, la gran amiga de mi madre, me da un abrazo—. Marian bajará enseguida.

—¿Ves, mamá? Esto sí es un buen recibimiento —suelto guiñándole un ojo a mi progenitora.

Espero sentado en el sofá con esas dos mujeres mientras ellas hablan y hablan. Desconecto al segundo dos que empiezan con su retahíla. Le pregunté a Jefferson si se apuntaba, pero ya había quedado. Ray ha preferido quedarse en casa con su mujer después de la gran noticia, cosa que entiendo perfectamente. Lo malo es que al final me toca comerme solito el marrón con la niña.

—Ya podemos irnos.

Me giro en el sofá y, por primera vez desde que me concertaran esta cita, me alegro de estar aquí. Esperaba ver a una mojigata vestida como si acabase de salir de un colegio de monjas, pero lo que encuentro es a una preciosa pelirroja de ojos azules que me sonrío con unos labios rojo intenso. Lleva un vestido verde que deja a la vista un bonito escote. Me levanto con la mirada fija en ella, y su escote, y la saludo.

—Hola, soy Dan.

—Sí, eso imaginaba. Yo soy Marian.

—Ves —oigo susurrar a mi madre—, sabía que se gustarían.

Pongo los ojos en blanco y veo que ella hace el mismo gesto que yo. Nos despedimos de nuestras madres. Nos disponemos a marcharnos cuando mi señora madre me agarra del brazo y me gira para darme un abrazo.

—Pásalo bien, cariño. Gracias por hacer esto por mí —me susurra al oído—. Te meto un preservativo en el bolsillo de la chaqueta. Quiero ser abuela, pero no en una primera cita.

Me separo de ella y compruebo que de verdad me ha metido un condón en el bolsillo. ¡Mi madre es la leche! Pero esta se la pienso devolver.

—No te preocupes, mamá. Tengo alguno de estos en casa.

Le guiño un ojo, le ofrezco el brazo a mi cita y juntos nos marchamos.

Vamos a cenar a un restaurante italiano no demasiado íntimo. Al principio solo quería pasar cuanto antes este trago, pero el consejo de Ray resuena en mi cabeza una y otra vez: Sal, disfruta, folla. Y tengo que reconocer que Marian es muy atractiva, además de inteligente y divertida.

Después de la cena vamos a un bar cercano para tomar unas copas. Hablamos sobre nosotros y nuestros trabajos. Ambos reconocemos que la cita ha sido una encerrona de nuestras madres. Bebemos una copa tras otra, hasta que ya no podemos dejar de reír.

En este momento me planteo si es buena idea besar a esta preciosa pelirroja, pero no consigo encontrar ni un solo motivo para no hacerlo.

—Creo que hemos bebido demasiado —dice Marian riendo.

—Sí, yo también lo creo.

Se levanta de su taburete tambaleante y casi no soy capaz de agarrarla de la cintura justo antes de que caiga al suelo, acercándola a mí. Miro sus labios que siguen igual de rojos que cuando la recogí hace unas horas. ¿Será su color natural? Me acerco más a ella y uno nuestras bocas. Sus labios son suaves y están húmedos. Mi lengua entra en su boca saboreando la ginebra de su *Dry Martini*, mientras mis manos bajan desde su cintura hasta posarse sobre su pequeño trasero.

—Deberíamos irnos —susurra contra mis labios.

—¿A mi casa? —pregunto.

Mueve la cabeza afirmativamente mientras se separa de mí.

En el trayecto en taxi (que no es muy largo) no podemos dejar de besarnos y tocarnos. Ella roza disimuladamente mi erección y yo toco con descaro su pecho. La noche se prevé movidita.

Entramos en mi portal y dejamos nuestros tocamientos para la intimidad porque Angelic está esperando el ascensor, ¿cómo no? En la nebulosa alcohólica de mi mente me pregunto si esta mujer se pasa las veinticuatro horas del día espíandome.

—Buenas noches, vecino —saluda Angelic.

—Buenas noches, vecina. Esta es Marian, una amiga.

Las chicas se saludan. Veo cómo Angelic mira a Marian con recelo, mientras que mi acompañante sonrío abiertamente.

El momento tan incómodo que paso en el ascensor hace que la excitación baje un poco de intensidad. El cansancio por la falta de sueño no ayuda. Aún así, entramos por la puerta de mi casa besándonos ansiosos. Vamos directos a mi dormitorio, desnudándonos con prisa, y en cuanto nuestros cuerpos tocan la cama... Marian se queda dormida. La miro durante un par de segundos, pero enseguida decido tumbarme a su lado y caigo yo también dormido.

Un pitido constante suena despertándome. Harto de todo, me levanto para abrir la puerta y enfrentarme a quien me despierta de esta manera tan jodida. Abro y, para mi asombro, me encuentro a mi madre y a Marissa, la madre de Marian. ¿Qué hacen aquí? No entiendo nada.

—¡Por el amor de Dios, Daniel! Haz el favor de ponerte algo de ropa encima antes de abrir la puerta —me regaña mi madre.

Miro mi cuerpo y veo que solo llevo los calzoncillos puestos, tal y como me quedé dormido anoche.

—Mamá, por favor. Tengo un dolor de cabeza horroroso.

—¿Está mi hija aquí? —pregunta Marissa con una enorme sonrisa.

—Aún duerme.

—¿Habéis dormido juntos? —preguntan las dos mujeres al unísono.

Pongo los ojos en blanco y me marchó a la cocina para preparar un café para mí y otro para Marian. Necesito un chute de cafeína para poder lidiar con estas mujeres.

—¿Os habéis acostado? —pregunta Marissa.

—Eso no es asunto tuyo, mamá —responde Marian entrando en la cocina.

Sonrío al ver que lleva puesta mi camiseta. Por la mirada risueña que me dedica sé que recuerda que no ha pasado nada indecoroso entre nosotros, pero que está disfrutando con todo esto, igual que yo.

Casi me acuesto con esta mujer y ahora doy gracias por no haberlo hecho. Me gustará tener a Marian cerca, eso seguro. Lo que tengo tan claro es que

quiera meterla en mi cama de nuevo, porque todo se puede ir a la mierda demasiado rápido. Tendremos que esperar a que las cotillas de nuestras madres se vayan para poder hablar y llegar a un acuerdo.

Los días pasan

Ya estamos a sábado. Y esta vez puedo decir que estaba ansioso porque llegase el sábado. Por mi trabajo y los turnos tan extraños que tengo no puedo disfrutar de un fin de semana libre completo muy a menudo, pero este me toca, ¡por fin!

El lunes pasado me despedí de Marian porque volvía a su casa y, por suerte, se llevaba a la cotilla de su madre con ella. De verdad, espero que esa guapa pelirroja consiga el trabajo para el que hizo la entrevista. Me gustará tenerla cerca, pero que se deje a su madre lejos, por favor.

El día que me desperté con ella en mi cama (después de habernos cogido una tremenda borrachera) y tras haber conseguido librarnos de nuestras madres, pudimos hablar.

—Por fin se han ido —dijo sentándose en mi sofá—. ¡Qué pesadas son!

—Y lo que nos queda por aguantar después de esto. —Me senté a su lado y le tendí otra taza de café—. ¿Qué vamos a hacer? —le pregunté.

Aún no estoy seguro de si aquella pregunta iba con segundas intenciones.

—Tenemos dos opciones —dijo sonriendo—. La primera es decirles la verdad: que no hemos hecho nada porque nos quedamos dormidos por culpa de la borrachera que llevábamos. Y la segunda opción es: seguir con la broma y hacerles creer que pasamos una noche llena de pasión y desenfreno.

—Hay una tercera opción...

—¿Cuál?

—Acostarnos ahora y decirles la verdad.

Me miró perpleja. No supe si sentirme ofendido ante su expresión. ¿Tan malo sería follar conmigo? Puede que esa sea la razón por la que Sky no me llama. ¿Es posible que yo tenga la culpa de todo? ¿No soy tan bueno como pensaba?

—Oye, no te ofendas —se apresuró a decir—. Hacerlo contigo tiene que ser alucinante, pero me has caído muy bien y sé que si nos acostamos todo se va a joder.

Sonreí ante su afirmación al parecer somos más parecidos de lo que pensaba.

—¿Cómo sabes que no podemos estar juntos más de una noche? Quizás si pasaras por mi cama una vez, no querrías salir de ella.

—Es posible que fueses tú quien se enganchara de mí —respondió altiva.

Al final terminamos quedando simplemente como amigos, sin derecho a roce y sin pasar por la cama del otro. Nada más que para dormir las borracheras. También acordamos que sería divertido seguir haciéndoles creer a las cotillas de nuestras madres que sí que tuvimos algo.

Y aunque todo esto sea divertido y me distraiga, ahora mismo, aquí tumbado en mi cama, no puedo evitar pensar en Sky y en el hecho de que aún no me ha escrito. Llevo una semana sin saber nada de ella y, aunque me cueste reconocerlo, estoy jodido.

Enfurecido porque vuelvo a pensar en ella me levanto de la cama, miro el teléfono y veo que tengo un mensaje. Por un segundo mi corazón se acelera con la expectativa de que sea de ella, pero no, es Ray.

Después de comer pásate por casa. Tengo una cosilla para ti.

«¿Una cosa para mí? ¿Qué estará tramando?» Le contesto para sonsacarle información:

¿Una cosa? ¿Qué mierda estás tramando?

Dejo el teléfono otra vez sobre la mesilla y me meto en la ducha. Hoy tengo que ir a comer donde mi madre; además, vienen mi hermano, su mujer y sus niños. Así podré librarme de las insistentes preguntas de mi madre sobre Marian.

Cuando vuelvo a la habitación, con una toalla tapándome las vergüenzas, cojo el móvil de nuevo para leer la respuesta de Ray:

No voy a desvelarte nada. Tú pásate. Y punto

Hay que joderse lo mandón que puede llegar a ser este capullo. Es mejor que le conteste o pensará que me ha intimidado.

*No te alteres, que no le sienta bien a tu cutis de nena.
No sé a qué hora podré ir, hoy vamos todos donde mi
madre.*

En cuanto le doy a enviar se me ocurre una idea y le vuelvo a escribir:

*¿Por qué no os venís vosotros también? Mi madre
estará encantada de que le deis la gran noticia vosotros
mismos.*

Voy a la cocina y me sirvo un vaso de zumo de pomelo para espabilarme. Ahora que lo pienso no recuerdo haberlo comprado, seguro que mi madre lo ha traído, cosa que le agradezco en silencio. A ella no se lo puedo decir porque le tengo dicho que no entre en mi casa sin estar yo.

El móvil me avisa de la llegada de un nuevo mensaje. Miro la pantalla y sonrío al leer la respuesta de mi amigo.

Buena idea. Allí nos vemos.

Ahora sí que me libro de mi madre, ¡toma ya! Hablando de mi madre... el timbre suena. Bebiéndome mi zumo (que está delicioso, por cierto) voy a abrir la puerta. Me quedo a medio trago cuando veo que la que está ante mí no es mi madre, sino Sky.

—Hola, Daniel —susurra repasando mi cuerpo con la mirada—. ¿Puedo pasar?

No sé por qué pero me aparto para dejarla entrar. Quiero y no quiero que esté aquí, es de lo más frustrante. Sin decir ni una sola palabra me marcho al dormitorio para ponerme un pantalón y una camiseta, no me apetece estar con ella en una habitación estando casi desnudo.

—Siento mucho no haberte llamado —su voz me sobresalta justo antes de que me ponga la camiseta.

No me muevo, me dejo sin poner la camiseta esperando que diga algo más. Pero no lo hace. Sin embargo oigo como se acerca a mí. Sus manos se posan en mis hombros y empiezan a acariciarlos para después bajar por mi espalda. Me estremezco y mis músculos se contraen bajo su contacto. Es como en mi sueño, estoy reviendo cada caricia, cada sensación...

—¿Qué haces aquí, Sky?

Pasa las manos por mi cintura y me abraza apoyando su cabeza en mi espalda. Siento la terrible necesidad de tocarla, de abrazarla, pero no voy a hacerlo hasta que me responda.

—Responde a mi pregunta, por favor.

Aprieta su abrazo un poco más mientras suspira.

—Estoy aquí por ti —murmura.

—Bueno, aquí solo vivo yo, así que lógicamente es por mí.

—No me has entendido. Lo que quería decir...

—¿Qué querías decir? —Me libro furioso de sus brazos—. Vienes para que te folle, es eso, ¿verdad? —me alejo de ella, necesito poner distancia entre nosotros.

—¡No! Llevo una semana sin verte y...

—Claro. Ya estás necesitada. Estás cachonda y no tienes quien te alivie.
—La miro furioso—. Muy bien, acabemos con esto para que te puedas ir relajada, pero después no vuelvas a venir por aquí.

Ahora es ella la que tiene cara furiosa. Se acerca a mí con paso decidido y me asesta un fuerte bofetón en la cara. Me quedo helado, con la cara girada y la mejilla ardiendo. ¿Quién iba a decir que una mano tan pequeña y delicada podría dar tal hostia?

—En tu jodida vida vuelvas a tratarme como a una zorra.

Se da la vuelta airada para marcharse. Me quedo unos segundos intentando asimilar qué coño acaba de pasar. La alcanzo justo cuando va a coger el picaporte de la puerta. Aprieto su cuerpo contra la pared para evitar que se mueva, aunque no estoy seguro de si es lo que quiero.

—Si no recuerdo mal, no es la primera vez que estamos en esta posición.

Mi cuerpo vibra a causa de la furia, la exasperación y la excitación. Esta mujer provoca demasiados sentimientos en mí.

—No voy a dejar que te marches —susurro en su oreja— hasta que respondas a mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —murmura apoyando la frente en la pared.

—¿Por qué has venido? Y dime la verdad.

—Ya te lo he dicho. Estoy aquí por ti.

—Porque quieres que te folle —la corrijo.

—¡No! —se revuelve furiosa hasta que la suelto—. Estoy aquí porque... porque no puedo dejar de pensar en ti. —Unas lágrimas que me llegan al alma ruedan por sus pálidas mejillas—. Porque tú... tú me haces sentir... guapa, deseada. Y yo... necesito seguir sintiéndome así. Te necesito a ti, Daniel. Simplemente.

La miro aún furioso, esta preciosa mujer es de lo más desconcertante.

—No te entiendo, Sky. Pasas una semana sin dar señales de vida y de pronto te presentas aquí pidiendo, ¿qué exactamente?

—Solo te pido que me dejes estar contigo. Me gustas mucho. Y por una

vez, en treinta años, quiero ser egoísta y pensar en mí en vez de en el resto del mundo. Bueno, en mí y en ti. Mi vida es mucho más que complicada, pero quiero estar contigo todo el tiempo que tú me permitas.

—El tiempo que yo te permita, pero cuando tú quieras —apunto suspicaz.

—Daniel —suspira. Se escurre por la pared hasta que queda sentada en el suelo—. Mi padre es un hombre... poderoso. Me resulta complicado librarme del servicio de seguridad que siempre me persigue. Y más desde que me escapé y tuve el accidente con el coche.

Por fin me está contando algo sobre ella, ¡alabado sea Dios! Se queda callada a la espera de que diga algo, secándose las lágrimas con rabia.

—Cada vez que vienes aquí... ¿tienes que escaparte? —Asiente—. ¿Quién es tu padre?

—No quiero hablar de él. Ahora no.

—Entonces, lo que me pides es... ¡Joder! No tengo ni puta idea de lo que me pides exactamente.

—Te pido paciencia. Quiero estar contigo, pero tengo más restricciones que las chicas normales. Comprenderé que no...

No dejo que termine la frase, me lanzo a su boca y descargo toda la frustración que llevo sintiendo desde que tuvimos aquella conversación a través de mensajes, hace ya más de una semana. Sky me devuelve el beso con la misma fuerza. Me empuja, sin separar nuestros labios, hasta que quedo tumbado en el suelo frente a la puerta de entrada de mi casa. Mis ansiosas manos tocan su precioso cuerpo repasando todas y cada una de sus curvas. Hasta que las coloco en su culo y la aprieto contra mí para que note lo cachondo que me pone.

Ha contestado a mi pregunta, por lo que, por haber sido fuerte y haberme mantenido fiel a mi promesa de no tocarla, me merezco mi premio.

Sus piernas se separan dejando mi cadera entre ellas. El pantalón que llevo es fino y le da la oportunidad de notar cada centímetro de mi miembro mientras frota su sexo contra el mí. Su recatada falda se ha subido dándome la oportunidad de poner las manos sobre su trasero desnudo. Con cada movimiento que hace me voy poniendo más y más duro, incluso llego a notar como pequeñas gotas presemiales se escapan humedeciendo el pantalón.

Quiero decirle que pare, o que siga, todo a la vez, pero no puedo hacerlo porque su lengua sigue enredada con la mía. Lo que sí puedo hacer es apretar su trasero y luego subir hasta sus tetas, desabrochando los botones de su camisa para poder tocarlas mejor. Las tiene tersas, no demasiado grandes, con unos pezones rosados más que apetitosos.

Una de sus manos baja la cintura de mi pantalón liberándome y antes de que pueda reaccionar me está metiendo dentro de ella. A pelo, sin ningún tipo de barrera entre los dos.

—Necesitamos un condón —gimo sin convicción ayudándola a moverse sobre mí.

—No tengo ninguna enfermedad y no puedo quedarme embarazada, llevo un DIU.

Gimo más aún al oírla. Ella quiere esto y yo muero de ganas también. Separa nuestros labios y se incorpora quedando sentada sobre mí. Verla con la camisa abierta, la falda arrugada en su cintura, sus labios húmedos e hinchados por los besos que me ha dado y sus pechos moviéndose al compás de sus caderas me está volviendo loco. Es la imagen más erótica que jamás he visto. Sus ojos están fijos en los míos dándome una sensación de intimidad que nunca antes había sentido. Con cada gemido que suelta la aprieto más contra mí, oír sus jadeos me alientan a que la mueva más deprisa. De pronto noto como todos sus músculos internos se tensan.

—Joder, Sky. Vuelve a hacer eso —le suplico en un jadeo.

Hace lo que le pido llevándome al límite. Noto el inconfundible escalofrío recorrer toda mi columna, señal de que estoy listo para dejarme ir.

—Vamos, nena. Corrámonos juntos.

Nos movemos más rápido, de manera errática y desesperada. Hasta que el orgasmo nos asalta y nos corremos a la vez. Sigo haciendo que se mueva, aunque cada vez más despacio, exprimiendo así hasta el último vestigio de nuestro placer. Notar como mi semen la inunda hasta el punto de escurrir por sus muslos es lo más sexy que he sentido nunca. Jamás había tenido un orgasmo tan intenso, ni tan largo.

—Eres absolutamente fantástica —la alabo aún jadeante.

—Tú has hecho todo el trabajo.

Se deja caer con la elegancia que la caracteriza hasta apoyar la cabeza en el hueco de mi cuello. Sigo estando en su interior y, a pesar de que mi erección está en retroceso, no han disminuido las ganas que tengo de seguir aquí dentro. Nos mantenemos en silencio dichosos. Acaricio arriba y abajo su espalda, suavemente, mientras nuestras respiraciones van, poco a poco, volviendo a la normalidad.

De pronto el estridente sonido del timbre nos sobresalta.

—*Sshh* —susurro en el oído de mi ángel—, no hagas ruido y verás como se marchan pronto.

Su cuerpo se contrae a causa de su risa silenciosa, cosa que hace que me estremezca y quiera volver a embestirla. Pero el timbre vuelve a sonar, esta vez acompañado de los gritos de una voz que no quiero oír en este momento.

—Vamos, Dan —grita Angelic—. Abre la puerta. Sé que no te has ido aún.

—¿Quién es? —me pregunta en un susurro Sky.

—La pesada de mi vecina.

Ahora llama a la puerta con el puño.

—Vamos, remolón, ¡levántate de una vez! Tengo unas cosas que darte para tu madre.

Suspiro exasperado y me giro para dejar a Sky tumbada en el suelo sobre su espalda.

—¿No irás a abrir la puerta? —susurra aterrorizada.

La miro extrañado hasta que recuerdo que nadie puede saber que está aquí.

—Ve a mi habitación, no tardaré nada en despacharla.

La ayudo a levantarse, se baja la falda y veo como sale corriendo en dirección al dormitorio aún con la camisa levantada. Me coloco el pantalón en su sitio, me peino un poco con las manos y entreabro la puerta, lo justo y necesario, a la inoportuna visita. Aunque la abriese del todo no podría ver a Sky porque ha cerrado la puerta del dormitorio, pero tampoco quiero darle la oportunidad a Angelic de ver más de la cuenta.

—¡Vaya! —dice abriendo mucho los ojos—, parece que te he pillado en mal momento. —Me sonrío de manera pícaro aunque sus ojos están recelosos.

—Un poco sí. ¿Qué tienes para mí? —la apremio.

Me tiende una bolsa de papel llena de recipientes de plástico.

—Son de tu madre. Dáselos cuando la veas. Y dale las gracias de mi parte.

—Claro. Yo se los doy. Gracias, vecina.

Me quedo mirándola a la espera de que se despida para poder cerrar la puerta, pero por el repaso que le da a mi cuerpo medio desnudo parece que no tiene prisa.

—¿Necesitas algo más, Angelic?

—¡Oh! No, no. Perdona. Tenemos que quedar algún día para tomar algo.

—Claro. Ya quedaremos.

Por fin se da la vuelta y se marcha. No le doy tiempo a llegar al ascensor antes de cerrar la puerta. Dejo la bolsa en el suelo, al lado de la puerta, y voy a mi habitación. Encuentro a mi ángel sentada en mi cama con la cabeza apoyada en las manos.

—Oye —le digo acucillándome ante ella—. ¿Qué te pasa?

—Esto no está bien, Daniel.

La agarro por las muñecas y aparto sus manos para que pueda mirarme.

—¿Por qué dices eso? Creía que ya habíamos discutido esto antes.

—Dan, deberías decirme que me vaya. Ni siquiera puedes abrir la puerta a tu vecina sin que yo me tenga que esconder.

—¿Crees que eso me importa? —Me mira sin decir nada—. Sky, a mí lo único que me importa es que tú estás aquí. Si para poder verte me tengo que recluir aquí cada vez que vengas y no ver a nadie, no me importa. Además, esto no va a ser así para siempre, ¿no?

—No —susurra.

Necesito que vuelva a sonreír, por lo que en un movimiento rápido la

tumbo en la cama y hundo la cara entre sus pechos. Le doy pequeños mordiscos que la hacen reír. Subo, aún mordiéndola, por su garganta hasta que llego a su boca.

—Deberías llevar ropa interior roja —le digo volviendo a mirar sus tetas.

—¿Roja? —pregunta extrañada. Asiento sonriendo.

Otra vez nos vuelven a interrumpir, esta vez es el sonido de mi móvil. Descuelgo sin mirar ya que la canción *It's my life* de Bon Jovi me dice que es el pesado de Ray quien llama. Le hago un gesto a mi ángel para que no haga ruido y conecto el altavoz del teléfono.

—¿Qué pasa, tío?

—¿Dónde estás? —me pregunta molesto.

—Aún en casa, ¿por qué?

—Porque ya estamos donde tu madre. Así que deja de cascártela y mueve tu culo hasta aquí.

—¿Tanto me echas de menos? —pregunto riendo.

Sky está debajo de mí con una mano sobre su boca para amortiguar su risa.

—Déjate de gilipolleces y ven, que tu madre me está interrogando.

Suelto una carcajada. Sabía que eso iba a pasar, por algo le invité.

—Sí, sí. Enseguida voy para allá.

Pulso el botón colgando a Ray que está diciendo alguna estupidez.

—¿Quién era? —pregunta Sky riendo.

—Ray, mi mejor amigo. Le he invitado a comer en casa de mi madre para que me libere de sus preguntas. Y parece que funciona.

—¿Le invitas a la casa de tu madre sin más? ¿No le molesta?

—¿A mi madre? ¡Qué va! Le encanta tener la casa llena de gente.

Entonces se me ocurre una cosa. Sé que me va a decir que no pero tengo que intentarlo. Me tumbo a su lado en la cama, le aparto un mechón de pelo de la cara y me lanzo:

—¿Quieres venir? Mi familia puede ser discreta si se lo pido.

Estudio sus ojos y veo que duda. Quiere venir pero algo se lo impide.

—No puedo, Dan. Lo siento.

—Tranquila, lo entiendo. Pero tenía que intentarlo.

Nos quedamos en silencio mirándonos. Acaricio suavemente su cadera y su muslo, la necesidad de volver a tocarla es apremiante.

—Me encantaría quedarme aquí contigo todo el día, pero me esperan para comer. Y a ti también —dice Sky acariciándome el pecho.

—¿Cuándo te voy a volver a ver? —pregunto.

—Pronto, te lo prometo.

Ya voy en mi moto camino de casa de mi madre. La felicidad que sentía tras hacer el amor con mi ángel se ha atenuado mucho cuando me he tenido que despedir de ella en la puerta de mi casa. Me jode que ni siquiera haya podido acompañarla hasta su coche.

—¡Tío, Nan! —grita Caden mientras corre hacia mí.

—¡Hola, peque!

Le cojo en brazos sin bajarme de la moto y le siento conmigo para que haga que conduce. Le encanta que haga eso.

—Tío, cuando cumpla los *diciséis* años y pueda conducir quiero que me regales una moto como la tuya, ¿vale?

—Habrás que preguntarle a tu padre.

Bajamos de mi moto y entramos en la casa de mi madre donde unos ladridos llaman mi atención. Voy a la cocina y me encuentro a mi madre con algo muy pequeño en brazos, algo que parece un perro.

—Hola, mamá. —Le doy un beso en la mejilla—. ¿Te has comprado una rata? —pregunto divertido.

—¡No es una rata, tío! —grita riendo Caden—. ¡Es un perro!

—Y no es de tu madre —dice Ray entrando en la cocina—. Es para ti.

—¿Para mí? —Le miro alucinado—. Creo que yo necesitaría una raza algo más grande.

Cojo al pequeño animal con reticencia. Tiene el pelo largo, es de color marrón claro y me cabe en una mano de lo pequeño que es.

—A uno más grande no lo puedes llevar en la moto. Además, aún es un cachorro, tiene que crecer. Es un Yorkshire y se llama *Goliat*.

—Estáis de coña, ¿verdad? Yo no puedo hacerme cargo de un perro —digo alertado porque parece que este chucho sí que es para mí—. ¿Y quién le ha puesto ese nombre?

Dejo al perro en el suelo y empieza a correr hacia mis sobrinos. Ray se acerca y me susurra para que solo yo le pueda oír:

—Es para que te entretengas. Para que te haga compañía y dejes de pensar en ella. ¡Ah! Y el nombre se lo ha puesto Camden.

Abro los ojos como platos. Si él supiera que hace apenas unos minutos que me he despedido de Sky en la puerta de mi casa se quedaría alucinado. Fliparía más si supiese que estoy decidido a estar con ella todo el tiempo que pueda.

Vuelvo a coger al pequeño perro y le vuelvo a mirar. El animal me ladra suavemente y en ese instante sé que va ser mi compañero de piso irremediabilmente.

No te vayas, quédate

Llego a mi casa exhausto, el turno ha sido movido. Por si fuera poco, el Sargento parecía tener el día torcido y nos ha machacado mucho en las prácticas. En dos de las salidas que hemos tenido mi superior ha decidido que le apetecía un poco de acción y ha venido con nosotros. En un par de ocasiones he estado tentado de mandarle a la mierda. Nosotros tenemos la dinámica cogida. Los chicos están más que adaptados a mi manera de proceder, y simplemente les doy directrices; ellos saben perfectamente lo que tienen que hacer con que les diga solo una palabra. Pero el Sargento... para él todo es lento y todo está mal. Al menos así ha sido hoy.

Por suerte ya estoy aparcando mi moto ante el portal de mi edificio. Ayer me llamó Sky antes de que empezara el turno. Me dijo que tenía que salir de viaje a Maine, pero no me dijo cuándo voy a volver a verla. No me explicó qué tiene que hacer a ocho horas de aquí, solo que iba con su padre. Tampoco quise preguntar mucho más, si ella no quiere contármelo no voy a presionarla. Lo único que quiero hacer es disfrutar del tiempo que pueda pasar con ella.

Me acerco al ascensor arrastrando los pies, deseando que mi chica me llame y me diga que viene para casa. Por ella podría esperar para dormir, por mucho que lo necesite. No sé que día vuelve, pero seguro que cuando lo haga me llamará, o eso espero. Me sorprende que hoy no está Angelic esperando el ascensor como acostumbra a hacer siempre que llego. ¿Habrá habido una catástrofe y no me he enterado? Casi que me alegro porque no tengo fuerzas para aguantar su charla y sus insinuaciones.

Llego ante la puerta de mi apartamento a cada minuto más abatido. Me

paro de golpe, con la llave casi en la cerradura, cuando oigo dentro como algo se estrella contra el suelo y suena una suave y recatada maldición. Abro la puerta con prisa, pero me quedo prado al ver a Sky agachada recogiendo los trozos de lo que parece un plato.

—¿Sky?

Mi rubia levanta la cabeza y veo la desesperación en sus ojos.

—¿Qué haces en el suelo? ¿Qué ha pasado? —pregunto.

—¡Oh, ya has llegado! Lo... lo siento. Estaba... intentaba...

—Nena, deja de tartamudear y levántate que ya recojo eso con la escoba.

Hace lo que le pido y rápidamente recojo los restos del plato. Cuando termino vuelvo a acercarme a ella. Cubro sus mejillas con mis manos y la miro directamente a esos ojos azules que tanto me gustan.

—No puedo creer que estés aquí —murmuro un segundo antes de besarla—. Dime que no eres un espejismo.

—Estoy aquí. —Ahora es ella la que me besa enredando sus manos en mi pelo—. Un espejismo no podría romper tus platos.

Río. Ella siempre me hace reír. Justo lo que deseaba mientras venía en mi moto se ha hecho realidad.

—Se te va a enfriar el desayuno —dice sin separarse de mí.

Entonces me doy cuenta de que lleva puesto uno de los mandiles que mi madre tiene en mi piso.

—¿Me has preparado el desayuno?

—Sí —dice sonriendo—. O al menos lo he intentado. La comida será mejor que la pidamos a domicilio.

—¿Comida? ¿Vas a quedarte a comer conmigo?

—No. —Su sonrisa se intensifica más si cabe, cegándome—. Me voy a quedar todo el día. Si quieres, claro.

—¡¿Todo el día?! ¿A dormir también?

—Eso... No creo que sea posible...

La alegría que hasta hace unos segundos brillaba en sus ojos se apaga visiblemente. Yo quiero verla feliz. Me acaba de decir que voy a poder pasar todo el día con ella, no puedo exigirle más.

—¿Qué hay para desayunar? —pregunto para distraerla.

—Pues... he intentado hacer unos huevos revueltos con beicon y fruta variada. Es la primera vez que cocino, así que sé indulgente conmigo. Lo único que no he hecho ha sido el café, como el tuyo no hay ninguno.

Suelto otra carcajada, la beso en los labios y voy a preparar los cafés. Una vez listos nos sentamos a comernos el desayuno. Es cierto que los huevos están un poco sosos, pero con un poco de sal queda solucionado. Ella ha hecho el esfuerzo de prepararlos y yo no tengo reparos en demostrarle mi gratitud.

—Cuéntame, ¿qué tal ha ido el turno?

—Ha sido una auténtica locura.

Me meto una loncha de beicon en la boca. Está exactamente como a mí me gusta: crujiente sin estar quemado. Me mira a la espera de que siga hablando, parece realmente interesada en saber en qué consiste mi trabajo.

—Por la mañana hicimos unas prácticas muy duras, donde el Sargento nos ha machacado de lo lindo. Después hemos recibido una llamada que nos decía que una mujer había oído un grito en casa de su vecina y que pedía ayuda. Cuando llegamos y pudimos abrir la puerta, la encontramos tirada en el suelo.

—Oh, Dios mío. ¿Qué le había pasado?

—Pues, la pobre mujer había pisado un cochecito de juguete que había dejado tirado su nieto y al caer se había hecho daño.

—Pobre mujer. ¿Está bien?

—No lo sé. No todas las personas a las que ayudamos vienen a darnos las gracias después al parque. —Le guiño el ojo dándole las gracias en silencio por ser tan cumplida—. Para ser sincero, tú has sido la primera que ha venido a agradecerme tras dejarte con los médicos.

—No podía hacer menos.

Se levanta de su silla para sentarse sobre mis piernas y besarme con delicadeza antes de pedirme que siga contando mi día.

—Por la tarde hemos recibido el aviso de que había un bebé solo en el balcón de Orange St. —Ante su cara de estupefacción continúo hablando—. Era un niño de dos años. La abuela estaba trabajando y la madre, una adolescente de diecisiete años, le había dejado durmiendo mientras iba a hacer unos recados. El niño se había despertando y, gateando, había ido a buscar a su madre. Y para rematar el chiste, la madre había dejado el balcón abierto. Hemos intentado abrir la puerta, pero no hemos sido capaces, por lo que al final hemos tenido que subir con la escalera por la fachada por no perder más tiempo. Ha sido una auténtica locura.

—Hay gente que no se merece llamarse “padre”, ni siquiera deberían poder reproducirse —dice Sky de manera distraída.

Su declaración me sorprende, a pesar de que estoy totalmente de acuerdo con ella. Esto hace que me pregunte si tiene algún problema con su padre. ¿Es posible que no la haya querido suficiente? ¿O que la haya querido de más? pensar esto último me enfurece. Que este ángel sufra algún tipo de daño saca mi lado animal.

—¿Estás muy cansado? —La pregunta de Sky devuelve a la tierra mi atención—. Seguro que estás deseando echarte a dormir.

—Sí, estoy cansado. Pero antes de echarme un rato voy a hacerte el amor, ¿te parece bien?

Sin darle tiempo a contestar me levanto con ella en brazos y voy derecho al dormitorio. La tumbo en la cama con todo el cuidado del mundo quedándome de pie para poder observarla.

Sin que tenga que decirle nada se pone bocabajo para que pueda bajarle la cremallera del vestido. A medida que el trozo de metal va bajando su preciosa piel va quedando al descubierto. La respiración se me empieza a acelerar, por muchas veces que la vea desnuda nunca me acostumbraré. Cuando llego a la altura del sujetador mi alterada respiración queda atascada en mi garganta. Creo estar viendo visiones, su ropa interior es de color rojo. De un tirón termino de desabrochar el vestido y la giro para tenerla de frente. Ella está riéndose descaradamente. Su risa se intensifica cuando empiezo a tirar del bajo de su vestido desesperado, intentado quitárselo. Al conseguirlo me

quedo boquiabierto, sus bragas y sujetador de encaje son de color carmesí.

—Una vez me dijiste que te gustaría verme de rojo...

—Joder —consigo susurrar.

Es como si un sueño se hiciese realidad. Entonces me acuerdo de otro sueño que tuve con ella. Uno en el que nos acompañaba de fondo el gran Marilyn Manson. Dejándola en la cama me dirijo al equipo de música del dormitorio, busco la canción en cuestión y le doy al *play*. Me giro hacia el cuerpo que yace tumbado en mi cama y veo como se levanta y se acerca a mí lentamente, mientras yo me quedo en el sitio a la espera de que llegue a mí. Cuando lo hace susurra:

—Desnúdate.

No tardo ni tres segundos en cumplir su orden. Al tenerme como desea pone sus manos sobre mi pecho.

—Me gusta tu tatuaje —murmura antes de depositar un suave beso sobre él.

Entonces para mi sorpresa y deleite empieza a bailar al son de la canción *Sweet dreams*. Mi excitación está por las nubes, lo demuestra la enorme erección que tengo.

Me acaricia seduciéndome. Cosa innecesaria, hace tiempo que soy suyo. Agarra mi mano y tira de mí hacia la cama. Empuja mi cuerpo para que caiga sobre el lecho y se sube a horcajadas sobre mi cintura mientras sigue contoneándose. Su mano viaja por mi cuerpo hasta que llega a mi erección y empieza a introducirla lentamente en su cuerpo. Noto lo apretada que está, su calor, cómo sus músculos internos se tensan a mi paso, apretándome. Es exactamente igual que en mi sueño. ¿Estaré soñando otra vez lo mismo? Un rápido y certero movimiento de sus caderas me confirman que no es un sueño, lo que está pasando es completamente real. Intento mantenerme quieto para poder disfrutar del alucinante espectáculo que mi chica me está ofreciendo. Lo único que me permito es colocar las manos en sus muslos y acariciarlos suavemente.

Sube hasta casi sacarme de su interior para luego descender hasta empalarse por completo. Cada envite de sus caderas me acercan más y más al límite. Mis testículos se contraen, mi cuerpo se prepara para la gran

explosión, pero necesito que ella explote conmigo. Sus gemidos me dicen que está cerca; yo no puedo hacer más que gemir una y otra vez. Sentir como se abre cada vez que mi polla entra en ella, como sus músculos se contraen e intentan meterme más y más dentro, está terminando con mi cordura.

Llevo el pulgar de mi mano derecha a su boca que lo acoge entre sus tentadores labios con premura. Empieza a chuparlo y yo cierro los ojos. Noto sus movimientos contra mi miembro al compás de los lametones de su lengua en mi dedo. Mientras, sigue con las caderas al ritmo de la música; acelera cuando lo hace la canción y se ralentiza cuando esta lo hace. Me está volviendo completamente loco y necesito correrme ya. De repente saco el dedo de su boca y lo llevo a su clítoris. Empiezo con movimientos circulares lentos, pero la necesidad de correrme hace que acelere.

—Dan... —jadea—. Dan me...;me corro!

El ya conocido escalofrío sube por mi columna a la vez que sus músculos se contraen intentando retenerme dentro de ella. Me dejo ir gimiendo su nombre mientras la muevo intentando alargar al máximo nuestro placer. Mi chica, mi precioso ángel, cierra sus ojos y se deja caer sobre mi pecho. La abrazo con fuerza queriendo hacerla entender que su sitio está aquí, junto a mí. Es sorprendente como su esbelto cuerpo se ajusta al mío a la perfección.

El desahogo que acaba de proporcionarme Sky, el cansancio por el largo turno y las horas sin dormir, caen sobre mí como si fueran plomo obligándome a cerrar los ojos. No quiero dormirme, quiero (no, más bien necesito) pasar el mayor tiempo posible con Sky. Dormir es secundario el día que puedo estar con ella más de tres horas seguidas, pero el cansancio me ha dejado sin fuerzas ni para abrir los ojos. Creo que echaré una cabezada rápida para coger energías y poder comportarme como el hombre que presumo ser. Tengo una reputación que mantener.

Estoy despierto, pero me niego a abrir los ojos. He tenido otra vez el sueño que tuve hace días en el que Sky me hacía el amor mientras Marilyn Manson nos cantaba. Aún puedo oler su dulce perfume mezclado con el olor a sexo; la música sigue sonando en mi cabeza; aún puedo sentir su suave piel bajo mis dedos. Sí, definitivamente quiero seguir durmiendo.

—Mmmm...

«¿Qué ha sido eso? ¿Un gemido?» Mío no ha sido, de eso estoy seguro. Abro los ojos y veo una cabeza rubia apoyada en mi pecho. Ahora lo recuerdo todo. Lo que ha pasado no ha sido un sueño. Realmente Sky está sobre mí y ha hecho realidad mi fantasía.

Giro la cabeza para mirar la hora en el despertador; son las doce del medio día. Llevamos casi tres horas durmiendo. Ya no me preocupa estar tumbado en la cama, ni haberme dormido, porque ella está aquí dormida sobre mí. No quiero despertarla, aunque mis manos, involuntariamente, empiezan a acariciar sutilmente su espalda. Tiene una piel tan suave...

De pronto el timbre de la puerta suena. ¿Quién llama a estas horas? Vuelvo a mirar el reloj, han pasado quince minutos de la última vez que lo miré. No sé quién será, por lo que no pienso levantarme. Pero entonces la puerta del apartamento suena al abrirse y se oye la voz de mi madre.

—¡Daniel, cariño! ¿Estás en casa?

«¡Mierda, mi madre está aquí!»

—¿Quién es? —pregunta Sky levantando la cabeza aterrada y somnolienta.

—Es mi madre. —Con delicadeza la bajo de mi cuerpo dejándola tumbada en la cama—. Quédate aquí, haré que se vaya. No te preocupes.

Me levanto de un salto, cojo unos pantalones de chándal y salgo al encuentro de la inoportuna de mi madre. La encuentro trasteando en la cocina. Me apoyo en el quicio de la puerta mientras ella maldice, a su manera, porque estén los platos del desayuno aún sucios en la mesa.

Me agacho para acariciar la cabeza de *Goliat* que acaba de llegar con mi madre. Seguramente sea excesivo, pero me da pena dejarlo solo cuando trabajo, así que salgo antes y lo dejo donde mi querida progenitora. Así se pueden hacer compañía mutuamente. Cuando le conté a mi madre mis intenciones sobre el perro protestó al principio, pero en el fondo sé que le encanta cuidar de él.

—Yo no he criado a un hijo tan guarro —dice, haciéndome reír sin saberlo.

—No soy guarro —digo asustándola—. Tenía algo entre manos y no tenía tiempo de ponerme a fregar los platitos.

—¡Daniel! Me has asustado. —Se gira hacia mí y cruza los brazos sobre su pecho—. ¿Se puede saber qué era eso tan importante que tenías que hacer?

No le respondo, simplemente sonrío enarcando una ceja mientras señalo los dos platos que están sobre la mesa. No tarda mucho en imaginarse lo que tenía que “hacer”.

—¡Oh!, yo... lo siento... creía... no sabía... ¿Es Marian?

Suelto una carcajada. Es la primera vez que la descarada de mi madre se pone tan nerviosa.

—Tranquila, mamá. No pasa nada. Y no, no es Marian. Es otra mujer. Una mujer maravillosa, por cierto.

Ahoga un grito al oírme. Sé lo que va a decir ahora, por lo que antes de que vuelva a abrir la boca empiezo a empujarla suavemente hacia la puerta.

—¿No me la vas a presentar? ¿Vas en serio con ella? ¡Oh, qué emoción! ¿Cómo se llama?

—Mamá, mamá, para. No te la voy a presentar por mucho que insistas.

—Bueno, bueno, bueno. Por la cara de tonto que se te ha puesto al hablar de ella no es la primera vez que estáis juntos...

—Mamá, vale ya, por favor. Lo único que te voy a decir, para que me dejes en paz, por supuesto, es que no es la primera vez que quedamos, que me gusta mucho y que no pienso contarte nada más. Ni pienso presentártela. —Me hace un puchero de lo más falso—. No me pongas morritos porque no pienso ceder, en esto no.

Vuelvo a empujarla hasta que consigo llevarla a la puerta.

—Y ahora, si no te importa, me gustaría volver a la cama con ella.

—Vale, vale. Ya me voy. Pero tienes que presentármela, aunque sea en otro momento.

Abro la puerta e intento hacerla salir pero no hay manera. Hay que ver la fuerza que tiene para lo pequeña que es.

—¡Oye! Invítala a comer mañana.

Pone cara de inocente pero yo sé que no lo es. Si le digo que no pienso hacerlo, insistirá una y otra vez hasta que lo consiga. Pero esto no depende de

mí, así que digo lo primero que se me ocurre.

—Vale, mamá. Se lo diré a ver si puede. Pero no te hagas ilusiones. ¡Te lo prohíbo!

Riéndose se pone de puntillas para besarme en la mejilla y después se despide, no sin antes hacer una de las suyas:

—¡Adiós bonita! Pásate por casa cuando quieras.

Cierro la puerta y apoyo la frente en ella, mi madre es de lo más exasperante cuando se lo propone.

—Tu madre es muy... peculiar, ¿no? —dice Sky abrazándose a mi espalda.

—¿Peculiar? Es una manera muy suave de llamarla. Yo prefiero “tocacojones”.

—Se nota que te quiere mucho. Eso debe ser muy... bonito.

—Sí, me quiere, no se puede negar. Igual que yo la quiero a ella. —Me giro y la abrazo por la cintura—. Seguro que tu madre también te quiere aunque no te agobie tanto como la mía.

—Me agobia mucho más que a ti la tuya, aunque de distinta manera —dice sin mirarme—. Lo de quererme... no lo tengo tan claro.

Acuno su cara con mis manos obligándola a que me mire. Veo la tristeza instalada en sus ojos. Esto me enfurece, pero no con ella, sino con su madre. ¿Qué padre no quiere a sus hijos? ¿Para qué tener descendencia si no la quieres? Tengo que dejar de pensar en esto o voy a cabrearme mucho.

—Mi madre te ha invitado a comer cuando quieras —digo para distraerme.

—Es una mujer muy amable.

—Algún día la conocerás y cambiarás de opinión.

Una preciosa sonrisa se extiende por sus labios, me gustaría besarlos ahora mismo. ¿Qué digo? ¡Puedo besarlos cuando quiera! Y eso hago. Uno nuestras bocas en un beso que me libera de mis malos pensamientos y mi frustración.

Va vestida con mi camiseta, lo que deja a la vista sus preciosas piernas.

Solo para mis ojos. Pongo la mano en la parte trasera de su muslo y la voy subiéndolo lentamente hasta llegar a su desnudo trasero.

—No llevas bragas —murmuro contra sus labios.

—No creí que fuera necesario ponérmelas...

«¡Joder! Esta mujer es experta en volverme loco». Tiro de sus piernas para que me envuelva con ellas. No necesitamos hablar, los dos sabemos lo que queremos el uno del otro con tan solo mirarnos. Por ello me giro y, apoyando su espalda contra la puerta, me bajo el pantalón lo justo y necesario para liberar mi erección y la coloco en su resbaladiza entrada.

Empiezo a entrar poco a poco, centímetro a centímetro. Notar cómo se abre a mi paso es una auténtica gozada. Cuando estoy totalmente dentro de ella separo nuestras bocas para poder mirarla a los ojos. Ya no hay ni rastro de tristeza. Ahora veo la excitación brillando en su mirada y el anhelo de más. Salgo igual de despacio mientras gimo, hasta casi estar fuera del todo. Vuelve a sonreírme, pero una diablura se me ocurre y entro de golpe haciéndonos gritar a ambos.

—¿Te ha gustado así? —pregunto jadeante.

—Otra vez, por favor.

Hago lo que me pide, una y otra vez. Entro de golpe para salir despacio. El roce de nuestros sexos me está enloqueciendo. Cada vez que la penetro de golpe ambos gritamos, y cuando salgo suspiramos. Poco a poco, sin darme cuenta, acelero el ritmo. Hacerle el amor a mi ángel, aunque sea con fuerza, es lo mejor que existe en este mundo.

—Daniel, bésame, por favor.

Vuelvo a satisfacer sus deseos. Siempre lo haré. Lo malo es que empieza a gustarme demasiado. Y antes de que pueda contenerme, el escalofrío sube por mi columna, señal de que ¡me corro! Gruño en sus labios mientras ella gime en los míos, lo que significa que los dos hemos alcanzado el summum del placer al mismo tiempo.

Sin soltarla me acerco al sofá y me dejo caer rendido, con ella a horcajadas sobre mí. Esconde su cabeza en mi cuello mientras que yo reparto cientos de besos por su hombro y su cuello.

—Gracias por pasar el día conmigo —murmuro.

—Gracias a ti por dejarme venir —replica.

Para comer degustamos el estofado de carne que nos ha traído mi madre. No nos molestamos en vestirnos, aunque he tenido que asegurarle que mi madre no va a volver a interrumpirnos, al menos sin llamar antes.

Después de comer nos tiramos en el sofá para dedicarnos a ver películas. Siempre que viene hacemos lo mismo: hacemos el amor, comemos, vemos una película, o dos, y hacemos el amor de nuevo. Aunque no necesariamente en ese orden.

Cuando se acerca la hora de la cena estamos terminando de ver la tercera película del día. El teléfono de Sky suena a lo lejos, dentro de su bolso.

—Discúlpame —me dice levantándose para contestar—. ¡Hola! —saluda alegremente mientras se dirige a la cocina.

A pesar de que no estamos en la misma habitación puedo oírla. La familiaridad con la que ha contestado a su interlocutor ha despertado mi curiosidad, por lo que quito el volumen al televisor y afinó el oído intentando escucharla.

—Sí —oigo que dice—, estoy bien... No, pensaba ir a casa... ¿Estás seguro?... no sé, ¿y si se entera?... Claro que confío en ti... Vale, eso haré. Mañana nos vemos... Yo también a ti.

Antes de que vuelva pongo el volumen otra vez y actúo como si no hubiese oído nada. Pero las preguntas bullen en mi cabeza: ¿Con quién hablaba? ¿Sobre qué iba la conversación? ¿Tan importante es esa persona que le pregunta si está bien? Y la más importante de todas: ¿Esa persona sabe dónde está ahora mismo?

—Perdona —se disculpa sentándose a mi lado de nuevo.

—No te preocupes. ¿Todo bien? —pregunto como si tal cosa.

—Todo perfecto.

Seguimos viendo la película, pero yo ya no le presto atención. Lo único en lo que me puedo concentrar es en la conversación que he oído.

Después de cenar una ligera ensalada recojo los platos y espero a que me diga que se va, pero me sorprende diciendo:

—¿Puedo quedarme a pasar la noche contigo?

Me giro de golpe para mirarla. «¿Está de coña?»

—Pues claro que puedes quedarte. Esta noche y todas las que quieras.

Sonríe haciendo que me derrita. Agarro sus caderas y la subo a la encimera. Estoy tremendamente feliz por pasar toda la noche con ella. Van a ser veinticuatro horas juntos. Desde ya puedo decir que van a ser la veinticuatro mejores horas de mi vida.

Tras hacerle el amor sobre la encimera de mi cocina nos metemos en la cama. Apoya la cabeza en mi pecho desnudo mientras que yo acaricio su espalda. No sé cuándo voy a volver a disfrutar de un momento como este, así que pienso aprovecharlo y gozarlo al máximo.

Baile nocturno

El turno ha sido de lo más tranquilo, mucho más de lo normal. Aparco mi moto frente a mi edificio preguntándome cuándo podré volver a ver a Sky. La quiero tanto y la echo tanto de menos...

Cuando llego al rellano de mi apartamento una música que no reconozco me sorprende. Si alguien hubiese entrado en casa para robarme dudo mucho que se dedicase a poner música, y menos una así. Abro la puerta y me encuentro a una rubia despampanante moviendo las caderas de una manera muy lasciva de espaldas a mí. ¡Sky ha vuelto! Atraído por sus movimientos me acerco a ella. Paso las manos por su cintura y me muevo a la vez que su cuerpo. Lleva el pelo suelto tapándole la cara, eso me molesta, pero no puedo despegar las manos de su cintura, me está volviendo completamente loco con su contoneo.

De pronto ella se gira y cae de rodillas ante mí. Con una habilidad increíble me desabrocha los vaqueros liberando así mi polla, que está más que dura. El pelo sigue tapándole la cara. Quiero apartarlo para verla, pero mi mente se queda en blanco cuando sus labios envuelven la punta de mi miembro. Cierro los ojos y disfruto de lo que mi ángel me está haciendo. Succiona con ansia, con más fuerza de la que me tiene acostumbrado.

—¿Daniel?

Sorprendido abro los ojos y veo a Sky en la puerta de mi apartamento, mirándome con los ojos muy abiertos y horrorizados. ¿Sky? ¿Qué hace en la puerta? Si ella está ahí... Bajo la mirada a la mujer que sigue chupándome la polla. Ahora soy yo el horrorizado cuando veo que la rubia que está arrodillada ante mí es Angelic y no Sky, como yo pensaba.

Me aparto hacia atrás de un salto. Arreglo mi pantalón y corro tras Sky, pero no soy capaz de alcanzarla. ¿Cómo he podido hacerle eso? ella es el amor de mi vida, la mujer que siempre he estado buscando.

—¡Sky! Por favor, espera. ¡¡Sky!!

Grito como un desesperado. Necesito alcanzarla y explicarle que yo pensaba que era ella con quien estaba, que era en ella en quien pensaba. Pero no puedo llegar hasta ella. A cada paso que doy Sky se aleja más y más de mí, dejándome desolado.

Me incorporo desorientado. ¿Dónde estoy? Miro a mi alrededor. Estoy en mi antiguo dormitorio en casa de mi madre y *Goliat* está dormido a mi lado, tranquilamente. Intento organizar mi cabeza para terminar de ubicarme. Sí, ya lo recuerdo todo. Estoy en casa de mi madre porque he venido a comer tras un turno muy movido. Y me he saltado mi entrenamiento diario en el gimnasio por dos motivos: Uno, porque es sábado y los fines de semana descanso; y dos, porque esta noche es el baile anual para recaudar fondos para la fundación de viudas y huérfanos del cuerpo de bomberos de Nueva York.

Mi traje de gala y mi camisa cara los tiene mi señora madre. Según ella no soy suficientemente responsable como para planchar la camisa y guardar el traje sin estropearlo. No sé lo piensa esta mujer que hago con la ropa de mi armario, pero se queda más tranquila si lo hace ella, así que no protesto. En ocasiones pienso que lo hace porque le recuerda a mi padre.

Además, tiene que quedarse con *Goliat*, como hace todos los días que tengo que trabajar. Llevo un mes con esta pequeña fierrecilla y no puedo estar más contento. Hemos congeniado a la perfección, e incluso le gusta que lo meta en su mochila y nos vayamos de paseo en la moto. Es gracioso verle jadeando a mi espalda y como protesta cuando paramos.

Han pasado dos semanas de ese alucinante día en el que Sky pasó veinticuatro horas en mi casa. Y durante estos quince días, Sky, ha estado pasando por casa bastante a menudo. Cuando viene nunca salimos y pedimos algo para cenar, o comer. No se ha vuelto a quedar a pasar la noche. Esto me molesta, mucho. Me gustaría quedarme dormido todas las noches con ella en mis brazos, abrazarla y acariciarla hasta que se duerma. Pero no puede ser. En

su día acepté esta situación y tengo que apegarme con mi decisión. Además, el pensar en alejarme de Sky me hace un nudo en las tripas. Esa mujer me ha pillado bien, como no lo había hecho ninguna antes.

Antes de ayer fue la última vez que la vi y la echo de menos. Quise invitarla a venir conmigo a la fiesta de esta noche, e incluso se lo llegué a insinuar.

—¿Qué tienes en la agenda el sábado por la noche? —le pregunté cuando estábamos los dos saciados en mi cama.

—Mi padre quiere que vaya a una cena de gala.

Me sentí impotente. Yo quería decirle lo del baile de los bomberos, quería invitarla a venir conmigo, ir a buscarla a su casa en el coche de mi madre y verla salir con un impresionante vestido rojo; pero no puedo hacer eso. Por el contrario, lo que voy a hacer es remolonear en la cama de mi madre todo lo que pueda, me vestiré y aguantaré que mi señora madre me haga cientos de fotos.

Como no he podido invitar a mi ángel a venir conmigo esta noche se lo pedí a Marian. Por suerte, consiguió el trabajo por el que vino hace unos meses a la ciudad. Cuando me lo dijo me hizo mucha ilusión saber que va a estar cerca de mí. Ha cogido un apartamento en alquiler muy cerca de mi edificio. Solemos quedar a cenar, o comer. Bueno, siempre que Sky no está conmigo. Es nueva en la ciudad y le viene bien salir y conocer gente. Además, a mí también me viene bien distraerme.

Tengo un par de horas aún para vestirme e ir a buscarla. Cuando le dije a mi madre que ella iba a venir conmigo al baile vi cómo su mirada brillaba, pero no quiero que se haga ilusiones erróneas.

Goliat gime devolviéndome al ahora. Gime otra vez y empieza a mover una pata, como si estuviese dándole zarpazos a algo. Es súper gracioso, el cabroncete, a pesar de que le encanta jugar a morder todos mis calcetines.

—Cariño. —Mi madre llama la puerta—. ¿Estás vestido?

—No, mamá.

Sí que lo estoy, pero sé que va a volver con sus preguntas y no me apetece oírla de nuevo. Pero, cómo no, a ella le importa una mierda que esté en bolas, así que entra en el cuarto sin que le dé permiso. Para eso es su casa.

—Daniel, quería preguntarte algo.

Me siento con la espalda recostada en el cabecero para poder mirarla, mientras que ella se sienta en el borde de la cama.

—Tú dirás.

Me mira tímidamente. Únicamente pone esa cara cuando tiene algo importante que decirme. La última vez fue... cuando me dijo que mi padre estaba enfermo. Me incorporo alerta.

—Mamá, ¿va todo bien?

—Sí, no te preocupes. Solo es que, desde hace unos días, te noto raro. A veces estás muy animado, con ganas de cachondeo, y otras parece que estás enfadado con el mundo.

¡Vaya! Parece que no soy capaz de esconder tan bien como creía la frustración que siento cuando no puedo estar con Sky. Aunque también cabe la posibilidad de que mi madre sea demasiado intuitiva.

—Cariño, no te enfades. Es solo que me preocupo por ti y quiero saber que todo va bien. Sé que quedas de vez en cuando con Marian, pero no soy tonta y también sé que no hay nada entre vosotros.

—Mamá —suspiro—, todo está bien. De verdad. Es solo que...

—Es por la chica que estaba en tu casa aquel día que fui, ¿verdad? —me corta suavemente.

—Es complicado, mamá. Ella, su vida, es complicada.

—¿Te hace feliz?

—Sí, mamá.

—Vale, entonces no necesito saber nada más, de momento.

Se acerca para darme un abrazo y estrecho su enjuto cuerpo contra el mío. Es una mujer divertida y extrovertida. Es en apariencia despreocupada, pero en el fondo, es muy sensible. Desde la muerte de mi padre está profundamente herida. Me parte el corazón pensar que se pueda sentir sola, o abandonada. Solo quiero que vuelva a ser feliz.

—Pero que no se te olvide que sigo queriendo ser abuela —dice sin separarse de mí.

Me río ante esta última puntualización.

—Ya tienes tres nietos. ¿Para qué quieres más?

Sigo abrazándola. A ella le gusta que estemos así y a mí no me disgusta.

—Y quiero a mis nietos con toda mi alma. Pero tú eres mi niño y quiero que experimentes lo maravilloso que es convertirse en padre.

—Gracias, mamá. —La aprieto un poco más—. No te preocupes que sabré lo que es ser padre algún día y seré feliz. Tengo un buen ejemplo que seguir.

—Tu padre estaría muy orgullosos de ti —asegura sin levantar la cabeza de mi pecho.

No la contesto. Cada vez que habla de mi padre se me cierra la garganta. Era un gran hombre que adoró a su mujer, desde el primer momento en el que habló con ella, hasta su último aliento.

Recuerdo como la doctora que trataba a mi padre nos dejó entrar para que nos despidiéramos de él. Nos había avisado de que el cáncer de pulmón había ganado la batalla y de que, tras luchar con todas sus fuerzas, a mi padre le quedaban pocas horas de vida. Nos mantuvimos fuertes cuando entramos a la habitación a verle. Estaba irreconocible. Clayton Daniel Harris siempre fue un hombre lleno de energía con un cuerpo musculoso y una eterna sonrisa. Él fue quien me inculcó el amor por el deporte y la necesidad de ayudar a los demás.

Había sido policía durante muchos años. Era un buen agente y un mejor padre. Cuando entré a su habitación y vi a un hombre escuálido, sin pelo, con una mascarilla que le ayudaba a respirar y con la cara demacrada me impresioné demasiado. Unos días antes aún bromeaba con nosotros:

—No uses muchos potingues para el pelo —le dijo a mi hermano Clayton señalándose—, que mira cómo te quedas.

Su cabeza antes cubierta por una buena mata de pelo negro como la mía estaba completamente calva. Tras bromear un poco con él me pidió que me acercara y entre jadeos me murmuró:

—Cuida de tu madre por mí.

A duras penas pude mantener el tipo, pero accedí a lo que me pidió.

Desde ese día mi madre ha sido mi prioridad. Las mujeres pueden ir y venir, pero mi madre siempre va a estar aquí y yo voy a estar para ella. Mi hermano también hace lo que puede para estar a su lado, pero él tiene una mujer y unos hijos que requieren la mayor parte de su atención. Por eso mi madre siempre recurre a mí para todo. Me quejo mucho de sus comentarios y la llamo “tocacojones” pero haría cualquier cosa por ella.

—Bueno —dice mi madre devolviéndome al presente—. Ya va siendo hora de que te pongas guapo.

Me recompongo enseguida y le sonrío.

—¿Pensé que yo siempre estaba guapo?

Me mira suspicaz con los ojos entrecerrados intentado ocultar las lágrimas no derramadas al acordarse de su marido.

—Eres igual de presumido que tu padre. Venga, métete en la ducha que yo te voy preparando el traje.

Dejo a mi madre sentada en la cama jugando con *Goliat* y hago lo que me ha ordenado. Mientras me lavo el pelo pienso en lo mucho que voy a echar de menos esta noche a Sky. Me encantaría poder llevarla del brazo y presentársela a todo el mundo como mi pareja. Pero aún sigue sin ser posible.

Cuando llega el turno de enjabonarme el cuerpo recuerdo la ducha que nos dimos hace un par de días, después de que hiciéramos el amor en la cocina. Todo empezó cuando me pidió algo de comer. Decidí que hacer unas tortitas sería una buena idea. Y sí que lo fue, aunque el sirope de arce no llegó a tocar el plato, pero sí nuestro cuerpo. Ese día Sky estaba juguetona y yo encantado de dejar que jugase conmigo.

Aún puedo notar cómo sus labios envolvían mi miembro y como chupaba con fuerza. Después de un mes haciendo todo tipo de juegos juntos, pensaba que ya no podía sorprenderme, pero estaba completamente equivocado. La imagen de Sky relamiéndose los labios para saborear los restos de mi orgasmo y del sirope... eso jamás se me olvidará.

La escena no quedó ahí. Antes de que recuperara el aliento la subí a la encimera, le quité mi camiseta (se la había puesto tras haber follado como locos en la cama) y le eché sirope por su exquisita anatomía. Empecé por su pezón derecho; primero pasé la lengua retirando la mayoría del sirope,

después me lo metí en la boca y succioné hasta que se puso tenso mientras ella se retorció, gemía y me pedía más.

Cuando pasé al otro pecho para repetir la operación sus manos se agarraron a mi pelo tirando con fuerza. Me encanta hacerla gemir. Sin dejar de chupar su pezón metí dos dedos en su interior. Estaba húmeda, dispuesta para mí. Pero yo quería torturarla un poco más. Sus flujos empapaban mis dedos mientras los metía y sacaba de ella. Los retiré y se los acerqué a la boca para que pudiera saborearse. Agarró mi mano y se metió los dedos en la boca de la misma manera que minutos antes había succionado mi polla. Verla chuparme los dedos y relamerse tras hacerlo me dio envidia. Me separé de ella y sin dejar de mirarla eché una buena cantidad de sirope en su sexo. Me sonrío de manera tan lasciva, mientras miraba como iba resbalando lentamente, que me hizo perder del todo la cabeza.

—Vaya —dijo parpadeando inocentemente—. Eres un poco torpe, ¿no? Ahora tendrás que limpiarlo, todo.

Y así hice. Limpié el sirope y me recreé en su pequeño y delicioso clítoris. Nunca he conocido a otra mujer como ella que sea capaz de eclipsar con su sabor el del sirope de arce.

Vuelvo al presente cuando noto que mis testículos se encogen y un delicioso escalofrío recorre mi espalda justo antes de correrme. Recordar a Sky ha hecho que me masturbe sin ser consciente de ello.

Salgo de la ducha, me seco rápidamente con una toalla y me miro hacia espejo. De pronto me doy cuenta de que acabo de hacerme una paja en la ducha del cuarto de baño de mi madre, igual que cuando era un adolescente con las hormonas alteradas. Al ser consciente de esto no puedo evitar soltar una carcajada.

Cuando consigo parar de reír empiezo a arreglarme, comenzando por el pelo. El capullo de Ray se burla de mí por el tiempo que tardo en peinarme, pero, a diferencia de él, a mí me gusta ir bien arreglado. Cuando quedo satisfecho salgo del baño con la toalla enrollada en la cintura. Encuentro el traje perfectamente colocado sobre la cama. Mi eficiente y perfeccionista madre me ha dejado hasta los calcetines preparados. Me jugaría el cuello (y no lo perdería) si dijera que hasta eso lo ha planchado.

Estoy abotonándome la camisa cuando mi madre entra sin llamar.

—Estás guapísimo, cariño.

Metó los faldones de la camisa por el pantalón sonriéndola. Cuando lo abrocho ella se acerca para quitarme una inexistente arruga de la camisa.

—Vestido así te pareces aún más a tu padre.

Sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas. Todos los años pasamos por lo mismo. Tengo que distraerla para que piense en otra cosa.

—Hazme el nudo de la pajarita, por favor.

—Después de tanto tiempo sigues sin aprender a hacer algo tan sencillo —me riño cariñosamente—. No sé cómo puedes vivir sin mí.

Quince minutos después estoy perfectamente vestido, bien peinado y perfumado.

—Podrías ir a recoger a Marian y volver. Para que así os pueda hacer unas fotitos...

—Mamá, no voy a hacer eso.

—Anda... por favor... seguro que a Marissa también le hace ilusión ver las fotos.

—No te preocupes, te prometo que te voy a mandar fotos de los dos, ¿de acuerdo?

Me despido de mi madre, y de *Goliat*, y me marcho a comenzar la noche. Antes de arrancar el coche le mando un mensaje a Sky:

Ya estoy preparado para que empiece la noche. Ojalá pudieses venir conmigo. Te voy a echar de menos. Espero que tu noche vaya bien.

Le adjunto una foto que me hago dentro del coche sonriéndola. También le mando un mensaje a Ray.

Ya voy de camino a recoger a Marian. Nos vemos en la fiesta en treinta minutos más o menos.

Arranco el coche y voy en busca de mi cita. Nada más aparcar frente al edificio de Marian suena mi móvil avisándome de que tengo un mensaje.

Yo también voy a echarte de menos esta noche. A mí también me encantaría haber ido contigo.

Si de verdad quisiera haber venido lo habría hecho. Vuelvo a preguntarme, por décima vez, si estará jugando conmigo. Tanto secretismo y tantas excusas empiezan a hacer mella en mí. Decido no contestarla y centrarme en la mujer que me está esperando.

—¡Guau! Estás preciosa —digo cuando mi acompañante aparece por la puerta.

Admiro el cuerpo de Marian embutido en un discreto vestido negro. Le llega justo por encima de la rodilla, no tiene mangas y el escote en forma de uve le hace unos pechos preciosos.

—Tú estás muy guapo también.

—Hagámonos una foto para nuestras madres.

Nos hacemos varias fotos en distintas poses. Reímos, les mandamos besos, ponemos cara de interesantes. Nos hacemos una donde yo le estoy dando un beso en la mejilla a Marian, y otra donde ella se cuelga de mi cuello. Estoy más que convencido de que con esto mi madre será feliz. Sin dejar de reír le ofrezco el brazo a mi compañera y juntos nos marchamos a la fiesta.

—Bueno, pelirroja —le digo cuando la ayudo a salir del coche—, ¿estás lista para el sarao?

—¡Sí! Vayamos a partir la pista de baile.

Entramos agarrados del brazo, como si fuésemos de la nobleza entrando en un baile organizado por la realeza. Todos los hombres van vestidos de esmoquin y las señoras llevan sus mejores galas. No solo acuden a esta fiesta miembros del cuerpo de bomberos, sino que también vienen jefazos de la

policía y algún político. En estos sitios se hacen muchas relaciones y negocios.

—Hola, Cabo —me giro y me encuentro con Charlie.

—Hola, Charlie. —Le estrecho la mano—. Ella es mi amiga Marian. Marian, él es Charlie, un compañero de trabajo.

Se saludan con una sonrisa y un beso en la mejilla. Cojo tres copas de champán de la bandeja de un camarero cuando pasa y las reparto entre mis amigos.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Quién es esta preciosa pelirroja?

Nos giramos para enfrentamos a Ray, vestido igual que yo; con esmoquin negro, camisa blanca y pajarita. Sheryl va a su lado y está preciosa con un vestido largo azul oscuro.

—Hola, capullo —le saludo—. ¿Cómo estás, preciosa? —Le doy un beso a Sheryl—. Ella es Marian. Marian, estos son Ray y su esposa Sheryl.

Charlamos los cinco animadamente durante un rato. Me doy cuenta de las miradas de admiración que le dirige Charlie a Marian y de como esta le mira disimuladamente mientras habla con Sheryl. Escucho como hablan los chicos, pero participo poco ya que tengo la cabeza en otra parte.

En un momento dado, antes de que entremos a cenar, Marian me agarra del brazo y me separa del grupo. Me apoya contra una pared suavemente y se coloca frente a mí.

—Venga, cuéntame qué te pasa —dice muy seria.

—No me pasa nada —respondo alucinado por su arranque.

—Daniel, aunque nos conozcamos desde hace poco, sé cuándo estás disgustado. Así que desembucha.

Resoplo exasperado. Esta conversación se parece a los interrogatorios de mi madre. Por esa razón sé que hasta que no se lo cuente todo no me va a dejar tranquilo.

—Está bien —empiezo—. Desde hace más o menos un mes estoy viendo a una chica. —Se queda en silencio a la espera de que continúe, pero no pienso decirle que me gustaría que hubiese venido conmigo.

—¿Por qué no le has pedido que viniera contigo?

—Aunque lo hubiese hecho no habría aceptado. Por razones que desconozco tenemos que llevar nuestra relación en secreto.

—¿Está casada? —pregunta alertada.

—Que yo sepa no. Pero no suele hablar mucho sobre ella misma.

—Y eso te molesta.

Asiento. Ha dicho lo que me niego a reconocer. Realmente me molesta no poder estar aquí con Sky. Pero lo que más me molesta es que no me explique el motivo por el que no pueden vernos juntos.

—No te preocupes —me dice Marian abrazándose a mi cintura—, seguro que tiene una buena razón.

Le devuelvo el abrazo. Es reconfortante que intente animarme.

—Vayamos a cenar —dice un rato después—. Ya han abierto el comedor y estoy muerta de hambre.

Nos reunimos con nuestro grupo y vamos a buscar una mesa.

La cena es divertidísima, como era de esperar estando Ray aquí. Cuando acabamos de comer un tío que no conozco sube al estrado y empieza a dar una charla muy aburrida. Da las gracias a los que nos dedicamos a ayudar a los demás, pero, sobre todo, se dedica a adular a la gente rica que ha venido a gastar su dinero. No le presto mucha atención, hasta que menciona al gobernador de Nueva York. Me giro para mirar hacia la mesa donde el susodicho está y me quedo helado al ver a la rubia que está sentada junto a él. Tengo que parpadear varias veces cuando el hombre sentado al lado de la rubia le da un suave beso en los labios. Ambos sonríen cuando un fotógrafo se acerca para hacerles una foto.

—¿Estás bien, tío? —me pregunta Ray en un susurro—. Te has puesto pálido.

—Sky —susurro.

—¿Cómo? ¿Dónde?

No le respondo, sigo anonadado mirándola.

—¿La hija del senador? —dice horrorizado. Le miro y asiento—. ¡Joder!

Como si nos hubiera oído, Sky mira hacia mí. Su cara palidece al instante, pero se recompone enseguida cuando su padre le dice algo, a lo que asiente sonriendo forzosamente.

Por respeto al pesado que sigue hablando me mantengo sentado, pero cuando por fin se calla me giro hacia Marian.

—Oye, lo siento, pero tengo que irme.

—¿Estás bien?

—No del todo. Ya te lo explicaré otro día.

—Está bien.

Todo el mundo se levanta para dirigirse a la sala contigua donde suena música.

—Me voy —le digo a Ray.

—Muy bien. Te acompaño.

—No, no. Quédate y disfruta de la noche con tu mujer. ¿Te importaría llevar tú a Marian a su casa?

—Tranquilo, yo me ocupo.

Me despido rápidamente del grupo y me marcho. Necesito salir de aquí. Mi mente funciona a toda pastilla.

¿Es la hija del senador? Eso explica lo del servicio de seguridad.

¿Está casada? Mi madre podría responderme a esa pregunta.

¿Soy “el otro”? No quiero ser el segundo plato de nadie. Me ha estado utilizando.

¿Sus lágrimas eran fingidas? Si era así se merece un Óscar por su actuación.

¿Esto es el fin? Sí, yo no voy a ser el amante de nadie, ni siquiera de Sky.

Le doy el *ticket* al aparcacoches mientras sigo dándole vueltas a todo esto. Creo que aún estoy en estado de *shock*.

—¡Dan, espera!

No necesito darme la vuelta para saber que esa voz es la de Sky.

—Dan, por favor. Déjame explicarme...

—¿Estás casada? —Me giro furioso.

—¡No! Él es...

—¿Lisa? —Se calla al oír la voz de su padre—. ¿Qué haces aquí fuera? David te está buscando. Además, hay gente con la que tienes que bailar.

—Enseguida voy, papá.

—¿Dónde están tus modales, Lisa? —dice él mirándola molesto—. Perdona a mi hija, es muy... descuidada con las formas. Soy el senador Steven Murphy, el padre de Lisa. ¿Y usted es...?

—Cabo Daniel Harris.

—¿Pertenece al cuerpo de bomberos?

—Sí, señor.

—Hacéis una labor impagable. Hace no mucho unos compañeros suyos asistieron a mi preciosa hija cuando tuvo un accidente de tráfico.

«Lo sé, yo fui uno de ellos», pienso.

—Dan, cariño —miro hacia la entrada y veo cómo Marian se acerca con una enorme sonrisa—. Perdona la tardanza.

Se acerca a mí y me besa en los labios demorándose más de lo necesario.

—¡Hola! —dice volviéndose hacia Sky y su padre—. Soy Marian.

—Encantado —dice el Senador estrechándole la mano—. Soy el Senador Murphy. Y esta es mi hija, Lisa.

—Encantada de conoceros. Dan, ¿nos vamos? Estoy deseando llegar a casa. —Se abraza a mi cintura mientras sonrío dulcemente.

—No les entretenemos más. Vamos, Lisa, nos están esperando.

Veo el dolor reflejado en los ojos de Sky a causa de la perfecta actuación de Marian, pero es la menos indicada para juzgar a nadie. Y mucho menos tiene derecho a sentirse dolida, ha sido ella la que lleva todo un mes engañándome, usándome para su placer. Antes de que Sky se marche con sus acompañantes el aparcacoches nos trae el coche. Le abro la puerta a Marian, rodeo la parte delantera y antes de subir dirijo una última mirada al que hasta

hace unos segundos era mi ángel.

—Adiós, Sky —susurro sin voz.

Subo al coche cerrando de un portazo, no quiero ver cómo se le llenan los ojos de lágrimas.

—Quédate en mi casa esta noche —me dice Marian cuando paro en un semáforo.

La miro con los ojos muy abiertos. No he pronunciado palabra desde que he subido al coche, ahora mismo no soy muy buena compañía, por lo que su petición me pilla de sorpresa.

—¿A tu casa? No creo que...

—No te hagas ilusiones, guaperas. No puedes ir a casa de tu madre. Y estás demasiado alterado para estar solo. Nos vamos a mi casa, nos tomamos unas cervezas, y si quieres hablar yo te escucharé.

—Tienes razón.

Entro por la puerta del apartamento de Marian como un zombi, sigo sin decir ni una sola palabra. Tampoco es que sepa qué decir. Tras un par de cervezas todo cambia y acabo contándole todo a Marian, que me escucha atentamente sin juzgarme.

—Reconozco que lo que hemos visto hoy es muy esclarecedor, pero...

—¿Pero? —la miro esperando que siga hablando.

—Pero, por la cara que puso al verme... creo que deberías dejar que se explique. Hay algo más en todo esto que no sabemos.

—¿Qué la deje explicarse?! Estás loca. ¡No pienso volver a verla!

—Pues estarás perdiendo una gran oportunidad. Confía en mí, soy mujer y sé que hay algo más.

La miro alucinado y para nada convencido.

Confesiones y decepciones

Un suave cuerpo se pega al mío. Es reconfortante saber que no estoy solo. Sin abrir los ojos la estrecho más contra mí. El sueño aún no me ha abandonado del todo y no quiero que lo haga. Estoy muy cómodo ahora mismo.

—*Mmmm...* —gime ella—. Qué cómodo eres.

«¿Qué?» Esa voz no es la que esperaba. Creía que oiría a Sky, sin embargo es Marian quien está conmigo. Ella se aprieta un poco más contra mí poniendo una de sus piernas por encima de mi cadera. Entonces todo lo acontecido la noche anterior despierta del todo mi cerebro: La fiesta, la sorpresa y el gran descubrimiento. Sky está con otro y yo me siento... humillado. Nunca una mujer me había tratado así, ni me había usado de esa manera.

Aún con los ojos cerrados intento alejar los insidiosos pensamientos. La acompasada respiración de Marian me dice que se ha vuelto a dormir. Noto el calor que su piel desprende y me resulta extrañamente reconfortante. Pongo una mano sobre su muslo, con cuidado de no despertarla y la acaricio levemente, tiene una piel muy suave. Muevo la mano distraídamente mientras vuelvo a pensar en todo lo que pasó ayer. Marian me dijo que debería dejar que Sky se explique, pero ¿qué me va a decir, que no está con ese tío? ¿Que no es real todo lo que vi? Mis ojos no me engañan, vi perfectamente como ese hombre le daba un beso en los labios y como ella le sonreía.

Entiendo, e incluso podría aceptar, lo de las restricciones para vernos; puedo soportar que tengamos que mantener una relación de forma clandestina; con tal de estar con ella me habría convertido en un ermitaño

social; pero ¿ser “el otro”? ¿Meterme en medio de una pareja, o un matrimonio? Yo no soy así. A mí no me gusta que me engañen de esa manera, por lo que no quiero hacérselo a otro tío. Si no es feliz con él, pues que le deje. Solo entonces podría plantearme tener algo con ella. ¿Si le dejara podría estar con ella? Sabiendo que es capaz de ser infiel con tanta facilidad... ¡Joder! Todo esto es una puta mierda.

Mi mano sigue acariciando la pierna de Marian, tan suave y firme. Su tacto es muy sensual. Esto, unido a mi hiperactiva lívido mañanera, hace que me empalme. Sigo pensando que estaría más que bien tener sexo con esta pelirroja, pero también sé que es mala idea. Para que no note mi incómoda situación me pongo de lado mirándola. La cama es tan pequeña que casi no entramos los dos. Bueno, la verdad es que todo su apartamento es bastante pequeño.

—¿En qué piensas tan concentrado? —pregunta Marian adormilada.

—Pienso en lo pequeño que es tu apartamento.

—Qué pensamientos más raros tienes por las mañanas. Yo esperaba algo así como una erección de campeonato y esas cosas que les pasa a los hombres por las mañanas. —Entrecierra los ojos—. Creo que debería sentirme herida.

Suelto una carcajada ante sus palabras, ya de buena mañana me levanta... el ánimo.

—No te sientas herida, cariño, la erección está aquí también. Los pensamientos sobre tu cuchitril son para distraerme.

Abre muchos los ojos, pero luego los vuelve a entornar y una sonrisa pícaro se dibuja en sus labios.

—¿Estás teniendo pensamientos impuros? —pregunto con fingida alarma.

—No te hagas ilusiones. Si me abriese de piernas para ti no querrías salir nunca.

—No puedo contigo —vuelvo a reír.

Me acerco a ella y le doy un suave y rápido beso en los labios, algo que nos sorprende a ambos. Alucinado me tumbo boca arriba en silencio.

Soy un hombre impulsivo que no suele medir lo que hace, ni pensar

mucho en ello, pero este rápido beso me hace pensar. Por muy cachondo que me levante y por mucho que me guste físicamente esta mujer, no podríamos tener más que sexo. Entre nosotros hay una fuerte atracción sexual, pero no hay conexión más allá.

—¿Creí que ibas a quedarte aquí temporalmente? —comento intentando relajar el ambiente.

—Esa era la idea. Pero con tanto trabajo no he tenido tiempo de buscar otra cosa. ¿Sabes tú de algún sitio decente para mí?

Pienso en algún sitio, pero solo se me ocurre uno.

—Vente conmigo —me giro para mirarla de nuevo—, a mi casa.

—No te entiendo. ¿Irnos ahora? Pensé que tenías que ir donde tu madre.

—No, bueno sí, tengo que ir donde mi madre. Pero me refiero a que te vengas a vivir conmigo, a mi apartamento. Al menos hasta que encuentres algo mejor que esto. —Hago un vago gesto con la mano señalando nuestro alrededor.

—No sé, Dan. No tengo claro que sea buena idea...

—¿Por qué no? Es cierto que tú me pones, y yo te pongo muy cachonda, pero somos adultos y sabremos lidiar con ello.

—¿Estás seguro? Puedo ser de lo más sexy cuando me lo propongo. — Posa su dedo en mi cuello y lo baja por el centro de mi pecho.

Mi polla vuelve a reaccionar pero estoy dispuesto a ser fuerte y resistirme a mis impulsos primarios.

—Podré vivir con ello, siempre que tú puedas resistirte a este cuerpo.

—Está bien. —Accede riendo—. Aún me quedan quince días de alquiler.

—Bien. Decidido. Ya iremos viendo como hacemos el traslado. Ahora deberíamos levantarnos. Mi madre estará volviendo loco a *Goliat* por las ganas que tendrá de saber que tal fue anoche.

—Respecto a eso... ¿estás bien?

Suspiro pensando la respuesta. Podría mentir y decirle que estoy bien, pero decido decir la verdad, al fin y al cabo Marian ya es una gran amiga.

—Lo cierto es que no. Pero lo estaré. Además, si te tengo a ti por casa, estoy seguro de que me distraerás.

—De eso no te quepa ninguna duda.

Dos horas después ya estoy en la ducha de mi madre. *Goliat* se ha alegrado tanto cuando hemos llegado que se ha meado en el salón, ganándose una buena bronca de mi madre. Ahora el pequeñajo está tumbado frente a la ducha esperando a que salga para que juegue con él.

Cuando Ray me dio su “regalo” me quedé desconcertado, pero ahora sí que puedo decir que fue una grata sorpresa. Esa pequeña bola de pelo me ha ayudado a sobrellevar los días que no podía estar con Sky. Y ahora me ayudará a dejar de pensar en ella. A esto también colaborará Marian. Aún me sorprende la proposición que le he hecho, pero no me arrepiento de ello.

Cuando entro en la cocina mi madre y Marian están hablando de algún cotilleo que no me interesa así que me acerco al frigorífico y saco una cerveza bien fresquita.

—Mamá, ¿te ha contado Marian la gran noticia?

—¿Eh? No me ha contado nada. —Mira a la mencionada con reproche—. Pero seguro que tú, mi queridísimo hijo, me lo vas a contar, ¿verdad?

—Le he dicho a la pelirroja que se venga a vivir a casa conmigo.

—¿Cómo?! —parece alertada.

—Pero no te hagas ilusiones —la aviso—. Se lo he propuesto porque su apartamento da pena de lo pequeño que es y yo tengo una habitación vacía.

—Pero... ¿estáis liados? —pregunta mi aturdida madre.

—No, Caroline —tercia Marian—. No estamos juntos. Solo somos buenos amigos. Nada más

Le doy un buen trago a mi cerveza. Me vuelvo a preguntar por qué no puedo tener una relación seria con Marian. Es guapa, inteligente, trabajadora y divertida. Es todo lo que un buen hombre podría desear en una mujer. Pero algo me impide dar el paso y ese algo se llama Sky. Esa rubia me ha calado más hondo de lo que me gustaría. ¡Y en tan poco tiempo! Quizás debería

hacer caso del consejo de mi ahora compañera de piso y dejar que se explique; aunque no me guste lo que me tenga que decir.

—¡Míralo! Ya se ha quedado en Babia, otra vez —me reprocha mi madre.

—Perdona, mamá, ¿me decías algo?

—Preguntaba cuándo va a ser efectivo vuestro... acuerdo.

—Eso se lo tendrás que preguntar a ella, a mí me da lo mismo.

Mi adorada madre nos mira a ambos alternativamente. Sé que no termina de gustarle nuestra futura convivencia, pero estoy seguro de que en el fondo le agrada que no esté todo el día solo.

La semana pasa muy lenta y ajetreada. Estar en casa me trae demasiados recuerdos, así que cojo turnos dobles y hago más horas de las que debería. Pero no hacerlo conlleva torturarme con su recuerdo.

La semana próxima se muda Marian a casa. Ya he terminado de sacar los pocos trastos que tenía ocupando la que va a ser su habitación. Básicamente eran los trofeos deportivos de mi juventud.

Aún sigo planteándome si es buena idea que viva conmigo. Por muy afectado que esté por lo que me ha hecho Sky, no puedo negar que Marian es una mujer muy atractiva y sensual. Supongo que tendré que acostumbrarme a tenerla por casa continuamente. Además, he sido yo quien se ha metido en este lío, así que toca apechugar.

Estoy tirado en el sofá viendo Los Simpson, las locuras de estos personajillos amarillos me distraen un rato. Pero el timbre suena jodiendo mi momento de desconexión. «¡Joder! Espero que sea algo importante, cómo abra la puerta y me encuentre a un vendedor de aspiradoras no respondo de mis actos».

Ofuscado abro la puerta de un tirón con cara de «no es buen momento», pero me quedo helado al ver que tengo ante mí a Sky.

—¿Qué haces aquí? —pregunto alucinado.

—He venido a hablar contigo.

—Pues has hecho un viaje a lo tonto. Yo no quiero hablar contigo de nada.

—Por favor, Dan. Déjame que me explique. —La seguridad que desprendía cuando he abierto la puerta se ha esfumado de un plumazo—. Tienes que saber toda la historia antes de juzgarme y sacar conclusiones precipitadas.

Sin que me dé tiempo a reaccionar me aparta con suavidad pero decidida para entrar en mi casa. Cierro la puerta y me apoyo en ella, no estoy preparado para acortar la distancia que hay entre nosotros, ni la física ni la emocional.

Sky se acerca a la pared de enfrente que está llena de fotos colgadas de toda mi familia. Hay fotos de mis sobrinos cuando eran recién nacidos y algunas ya siendo más mayores, jugando y riendo; una de mis padres el día de su boda; una de de la boda de mi hermano donde estamos Clayton, mis padres y yo, todos muy arreglados y sonrientes; una de mi padre conmigo en brazos el día que nací, en la que él me mira embelesado mientras yo duermo. Hay fotos más con los uniformes de los equipos de baloncesto y fútbol en los que competí en el instituto. También algunas de las vacaciones familiares en la playa o en la montaña. En todas ellas mis padres sonrían, mientras juegan con nosotros. Es mi pared de los recuerdos, todos y cada uno de ellos son recuerdos felices.

—Parece que has tenido una vida muy feliz —dice Sky distraídamente—. Me das mucha envidia.

—Seguro que tu vida ha sido mucho mejor que la mía. Ya sabes: ¡El dinero da la felicidad!

Suelta una risa falsa mientras se sienta en el sofá de enfrente.

—Si me concedes unos minutos te contaré cómo ha sido mi vida. Así entenderás muchas cosas.

—Mil veces te he preguntado por tu vida y no has querido contarme nada. ¿Qué te hace pensar que ahora quiero escucharte?

—Porque crees que te he engañado. Te sientes como si fueras mi amante y nada más lejos de la realidad. Tú eres “El único”.

—No es eso lo que parecía cuando le besabas a él —apunto mordaz.

—¿Me dejarás que te explique por qué?

Dudo durante unos segundos. Deseo y no deseo escucharla. Quiero y no quiero que esté aquí. Al final mi lado morbosos gana la partida.

—¿Quieres tomar algo?

Me mira y veo la esperanza y el alivio brillar en sus preciosos ojos azules.

—Un poco de agua estará bien. ¡No! Mejor una cerveza, si tienes.

Veo como *Goliat* se acerca a ella para que le acaricie. ¡Traidor! Voy a la cocina, saco las dos cervezas y me quedo mirándolas. ¿Qué estoy haciendo? Le estoy dando la oportunidad de que me cuente una historia, la cual nunca sabré si es cierta o no. Aunque si no la dejo que hable no tendré la información suficiente para decidir qué hacer. Será mejor que acabemos con esto cuanto antes. Vuelvo al salón y encuentro a *Goliat* sobre el regazo de Sky mientras se deja acariciar. La miro embobado durante unos segundos. ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado?

Me siento lo más alejado que puedo de ella y dejo su bebida sobre la mesa que nos separa. Me reclino en el sofá poniéndome cómodo, mientras que ella sigue sentada con la espalda muy recta y las piernas muy juntas. En cuanto me acomodo el traidor de *Goliat* se tumba sobre mi abdomen y se queda dormido al momento. Guardo silencio esperando a que Sky empiece a hablar. Por suerte no me hace esperar mucho, tras dar un trago a su cerveza comienza:

—Mis padres se conocieron en la universidad. Mi padre estudiaba derecho y tenía grandes aspiraciones políticas; mientras que mi madre era una guapa heredera que también estudiaba derecho, pero en su caso era por imposición paterna. Poco tiempo después de conocerse se casaron. Ambos han reconocido que lo hicieron por conveniencia. Mi padre podía hacer contactos muy útiles para su carrera gracias a ese matrimonio y mi madre podría dejar de estudiar y vivir tranquila gastando el dinero de su padre.

Miro la foto de mis padres en el día de su boda. El amor que desprenden sus ojos y sus sonrisas es claro y sincero. No concibo como alguien puede casarse por el simple hecho de sacar algún beneficio. Sky le da un nuevo trago a su bebida antes de continuar:

—Cuando mi madre quedó embarazada ya tenían todo pensado. Si era un

niño seguiría los pasos de mi padre en la política. Querían ser algo así como la familia Bush.

—¿Y si era niña? —intervengo sin poder evitarlo.

—Pues si era una niña iría a los mejores colegios femeninos. Se convertiría en una mujer de modales exquisitos y se casaría con algún hombre importante, que tuviera contactos que pudieran ayudar a la carrera de mi padre y a la de sus futuros hermanos.

—Y naciste tú. —Me aventuro. Ella asiente—. ¿Tienes hermanos?

—No, soy hija única. Durante mi nacimiento hubo complicaciones por las cuales mi madre quedó imposibilitada para poder tener más hijos. Eso los destrozó pero aún así siguieron adelante con el plan que tenía previsto para mí.

Bebe otro trago de cerveza y yo hago lo propio. Me parece inconcebible que unos padres puedan tratar así a su propia hija. Pienso en lo cariñosos que han sido siempre mis padres con mi hermano y conmigo. Y cómo han querido a Ray y Sheryl desde el día en el que los conocieron.

—¿Qué tiene que ver esto con que tengas novio?

—¿No me has escuchado? —pregunta molesta—. David y yo hemos llevado una vida muy similar y ambos hemos hecho siempre lo que nuestros padres han querido. Por eso estamos juntos. El padre de David aspiraba a ser juez del tribunal supremo y mi padre a ser Senador de Nueva York. Por lo visto, que sus hijos estén juntos les vino y les viene muy bien.

—Si ninguno de los dos está de acuerdo ¿por qué no lo dejáis y punto?

—No es tan sencillo, Dan. —Una lágrima se desliza por su mejilla.

—Entonces tú y yo no podemos estar juntos —digo tras unos agónicos segundos en silencio—. No puedo ser “El otro”.

—Dan, tú nunca has sido “El otro”. Ya te he dicho que entre David y yo no hay nada. Ni siquiera compartimos dormitorio. Solo representamos un papel cuando estamos en público. De puertas para dentro solo somos unos buenos amigos. Nada más.

La miro mientras bebo. Lo que me cuenta es increíble. Y no sé si es del todo verdad. Ya no sé qué creer.

—Si tu padre es tan conocido, ¿cómo es que no recuerdo haberte visto en televisión?

—Bueno, eso es porque para mi madre la gente que sale por televisión es chabacana y mal hablada. La gente de bien no puede ser carnaza para esos programas. Se cuida muy mucho de no dar pie a cotilleos y de que no nos graben. En alguna revista sí que publican fotos nuestras en actos culturales o políticos, pero no creo que tú leas ese tipo de prensa.

No, yo no lo hago pero mi madre sí. Seguro que ella conoce más de la vida de Sky que yo.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente, Sky? —pregunto apartando a mi madre de mi mente.

—Quiero estar contigo. Me gusta pasar el tiempo a tu lado. Tú me haces... feliz.

—No sé qué decirte. Esto que me cuentas es... surrealista. No sé qué pensar sobre todo esto.

—Entiendo que lo que te acabo de contar puede ser chocante y abrumador. Comprendo que no quieras estar con una mujer que tiene una vida tan complicada. Solo te pido que reflexiones sobre lo que hemos vivido este mes juntos.

Deja la cerveza en la mesa y se levanta. Yo dejo a *Goliat* en el sofá y me levanto con ella. Se marcha y me deja con sentimientos encontrados: quiero que se vaya y deseo que se quede. Sin decir ni una palabra la acompaño a la puerta.

—Dan, solo piénsalo. Y cuando decidas si quieres estar conmigo, o no... —Se le quiebra la voz—, llámame.

Se acerca a mí y me da un suave beso en los labios. Después da media vuelta y se marcha. Se aleja de mí, otra vez. Cierro la puerta y me vuelvo a sentar en el sofá. «¿Puede ser verdad todo lo que me ha contado?»

Mi cabeza empieza a dar vueltas a mil por hora. No sé qué hacer, ni qué pensar. ¿Debería contarle todo a Ray para que me dé su opinión? O quizás a Marian. No tengo ni puta idea sobre qué hacer.

El sonido del teléfono me saca de mis desquiciados pensamientos. Miro

la pantalla y veo que es mi madre la que llama. Ahora mismo no tengo muchas ganas de hablar con ella pero no puedo no contestar.

—Hola, mamá —saludo.

—¡Dan! —su grito me sobresalta—. ¡Dan, ayúdame!

—¡Mamá, mamá!, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—¡No! Me he caído de la escalera y me duele mucho todo. Por favor, cariño, ven rápido.

—Tranquila, mamá. Tú no te muevas que enseguida estoy allí.

Me levanto de un salto, cojo las llaves de la moto y bajo las escaleras de dos en dos mientras llamo a una ambulancia.

Llego a casa de mi madre en tiempo récord, me he saltado algún que otro semáforo. Al entrar la encuentro tirada en el suelo del salón. Intento mantenerme sereno para no asustarla más, pero no estoy seguro de conseguirlo.

—Ya estoy aquí —digo lo más tranquilo que puedo.

—¡Ay, hijo! Me duele mucho la cadera.

—No te preocupes, mamá. Ya he llamado a la ambulancia. Estate tranquila, ya estoy aquí contigo.

Una hora después estoy en la sala de espera del hospital. Sé que mi madre está bien, no es grave lo que tiene, pero me estoy volviendo loco hasta que me lo confirmen. Entonces recuerdo que no he llamado a nadie.

Saco el teléfono y al primero al que llamo es a mi hermano. Se asusta cuando le digo que nuestra madre está en el hospital, pero consigo tranquilizarle. Le aseguro que en cuanto hable con el médico le llamaré. Caitlyn, su mujer, está trabajando y él tiene que quedarse con los niños.

Cuando cuelgo a mi hermano llamo a Marian.

—Hola, guapo.

—Marian, necesito que vayas a mi casa a sacar a *Goliat*.

—Claro, ¿pasa algo?

—Mi madre se ha caído, estamos en el hospital.

—¿Está bien?

—Creo que solo tiene la cadera rota.

—Vale, no te preocupes. Me traigo a *Goliat* a casa y me ocupo de él. Tú ocúpate de tu madre.

—Gracias. Si quieres quedarte ya en casa no hay problema.

—Ya veré. Llámame cuando sepas algo.

—Claro.

Cuelgo y me siento en una de esas sillas de plástico tan incómodas, esperando a que me digan algo. En este momento echo tremendamente de menos tener a Sky a mi lado, poder coger su mano y que me tranquilice diciéndome que todo va a ir bien. Necesito su apoyo incondicional. Pero no lo tengo, estoy solo, como siempre.

Paso dos horas desesperantes. Y cuando oigo que por megafonía llaman a los familiares de Caroline Harris me levanto de un salto y entro en el despacho que me indican.

—Hola, ¿es usted familia de Caroline? —pregunta un médico bajito y con bigote.

—Sí, soy su hijo. ¿Cómo está mi madre?

—Siéntese. No se preocupe, su madre está bien. —Suspiro aliviado—. La caída le ha provocado una rotura limpia en la cadera. Lo importante es que la cabeza del fémur está intacta.

—Bien, bien. —Esto hace que me relaje un poco—. ¿Ahora qué hay que hacer?

—Pues mañana hay que operarla para fijar el hueso con un clavo. Si no hay rechazo, y todo va bien, en cuatro o cinco días se podrá marchar a casa.

—¿Puedo verla?

—Claro. Van a llevarla a una habitación y podrá quedarse con ella.

—Gracias, doctor. Muchas gracias.

—Ahora una enfermera le llevará con su madre.

Nada más salir del despacho del doctor llamo a mi hermano.

—¿Dan? —pregunta al descolgar.

—Clay, ya he hablado con el doctor. Tiene una fractura en la cadera, pero no es grave. Mañana van a operarla para ponerle un clavo y tendrá que estar ingresada cuatro o cinco días, si todo va bien.

—¿La has visto? ¿Cómo se encuentra? ¿Puedo hablar con ella?

—No la he visto aún. Van a llevarla a una habitación y podré quedarme con ella. Cuando esté instalada te llamo.

—¿Has trabajado hoy? ¿Quieres que me quede yo esta noche? Puedo buscar a alguien que se quede con los niños.

—Sí, he trabajado, pero no te preocupes. Tú quédate con los enanos que puedo dormir en el sofá.

—Como quieras. Mañana por la mañana a primera hora estoy allí.

—Vale. Aquí estaremos.

Cuelgo en el momento justo en el que una enfermera aparece por la puerta.

—¿Familiares de Caroline Harris?

—Aquí —digo con firmeza.

La mujer se me queda mirando en silencio. «¡Por el amor de Dios! No es momento para esto». Hasta que no termina su completa inspección no vuelve a hablar.

—Acompañeme, por favor. Le llevaré con la paciente.

Cuando entro en la habitación mi madre nos mira y sonrío.

—Hola, cariño.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

—Ahora estoy bien. Creo que me han dado algún tipo de droga, porque no me duele nada. ¡Van a convertirme en una drogadicta!

Me alegra ver que vuelve a estar de buen humor.

—No te preocupes, mamaíta. Yo me ocupo de que no te droguen demasiado. Pero no te quejes si luego te duele.

—¿Has visto que hijo más guapo tengo? —le dice a la enfermera.

La pobre chica, que le está colocando la almohada, se sonroja y sonrío. Yo pongo los ojos en blanco y me siento en el sofá que hay junto a la cama. Ahora que sé que está bien a pesar de todo el cansancio ha hecho aparición.

—Es bombero, ¿sabes? —Vuelve mi madre a la carga.

—Mamá —la regaña suavemente—, deja a la pobre muchacha trabajar tranquila.

—¡Y encima es humilde! Si es que lo tiene todo —contraataca de nuevo.

La pobre enfermera, roja como un tomate maduro, se ríe y, tras mirar sus constantes, se marcha sin decir nada.

—Mamá, si no te comportas dejaré que te droguen hasta que te conviertan en una adicta —la amenazo intentando contener la sonrisa.

—Oh, apiádate de mí, que me he roto la cadera. Pensaba que eso solo les pasaba a los viejos. ¡Ay, Dios mío! —grita sobresaltándome.

—¿Qué te pasa? ¿Te duele?

—¡No! Es que me he dado cuenta de que me hago vieja.

Suspiro exasperado. Si sigue así a quien van a tener que ingresar va a ser a mí.

Bendita paciencia

Llevamos una semana en el hospital. Los cuatro días que nos dijeron cuando la operaron se han convertido en siete, porque al segundo día le dio fiebre y prefirieron dejarla un poco más de tiempo en observación, para mi desesperación.

Solo he salido de aquí para ir a trabajar, día que se quedó mi hermano relevándome. Pero en cuanto acabé el turno volví a meterme en el hospital.

Tengo que reconocer que mi aspecto actual no es el mejor. Aprovecho cuando viene Clayton o Marian para irme a casa y darme una ducha rápida. No paro ni para arreglarme la barba, que siempre llevo bien recortada. Ahora, según mi madre, parezco un vagabundo. Pero estando ella en el hospital mi aspecto es lo que menos me importa. La mujer más importante de mi vida me necesita y yo voy a estar aquí, con ella, hasta que vuelva a ser la mujer activa que siempre ha sido.

Lo que no ha dejado de ser es una “tocacojones”. Toda mujer que entra por la puerta de la habitación (ya sea doctora, enfermera, empleada del hospital o acompañante de su compañera de habitación) es blanco de sus indirectas para intentar liarla conmigo. Al menos solo se lo dice a chicas de mi edad, o más jóvenes. Y aunque sonrío y le sigo el rollo la mayoría de las veces ninguna de esas mujeres me interesa. Estar tanto tiempo en este silencioso lugar me ha dejado muchísimo tiempo para pensar y le he dado cientos de vueltas a mi tema con Sky.

He estado tentado muchas veces de escribirle un mensaje para decirle que me da igual que esté con otro, sea real o no. Pero luego lo pensaba fríamente y llegaba a la conclusión de que lo único que Sky quiere es que la folle como

su novio no sabe hacer, para luego largarse con él a vivir su vida perfectamente imperfecta. Y no, lo siento, pero no voy a dejar que me utilice así, por mucho que me guste esa mujer.

Reconozco que echo de menos nuestros fogosos encuentros. Me falta la expectativa que sentía cuando me avisaba de que iba hacia mi casa. Pero no solo me falta su cuerpo, también recuerdo las horas que pasábamos sentados en el sofá con nuestras piernas entrelazadas viendo alguna película sin hablar, simplemente acariciándonos y sonriéndonos; me falta su inteligente conversación, su azulada mirada, su sensual sonrisa... Vamos, que la echo de menos a toda ella.

—Dan, ¡Daniel! —El grito de mi madre me devuelve a la realidad—. ¿Me estás escuchando?

—Claro, mamá.

Entonces su mano impacta contra mi nuca en una tremenda colleja.

—¡Préstame atención! —me reprocha.

—¡Joder, mamá! Qué hostia me has dado.

Me froto el lugar accidentado. Hacía mucho tiempo que no me daba una de sus expertas collejas. La última vez fue... cuando nos pillaron a Ray y a mí espiando a la vecina de mi amigo por la ventana de su habitación mientras ella se cambiaba de ropa. En mi defensa debo decir que nosotros teníamos quince años y ella estaba buenísima.

—¿En qué piensas? —pregunta relajando el tono.

—En la última vez que me diste una colleja. —Sonrío.

—Ah, sí. Me acuerdo. Menudos dos gamberros erais. La pobre Silvia se dio un buen susto.

—Fue culpa suya. Sabía perfectamente que se la veía desde fuera.

—¡Pervertido! Espero que ahora no vayas espiando a las chicas.

—No te preocupes, mamaíta. —Le guiño un ojo consciente de la perla que voy a soltar—. Ahora ellas vienen a mi casa para desnudarse voluntariamente.

Pone cara de asombro, pasa al espanto y termina con un fingido enfado.

—Lo que yo decía: ¡Eres un perverso!

—¿Qué quieres que haga? Tendré que comprobar que son buenas en todos los aspectos de la vida antes de convertirlas en la madre de tus nietos...

—Daniel...

Lo que fuera a decir queda eclipsado por la oportuna aparición del doctor. Tras darnos una cuantas instrucciones nos da el alta dejándonos libres al fin.

Tres horas después, y con la paciencia llegando al límite, entramos en casa. Dejo a mi señora madre acostada en su cama. El viaje a echo que le duela y la ha agotado así que cae rendida, por suerte. Yo estoy reventado y necesito dormir unas horas, pero no puedo hacerlo hasta que alguien venga a quedarse con la señora de la casa. Saco el teléfono para avisar a mi hermano.

—¿Dan? —Descuelga al segundo tono.

—El mismo. Ya estamos en casa.

—Menos mal. ¿Quieres que vaya?

—Sí, por favor. Necesito acostarme un rato.

—Vale. Deja que arregle un par de cosas en el trabajo y avise a Cat para que vaya ella a por los niños. ¿Llevo algo de comer?

—Eso sería genial. Aquí te esperamos.

Tras colgar le mando un mensaje a Marian:

Ya estamos en casa. No sé cuándo podré pasar por allí.

El día que mi madre se cayó Marian se mudó a mi casa. Iba a hacerlo la semana siguiente así que ya aprovechó. Ha estado cuidando de la casa y de *Goliat* en mi ausencia.

Llevo varios días sin ver a mi pobre perro y me ha echado tanto de menos como yo a él. Hay gente que piensa que los animales no tienen sentimientos, pero están muy equivocados. Mi pequeño compañero cuando me ve empieza a dar saltos mientras gime, y no desiste hasta que le cojo y dejo que me lama

la cara.

El teléfono me avisa de que tengo un mensaje.

¿Quieres que vaya a echaros una mano?

Marian siempre tan solícita y lista para ayudar.

No te preocupes, ahora viene mi hermano y trae comida.

Pienso si debería decirle que se venga a comer para empezar a pasar más tiempo con ella. Puede que así consiga sacar de mi cabeza a la mujer rubia que me atormenta.

Prefecto. Cuando acabe aquí voy a veros. ¿Necesitas que te lleve algo?

Le respondo que cuando me levante de la siesta iré a casa para recoger algo ropa ya que pasaré un par de semana con mi madre. Me quedaré aquí hasta cerciorarme de que está bien y puede volver a valerse por sí misma.

Vuelvo a la habitación de mi madre para comentarle los planes de hoy. Lo que le cuento le parece bien, está siendo demasiado... dócil, algo le pasa.

—Ven, cariño —dice golpeando la cama con la mano—, tumbate con tu madre.

Me siento con cuidado para no moverla mucho. Dice que no le duele, pero aún así me ando con ojo. Mi intención es apoyarme en el cabecero, pero ella tiene otros planes. Pasa su brazo por mi cuello y me empuja hasta que mi cabeza queda recostada en su hombro, como cuando era pequeño y nos tumbamos con ella Clay y yo los días que mi padre trabajaba en el turno de noche. Nos metíamos aquí y le contábamos lo que habíamos hecho durante el

día mientras ella nos escuchaba con una sonrisa y nos regañaba cuando nos interrumpíamos atropelladamente uno a otro.

—¿Vas a contarme qué te trastorna?

—No me pasa nada, mamá.

—Por favor, Daniel. Soy tu madre y sé que algo te preocupa.

—Bueno, acaban de operar a mi única madre. Creo que es motivo suficiente para que esté preocupado.

Me pega un pequeño tirón de pelos, señal de que sabe que miento.

—¡No me mientas, Daniel!

—No te miento, mamá. Sabes que me preocupo mucho por ti.

—Sí, sí, lo sé. Pero que yo me haga vieja no es tu única preocupación.

No le doy la razón, aunque la tenga. ¿Cómo puedo explicarle lo que me carcome? Contarle que hay una mujer que me gusta, que me vuelve loco, que quiere que sea suyo, a ratos, en la intimidad, mientras que cara al público sale con otro. Bueno, eso es lo que ella me ha contado, porque no puedo estar seguro de que sea verdad. Nunca podré saber si comparten o no el lecho.

—Hay una mujer, ¿verdad? —presiona mi madre.

—Sí —suspiro resignado.

—¿Es Marian? ¿Te arrepientes de haberle ofrecido tu casa?

—No, no es Marian. Y no me arrepiento, de momento.

—Entonces es aquella otra mujer, ¿verdad?

—Es complicado, mamá.

La mano que tiene en mi cabeza ahora me acaricia el pelo.

—Cariño —empieza tras un largo silencio—, no conozco a esa mujer y no sé qué es eso tan complicado, pero te digo que le hagas caso a tu corazón y a tu cabeza. Haz lo que te haga feliz. ¿Ella te hace feliz?

—Cuando estamos solos, sí. Pero hay gente... por medio.

—No hagas caso de las habladurías, ni los cotilleos de la gente. Hay mucho aburrimiento en el mundo.

—Ojalá fuera tan sencillo.

—Si no lo tienes claro, tómate un tiempo. Yo crié a mis hijos para que fueran felices e hicieran lo que siempre quisieran y no te voy a permitir que echés a perder tanto esfuerzo. —Me riñe con fingido enfado—. Solo recuerda el dicho de que un clavo saca a otro clavo. Si no puedes, o decides no estar con ella, busca a alguien que te corresponda y te haga feliz.

—Tranquila, mamá. ¿Cuándo te he decepcionado yo?

—Cuando llegaste en séptimo con las matemáticas suspensas.

Suelto una carcajada. Se va a pasar la vida entera echándome en cara aquel suspenso. Suspenso que me gané porque me fui con Tamy Clarson a su casa en vez de estar en la escuela, sin acordarme de que ese día tenía un examen final. Pero claro, a esa edad tenía hormonas de más y ella... bueno, digamos que quería probar un hombre de verdad entre sus piernas.

—Al menos he salido un hombre de provecho —le recuerdo sonriente.

—¡Menos mal! Si no tendría la muñeca hecha polvo de darte collejas.

Ambos nos reímos. Así estamos cuando oímos a Clayton:

—¿Hola? —Entra en la habitación y nos mira divertido—. Se nota que te encuentras mejor. ¿O es que estáis drogados de calmantes?

—Huye, Clay. Mamá está hoy con ganas de repartir collejas.

—Ah, no, no, no. Bastantes me gané de pequeño. Mejor vayamos a comer.

Mi hermano sale del dormitorio como alma que lleva el diablo mientras ayudo a mi madre a levantarse de la cama y los tres vamos a la cocina.

Tras saciarnos y oír las cientos de protestas por parte de mi madre sobre la comida a domicilio dejamos a mi hermano recogiendo la cocina. Entretanto acompaño a mi madre de vuelta a su cama. Después me encierro en mi dormitorio y me tiro en la cama con el móvil en la mano. Sky no me ha llamado en toda la semana, pero claro, ella no sabe todo lo que ha pasado.

Estoy muy cansado, necesito dormir. No puedo porque la rocambolesca historia que me contó Sky no para de dar vueltas en mi cabeza. ¿Puede ser verdad? ¿Me estará tomando el pelo? No, no creo que sea verdad que una

mujer adulta viva condicionada por sus padres. Lo que creo es que lo único que quiere es utilizarme, simplemente. Y, aunque me guste mucho follar con ella, soy humano y tengo sentimientos. No puedo permitir que entre en mi vida para luego largarse dejándome tirado. Sí, lo mejor va a ser que corte con esto ahora mismo. Busco su teléfono y le escribo un mensaje:

Hola. He estado dándole vueltas a todo lo que me contaste. Y me parece increíble. No puedo creer que vivas con un tío y no te acuestes con él. Conozco a los hombres, ¡yo soy uno! Y sé que tener a una mujer como tú en casa es una tentación. Eres demasiado sexy. Lo siento, no me creo que entre ese tío y tú no haya nada. Yo quiero a alguien que esté al cien por cien conmigo. No me gusta compartir y menos aún a la mujer con la que sueño dormido y despierto. Lo siento muchísimo pero no puedo con esto. Sé muy feliz, mi ángel.

Leo lo que he escrito dos veces antes de enviárselo. Me convenzo de que estoy haciendo lo mejor para mí. En esto tengo que ser egoísta, fuerte y consecuente con mis actos. En cuanto pulso “enviar” apago el teléfono. Ahora solo quiero cerrar los ojos y descansar.

¿Qué es ese sonido? Algo suena en la puerta, pero no pienso abrir los ojos.

—Por favor, *Goliat*. —Es Marian quien susurra tras la puerta—. Relájate un poco, que está durmiendo.

La puerta se abre y la tenue luz del pasillo perturba la oscuridad del dormitorio. Me muevo para quedar boca arriba, informando a los intrusos de que no estoy dormido.

—Lo siento, Dan —susurra Marian—. Desde que hemos llegado está como loco por verte.

Se acerca a la cama para subir a mi caprichoso perro.

—No te preocupes. ¿Qué hora es? He dormido como un bebé.

—Son las seis de la tarde.

En un arrebato agarro su muñeca y tiro de ella hasta que queda tumbada en la cama con mi cuerpo cubriendo el suyo. Su cara refleja sorpresa por mi arranque. Sin pensar en nada acerco mi cara a la suya.

—Dan, ¿qué haces? —pregunta sin resistirse en absoluto.

—Voy a besarte. Y, cuando estés lista, voy a follarte.

Esquivo su boca para llevarla a su cuello. Empiezo a repartir besos saboreándola mientras bajo hasta su clavícula notando cómo su respiración se acelera.

—¿Por qué, Dan?

Su pregunta me desconcierta un poco, pero no me detengo. Las palabras de mi madre dan vueltas, una y otra vez, en mi cabeza: Un clavo saca a otro clavo. Puede que sea cruel, o desconsiderado, pero el clavo que va a sacar a Sky de mi cabeza va a ser Marian.

—Dan, para, por favor.

Sigo ignorándola. Sus súplicas son poco convincentes. Está igual de excitada que yo, o puede que más. Ya que no consigo empalmarme del todo.

—Vamos, nena. Lo estás deseando.

—No, Daniel. ¡Para!

Su grito me saca de la espiral de locura en la que me he sumido. Dejo de besarla y me incorporo sobre los brazos para mirarla en la semioscuridad de la habitación.

—Dan, esto no está bien —susurra acariciándome la mejilla.

—¿Por qué no? Tú eres una mujer, yo un hombre... biológicamente estamos hechos para follar.

—Dan, corazón. Que físicamente estemos creados para follar no quiere decir que tengamos que hacerlo.

—¿No quieres que me meta dentro de ti muy despacio? —murmuro intentando besar sus labios.

Me esquivo girando la cara. Es frustrante. Quiero follarla. Necesito que haga que me olvide de la rubia, pero no está por la labor y es de lo más irritante.

—Nunca digo que no a un tío como tú, pero no podemos hacerlo.

Envuelve mi cintura con sus piernas apretando con fuerza. Por un segundo creo que va a sucumbir y darme lo que necesito, pero enseguida me doy cuenta de que restringe mis movimientos, ya no puedo restregarme contra ella.

—¿Por qué coño no podemos follar? ¡Lo estás deseando!

—No vamos a acostarnos porque estás frustrado por algo que te ha pasado con Sky. No sé qué ha sido, pero no vas a utilizarme como vía de escape. Cuando vuelvas a ser tú y no estés enfadado, frustrado o ansioso, vuelve a proponérmelo. Pero ahora NO.

—¡Joder! —grito ofuscado.

Me derrumbo sobre ella pero esta vez no es de manera sexual. Tiene toda la razón. Quiero desquitarme por lo que Sky me ha hecho pero no puedo hacerlo con Marian. Ella es buena chica y mejor amiga. ¿Qué digo? No puedo hacerlo en general, con nadie. Yo no soy así, no utilizo a una mujer, ni la trato como si fuera un objeto. Si mi madre se entera de lo que he estado a punto de hacer me mata a collejas.

—Lo siento —susurro avergonzado aún escondido en su cuello.

—No te preocupes. —Empieza a acariciarme la espalda—. ¿Me cuentas qué ha pasado?

No se lo he contado a nadie, tampoco he tenido oportunidad de hacerlo, pero quizás me ayude desahogarme. Me despego de su cuerpo tumbándome boca arriba a su lado. Sin apartar la mirada del blanco techo de la habitación le cuento todo lo que pasó antes de la llamada de mi madre.

—Vaya —dice ella cuando termino la inverosímil historia—. La verdad es que... bueno, parece el guión de una película.

—¿Verdad que sí? Suena a trola.

—A mí no me suena a mentira. Es raro, sí. Pero por lo que me has contado sobre ella no parece una mentirosa.

—¡Pero es difícil de creer!

—Ahí tienes razón. ¿Has hablado con ella después de aquello?

—No. Cuando me he acostado le he mandado un mensaje diciéndole que no me creo que no se acueste con ese tío y solo sean amigos.

—Bueno, tú y yo vamos a vivir juntos y solo somos amigos...

—Pero ya he intentado follarte más de una vez.

—Y yo he sabido pararte a tiempo. Además, la primera vez no nos conocíamos y esta vez... bueno, estás enfadado con ella. Sé que lo arreglaréis y dejarás de acosarme.

Suelto una carcajada. No he conocido a una mujer más segura que Marian.

Lo que no tengo claro del todo es que lo mío con Sky se pueda arreglar. Ni siquiera sé si quiero hablar con ella.

Termino un nuevo turno. Hoy ha sido un día movidito. Hemos tenido un sótano inundado, una falsa alarma en un colegio y un coche en llamas, pero por suerte hoy puedo volver a mi casa. Clayton se ha cogido unos días de vacaciones y mi madre se ha ido con él a su casa.

Quiero a mi madre más que a nadie pero ha conseguido agotar mi infinita paciencia. Intenta hacer cosas que no puede haciéndose daño. Ya he perdido la cuenta de las veces que he tenido que cogerla en brazos y llevarla al sofá, o a la cama. Menos mal que puedo descansar unos días, si no... acabaría atándola a la cama para impedir que se moviera.

Llevo toda la semana yendo al gimnasio en los escasos ratos que Marian viene a relevarme. Pero hoy puedo tomarme mi tiempo, así que me monto en mi moto marchando a mi casa. Voy a dormir todo lo que necesito y después me machacaré en el gimnasio como es debido. Cuando llego a casa encuentro a Marian preparando el desayuno.

—Justo a tiempo —dice dejando dos platos sobre la mesa—. ¿Qué tal ha ido el día?

Me siento frente a unos huevos revueltos con beicon, que huelen de maravilla, y un zumo de naranja que parece recién exprimido.

—Movidito. Estoy deseando pillar la cama.

—Yo voy a pasar el día muy ocupada. Así que no vendré a comer y no te molestaré.

Después de desayunar y recoger la cocina, me despido de Marian y me siento en el sofá para jugar un poco con *Goliat*.

—Hola, enano —le digo a mi perro.

Él me responde con un ladrido, parezco gilipollas hablando con un perro. Tras jugar un rato, en el que me muerde la mano al menos veinte veces, nos metemos en la cama. No puedo evitar darle vueltas al mismo tema: Sky. La echo de menos pero lo nuestro no puede ser.

Alguien toca mi pecho con suavidad. Sigo con los ojos cerrados disfrutando del contacto de esos dedos. Pero las caricias cambian de pronto convirtiéndose en ligeros golpes que van acompañados de gemido agudos y ladridos.

—Por Dios, *Goliat*. Estoy durmiendo.

Aún sin abrir los ojos le coloco al otro lado de la cama y me tumbo bocabajo. No sé qué hora es, ni cuánto llevo durmiendo, pero quiero dormir un rato más. *Goliat* no se da por vencido y se sube a mi espalda para morderme el pelo tirando de él a la vez que gruñe. Estiro el brazo sobre mi cabeza para intentar apartarlo, con lo que me gana un pequeño mordisco en el dedo.

—¡Au! ¿A qué viene esto?

Vuelvo a girarme ganándome unos lametones en la cara.

—Voy a dejar de llevarte a casa de mamá. Se te está pegando su irritante forma de ser.

Él ladra y empieza a jadear mientras mueve a toda velocidad el rabo. Busco el despertador de la mesilla y veo que ya es la una del medio día. Ha llegado el momento de mover el culo. Antes de levantarme miro el teléfono descubriendo que tengo un mensaje de Sky:

*Por favor, Dan, dame la oportunidad de arreglar esto.
Quiero estar contigo. Por favor.*

Paso de contestar. Lo que necesito es terminar con esta mierda de una vez. Me levanto y voy a la cocina. En la nevera encuentro un recipiente de plástico junto con una nota:

*Seguro que te levantas tarde, así que te dejo un poco
de ensalada de pasta para comer. Que pases un buen día.
Nos vemos esta noche.*

Marian.

Es un detalle por su parte. Puede que tenga que comprarle unas flores o algo para agradecerle todo lo que está haciendo por mí.

Tras terminar de comer me preparo para ir al gimnasio, pero veo a mi inquieta bola de pelo siguiéndome y recuerdo que lleva demasiado tiempo sin salir a desfogarse, por lo que le coloco su arnés y engancho la correa larga. Sonrío al ver lo excitado que está. Da saltos como un loco. Sabe que vamos a salir a correr.

Marchamos a paso lento, calentando, hasta que llegamos a la calle 59 w. Aceleramos el paso cuando Metallica canta a todo volumen *Master of Puppets* en mi *ipod*. Entramos por Central Drive para seguir por East Dr.

Para cuando llegamos a Terrace Dr, Mötley Crüe están cantando *Kickstart my heart*. Damos una vuelta rápida a Bethesda Fountain y volvemos a Terrace Dr. Ahora es Nirvana quien suena con *Smells like teen spirit*, una canción con la que siempre me he identificado ya que me siento como un adolescente a pesar de estar en los treinta.

Al llegar de nuevo a la calle 59w. me paro unos momentos para comprobar que *Goliath* está bien. Este pequeñajo es un deportista nato. Llevamos cuatro kilómetros y medio y parece seguir tan fresco, aunque jadea un poco. Decido que puede seguir un poco más, meneo el rabo con rapidez y me mira a la espera de que me anime a seguir. Cuando Mötley Crüe se

escuchan de nuevo en mis oídos, esta vez con *Girls, girls, girsl*, retomamos la marcha.

Damos un pequeño rodeo al volver a casa para que pueda entrar en una floristería y comprar un ramo de flores silvestres para Marian. Sé que se merece más pero tendrá que esperar al fin de semana para que la pueda llevar a cenar. Por supuesto todo esto lo hago como agradecimiento, por como se está portando conmigo como amiga. Ella tiene razón cuando dice que no podríamos tener nada más que una relación únicamente sexual. Aunque eso tampoco es malo, si la otra persona no vive contigo, claro está.

Llegamos a casa y ambos vamos directos a rehidratarnos. Cuando consigo regular del todo mi respiración me meto en el cuarto de baño. Ya va siendo hora de que me arregle la barba. Tras quedar satisfecho con mi cara, lleno la bañera y me sumerjo en el agua caliente.

Alrededor de una hora después salgo del agua al oír llegar a Marian. Me seco con rapidez y me pongo unos bóxer negros, unos pantalones cortos, cojo las flores que le he comparado y me dirijo a su encuentro. Antes de que me dé tiempo a salir de mi habitación oigo que llaman a la puerta. A medida que me acerco oigo a Marian hablando con alguien. No veo quién está en la puerta, pero no me importa. Me acerco a mi compañera y, sin prestar atención a la otra persona, le doy un beso en la cabeza.

—Hola, preciosa —murmuro.

La rodeo con el brazo y le planto las flores delante aún ignorando a quien está en la puerta. Entonces me percató de que ante nosotros hay dos personas: un hombre y... Sky.

Todo empieza a encajar

Los miro atentamente. Ella está igual de impresionante que siempre. Él es el hombre con el que la vi en la cena benéfica. No me puedo creer que se haya presentado en mi casa con él.

—¿Qué haces aquí? —digo con recelo.

—Este es David —nos presenta obviando mi pregunta—. David, él es Daniel.

David me tiende la mano con una gran sonrisa. En ese momento me doy cuenta de que sigo escondido tras Marian. Me coloco a su lado y estrecho la mano que sigue esperando con paciencia.

—Es un placer conocerte al fin, Daniel. Sky me ha hablado mucho de ti.

Enarco una ceja sorprendido. No me puedo creer que le haya hablado a su novio de mí.

—Pasad, por favor —dice Marian echándose a un lado.

—Gracias —responde David sonriente.

No puedo apartar los ojos de esa rubia que me mira esperando a que diga algo. Pero no puedo, me he quedado mudo. De pronto, *Goliat* aparece ladrando, llega hasta Sky y empieza a saltar pegado a su pierna. Ella se agacha para cogerlo en brazos con una preciosa sonrisa. Sin perder un segundo mi perro empieza a lamerle la cara haciéndola reír.

—*Goliat*, colega, para ya. Vas a comerte todo su maquillaje —le riño sin apartar la mirada de la sonrisa de Sky.

—No te preocupes, me lo esperaba y no me he puesto nada de maquillaje en la cara.

La miro completamente embobado. Echaba mucho de menos tenerla tan cerca.

—Te echaba de menos. —En cuanto lo digo me arrepiento e intento arreglarlo—. Se ha puesto muy contento al verte.

Veo decepción en sus ojos, o creo verla al menos.

—¡Dan! —Marian llama mi atención desde el salón—. ¿No piensas dejarla entrar?

Sin decir nada y con reticencia me aparto para dejarle paso. Camino tras ella, que aún lleva en brazos a *Goliat*, hasta llegar al sofá.

Me siento junto a Marian, mientras que Sky se acomoda al lado de David que está hablando con Marian de algo. No les presto atención, solo puedo fijarme en la complicidad que existe entre mi rubia y su acompañante. En cuanto ella se ha acercado, él le ha retirado un cojín, ha cambiado ligeramente de postura para no darle la espalda y, cuando ella se ha sentado, le ha puesto una mano en la rodilla. Este gesto no me ha pasado por alto, ha sido demasiado natural para ser falso.

—¿Queréis tomar algo? —pregunto para escapar por unos minutos de esta incómoda situación—. Yo necesito una cerveza.

—Me apunto a esa cerveza —declara Marian—. También deberías ponerte una camiseta, ¿no?

Achino los ojos, si pretende que me ponga un traje lo lleva claro. Estoy en mi casa y no he invitado a nadie a cenar, por lo que si no les gusta mi modelito, ¡me la suda!

—Yo también tomaré una cerveza —apunta David—. ¿Tú quieres tomar algo, Sky?

No espero a oír su respuesta. Me levanto de un salto y huyo a la tranquilidad relativa de la cocina. Si han venido hasta aquí para restregarme lo felices que son juntos lo están consiguiendo.

Me agarro a la encimera y dejo caer la cabeza hacia mi pecho. «¿Por qué coño permito esto?» Todo puede acabar en un minuto, solo tengo que decirles

que se larguen de mi casa. ¿Por qué no lo hago? Sencillamente porque quiero que ella esté conmigo. Este es su lugar, a mi lado, haciéndome feliz a mí y no a él.

De pronto unas manos me acarician los músculos de la espalda. Mi cuerpo reconoce esas caricias, esas uñas que me arañan ligeramente, ese olor que inundan cada poro de mi piel.

—Te he añorado —susurra un segundo antes de plantar un beso en el centro de mi espalda.

—¿Qué haces aquí, Sky? —vuelvo a preguntar.

No muevo ni un músculo. Reconozco que es por miedo a que todo sea un sueño, una alucinación de mi cansada mente.

—Ya te lo he dicho. —Empieza a repartir besos por toda mi espalda—: te echo de menos.

Mi cuerpo no es ajeno a sus atenciones. Todo se tensa, incluido mi miembro que empieza a empalmarse. Lo que no conseguí restregándome contra Marian, Sky, lo ha logrado con tan solo unos besos.

—¿Por qué le has traído aquí?

Pasa las manos por mi cintura y apoya la mejilla contra mí sin decir nada. Su silencio me enfurece. Agarro sus manos con un movimiento rápido y tiro de ella para subirla a la encimera. Separo sus piernas bruscamente y me coloco entre ellas. Con rudeza empiezo a besar su cuello de cisne intentando excitarla.

—¿Esto es lo que quieres? —Aprieto mi más que evidente erección contra su entrepierna y empiezo a mover las caderas hacia delante—. ¿Quieres que te folle estando él en la habitación de al lado? ¿Eso es lo que has venido a buscar?

—Dan...no... por favor.

Intenta apartarme poniendo sus manos en mi pecho, pero no lo consigue, no me muevo ni un milímetro. Llevo mis labios a su boca y la beso con furia. Estoy muy enfadado con ella por haber venido y haberme hecho recordar. ¿Acaso he podido olvidarla? Por supuesto que no he podido sacarla de mi cabeza.

Llevo mis manos hasta su trasero y la atraigo hacia mí para que note mi dolorosa erección. Sí, por muy enfadado que esté, por mucho que quiera odiarla, mi cuerpo reacciona súbitamente a la presencia del suyo.

—¿Has venido porque quieres que él te oiga gemir mientras te follo?

—¡¡Daniel!! —Su grito hace que me detenga en el acto.

Me separo de ella como si me hubiese quemado. Este hombre, el que ha estado a punto de forzar a una mujer, no soy yo. Tener a Sky cerca me ha hecho perder la cabeza.

—Lo siento —digo paseando como un león enjaulado por la cocina—. Lo siento, Sky. Será mejor que te marches.

—No, Dan. No me pienso ir hasta que nos escuches.

Me giro rápidamente hacia ella. Sigue sentada en la encimera, con las piernas cerradas y el vestido enseñando más pierna de lo que debería. Está absolutamente preciosa, pero...

—¿Has dicho “nos”?

—Sí, por eso está aquí David. Dices que no me crees, por eso ha venido él, para explicártelo todo.

La miro alucinado. Esto cada vez es más surrealista. Se baja de un salto lleno de elegancia y se acerca a mí con aplomo.

—Ven.

Se aproxima a la nevera, me pasa dos cervezas y coge ella otras dos sin soltarme de la mano. Tener mis dedos entrelazados con los suyos es tan reconfortante como lo recordaba. Su pequeña mano encaja a la perfección con la mía; mi piel morena resalta la blancura y perfección de la suya; somos como polos opuestos y ya se sabe: los polos opuestos se atraen.

Yo me siento terriblemente atraído por esta rubia de ojos azules y labios carnosos que me lleva lentamente hacia el salón de mi casa. Al acercarnos se oyen las carcajadas de Marian y cómo David susurra algo haciendo que las risas se intensifiquen.

—Para, por favor —dice Marian intentando calmarse—. ¡Me has hecho llorar!

Cuando se percatan de nuestra vuelta se quedan súbitamente en silencio. Dejo la cerveza de Marian ante ella mientras me siento de nuevo a su lado. Bebo de mi cerveza esperando a que sean ellos quienes hablen pero Marian es quien habla, ¡cómo no!

—Bueno, ¿qué os trae por aquí?

No me pasa desapercibida la mirada de reproche que le lanza a Sky al preguntar, ni cómo esta cambia al posarse en la pareja de la rubia, para convertirse en... ¿fogosa? ¡Sí! La sonrisilla que le dirige me confirma que le gusta.

—Pues... —empieza Sky a hablar, pero no acaba la frase.

—Verás, Daniel —continúa David tras el mutismo de ella—. Sky me ha comentado que te contó cómo es nuestra relación. —Asiento volviendo a beber—. También me ha comentado que no creíste sus explicaciones.

—Bueno —le interrumpo —, como comprenderás es algo... inverosímil.

—Vale, si me pongo en tu lugar puedo entender tu reticencia. Por eso estoy yo aquí.

—¿Para convencerme que no hay nada entre vosotros? —pregunto a la defensiva.

—No, para decirte que Sky y yo solo somos amigos. Ambos estamos metidos en la misma mierda. Y hasta que encontremos una salida que satisfaga a todo el mundo tendremos que seguir con esto.

—¡Venga ya! —exploto al final—. No me creo que viváis juntos y no os acostéis.

—¿No vives tú con Marian? —pregunta Sky furiosa—. ¿Vosotros os acostáis?

La miro fijamente, puedo ver el miedo a que le confirme lo que acaba de decir.

—No —responde Marian tras un largo silencio—, nosotros no nos hemos acostado, ni lo vamos a hacer. Solo somos amigos y compañeros de piso.

Me llevo la botella de cerveza a los labios de nuevo pero está vacía. Sin preguntar nada a nadie me levanto para ir a por otra bebida, la necesito. Esta

conversación me está alterando. Le doy un largo trago antes de volver al salón.

—Daniel. —Sky llama mi atención antes de que me gire para salir de la cocina—. ¿Por qué no puedes creer que la relación que David y yo tenemos es igual que la tuya con Marian?

—No, no es igual porque nosotros no nos vamos besando en público.

Respiro con fuerza. He ido subiendo el tono a medida que acababa la frase. Incapaz de seguir a solas con ella la esquivo y vuelvo al salón. El traidor de *Goliat*, que hasta el momento estaba dormido al lado de Sky, salta por los sofás hasta llegar a mí, se sienta sobre mis piernas mirándome y me ladra. Esto me enerva. Toda esta situación es desquiciante.

—Daniel —comienza David con serenidad—, nunca pasamos de un par de besos castos. Y siempre que podemos los evitamos. Pero tenemos una imagen que mantener.

Entonces Sky se levanta para sentarse a mi lado. Coge una de mis manos y la arropa con las suyas. Sus atrayentes ojos azules atrapan los míos.

—Dan, nunca has sido “el otro” y nunca lo serás. Tú eres único, y así será mientras tú lo quieras.

—Sky, yo...

No me deja terminar, se lanza a mí sellando sus labios con los míos. Su lengua juguetona intenta entrar en mi boca buscando una conexión más profunda. Poder besar de nuevo sus dulces labios hace que me olvide de todo y de todos. Cuando su lengua encuentra la mía no recuerdo por qué estoy enfadado. No sé la razón por la que hemos estado estos días separados. Ni siquiera soy consciente de que no estamos solos. Acuno su cara con mis manos. Su sedosa piel está caliente y calienta la mía. No me explico cómo he podido resistirme a ella. Esta mujer es perfecta... para mí.

No puedo pensar en nada, solamente en los movimientos de su lengua junto a con la mía. En este momento puede acabarse el mundo porque yo soy plenamente feliz ya que ella está entre mis manos. En un momento de lucidez decido no dejarla escapar, nunca. Ya me da igual todo, solo la quiero a ella.

Mis golosas manos se dan un festín con su cuerpo. Repaso cada una de sus curvas, cada centímetro de su suave piel, al menos la que la ropa deja al

aire.

—Podemos lograrlo, Dan. Te quiero —murmura separándose de mí apenas unos milímetros.

Llevo las manos hasta sus mejillas y me sumerjo en esos ojos azules que me miran fijamente. Creo que nunca he visto unos ojos tan bonitos y expresivos. Solo con mirarlos sé lo que piensa, puedo ver que lo que acaba de decir es totalmente cierto.

—Sky, no sé... no sé si podré compartirme con él, aunque solo sea una fachada. Te quiero solo para mí.

—Soy única y exclusivamente tuya. Créeme, por favor.

No puedo apartar la mirada de ella. Una pequeña parte de mí no quiere creerla, me pide que la aparte de mi regazo y la eche de mi casa. Pero una parte aún mayor confía en ella, cree que es solo mía, que vamos a conseguir estar juntos. Solo tengo que tener un poco de paciencia. Pensar en volver a estar sin ella revuelve mi estómago. Por Sky puedo tener toda la paciencia que sea necesaria. De pronto esos sentimientos que tanto he luchado por enterrar en lo más hondo de mí afloran.

—Yo también te quiero —murmuro un segundo antes de volver a unir nuestros labios—. No voy a dejar que te vayas nunca de mi lado.

—No quiero irme a ningún sitio.

El sonido del teléfono me saca de la espiral de excitación en la que mi ángel me ha metido. Ese insistente sonido me recuerda que no estamos solos. Miro donde estaban Marian y David y compruebo que han desaparecido.

—¿Tienes que contestar? —pregunta Sky besándome la barbilla.

La canción *Sweet child o' mine* de Guns n' Roses me dice que sí tengo que responder. Sin apartar a Sky de donde está cojo el teléfono que descansa sobre la mesa.

—Hola, mamá. ¿Estás bien? —digo al descolgar.

Sky intenta moverse, pero no de lo permito. En cuanto acabe la conversación retomaremos lo que estábamos haciendo.

—Hola, cariño. Estoy bien, aunque agotada. Estos diablillos acaban con

la energía de cualquiera.

Me río ante su declaración y por la cara de desconcierto que acaba de poner Sky.

—No es lo mismo verlos un rato que estar todo el día con ellos, ¿verdad? —respondo riendo—. ¿Solo llamas para quejarte de tus nietos?

—¡Por supuesto que no! Adoro a mis niños. Llamaba para invitaros a Marian y a ti a cenar.

Miro a mi ángel. Me encantaría poder invitarla a cenar y presentarle a mi madre.

—¿Estás ahí, Daniel? Vamos a ir a un restaurante que hay aquí cerca.

—No puedo ir, mamá. Ya he hecho planes.

—¿A sí? ¿Con quién? ¿La conozco? Invítala a cenar con nosotros y así me la presentas.

—No, mamá, no la conoces. Y no voy a presentártela, al menos no todavía.

—Está bien, cariño. Si cambias de idea avísame. Te quiero.

—Y yo a ti, mamá. Pórtate bien.

—¿Por qué no vas a cenar con tu madre? —me pregunta Sky cuando cuelgo.

—Pues porque tengo algo mejor entre manos.

Sonríe. Me muestra esa preciosa sonrisa que es capaz de iluminar todo mi mundo.

—Además —continúo—, necesito descansar un poco de ella. Llevo casi un mes en su casa y debo liberar tensiones.

—¿Un mes?

—Es que tú no lo sabes. El día que nos vimos por última vez, cuando me lo contaste todo, nada más irte me llamó mi madre porque se había caído.

—¡Oh!, vaya. ¿Está bien?

—Mejor de lo que quiere admitir. Se rompió la cadera y tuvieron que

operarla. Pero está fenomenal. Aunque aún no me fío de dejarla sola y me he trasladado temporalmente a su casa.

—Entonces debería irme para que puedas ir con ella.

—¡No! —digo con rapidez—. Está pasando unos días en casa de mi hermano, no te preocupes. A no ser que quieras ir a cenar con ellos no pienso dejarte salir de aquí.

Me doy cuenta de lo que he dicho cuando noto que se tensa. Abre la boca un par de veces pero la vuelve a cerrar sin decir nada.

—No te preocupes, mi ángel —susurro besándola el cuello—. No voy a hacerte pasar por eso... todavía.

—Me encantaría conocer a tu madre. Parece una mujer muy... especial.

—¿En serio? —Asiente con una gran sonrisa—. Otro día te llevaré a conocerla. Pero hoy te quiero sola para mí.

Junto cuando voy a besarla suena su teléfono interrumpiéndonos. Lo mira con una sonrisa y me lee el mensaje que le acaba de llegar:

Hola, Sky. Me he ido con Marian a cenar para dejaros un poco de intimidad, se notaba que la necesitáis. Con la excusa de dejaros solos la he convencido para que se venga a casa. ¡Me encanta esta mujer! Si quieres o necesitas volver a casa llámame e iré a buscarte. Tendré toda la noche el teléfono encendido por si acaso. Y por tu padre no te preocupes, se han ido a Vermont unos días a descansar. Pásalo bien. Te quiero, preciosa.

Me quedo un momento en silencio asimilando lo que me acaba de leer. Marian va a pasar la noche con él, ¿eso me molesta? Ni lo más mínimo, espero que lo pasen bien. Lo que me cripa de todo lo que ha leído es el final, ese “te quiero, preciosa”. No me gusta que le diga eso, ni que la llame “preciosa”.

—Bueno...—dice Sky besándome en el cuello—, ahora que tenemos toda la casa para nosotros... ¿qué piensas hacerme?

Su pregunta reactiva mi calenturienta mente. ¿Qué hago pensando en un estúpido mensaje cuando tengo a Sky sobre mí y la casa toda para nosotros? Sin tiempo que perder levanto su falda hasta la cintura y la siento a horcajadas sobre mí. Ella está aquí, conmigo, y ¡me quiere! ¿Qué más se puede pedir? He cazado un ángel y no pienso soltarlo nunca.

Sin necesidad de decir nada empezamos a besarnos. Adoro su boca y cómo su lengua juega con la mía. Tiene fachada de ser una sumisa acostumbra a obedecer, pero en la intimidad de nuestros encuentros me ha demostrado ser una mujer decidida a la que le gusta llevar la voz cantante, cosa que a mí me encanta.

Sus caderas se mueven restregándose contra mi miembro, que lleva listo para ella desde que la he visto en la puerta. Separando nuestras bocas baja la mirada junto con sus manos a mi pantalón. Cuando lo retira liberando mi erección veo cómo se relame, esto hace que mi miembro dé una sacudida. Sin que me dé tiempo a pensar baja de mis piernas acomodándose entre ellas. Mis ojos no pueden apartarse de su cara. Ver sus ojos velados por la lujuria, sus mejillas sonrojadas por la pasión me vuelve loco. Sus labios separados, por donde se le escapan ligeros jadeos, están húmedos e hinchados por los besos que me ha regalado. Lentamente los acerca mi miembro y creo volverme loco cuando me introduce en su boca. Mis caderas se mueven a su mismo ritmo metiéndome cada vez más en ella. Sube y baja mientras gime casi más que yo. Verla postrada ante mí, dándome placer con la boca, está a punto de hacerme explotar.

—Nena, para..., por favor.

Hace lo que le pido y levanta su cara hacia mí mientras sonrío relamiéndose los labios. Tiro de sus manos hasta que la tengo de nuevo sobre mí, aparto sus braguitas a un lado y ella me coloca en su entrada. Desciende lentamente haciendo que sienta cómo sus músculos se abren a mi paso. Esto es el puto paraíso. Sube y baja sin separar sus ojos de los míos mientras mis caderas la siguen.

Durante no sé cuánto tiempo nos mantenemos así hasta que el escalofrío recorre mi espalda. Me voy a correr y ella lo hará conmigo. La agarro de la cintura y empiezo a moverla con más fuerza y contundencia. En el momento en el que sus músculos me aprietan un largo gemido sale de su garganta a la vez que yo hago lo mismo.

Yacemos los dos en el sofá sudorosos y agotados.

—Te he echado mucho de menos —dice mi chica.

—Yo también a ti —reconozco.

—Podemos hacer que esto funcione —asegura.

—Eso espero. ¿Te quedas a pasar la noche?

—Ahora que David te conoce y nos apoya, puedo pasar contigo todo el tiempo que esté en la ciudad.

Lo que dice llena mi corazón aletargado de alegría. Ahora sí que podemos tener una relación. Solo nos queda pulir algunos ligeros detalles pero lo conseguiremos. Al final conseguiré que esta mujer sea mía y no solo en la intimidad.

Más cada día

Despierto solo en mi cama. Hace dos días que no veo a Sky y la echo de menos. Miro el reloj y veo que son las siete menos cinco de la mañana. Hoy me toca trabajar así que será mejor que mueva el culo. Me levanto justo cuando el despertador empieza a sonar. *Goliat*, desde su cama, levanta la cabeza, bosteza y se vuelve a tumbar. ¡Eso es vida, sí señor! Voy a la cocina para tomarme un café antes de meterme en la ducha. La casa está tremendamente silenciosa, cosa a lo que no estoy acostumbrado, a mí me gusta poner música nada más levantarme para que me haga compañía, pero Marian está en casa y no quiero despertarla.

Cuando mi necesidad de cafeína ha sido saciada vuelvo a mi dormitorio y por fin enciendo la radio a un volumen más bajo de lo habitual. La cañera canción *Welcome to the jungle* de Gun's and Roses me carga las pilas del todo.

*Bienvenido a la jungla
tenemos diversión y juegos.
Tenemos todo lo que puedas querer,
Cariño, conocemos los nombres.
somos la gente que puede encontrar
cualquier cosa que puedas necesitar.
Si tienes el dinero, cariño,*

nosotros tenemos tu enfermedad.

Canto este gran clásico mientras me ducho. Estar en la ducha es sinónimo de pensar en Sky. La última tarde que estuvo aquí, después de que pasásemos un rato la mar de agradable hablando de cómo nos había ido el día, nos metimos en mi habitación donde hicimos el amor con mucha calma.

Con ella me gusta tomarme todo el tiempo posible, deseo que no termine nunca. Pero claro, uno no es de piedra y ver ese sensual cuerpo moviéndose encima, o debajo de mí, puede con mi autocontrol. La sensación de su piel con la mía, de poder estar unidos tan íntimamente sin que haya barreras de ningún tipo es... un sueño hecho realidad.

Aunque lo mejor de esa tarde fue cuando mi chica se metió en la ducha. Entré en el baño con la intención de unirme a ella pero me quedé apoyado en la puerta admirando sus movimientos. Es tremendamente erótico verla mientras enjabona su exquisito cuerpo, nunca me cansaré de ese espectáculo. Estoy seguro de que si la ducha hubiera durado tres minutos más habría terminado haciéndome una paja mientras la miraba. Algo que no he hecho nunca, ni se me ha pasado por la cabeza hacer. El voyerismo no va conmigo. Pero mirar a Sky es una auténtica maravilla, un placer para todos los sentidos. Como era de esperar terminé con sus piernas enredadas en mi cintura mientras la empotraba contra los azulejos de la ducha.

Será mejor que deje de pensar estas cosas o no podré ir relajado y atento al trabajo. Aún silbando la canción, me seco con rapidez y voy a vestirme.

Cuando salgo del dormitorio dejo a *Goliat* aún dormido en su cama. Le debe durar aún el cansancio por las carreras que nos dimos ayer por Central Park. Oigo como Marian tararea en la cocina mientras trastea.

—Buenos días, guapa —saludo dándole un beso en la cabeza.

—¡Buenos días! —responde alegremente.

—No te oí llegar anoche —le digo.

—Ya, bueno. David me llevó a cenar y se nos hizo tarde...

—¿David? ¿Está aquí? —pregunto confundido—. Pensaba que estaban de viaje.

—No —responde Marian rápidamente algo incómoda—. David no pudo marcharse con Sky porque tenía compromisos de trabajo.

—Bueno..., tengo que marcharme. Que pases un buen día.

Le doy un nuevo beso en la cabeza y me marchó. Los dos meses que llevamos viviendo juntos han sido muy buenos; ambos respetamos el espacio del otro y procuramos no hacer nada indecoroso en las zonas comunes. Aunque Sky y yo hemos intimado más de una vez en la cocina y el salón mientras Marian está trabajando, por supuesto.

Monto en el ascensor y, cómo no, me encuentro con mi vecina Angelic. De verdad empiezo a pensar que esta mujer me espía.

—Buenos días, vecina —saludo.

—Buenos días, vecino —replica—. Qué solito vas hoy...

No respondo a su mordaz comentario. Con quien voy o dejo de ir no es asunto suyo. Llegamos al portal sin volver a abrir la boca. Estoy empezando a cansarme del marcaje que me hace esta mujer.

—Hasta luego —me despido hoscamente poniéndome el casco.

—¡Qué vaya bien el día! —responde.

Subo en mi moto y me marchó al parque. Por suerte el trabajo me ayudará a desconectar.

El Sargento se acerca a mí justo cuando acaba la reunión mañanera con el equipo.

—Buenos días, Cabo Harris.

—Buenos días, Sargento.

—¿Podemos hablar en mi despacho un momento?

La pregunta del Sargento me llama la atención. Por norma general él no pregunta si podemos hablar, simplemente te informa de que tiene algo que decirte y te hace entrar al despacho sin más.

—Por supuesto, Sargento. Iba a revisar el equipo...

—No se preocupe, Cabo. Lo que tenemos que hablar va a ser rápido. Luego lo revisa.

Sin volver a replicar entro en su despacho. Este hombre es de lo más imprevisible, nunca sé por dónde va a salir.

—Siéntese, por favor —ordena al cerrar la puerta.

Hago lo que me pide en la silla que señala.

—Bien, Cabo. Le he hecho venir porque hay algo que me gustaría comentarle.

Hay que joderse lo que le gusta andarse por las ramas.

—Usted dirá —le apremio suavemente.

—Como recordará, hace unas semanas acudí a unas salidas con su equipo. —Asiento recordando cómo agotó mi paciencia aquel día—. También he estado con otros equipos en estas semanas. Y esto se debe a que todos ustedes estuvieron siendo supervisados.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Me quedo estupefacto—. No tenía noticias de que mi equipo estuviese a prueba.

—No, no es eso lo que quería decir. No estaban a prueba. Simplemente observaba a los mejores candidatos para el puesto de Sargento que próximamente va a estar vacante.

Ahora sí que le miro boquiabierto. ¿Me está proponiendo para un ascenso? Esto sí que no me lo esperaba.

—Sí, Cabo. Le he hecho venir para comunicarle que usted, junto con el Cabo Mendes, son candidatos al ascenso.

¿Ray, mi querido amigo Ray, compite conmigo por el puesto?

—Me siento alagado, señor...

—Todo se decidirá en una semana, a menos que uno de los dos renuncie antes a la candidatura. Enhorabuena, Cabo.

Sin decir nada más se levanta y me tiende la mano. Hago lo propio, se la estrecho y me marchó. Estoy en estado de *shock*. Yo no busco un ascenso, ni me lo he planteado. Es muy halagador que hayan pensado en mí para el puesto, pero ¿sargento yo?

Voy derecho a la cocina a prepararme un café, a ver si se me despeja la mente. Miro a mi alrededor y compruebo que estoy solo. ¿Dónde está todo el

mundo? Un grito proveniente del exterior responde a mi pregunta: los chicos están con las prácticas y yo aquí sentado. Bueno, si no han venido a buscarme es porque hoy me puedo librar de ellas.

Acabado el café y me preparo otro mientras le doy vueltas a la noticia que me han dado. Necesito hablar con alguien. La primera persona que me viene a la cabeza es Sky pero no sé si está disponible. La segunda persona en la que pienso es mi madre, pero a ella no se lo puedo decir porque se hará ilusiones que no sé si podré cumplir. La tercera persona es Ray, el otro implicado. No sé si es buena idea hablar esto con él. Aún así le mando un mensaje, ante todo es mi mejor amigo.

Hola, tío. ¿Te han dado la gran noticia?

Ya que tengo el teléfono en las manos le mando otro mensaje a mi chica, seguro que hablar con ella me ayudará a verlo todo claro.

Hola, preciosa. Te echo de menos. Tengo algo que contarte. Cuando puedas llámame.

Le doy un sorbo a mi café cuando el móvil me avisa de la llegada de un nuevo mensaje:

Ray: Hola, tío. Sí, antes de salir el Sargento me lo ha contado. ¿Qué te parece la noticia?

Dan: Me he quedado a cuadros. No me lo esperaba.

Ray: Ni yo. Aunque hablando con Sheryl salió el tema hace unos días.

Dan: ¿Y eso? ¿Te planteabas el ascenso? Creía que te gustaba ser Cabo.

Ray: Y me gusta serlo. Pero con el embarazo de

mi mujer... No sé, nunca me ha dado miedo lo que hacemos, pero ahora... Me gustaría no correr tantos riesgos y ver crecer a mi hijo.

Dan: Joder, que profundo te has puesto.

Ray: No es ser profundo, simplemente..., creo que empiezo a madurar.

Dan: ¡Dios mío! Ya era hora.

Ray: Ya son casi treinta años, ¡va tocando! A ver cuándo te toca a ti.

Dan: ¿A mí? Te recuerdo que los treinta ya los cumplí y que para tener un hijo hace falta una mujer.

Ray: Muy gracioso. Me refiero a cuándo madurarás.

Dan: Eso lo hice hace tiempo, colega. Por cierto, ¿qué haces despierto?

Ray: La noticia no me ha dejado dormir. Voy a ponerme una película porno, a ver si una buena paja me relaja y me ayuda a dormir un poco.

Dan: ¡Se nota que estás madurando! Jajajajajaja.

Ray: ¿Verdad que sí? Hasta yo me estoy sorprendiendo.

Dan: Que descanses, colega.

Ray: Que vaya bien el día, tío.

Suelto el teléfono sonriendo. Charlar con el cabra loca de Ray siempre me pone de buen humor. De pronto la sirena suena. Me pongo en marcha rápidamente, voy al vestuario y me cambio como un rayo.

—Un coche incendiado —anuncia el Sargento cuando me ve.

Nos ponemos en marcha con premura. La sirena del camión suena con fuerza abriéndonos paso en el caótico tráfico neoyorquino. Doce minutos

después estamos en una calle acordonada ya por la policía.

—¿Hay alguien en el interior? —pregunto al agente encargado.

—No, todo el mundo está a salvo.

—Bien, chicos. Todos con el equipo de aire.

Rápidamente nos ponemos en marcha. Cargo a mi espalda la pesada botella de aire y cojo la manguera que Charlie me tiende.

—Juárez, Jefferson, vosotros a la parte trasera. Charlie y yo nos ocupamos de la delantera. Los demás: controlar el perímetro y la presión del agua.

Como hemos hecho otras tantas veces nos colocamos las máscaras y nos ponemos en posición. El calor que desprende el incendio es grande. Gracias al traje ignífugo no nos quemamos, aunque hace que empiece a sudar al instante.

La adrenalina se dispara y la respiración se me acelera. Esto es algo normal. Lo que ya no es tan normal es que empiece a costarme trabajo respirar. Cada vez que inspiro me cuesta más. «¡Me estoy ahogando!» Sin pensar suelto una mano de la manguera y me retiro la máscara que se supone me tendría que estar ayudando a respirar.

—¡Cabo!, pero ¿qué hace? —grita Charlie tras de mí.

Trato de llenar mis pulmones con el aire que tanto necesito con tan mala suerte que a media respiración el viento que hasta ahora soplaba suavemente cambia de dirección dándome de lleno en la cara inundando mis pulmones de aire ardiendo. En ese momento todo se vuelve borroso, el pecho me arde y no soy capaz de volver a respirar. ¡Vuelvo a ahogarme! La manguera se me escapa de las manos. Rápidamente es sujeta por Charlie.

—¡Cabo, Cabo! ¿Está bien? —oigo que alguien grita a lo lejos.

«No, no lo estoy» quiero decírselo pero no puedo. En décimas de segundo noto como mis piernas fallan mientras millones de puntos negros bailan ante mí. Hasta que todo se vuelve negro y la inconsciencia me arrastra.

Los pulmones me queman y la garganta me arde. Algo tan cotidiano

como respirar es toda una tortura. Más que aire parece que estoy respirando fuego. ¿Qué me ha pasado? La cabeza me duele horrores y un latido constante en la frente me molesta.

—Cabo, abra los ojos, por favor.

Alguien me golpea la cara. Si pudiese moverme le devolvería los golpes al gilipollas que me está pegando. Insisten con las tortas, entonces soy consciente de que sujetan algo contra mi cara. ¿Me están intentando asfixiar? Mis ojos por fin responden, los abro de golpe intentando zafarme del cabrón que está intentado asesinarme.

—Tranquilo, tranquilo. —Una voz intenta calmarme mientras me sujetan de los hombros.

—Cabo, tranquilícese. Los sanitarios están intentando ayudarle.

«¿Charlie? Sí, ese es Charlie». La razón y los recuerdos vuelven a mí. El coche, la botella de aire vacía, la máscara que me ahogaba, el fuego, el cambio del viento, la asfixia. Ahora comprendo todo. No están intentando matarme, sino dándome oxígeno con una mascarilla para que pueda respirar. Una vez ato todos los cabos me relajo y les dejo hacer.

—Cabo —dice un enfermero poniéndose en mi campo de visión—, vamos a llevarlo al hospital. Se ha intoxicado con el humo, pero no se preocupe que está bien.

Seis manos me levantan para depositarme en una camilla.

—La... la frente, me duele —jadeo penosamente.

—Tranquilo —dice ahora una mujer—, al caer inconsciente se ha golpeado contra el asfalto y se ha hecho una brecha. Pero no es nada que unos puntos no puedan solucionar.

El sonido de la sirena taladra mis oídos. La cabeza me estalla y este soniquete del demonio lo incrementa. Por suerte llegamos enseguida al hospital. Rápidamente me meten en un box, me conectan a los monitores y me ponen una vía en el brazo. Les oigo hablar atropelladamente y darse órdenes unos a otros.

Unos cuantos minutos después todo el mundo se marcha, menos una guapa enfermera que me limpia la herida de la frente.

—Bueno —dice un médico entrando en el box—, veamos ese corte. Habrá que darle cuatro puntos. Pero no te preocupes, soy muy bueno en esto y casi no se notará la cicatriz.

—Me importa una mierda la cicatriz, lo que quiero es que me quiten el dolor de cabeza —espeto hoscamente.

El sabio doctor no vuelve a abrir la boca, solo se comunica con la enfermera de manera breve. Me da los cuatro puntos y se larga sin decir ni mu.

—El Cabo Harris, ¿cómo está?

Miro donde provienen esa voz y veo a Charlie. Está hablando con el médico que me ha dado los puntos, así que no creo que le esté hablando muy bien de mí. Charlie deja de hablar con el doctor y se acerca a mí con rapidez.

—Cabo, ¿está bien? —pregunta preocupado.

Con voz ronca y la garganta rasposa le digo que estoy bien. Bastante alterado está como para que le preocupe más.

—Cuando le he visto desmayarse casi me caigo yo también —reconoce.

—Gracias por preocuparte —le digo—. Necesito que me hagas un favor.

—Lo que necesite.

—Llama al Cabo Mendes, dile lo que ha pasado y dónde estoy.

—Por supuesto, ahora mismo lo hago.

—Pídele —le corto— que no le diga nada a mi madre y que se pase por el parque a por mis cosas. Y que no se le olvide coger mi teléfono móvil.

—Entendido. ¿Necesita algo más? Debo volver al parque.

—Un poco de agua estaría bien. Muchas gracias, muchacho.

El joven se despide de mí y se marcha pero antes se acerca a una enfermera y le pide que me traigan agua.

Una hora después aparece Ray, nervioso. Se preocupa por mi estado pero cuando se cerciora de que estoy bien me llama blandengue. Es reconfortante tenerle aquí.

—¿Me has traído el teléfono? —le pregunto.

—Aquí lo tienes.

Dudo durante unos instantes si debo llamar a mi madre. Si no lo hago y luego se entera es capaz de matarme con sus propias manos, así que lo mejor será que se lo diga yo. Solo suenan dos timbrazos antes de que descuelgue.

—¡Hola, cariñito mío! ¿Cómo estás?

—Hola, mamá —respondo con voz rasposa.

—¿Dan, eres tú? —pregunta confundida.

—Sí, mamá, soy yo. Escucha, he tenido un accidente en el trabajo. A pesar de la voz ronca estoy bien.

—¿Dónde estás? Voy para allá. —Se la oye preocupada.

—No, no hace falta que vengas a...

—¡Voy para allá y punto!

—Dile que voy a recogerla —me susurra Ray.

Le miro agradecido, hasta que ella no vea que estoy bien no se va a quedar tranquila

—Mamá, Ray va a buscarte para traerte. Espéralo en casa.

—Vale —responde mi madre—, dile que se dé prisa.

Cuelgo y asiento en dirección a mi amigo que sale raudo en busca de mi madre. Cuando vuelvo a estar solo me fijo en el teléfono y veo que tengo un mensaje de Sky.

Hola, guapo. ¿Qué me tienes que contar? ¡No me dejes con la intriga! Yo también te echo de menos.

Ahora son dos las cosas que le tengo que contar, pero la mala noticia ha de ser la primera. No es algo que se deba de decir por un mensaje, así que decido llamarla.

—Hola, guapo —saluda al descolgar—. Iba a llamarte justo ahora. Me has leído la mente.

Suelto una ronca carcajada que me hace toser con fuerza.

—Dan, ¿estás bien? —Mi ataque de tos la ha preocupado.

Sin rodeos le cuento lo que me ha pasado, al menos lo que recuerdo. Enseguida se preocupa y me pregunta en qué hospital estoy. Miro en las sábanas el nombre y se lo digo.

—Vale, estoy muy cerca. Voy para allá.

Cuelga sin darme tiempo a decirle que mi madre está de camino con mi amigo. Me da igual, ahora lo que me apetece es tener a mi lado a la gente que me importa.

Diez minutos después Sky taconeá con rapidez en mi dirección.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —Su cariñoso saludo me llena el corazón.

—Hola, preciosa. Estoy bien. Cansado pero bien.

Se acerca a mí con cuidado para darme un suave beso en los labios. Al separarse se queda junto a mí agarrada a mi mano. Justo cuando voy a pedirle otro beso oímos la voz de mi preocupada madre:

—Ay, hijo mío. ¿Estás bien?

Sin reparar en la rubia que está a mi lado coge mi cara entre sus minúsculas manos y me besuquea.

—Mamá, mamá, por favor. ¡Para!

—Ay, Dios mío —dice mirando el apósito de mi frente—, ¿qué le ha pasado a mi niño en la frente?

—No te preocupes, mamá, es solo una brecha. Cuatro puntos nada más.

—¿¿Nada más?! —grita—. Cuatro puntos son muchos.

—Mamá, por Dios, relájate.

Verla tan nerviosa y a punto de llorar me parte el alma, por lo que intento desviar la conversación para distraerla. Miro hacia Sky que comprende lo que necesito y me da su consentimiento apretándome la mano.

—Mamá, Ray, os presento a Sky.

Mi madre deja de mirarme a mí con preocupación para mirar a mi ángel

con recelo.

—Encantada, señora Harris. —Sky le tiende la mano a mi madre con una sonrisa y esta se la estrecha—. Es un placer conocerla, me han hablado mucho de usted.

La mirada de mi madre se dulcifica al instante al saber que no es la primera vez que esta belleza y yo nos vemos.

—Encantada, guapa. Todo lo que este descerebrado te haya dicho sobre mí seguro que es mentira.

Ambas me miran, luego se miran entre ellas y sonríen. Parece que se han caído bien.

—Hola, Ray —dice ahora Sky—, de ti también me han hablado.

—Pues lo que te hayan contado de mí, ¡es todo cierto!

Todos nos reímos, lo que me provoca un nuevo ataque de tos.

Después de pasar cuatro largas horas en observación y de oír hablar, y hablar, a mi madre con Sky me dan el alta. Ray, durante todo el tiempo se ha mantenido al margen de la conversación entre las mujeres. Me ha mirado sonriente varias veces y ha hablado con Sheryl, con mi hermano y con Marian por teléfono. Me dicen que tengo que estar una semana en reposo, sin trabajar y sin hacer fuerte ejercicio físico.

—Te vienes a casa, ¿verdad? —me pregunta mi madre cuando salimos del hospital.

—Mamá, preferiría irme a mi casa y estar tranquilo...

—Hijo, a mí no me importa que esta joven se venga a casa con nosotros, e incluso que duerma contigo. Solo quiero asegurarme de que estás bien.

La pobre Sky está roja como un tomate, no está acostumbrada a la deslenguada de mi madre y a su poca vergüenza.

—No, mamá, estoy bien. Ahora solo quiero irme a casa y dormir.

Sé que no le gusta mi respuesta, pero claudica porque sabe que ya soy una persona adulta a la que no puede controlar a su antojo.

—Venga, Caroline, te llevaré a casa —dice Ray cogiéndose de su brazo.

Antes de decidirse a largarse me llena de besos y me hace prometer que si me encuentro peor la llamaré. Al salir Sky y yo nos montamos en su coche en silencio.

—Siento si mi madre te ha incomodado. Ya te dije que es una mujer muy... especial.

—Es encantadora. Me ha gustado conocerla.

Antes de ir a casa pasamos por el parque. Mientras Sky me espera en el coche yo voy a ver a los chicos. Todos se preocupan por mi salud; somos más que compañeros, somos como una gran familia.

—Cabo Harris —me llama el Sargento —, me alegro de que esté bien.

—Gracias, señor.

Le doy el informe que me han dado en el hospital donde especifica el tiempo que debo estar de baja. Tras leerlo me sorprende diciendo:

—No se preocupe, Cabo. Si necesita una semana más solo debe decirlo. Descanse dos semanas y vuelva completamente recuperado.

—Muchas gracias, señor.

Tras saludar a todos mis compañeros vuelvo a montarme en el coche donde mi chica me espera pacientemente.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta después de que bese sus labios.

—Muy bien. Me han dado dos semanas de vacaciones —respondo con mi cavernosa voz.

—Eso está muy bien.

Me sonrío contenta, verla es como un bálsamo para mis males. Acabo de pasar uno de los peores momentos de mi vida pero estar aquí con ella hace que lo olvide todo.

Llegamos a mi casa en silencio porque me cuesta mucho hablar. Además, no lo necesitamos, con mirarnos y sonreírnos es más que suficiente. Después de una reparadora ducha vuelvo a mi habitación donde Sky está hablando por teléfono. En cuanto me ve se despide de su interlocutor y cuelga. Me tumbo sobre la cama vestido únicamente con mi pantalón de chándal.

—¿Te apetece que pasemos el día tranquilitos aquí? —pregunta Sky

tumbándose a mi lado.

—Todo lo que sea contigo me parece perfecto.

La miro y vuelve a sonreírme.

—Muy bien. ¿Tienes algo que me pueda poner para estar más cómoda?

Me levanto rápidamente y le doy una de mis camisetas.

—Tendrás que conformarte con esto hasta que llegue Marian y te deje algo suyo.

Sin dejar de sonreír se quita su recatado vestido gris para quedar vestida con un sujetador y unas bragas blancas que parecen caros. Mi cansado cuerpo reacciona a las fantásticas vistas que me ofrece.

—Ah, no, no, no —dice al ver cómo se levanta una tienda de campaña en mi pantalón—, tienes que descansar. Te he preparado una sorpresa para mañana, así que métete en la cama y deja que te cuide.

—¿Una sorpresa?

—Sí, así que pórtate bien y te la daré.

Si va a ser ella quien me va a cuidar no me voy a quejar. Me meto en la cama dispuesto a portarme bien y disfrutar de mi chica todo el tiempo que me sea posible.

¡Sorpresa!

Me despierto en mi cama solo como siempre. Pero el dolor sordo que siento en mi garganta me recuerda todo lo que pasó ayer. Ahora soy más consciente de que podría haber pasado algo muy, muy, malo aunque afortunadamente todo quedó en un susto.

Me quedo mirando el blanco techo de mi habitación recordando la cara de angustia que tenían Sky y mi madre. El susto que les di fue muy grande. ¡Un momento! Anoche, cuando me metí en la cama, Sky estaba conmigo. ¿Lo habré soñado? No, no, la hora que pasé viéndola dormir junto a mí fue muy real. Entonces, ¿dónde está? ¿Se habrá ido en mitad de la noche? No lo creo, ese no es su estilo, ella me habría despertado para despedirse. De pronto la puerta del dormitorio se abre y oigo:

—¡Estás despierto!

No me da tiempo a reaccionar cuando un pequeño cuerpo y una maraña de pelo rubio se lanzan sobre mí, mientras una sonora carcajada resuena en la silenciosa habitación.

—Se te ve contenta —le digo retirándole el pelo buscando su preciosa cara.

—He dormido bien y tengo planeado un día estupendo, ¿qué más puedo pedir?

Por fin consigo encontrar esos preciosos ojos azules que tanto me han cautivado.

—Yo sé lo que quiero hacer durante todo el día —le digo con voz ronca levantando la cadera para que note mi matutina erección.

Agarro su cuerpo con más fuerza mientras empiezo a besarla el cuello. Casi la tengo convencida, lo sé por el leve gemido que se le escapa. Para seguir animándola bajo las manos desde su espalda hasta su sexy trasero. Aún va vestida solo con la camiseta que le presté anoche y sus pequeñas bragas. Se lo masajeo apretándola más contra mí. Sus delicadas piernas se separan dejándome espacio para que me acomode entre ellas. Vuelvo con mis besos hacia su boca y la devoro mientras la muevo para que se restriegue contra mí.

—Dan... —jadea contra mis labios—, no tenemos tiempo para esto.

La callo con mis besos. Sé que si persevero un poco más conseguiré lo que quiero, o mejor dicho, lo que necesito.

—Venga, preciosa. Será rápido.

Levanta la cabeza y entonces sonrío. ¡Ya es mía!

—Uno rapidito. En dos horas tenemos que estar en el aeropuerto y aún tienes que hacer la maleta.

¿Aeropuerto? Bueno, da igual, he conseguido lo que buscaba y no voy a perder el tiempo con pensamientos inútiles. Sin necesidad de que le diga nada separa nuestras bocas para incorporarse. Lentamente agarra el bajo de la camiseta que lleva y se la quita dejando al descubierto sus fantásticos pechos. Alargo las manos para tocarle los rosados pezones. Primero se los rodero suavemente y cuando estos se contraen los agarro entre mis dedos pulgares e índices y se los pellizco cada vez con más fuerza. Sé que a ella le gusta que empiece con suavidad y vaya subiendo la intensidad. Su gemido me anima a apretar un poco más.

—¿Ves? te habrías perdido esto —le digo con una sonrisa.

Sus caderas empiezan a moverse sobre mí estimulándonos a los dos. Sus juguetonas manos bajan hasta mis calzoncillos y liberando mi erección de su encierro. Luego aparta sus bragas a un lado y me mete en su interior. Jamás me cansaré de esto, de sentirla a mi alrededor. Suelto sus pechos para agarrar sus caderas y ayudarla en sus movimientos. Arriba, abajo y círculo. Arriba, abajo y círculo. Con cada rotación de sus caderas me interno más en ella. «¡Joder! Esto es el puto paraíso».

No puedo evitar acompañar sus movimientos con mis caderas. Sus pechos saltan descontrolados incitándome a morderlos, por lo que me incorporo

quedando sentado y me meto uno de sus pezones en la boca. Hacerla gemir me hace gruñir. Aprieto más mis dientes en torno a su pezón y mi ángel grita llegando al orgasmo. El escalofrío asciende por mi espalda, necesito echar la cabeza hacia atrás y liberarme. Pero en vez de eso aprieto un poco más mi mordida prolongando su orgasmo y liberado el mío.

Caigo sobre la cama con los brazos en cruz.

—A esto lo llamo yo un buen despertar —jadeo.

—Ya te lo diré cuando lo pruebe —bromea ella.

La miro divertido y me prometo demostrarle lo bueno que es que te despierten con un gran orgasmo. Ella sigue sentada sobre mí mientras intenta controlar su respiración.

—Ya has conseguido lo que querías, ahora levántate y haz la maleta.

—¿A dónde vamos? —pregunto acariciando sus preciosas piernas.

—Es una sorpresa, ya te lo he dicho. Tengo algo importante que contarte primero.

La seriedad con la que me ha contestado me pone en alerta. Me siento apoyando la espalda en el cabecero de la cama prestando toda mi atención. Hago todo lo posible para centrarme pero es complicado teniéndola sentada desnuda sobre mis piernas, con sus increíbles pechos al alcance de mi boca.

—Verás —empieza a decir—, para poder conseguir unos días libres lejos de mis padres y poder estar contigo David ha tenido que decirle a mi padre que nos vamos unos días a..., bueno, el destino ya lo sabrás. Les he dicho que nos vamos a ir una semana juntos, pero que para que todo esté listo yo voy a irme unos días antes.

—Y yo contigo —digo con picardía.

—Y tú conmigo, sí. Pero también deben venir dos personas del equipo de seguridad con nosotros.

La miro extrañado, no tengo claro si entiendo lo que quiere decir.

—Explícate, por favor.

—Bueno, mi padre no permite que salga sin seguridad, por lo que hemos hablado con los dos agentes que están al corriente de nuestra situación y van

a acompañarnos. No te preocupes por ellos, son de total confianza y de lo más discretos.

—Creo que no me gusta mucho la idea de tener un perro guardián cerca.

—No son perros guardianes, simplemente se preocupan por mi seguridad. Tienes que comprender que mi padre es una persona pública e influyente y yo corro cierto peligro.

Suspiro exasperado. Conmigo no corre ningún tipo de peligro. Yo soy más que capaz de protegerla ante cualquier peligro. No necesito que un tipo trajeado y con gafas de sol siga cada uno de nuestros pasos y nos coarte la libertad. Y sobre todo nos quitará intimidad. Nuestra preciada y deseada intimidad. Por la cara que pone parece leerme el pensamiento. Con esta mujer no puedo guardarme nada.

—No te preocupes, Dan. Los agentes son totalmente de confianza. Voy a poder besarte y torturarte todo lo que quiera. Además, en el lugar a donde te llevo ellos no van a estar cerca. Solo van a vigilar el perímetro. De verdad, no te vas a enterar de que están allí.

No estoy para nada convencido pero se la ve tan ilusionada que no quiero estropearlo con mis gilipolleces. Ella ha preparado un viaje a no sé dónde y lo pienso disfrutar. Mejor dicho, pienso disfrutar de mi ángel, que me ha dado el regalo de poder pasar con ella más de un día, o una noche, juntos. Con esta determinación subo las manos que reposaban en sus magníficas y desnudas piernas hasta que llego a sus hombros, la atraigo hacia mí y uno nuestros labios sellando nuestro tácito acuerdo.

—Pero..., dime, ¿dónde me llevas? —indago al separarme de ella.

—Eso no te lo pienso decir. Si quieres saberlo debes levantarte de la cama y hacer la maleta.

—Al menos tienes que decirme si vamos a la playa o a la montaña. Y cuántos días vamos a estar fuera.

Me mira intentando decidir hasta donde me puede contar sin estropear su sorpresa. Reconozco que estoy intentando sonsacarle algo pero mi chica es dura de roer y no suelta prenda. Me va a dejar con la intriga hasta que lleguemos, estoy más que seguro.

—Montaña —dice al fin—, pero échate un bañador. Nos vamos dos

semanas, a no ser que te animes y puedas estar más tiempo. ¿Qué te parece la idea?

—Déjame que piense... —digo fingiendo concentración—, me propones un viaje donde te voy a poder tener en bikini y donde va a hacer el suficiente frío para que te pueda dar calor corporal. Y para remate van a ser dos semanas completas. Así que si me preguntas qué creo: te digo que es el mejor de los planes.

—Pues deja de remolonear ya y ponte en marcha.

Una hora después estamos en un coche que nos esperaba en la puerta de mi casa. Es un mercedes negro que lleva las lunas tintadas y es conducido por un tío de seguridad que tiene cara de malote. Sky ha cambiado su actitud en cuanto hemos visto el coche, la sonrisa que lucía se ha convertido en una mueca fría y la mano que estaba agarrada a mi brazo a volado a agarrar su bolso. No me ha gustado nada la distancia que ha puesto entre nosotros, ¿no se suponía que el tío de seguridad sabe lo que hay? Esta mujer me desconcierta.

Entramos en un hangar privado del aeropuerto. Toda esta ostentación y tanta parafernalia es demasiado para mí. No sé dónde vamos, pero estoy seguro de que podríamos haber ido en un vuelo comercial. Aunque... los aviones privados, por lo que tengo entendido, tienen un dormitorio, quizás allí pueda preguntarle a Sky si las “vacaciones” van a ser así. Si su respuesta es afirmativa prefiero quedarme en tierra.

Goliat protesta llamando mi atención, está sentado sobre las piernas de mi ángel, parece que sabe dónde nos vamos a montar. Me ha sorprendido mucho cuando me ha dicho Sky que podía llevarme a la bola peluda, pero ahora lo comprendo, si vamos en un avión privado nadie nos va a poner pegas, ni se va a quejar.

—Tranquilo, *Goliat* —le dice Sky mientras intenta que no le chupe la cara—, ya pronto llegamos.

Cuando el coche se detiene por completo salgo sin esperar a que me abran la puerta y me acerco al lado de mi chica para ayudarla a salir, pero el *Men in black* se me adelanta. Subimos al avión casi sin mirarnos, no me gusta nada su actitud. Dentro del aparatito (y digo aparatito porque solo hay seis asientos

y dos puertas minúsculas por las que creo que tendré que pasar de lado) otros dos *Men in black* nos esperan. Suspiro hastiado, me da la sensación de que no voy a poder con todo esto.

Una azafata rubia, muy guapa por cierto, nos indica que nos sentemos y nos explica las pertinentes medidas de seguridad. *Goliat* sigue sobre el regazo de Sky, ahora mucho más tranquilo. Mi humor a cada kilómetro que hemos ido recorriendo en el coche se ha ido ensombreciendo. Este viaje se preveía muy apetitoso pero ha resultado ser una pésima idea.

—¿Estás bien? —me pregunta Sky cuando nos dan permiso para movernos por la cabina.

—Sí —respondo escuetamente.

Estoy mirando por la minúscula ventanilla del avión pero por el rabillo del ojo veo como mi rubia de levanta, se acerca a mí y se sienta sobre mis piernas sin que yo me mueva ni un milímetro.

—¿Qué te ocurre, mi vida? —me pregunta apoyando su cabeza en el hueco de mi cuello.

—Nada —miento.

—Dan, por favor, no me engañas. Cuando hemos salido de tu casa te ha cambiado la cara y ha ido a peor.

Suspiro, me acaba de confirmar lo que ya sabía: No puedo esconderle nada. Tras unos segundos más en silencio viendo cómo la ciudad que tanto me gusta va desapareciendo me animo a contarle lo que me ronda la mollera desde hace rato.

—No me gusta esta situación. Me refiero a estar controlado todo el tiempo por un tío al que no conozco. Y por si esto fuera poco, no puedo ni tocarte. —Levanta la cabeza y me mira extrañada—. Sí, no me mires así, tu actitud ha cambiado y te has vuelto fría conmigo. Estoy convencido de que si me hubiese arrojado a ti me habrías mordido la mano.

De pronto Sky suelta una carcajada. Ríe y ríe hasta que se le saltan las lágrimas. Oír esa preciosa melodía me hace sonreír. Aunque no quiera, o no esté de humor, ella consigue arrancarme sonrisas.

Poco a poco se va calmando y su actitud cambia. Pasa de ser risueña a

algo más oscuro, más... pasional. Se acerca de nuevo a mi cuello y empieza repartir pequeños besos hasta que llega a mi oreja.

—Si quisiera morderte no lo haría en la mano precisamente.

Su comentario consigue evaporar del todo mi enfado, obligándome a reír.

—¿Y por qué no me muerdes? —la incito.

Sin que lo espere me da un pequeño mordisco en el cuello. No me hace daño, todo lo contrario, consigue que se me escape un suave jadeo. Sin importarme que los *Men in black* nos puedan ver agarro su cadera cambiándola de postura para dejarla sentada a horcajadas sobre mí.

—Me encanta sentir como te afecto —me dice restregando su entrepierna con la mía.

—Si estuviésemos solos lo notarías mucho más —la informo.

—Eso tiene solución.

Mueve una última vez las caderas y se levanta haciendo que gruña por la falta de fricción. Pero la frustración se evapora cuando me agarra de la mano y se encamina hacia una de las puertas. En cuanto entramos descubro que es un dormitorio pequeño, pero tiene lo importante: una cama. Parece que el viaje empieza a ponerse interesante.

Me empuja para que caiga sentado sobre la cama quedando ella de pie entre mis piernas. Mis manos vuelan a agarrar su trasero. Tenerla tan cerca y verla desde abajo es algo que nunca había imaginado que me fascinaría tanto.

—Eres increíblemente preciosa —le digo bajando las manos para acariciarle los muslos.

—Llevas desde que hemos salido de tu casa muy tenso, así que en las seis horas que tenemos por delante vamos a ver si soy capaz de relajarte un poco —comenta sentándose sobre mis piernas.

Mi polla reacciona al instante. Estoy tenso no lo voy a negar, pero aún así estoy listo para ella.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —me pregunta.

—Tanto como yo te quiero a ti —murmuro.

La prisa que tenía cuando me ha tentado para venir aquí se disipa en un

nanosegundo cuando une nuestros labios. Su lengua busca la mía y empiezan un baile lento y sensual que me vuelve loco.

—Túmbate —me susurra.

Lo hago sin dudarlo. Todo lo que ella me pida se lo daré. Mete sus manos bajo mi camiseta para acariciarme los abdominales e ir subiendo poco a poco hasta mi pecho. Nuestras miradas no se separan en ningún momento haciendo que la conexión que existe entre nosotros sea más íntima e intensa. Tira del bajo de mi camiseta y me incorporo para que me la pueda sacar por la cabeza. Antes de volver a tumbarme desabrocho su camisa dejando a la vista el blanco de su piel y el rosa de su sujetador. Sin decir nada vuelvo a tumbarme, ella ha empezado el juego y yo debo respetar sus reglas.

Me librera de la prisión de su mirada bajando sus preciosos ojos hacia mi torso mientras suspira. Aprovecho la oportunidad para darme un festín visual con su cuerpo. Tiene unos pechos perfectos, diría que ronda entre una noventa y cinco o una cien. La verdad es que la talla no importa, son simplemente perfectos. Sigo bajando la mirada por su vientre plano hasta llegar a su ombligo.

Sus uñas me arañan el pecho haciendo que ascienda la mirada hasta que se cruza con el azul más claro que he tenido el privilegio de ver. De pronto hace un ligero movimiento de caderas, es un pequeño roce, si no viese la sonrisa de satisfacción que se ha dibujado en su cara pensaría que lo he imaginado. Pero no ha sido cosa de mi pervertida imaginación, han sido sus ansiosas caderas.

La recatada falta que llevaba al salir de mi apartamento ahora está enrollada en su cintura. Mi mirada se dirige a ese punto que tan loco me vuelve, donde sus largas y bonitas piernas se unen en el lugar exacto donde quiero enterrarme hasta el fondo.

—Me parece que no estamos en igualdad de condiciones —me dice con falsa cara de disgusto.

—Cierto, pero yo no me voy a quejar, soy el que gana.

Suelta una carcajada que me alegra el alma y hace que mi polla dé un salto. Cuando deja de reír se escurre de mis piernas quedando de rodillas en el suelo entre ellas. No puedo verla bien por lo que me incorporo hasta estar completamente sentado. Tenerla arrodillada mirándome, con ojos llenos de

pasión y lascivia es tan erótico... Cuando se muerde el labio inferior suelto un gemido creyendo volverme loco. Necesito poseerla ya.

—No, no, no —dice negando con la cabeza para enfatizar sus palabras cuando intento levantarla.

Retira mis manos de sus hombros y lleva las tuyas a mis pantalones. Desabrocha el botón sin separar nuestras miradas. Después baja la cremallera a la vez que se relame los labios. Creo que me voy a correr solo con mirarla.

—Levanta —me insta tirando de los pantalones.

Apoyo el peso en los brazos detrás de mí y alzo las caderas para ayudarla en su cometido. Cuando ya estoy totalmente desnudo me acomodo en la cama dejando mi cuerpo a su merced. Estoy más que listo para dejarme llevar por mi ángel.

—Ahora voy a hacer que olvides todas esas tonterías que te rondan la cabeza —murmura.

No soy capaz de reprenderla, ya que se mete mi erección en la boca con poca ceremonia y se me atrancan las palabras. Ella puede decir que lo hace para que olvide, pero se nota que está tan ansiosa como yo, o quizás más. Noto cómo su lengua hace círculos sobre mi punta, que se humedece por segundos. Me mete y me saca de esa demoníaca boca torturándome. Cuando mis caderas empiezan a levantarse para seguir su ritmo ella se detiene.

—Nena, no juegues conmigo —gimo descompuesto.

—No estoy jugando contigo, mi vida —dice reptando por mi cuerpo hacia mi boca—. Solo estoy disfrutando de ti.

Levanto la cabeza y la beso desfogando toda la tensión que tengo acumulada por su culpa. Sabía que estaba tenso y cabreado, pero no era consciente de cuánto necesitaba sentir a mi chica así de cerca.

Sin decir nada, porque eso conllevaría separarme de su boca, echo a un lado su ropa interior mientras ella se coloca y se prepara para recibirme. Empiezo a penetrarla poco a poco, centímetro a centímetro. Oigo y siento como Sky gime en mi boca. Le gusta que entre despacio, pero de pronto elevo las caderas entrando de golpe y hasta el fondo en su interior.

—¡¡Daniel!! —grita tras mi movimiento.

—¿Te gusta? —Asiente enloquecida—. ¿Otra vez? —Vuelve a asentir.

Agarro sus caderas manteniéndola quieta y repito una y otra vez el movimiento. Los músculos del abdomen me arden, la respiración me falta, pero todo es recompensado con sus gemidos. La veo sobre mí, aguantando mis envites mientras gime y jadea. Sus manos, que hasta ahora agarraban con fuerza mis muñecas, pasan a sus pechos. Las acometidas de mis caderas se aceleran al ver como se los masajea. Cuando coge sus rosados pezones entre sus dedos índices y pulgares y los estimula tengo que apretar los dientes para no correrme. Aumento el ritmo al máximo, necesito que llegue al orgasmo para poder dejarme ir.

—Sky... nena —jadeo desesperado—, no puedo más.

No me responde. Bueno sí, su respuesta es un grito ininteligible, señal de que ya puedo dejarme ir.

Cae sobre mí respirando con dificultad, al igual que yo. No sé si es porque aún estoy convaleciente de mi accidente, por el cambio de altitud, o simplemente porque el sexo con Sky es cada vez más explosivo, pero en esta ocasión estoy exhausto y me cuesta mucho respirar.

—Deberías haberme dejado hacer a mí todo el trabajo —me recrimina con suavidad—. Estás asfixiado.

Se levanta de la cama de un salto mientras yo sigo intentando controlar mi errática respiración. Veo cómo empieza a vestirse con rapidez. Voy a preguntarle qué está haciendo, pero ella me responde antes de que pueda abrir la boca.

—Voy a buscarte algo de beber. No te muevas de aquí. Enseguida vuelvo.

Se marcha dejándome aquí tirado. Me gusta saber que se preocupa por mí. Estoy muy tranquilo porque estamos en un avión y no puede salir corriendo. Ya no me cabe la menor duda de que estoy totalmente enamorado de esta mujer y ahora que tenemos algo más de libertad no puedo, ni quiero, alejarme de ella ni un solo minuto.

Segundos después de haber salido por la minipuerta mi chica vuelve a entrar sujetando un vaso con lo que parece zumo. Gracias a Dios poco a poco el aire vuelve a entrar en mis pulmones. Pongo las manos detrás de la cabeza y me pongo cómodo. Veo cómo sus preciosos ojos azules repasan mi cuerpo

desnudo y sonrío al ver como se relame los labios. Le gusta mi cuerpo y eso me encanta.

—Te he traído un zumo de pomelo. ¿Estás mejor?

—Si te tumbases aquí conmigo estaría mucho mejor.

—Tómame el zumo, anda.

Pasamos un rato tumbados en la cama desnudos. Intento sonsacarle adónde me lleva, pero no hay manera de que suelte prenda. Lo único que consigo que me diga es que el vuelo dura seis hora, nada más. «¿Dónde me llevará?» La verdad es que no me importa, mientras estemos juntos me da lo mismo el lugar en el que aterricemos.

Cuando al final nos decidimos a vestirnos y salir a la zona de asientos encontramos al pequeño *Goliat* dormido plácidamente en uno de los asientos.

—Parece que a él no le importa dónde vamos —comenta Sky sonriente.

—No, él es un alma libre —respondo—, se deja llevar.

Me siento en el sillón que ha dejado vacío mi pequeña bola de pelo y abro los brazos para que mi ángel se siente sobre mí. Apoya su cabeza contra mi hombro mientras suspira. Ya no me importa dónde vamos o quien nos acompañe, debo aprovechar el tiempo que tengo para estar con ella y disfrutarlo al máximo.

Cuando *Goliat* se percata de que hemos vuelto se levanta, bosteza, se estira y se encarama a las piernas de Sky.

—Ahora ya estamos todos —murmuro haciéndola reír.

Y sin darnos cuenta comenzamos una cadena: yo acaricio la pierna de Sky, esta rasca tras las orejas a *Goliat* y él me da lametones en el brazo. Vamos, todo muy normal.

Unos ligeros zarandeos me despiertan, o al menos lo intentan. Abro un ojo y me encuentro con la sonrisa de una azafata que no sé de dónde ha salido.

—Disculpe, señor, deben abrocharse los cinturones de seguridad y guardar al perro en su transportín —dice diligentemente sin prestar atención a la mujer que tengo sentada sobre mí.

—¿Ya hemos llegado? —pregunto.

—Estamos a punto de aterrizar —confirma.

Asiento con la cabeza para que comprenda que la he entendido y se largue. Al hacerlo empiezo a besar la cabeza de mi chica para despertarla.

—Vamos, nena, despierta.

—No —murmura.

—Estamos a punto de aterrizar.

—Me da igual.

Me río sin hacer ruido. Cuando se pone en plan “niña cansada” es de lo más tierna. Sin volver a insistir y tras dejar a *Goliat* en el suelo, llevo a mi chica hasta un asiento, la deposito y le abrocho el cinturón mientras ella sigue durmiendo. Meto, no sin dificultad, a mi perro en su jaula y me siento junto a mi Bella Durmiente, que poco a poco se ha despertado.

—Señores pasajeros —dice una voz por un altavoz—, les damos la bienvenida al aeropuerto de Homer, en Alaska. Esperamos que hayan tenido un vuelo agradable.

—¿Alaska? —pregunto girándome hacia Sky que me sonrío.

—Sí —confirma—, Alaska. Aunque aún nos quedan casi dos horas hasta llegar a nuestro destino final.

Alucino. Me ha traído al otro lado del país sin decirme nada. Bajamos del avión y veo que nos espera un coche negro con las lunas tintadas. Los dos *Men in black* que han venido con nosotros en el avión se sientan en los asientos delanteros tras meter nuestro equipaje en el maletero, mientras que Sky, *Goliat* y yo nos sentamos detrás sin tocarnos, y casi sin mirarnos.

—No me termina de gustar ir escoltado —le susurro al oído a mi chica.

—No te preocupes, mi vida. Te acostumbrarás.

Me recuesto contra el asiento relajándome, o al menos intentándolo. Mi ángel se pega a mí, apoya su cabeza en mi hombro y sube sus piernas sobre las mías. Estos deben ser los *Men in black* de confianza de los que me ha hablado. No hablamos, no es necesario. De pronto la voz del piloto anunciando la llegada al aeropuerto vuelve a mi memoria y sin poder evitarlo

empiezo a reír.

—¿Qué te ocurre? —pregunta Sky desconcertada.

—Me estoy acordando del nombre del aeropuerto en el que hemos aterrizado.

Se queda pensando mientras yo sigo riendo. Ha sido una graciosa casualidad que aterricemos en un aeropuerto llamado “Homer”.

—Oh, ya lo entiendo. Tiene el mismo nombre que uno de los personajes de esa serie que tanto te gusta —me dice.

—Tengo que hacerme una foto con el cartel a la vuelta.

Cuando consigo parar de reír volvemos a quedarnos en silencio. Y así pasamos el resto del trayecto.

Una hora y media después el *Men in black* aparca frente a una impresionante casa que debe tener más de mil metros cuadrados. La fachada es de madera y tiene un tejado de color verde. La entrada está decorada con macetas llenas de flores del verde más vivo que he visto jamás.

—¿Esto es tuyo? —le pregunto alucinado.

—Sí, me lo regaló mi padre cuando formalicé la relación con David. Supongo que fue su manera de darnos su bendición —responde encogiéndose de hombros—. Ven, te la enseñaré. Tiene cuatro habitaciones y cuatro cuartos de baño.

Entramos y lo primero que veo es una inmensa chimenea de piedra en medio del salón. La pared del fondo es una impresionante cristalera que va del suelo al techo dejando disfrutar de unas preciosas vistas del bosque que hay detrás. Delante hay unos sofás de aspecto cómodo que miran hacia la chimenea de piedra. La siguiente habitación que visitamos es la cocina, amueblada con muebles de madera clara y encimeras oscuras. Todo es tremendamente grande, llegando a ser ostentoso, pese a que no está demasiado recargado.

—Esto es... demasiado —reconozco.

—Ven, te enseñaré nuestra habitación.

Me lleva de la mano hasta una puerta. Cuando entro se me abre la boca.

Lo primero en lo que me fijo es en la enorme cama doble que descansa frente a unos ventanales desde los que se contempla una espectacular vista. El techo, todo revestido de madera, lo cruza una enorme viga de la que dudo que sea simple decoración. En un lateral hay una chimenea, seguramente muy necesaria en la época de frío. Justo al lado está una puerta nos lleva a un baño que debe tener las mismas dimensiones que toda mi casa. Una cabina de ducha doble con una mampara negra está a la derecha; en su interior dos bancos con sus respectivas duchas nos esperan. Miro a mi alrededor y veo que bajo unos grandes espejos hay dos encimeras de casi dos metros con sus lavabos correspondientes.

Todo es madera y elegancia, cosa que me abruma un poco. Los pésimos pensamientos se dispersan cuando veo a Sky vestida únicamente con la ropa interior. Estaba tan absorto mirándolo todo que no me he dado cuenta de que se ha desnudado. Lentamente y con descaro abre la puerta de la ducha y en un segundo oigo el agua correr. Mis manos, sin que mi cerebro se lo ordene, empiezan a desnudarme. Si mi chica quiere una ducha no voy a perder la oportunidad de compartirla con ella.

Después de una reconfortante ducha, en la que la he hecho mía contra la pared, nos hemos tirado sobre la cama. Aún no estoy al ciento por ciento de mis capacidades y echarle un polvo así de físico y potente me ha dejado demasiado cansado, por lo que cierro los ojos, abrazo a mi chica y me dejo llevar en los brazos de Morfeo.

Por siempre

Ya estamos a sábado. Llevo seis días disfrutando de Sky las veinticuatro horas del día. La casa está tan bien equipada que no necesitamos ir a comprar en ningún momento. Hemos holgazaneado por la casa y hecho el amor en todas y cada una de las estancias. Incluidos los cuatro baños.

Están siendo unos días fantásticos. Cuando nos apetece salimos a pasear por el bosque colindante, donde *Goliat* disfruta como un salvaje. Ha descubierto que le gusta perseguir ardillas. Yo me río a carcajadas cuando salta pegado a un tronco, lanzando mordiscos e intentando cogerlas.

Mis pulmones ya están recuperados, por fin puedo respirar con normalidad e incluso salir a correr. Algo que es una gozada en un sitio como este.

Cada día que pasa me alegro más de la idea que tuvo Sky al venir. Ya no me incomodan los *Men in Black*, la verdad es que Sky tenía razón al decir que ni me daría cuenta de su presencia. Eso, o que directamente no han salido de la casa que tienen cerca de la casa principal.

Hoy hemos pasado el día en el bosque. Tras dar un largo paseo nos hemos tumbado en la orilla de un lago que no sabía que existía y que tiene el agua más cristalina que he visto nunca. Mientras Sky tiraba piedras para que *Goliat* las buscara yo recordaba tumbado sobre la arena todas las veces que mi vida ha corrido peligro en el trabajo.

—¿En qué piensas? —me preguntó Sky tumbándose a mi lado.

—Lo que me ha pasado ha hecho que me dé cuenta de todas las veces que mi vida ha corrido peligro.

Levantó la cabeza y me miró atentamente a la espera de que se lo contase.

—Fue durante un rescate en un incendio —comencé mirando las copas de los árboles que nos rodeaban—. Nos avisaron de que había un edificio en llamas. Al llegar informaron de que en el tercer piso estaban atrapados una mujer y su bebé. Entramos con toda la parafernalia reglamentaria y tomando todas las precauciones necesarias. Pero con lo que no contábamos fue con que el edificio era muy viejo y el suelo estaba debilitado. Cuando llegamos al piso que buscábamos el suelo cedió bajo mis pies.

—¿Y qué te pasó? ¿De cuánta altura caíste? —preguntó mi ángel horrorizada.

—Caí de ocho metros. —Hice una pausa recordando el mal rato que pasé—. Me rompí cuatro costillas, la clavícula, sufrí una grave contusión en la cadera y, a pesar de llevar el casco, el golpe me produjo una ligera conmoción cerebral. Tuvieron que operarme para ponerme un clavo en la clavícula. Y por culpa del golpe de la cabeza estuve un día entero inconsciente.

Bajó la mirada hacia la cicatriz de la operación, la acarició suavemente con sus largos dedos y luego se acercó para darme un beso.

—Tuvo que ser muy duro para tu madre —dijo pensativa mientras volvía a acariciarme la clavícula.

—Desde la muerte de mi padre se preocupa cada vez que voy a trabajar. Pero cuando Ray la llamó aquel día para contarle lo que me había pasado llegó a desmayarse. Cuando me fui a su casa para recuperarme se vengó por el mal rato que le hice pasar.

Sonreí al recordar la manera en que se burlaba de mí cuando tenía que ayudarme a ducharme y como disfrutaba de ello. Pero se me acabó todo rastro de diversión cuando Sky volvió a hablar mirando a la nada:

—Si te pasase algo yo me moriría.

—Nena —dije cogiendo su cara entre mis manos—, no voy a tratar de convencerte de que mi trabajo no es peligroso porque te estaría mintiendo, pero los pocos accidentes que tenemos siempre son de poca gravedad.

—Lo que me has contado fue muy grave —replicó mordaz.

—Sí, lo fue. Pero esas circunstancias son las menos frecuentes y es algo que asumí cuando decidí ser bombero.

Volvió a apoyar su cabeza en mi hombro y nos quedamos en un cómodo silencio hasta que me preguntó el porqué de mi tatuaje. Al contarle que me lo hice al enterarnos de la enfermedad de mi padre murmuró:

—Es una buena manera de recordarle. Tuvo que ser duro perderle.

—En cierta manera es en su memoria pero la razón fundamental del tatuaje es recordarme que solo yo decido como vivir mi vida.

—Una gran filosofía... si tienes la libertad para poder llevarla a cabo.

A eso no contesté ya que aún me cuesta creer el estilo de vida que tiene mi ángel.

Ahora descanso dentro de la bañera de hidromasaje que está en el baño principal. Mi chica ha ido a preparar unas mimosas y me ha dejado aquí solito.

—Ya estoy aquí —anuncia entrando por la puerta.

Abro los ojos y me deleito con la vista del cuerpo desnudo de mi amor. Es un auténtico espectáculo. Su cintura estrecha, sus pechos tersos y bien colocados, sus apetitosas caderas y su respingón trasero son mi locura. Sería capaz de hacer cualquier cosa para no perderla nunca.

Se acerca lentamente y deja las copas en el borde de la bañera. Se queda junto a mí con la mirada fija en el agua en la que estoy sumergido, pero está ausente, en su mundo.

—¿Piensas entrar en algún momento o te conformas con devorarme con la mirada?

De sus dulces labios brota una carcajada capaz de alegrar a cualquiera.

—La verdad es que tengo unas vistas increíbles, aunque me apetece más poder acariciarte.

Sin más abro los brazos para que ella se pueda acomodar en mi regazo. Su espalda descansa sobre mi pecho y su cabeza se apoya en mi hombro. La tensión sexual que hay entre nosotros es palpable, pero ahora mismo, en este preciso instante, no deseo nada más que tenerla a mi lado, o sobre mí exactamente.

—¿En qué piensas? —me pregunta tras un largo y cómodo silencio.

—En que me encanta estar aquí contigo —reconozco.

—¿Eso quiere decir que te gustó mi sorpresa?

—No me gustó, ¡me encantó!

Se gira hasta que sus preciosos ojos encuentran los míos.

—Bueno, espero que la sorpresa de hoy también sea agradable.

—¿Sorpresa? —pregunto.

Ella sonríe, pero no dice nada. He descubierto que me gustan sus sorpresas pero odio la incertidumbre en la que me tiene hasta que las desvela. Para que no siga insistiendo esconde su cabeza en el hueco de mi cuello y deja reposar todo su cuerpo sobre el mío. Yo apoyo de nuevo la cabeza en el borde de la bañera y cierro los ojos para deleitarme con los recuerdos de la última vez que mi preciosa chica decidió sorprenderme.

Fue hace dos días. Anunció que tenía algo para mí cuando le colgué el teléfono a mi señora madre, con la cual había estado media hora hablando. Sin que me diera ninguna pista me llevó hasta el dormitorio. Allí me instó a que me tumbara en la cama mientras ella se dirigía al equipo de música. De pronto empezó a sonar *Crazy* de Aerosmith.

Me sorprendió la elección de esa canción por su parte. ¿Por qué? Pues no lo sé, simplemente es que no me la imaginaba escuchando el mismo tipo de música que yo. Pero la sorpresa mayor fue cuando dejó caer al suelo la bata que cubría su cuerpo y quedó vestida con un camisón de color rojo intenso pero a la vez transparente dejándome entrever su espectacular cuerpo. La canción sonaba mientras ella empezaba a contonearse. Nunca, en mis treinta años de existencia, he visto nada tan sensual y erótico. En ningún momento hizo amago de desnudarse ni yo de tocarla.

Cuando la canción acabó la siguió *Still loving you* de los grandes Scorpions. Esa letra, en la que un hombre le declara su amor a su chica y cuenta que está dispuesto a luchar por ella hasta que consiga recuperarla. Ver a Sky bailándola fue una auténtica locura.

De pronto *Goliat* se pone a ladrar sacándome de mis deliciosos recuerdos.

—*Shhh* —le chisto sin moverme y sin abrir los ojos.

Es entonces cuando me doy cuenta de que la mano de Sky me acaricia el pecho. Intento concentrarme en las caricias que me prodiga pero con los ladridos de *Goliat* es imposible.

—¡*Goliat*! —le grito—. ¿Se puede saber qué coño te pasa? —le pregunto.

Obviamente no sirve de nada que le pregunte, ¡es un perro! Lo acojonante sería que se girarse y me hablase.

—Creo que sé lo que le pasa —declara Sky levantando la cabeza.

—¿Sí?

—Sí —sonríe—. Quiere decirnos que tu sorpresa ha llegado. Y se ha adelantado, por cierto.

Sin darme la oportunidad de retenerla sale de la bañera, se pone a toda prisa el albornoz y se marcha cerrando la puerta tras de sí. «¡Me ha dejado solo otra vez!» Después de haberla recordado bailando para mí tengo una erección de mil demonios.

Ni siquiera recuerdo lo que me acaba de decir, creo que ha mencionado algo de una sorpresa. Pero todo se evapora cuando el cuerpo apenas cubierto de encaje rojo de mi chica vuelve a mi mente. Movía las caderas en círculos lentamente mientras sus pequeñas manos acariciaban sus pechos y pellizcaba sus pezones. Era, y siempre será, la sensualidad hecha mujer. Como no me dejaba tocarla lo único que pude hacer fue agarrar mi erección y mover la mano al ritmo de sus caderas. Tan pronto aceleraba el ritmo como lo disminuía hasta hacerlo agónico. Ella sabe volverme totalmente loco incluso sin tocarme.

Cuando la canción acabó empezó otra. Ni siquiera recuerdo cuál era porque decidió que era el momento de desnudarse por completo y sentarse sobre mí con una pierna a cada lado de mis caderas. Siguió contoneándose para provocarme aún más. Ella dirigía el juego y yo estaba encantado de seguir sus reglas, pero cuando al fin se alzó y me introdujo en ella mi mente se nubló.

Con un rápido movimiento la tumbé de espaldas sobre la cama y tomé las riendas de la situación. Como un loco entraba y salía de su interior. No le di tregua y a ella le gustó. Sus pechos se movían por mis sacudidas; su cuerpo estaba rendido, completamente a mi merced; sus labios entreabiertos dejaban

salir pequeños gritos acompañando mis movimientos; sus ojos claros estaban fijos en los míos, creando esa intimidad que tanto me gusta.

Poco a poco fui aumentando el ritmo. Más y más fuerte. Más y más profundo. Hasta que sus ojos se cerraron y su cuerpo se arqueó mientras gritaba mi nombre. Ese fue el momento en el que el delicioso escalofrío recorrió mi espalda justo antes de vaciarme en su interior.

Es como si aún sintiera la presión de su sexo en torno al mío, como si los temblores siguieran recorriendo mi cuerpo. Abro los ojos y eso es precisamente lo que me pasa. No sé en qué momento mi mano ha agarrado mi miembro, ni cómo he sido capaz de masturbarme sin darme cuenta, pero ha sido genial revivir ese increíble orgasmo.

—¡Guau! —oigo de pronto—, me has puesto muy caliente.

Giro la cabeza y veo a Sky apoyada en la pared, tampoco sé cuándo ha entrado. Tiene las mejillas ruborizadas, las pupilas dilatadas y un ligero velo de sudor impregna su frente. Sé lo que le pasa y no porque ella me lo haya dicho, sino porque su cuerpo, ese que tan bien conozco, la delata.

—Ven aquí —digo con firmeza.

No me avergüenza que me haya visto hacerme una paja en la bañera. Si no se hubiera ido mi corrida en vez de estar flotando en el agua estaría dentro de ella. Sin dudar un segundo se acerca a la bañera y se quita el albornoz.

—Joder, ¡sí! —jadea ella.

—Lo mismo digo, preciosa —respondo.

Sus caderas se mueven delante y atrás acompañadas a las mías. Nuestro loco encuentro es rápido, salvaje, tal y como nos gusta.

—Vamos, Dan, córrete en mí como has hecho antes tú solo.

Esto confirma que me ha visto antes y eso me calienta aún más. Acercó mi boca a la suya y la beso con fiereza y pasión. El agua salpica por todas partes y el chapoteo unido a nuestros jadeos consiguen que nos corramos al unísono.

Deja caer su cabeza sobre mi hombro intentando respirar, igual que yo.

—Yo venía a avisarte de que tu sorpresa ha llegado, no me esperaba esto.

—Tampoco es que te oiga quejarte —respondo con suspicacia.

Vuelve a levantar la cabeza y tras besarme con delicadeza susurra:

—Nunca me quejaré de que me hagas tuya.

Ahora soy yo quien la besa. Adoro sus labios de la misma manera en la que adoro su cuerpo y todo su ser.

—Vamos —le digo al separarme de ella—, estoy ansioso por ver mi sorpresa.

Me alzo hasta ponerme de pie y la miro desde mi altura.

—¿Qué ocurre? —pregunto al ver que me mira fijamente.

—Me estoy replanteando la sorpresa —responde escuetamente fingiendo concentración.

Riéndonos salimos de la bañera y nos secamos. Tras vestirnos con unos simples pantalones cortos de chándal y una camiseta salimos del baño. Me sorprende no ver a *Goliat* tumbado ante la puerta esperándonos. De pronto oigo voces provenientes del salón, o tal vez de la cocina.

—¡*Goliat*, deja de morderme!

«¿Esa es la voz de Ray? ¿Pero qué...? No puede ser él, ¿qué iba a hacer aquí?» Miro hacia mi chica que me sonrío encantada, pero sigue sin soltar prenda.

Me encamino hacia las voces y me quedo petrificado en el umbral al ver que alrededor de la mesa de la cocina están David, Marian, Ray y Sheryl. Vuelvo a mirar a mi chica que está a mi lado y pregunto:

—¿Qué es todo esto?

—¡Sorpresa! —responde escuetamente.

Sobre la mesa está mi pequeña bola de pelo intentando morder las manos de mi mejor amigo mientras su mujer ríe a carcajadas. Me fijo que el brazo de David rodea la cintura de Marian y me sorprende, aunque no sé por qué lo hago debería haberlo imaginado antes.

De pronto Ray levanta la vista hacia nosotros y exclama:

—¡Tío, esta casa es la polla!

—Ray, por favor —le regaña su embarazada esposa—, que somos invitados.

Mientras yo sigo alucinando, Sky se acerca hasta mis amigos y se presenta. ¿Si no se conocen, cómo es que los ha invitado? Como si me leyera la mente me besa y susurra volviendo hasta mí:

—Le pedí a Marian que invitara a tus amigos a pasar con nosotros esta semana que nos queda, ¿qué te parece?

De un movimiento rápido la alzo en mis brazos y busco su lengua con la mía.

—Me parece fantástico —susurro contra su boca.

Después de que mis amigos se instalen en sus habitaciones vamos hasta el lago y les enseñamos las fantásticas vistas. En un momento dado las chicas se separan de nosotros y David se aleja para hablar por teléfono dejándonos a Ray y a mí solos.

—Todo esto es increíble, tío. Has pegado un auténtico braguetazo —ríe mi amigo.

Decido ser sincero con él, siempre ha estado a mi lado y se lo merece. Él siempre me ha dado la visión imparcial que necesito de todo.

—Sí, todo esto es muy bonito pero no todo es oro todo lo que reluce te lo aseguro.

—¿A qué te refieres? Se ve a Sky muy enamorada y a ti muy feliz con ella.

—Y lo soy, eso no te lo voy a negar, pero Sky nunca va a ser enteramente mía.

Me mira extrañado, no entiende lo que le quiero decir, así que me siento en el tronco de un árbol caído y le invito a que me acompañe.

—¿Conoces al senador Murphy? —Mi amigo asiente aún sin entender a dónde quiero ir a parar—. Pues es el padre de Sky —suelto a bocajarro.

—¡Joder! ¿Te has liado con la hija del senador de Nueva York? —Asiento

—. Es verdad, los vimos en el baile benéfico. No me acordaba. ¡Eso está de puta madre!

—Sí, no estaría mal si David no estuviese en escena.

No me entiende y antes de que pregunte le explico lo que quiero decir.

—Resulta que tanto al padre de Sky como al de David les interesan más las relaciones comerciales que las personales, por lo que obligan a sus hijos a que estén juntos por intereses en las carreras de ambos.

—¿Quieres decir que David y Sky salen juntos?

—De cara a la galería sí, pero de puertas para adentro no. Hacen vidas totalmente independientes. Tanto que Sky está conmigo y David parece ser que está con Marian.

—Pero..., pero es, es...

—Una putada. Ya lo sé.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Vas a convertirte en “El amante”?

Medito lo que me ha dicho mi amigo durante unos cuantos segundos. Nunca he querido ser el amante de nadie, pero Sky es mi debilidad y la sola idea de alejarme de ella me pone de mala leche.

—Pues no lo sé. Ambos me han dejado muy claro que no soy el amante, que entre ellos nunca ha habido, ni habrá, nada...

—Pero en público tienen que comportarse como una auténtica pareja, ¿no es así?

Asiento cabizbajo. Sabía que Ray me entendería, que podría contárselo sin que me juzgara. Decir todo esto en voz alta duele. Me hace recordar que nunca va a ser mía al ciento por ciento.

—Sky insiste en que todo se va a arreglar, que quiere estar conmigo, ¡que me quiere! Y yo intento confiar en ella. Y, aunque hay ocasiones en las que es difícil, cuando pasamos días como la semana que llevamos aquí... creo que todo es posible, que al final lo arreglará todo y podremos vivir como la pareja que quiero que seamos.

—No sé qué decirte, tío. Todo esto parece muy complicado. —Asiento dándole la razón silenciosamente—. Lo que sí sé es que desde hace mucho

tiempo no te veía tan contento y feliz. Puede que nos equivoquemos, pero si ella te hace sonreír y ser optimista, deberías darle el tiempo y la confianza que necesita.

—Eso es lo que pensaba hacer, aunque hay veces que es difícil.

—Bueno, cuando eso pase piensa en lo bien que lo habéis pasado esta semana y lo que vamos a disfrutar las tres parejas durante la próxima.

Suelto una carcajada, está más que comprobado que nunca fallo al hablar mis cosas con mi amigo. Es una persona tan positiva que es imposible no contagiarse de su buen humor.

Tras la charla con Ray nos reunimos con los demás en la orilla del lago. Mi chica me recibe con una enorme sonrisa y se tira a mis brazos cual niña pequeña separándose del brazo de Sheryl al que estaba agarrada.

—¿Te ha gustado mi sorpresa? —pregunta tras besarme con pasión en los labios.

—Tus sorpresas son perfectas siempre.

Cuando nos retiramos a nuestra habitación esa noche Sky, mi ángel perverso, se acerca al equipo de música, enchufa mi iPod y enseguida empieza a sonar la canción que ya considero nuestra: *Sweet Dreams* del gran Marilyn Manson. La noche promete.

A las tres de la madrugada, tras haber oído todo un repertorio de baladas del rock mientras hacemos el amor, nos acurrucamos lo más juntos que nuestros cuerpos nos permiten y nos quedamos dormidos.

Cuando despierto mi chica sigue dormida a mi lado, pero consciente de que no estamos solos en la casa, y tras comprobar que son las nueve de la mañana, la despierto repartiéndole cientos de besos por su espalda.

—No, déjame, ahora no quiero sexo. Descansa un poquito, anda.

Me río ante lo que ha dicho, pero sin dejar de besarla.

—Preciosa, es hora de despertar. Tienes invitados y no es de buena educación desatenderlos.

—David también los puede atender —murmura aún sin abrir los ojos.

—Está bien —digo al fin desistiendo—, te dejaré dormir un poquito más.

Me levanto y tras darme una placentera y solitaria ducha voy a la cocina donde me encuentro a todo el mundo sentado alrededor de la isla, esperando a que Sheryl y Marian terminen de preparar el desayuno.

—¿Qué haces despierto tan pronto? —me dice Ray sonriendo mientras me siento a su lado—. Con la nochecita que habéis pasado no pensé que te levantarías antes del mediodía.

—¿Nos escuchaste? —pregunto sorprendido.

—No, a vosotros no, pero sí escuchamos a Marilyn bien alto... Por cierto nunca pensé que a la señorita le gustase follar con ese tipo de música.

En ese instante la siento llegar, noto como mi chica se acerca a nosotros por detrás. Pero sorprendiéndome no es a mí a quien se arrima, sino a Ray. Pega su dulce boca al oído de este y le susurra:

—“Algunos quieren usarte, algunos quieren ser usados por ti, algunos quieren abusar de ti, algunos quieren que abuses de ellos”.

La boca de mi amigo se abre de par en par cuando Sky le canta muy bajito el estribillo de nuestra canción. Mientras yo tengo que disimular la erección que me crea oír su dulce voz diciendo esas vulgares palabras.

—No todo el mundo es lo que aparenta ser, Ray. No lo olvides —le dice al sorprendido de mi amigo.

Y sin más mi chica se sienta a mi lado para desayunar, no sin antes darme un señor beso delante de todo el mundo.

—Estáis hechos el uno para el otro, sin duda —murmura Ray al reponerse—. Los dos estáis como cabras.

Es la última noche que vamos a estar en el paraíso porque eso es lo que es esto: El Paraíso. Estar aquí con Sky y con los chicos es fantástico. Al principio pensaba que iba a ser incómodo que David y yo estuviéramos en la misma casa, que no podría acercarme tocar a mi chica con total libertad, pero estaba completamente equivocado. Él tiene sus preferencias y, aunque es cierto que está muy pendiente de Sky, no se entromete para nada entre nosotros. Nos besamos, abrazamos, o se sienta sobre mí y a nadie de los que

están aquí le importa. Somos una pareja normal pasando unos días entre amigos. O al menos aquí lo somos.

Hemos hecho barbacoas, jugado al fútbol, o simplemente nos hemos sentado al borde del lago para contemplar los preciosos anocheceres. Definitivamente no quiero irme. También nos hemos hecho cientos de fotos. Las chicas nos han hecho posar para ellas como un millón de veces. Me da la sensación de que les pone “de buen humor” vernos a los tres juntos sin camiseta, y no lo digo porque si alguno posaba con ella puesta le hacían quitársela, simplemente es mi masculina intuición. Aunque yo no me he quedado corto y he llenado la memoria de mi teléfono con fotos de mi chica sonriendo, riendo con las chicas, en bikini, en pijama o camisón, o simplemente sentada en el porche mirando al horizonte, tal y como está ahora.

Sus preciosos ojos están fijos en las montañas que se ven a lo lejos. Su semblante es sereno y relajado. Desde que la conocí no la había visto tan tranquila y estoy decidido a que siempre siga así.

—Es una mujer muy guapa, ¿verdad? —La voz de David me distrae, aunque no aparto la vista de mi rubia.

—La más bonita que he visto nunca —reconozco sin tapujos—. Espero que no se te olvide que es mía.

—No te preocupes —responde riendo—, amistad y cariño es lo único que nos une a Sky y a mí.

—Eso no es del todo cierto y lo sabes.

A esto último ya no me responde. Sabe de lo que hablo y que tengo razón. A ellos les une algo más que una simple amistad. Algo contra lo que yo no puedo luchar y de lo que yo no puedo ocupar.

—Estamos en ello, Dan. A ninguno de los cuatro nos agrada esta situación, pero no podemos dejarlo todo sin más. Es más complicado que todo eso.

Ahora soy yo quien no responde, tengo que tener fe en lo que me dice Sky. Lo intento, de verdad. Confío en ella y en que todo se va a solucionar. Pero al pensar que mañana volvemos a casa y que volverá a instalarse entre nosotros esa odiosa rutina en la que solo podré verla cuando ella se escape de

su cárcel de lujo, que no podré ir con ella al cine, o a cenar a casa de mi madre cualquier día..., me mata. Yo la quiero solo para mí, despertarme todos los días con ella y darle un beso de buenas noches justo antes de que se acurruque contra mí para dormir. Creo que el síndrome post-vacacional va a ser jodido.

Debo reconocer que las dos semanas que he pasado aquí han sido magníficas, pero toca volver a la realidad, por ello ya vamos camino del aeropuerto.

El viaje lo pasamos casi en silencio, el único que no para de decir gilipolleces es Ray. No se da cuenta de la tensión que hay a su alrededor. O quizás si se haya dado cuenta e intenta relajar el ambiente. Sí, seguro que es eso último lo que pretende, es un tío muy listo.

Cuando llegamos a nuestro destino no me resisto a hacerme una foto con el cartel que anuncia el curioso nombre del aeropuerto.

—¡Eres peor que los niños! —grita Ray mientras Sky me retrata.

—¡Anda, cabronazo, si tú te mueres por hacer lo mismo! —le espeto riendo.

Todos nos reímos, e incluso algunas de las personas que pasan por nuestro lado y nos oyen también se ríen.

—Tienes razón —suelta de pronto corriendo hacia mí—, yo también quiero una foto.

Al ser un aeropuerto más bien pequeño no hay demasiada aglomeración de gente. También por este motivo no hay un hangar privado donde nos espere el avión como en Nueva York, sino que tenemos que pasar por una puerta de embarque normal.

—Vamos *Goliat*, te toca entrar en la jaula —le digo a mi bola de pelo que va tan orgulloso andando al lado de Sky.

Una vez que hemos embarcado y acomodado cada uno con su pareja, miro pensativo por la ventana. Haber pasado estos días junto a Ray y Sheryl me ha hecho ver lo mucho que se quieren. Pienso en el ascenso al que los dos aspiramos. Ser Sargento además de un considerable aumento de sueldo

conlleva una cierta tranquilidad, es decir, no tendría que jugarme la vida cada vez que suena la sirena. Es todo un halago que me hayan propuesto para el puesto, pero ver la barriga de mi amiga donde crece mi sobrino...

Miro a mi derecha y compruebo que Sky se ha quedado dormida. Enseguida me aseguro de que mi amigo está jugando con una videoconsola portátil, momento en el que al fin me decido.

—Ray —susurro tras acercarme a él—, ¿puedo hablar un momento contigo?

—Claro.

Se levanta y caminamos hacia el dormitorio que hay al fondo de la cabina.

—Tío —dice mi amigo mirando la cama—, por muy hermano que te considere no voy a acostarme contigo.

—¡Cállate! —murmuro riendo—, tenemos que hablar.

—Tú dirás —responde tirándose sobre la cama.

—He decidido renunciar a la candidatura del ascenso —suelto a bocajarro.

—¿Qué? ¿Por qué ibas a hacer algo así?

—Pues muy sencillo: porque si yo renuncio tú eres el único candidato y te lo darán automáticamente.

Se queda callado, alucinando. No sabe que decir y como sé que va a protestar prosigo dándole mis razones.

—Tú vas a ser padre y necesitas ese puesto más que yo. Tienes que poder cuidar a mi sobrino durante mucho tiempo.

—No, tío, no me parece justo. Tú te mereces ese puesto más que yo.

Niego con la cabeza. La decisión está tomada y nada de lo que vaya a decir me hará cambiar de idea.

Durante un rato intenta convencerme pero no lo consigue. No me perdonaría que me dieran a mí el puesto y que luego le pasara algo a él durante un turno. Cuando al fin se convence de que no tiene nada que hacer, me da las gracias y se marcha. Yo vuelvo al asiento contiguo al de mi chica

que sigue dormida, por lo que vuelvo a mirar por la ventana mientras me reafirmo en mi decisión.

Por fin llegamos al aeropuerto de La Guardia. En el camino Sky y yo hemos hablado y como me resulta muy difícil separarme de ella así de repente esta noche *Goliat* y yo vamos a pasarla en su casa.

Nos montamos los seis en un monovolumen acompañados, cómo no, por los *Men in Black*. Tras dejar a Ray y Sheryl en su casa, David, Marian, Sky y yo nos dirigimos a la quinta avenida. El discreto chófer que llevamos (todo hay que decirlo: discretos son) nos deja en la puerta de un edificio con fachada blanca.

Al entrar en el apartamento situado en el ático, me quedo alucinado, solo el salón es tan grande toda mi casa. Tras ver el salón decorado minimalista, la cocina de lo más moderna (en la que ni David ni Sky entran a menudo porque tienen una cocinera) y ver las preciosas vistas que hay de Central Park, Sky, me lleva a su dormitorio. Una enorme estancia decorada de manera muy femenina presidida por una gran cama doble con cuatro postes, adornada con un dosel casi transparente. Que conste que sé lo que es un dosel porque la cama que se trajo Marian a mi apartamento cuando se mudó tiene uno y con el que casi me parto la crisma al ayudarla a colocarlo.

—¿Qué te parece? —me pregunta mi chica sentándose sobre el lecho.

—Pues... me parece que tenéis demasiado espacio para ser solo dos personas, ¿no crees?

—Es posible —responde encogiéndose de hombros—, pero papá no admite que vivamos en otro sitio. La seguridad es muy importante para él.

No digo nada. Abrir la boca en este momento sería discutir. Por suerte unos golpecitos en la puerta me sacan del atolladero.

—¡Adelante! —grita Sky desde la cama.

La puerta se abre ligeramente y la cabeza de David hace su aparición.

—Sky, cariño, acaban de avisar desde recepción de que tu padre está subiendo.

De un salto mi chica se pone en pie y agarrándome de la mano me lleva a

toda prisa al salón. En vez de sentarse a mi lado, como espero, se sienta con la espalda muy recta al lado de David, mientras que yo me sitúo a la izquierda de Marian. Esta me mira y veo en sus ojos la misma tristeza que destilan los míos. Seguro que está pensando lo mismo que yo: hasta que esto no se solucione no podremos ser felices con quien queremos.

—Señor. —Un tío vestido de mayordomo antiguo llama nuestra atención desde la puerta—. El senador Murphy ha llegado.

Y sin decir nada más se retira dejando paso al padre de Sky, que se dirige a nosotros con paso firme y seguro con un gran aire de superioridad.

—Lisa, cariño. —Se acerca a su hija y la besa en la mejilla—. Hola David. —Le tiende la mano a su “yerno”—. ¿Y vosotros sois? —Ahora se dirige a Marian y a mí.

Sky rápidamente le recuerda quien soy y que nos conocimos en el baile benéfico. Después le presenta a Marian como mi pareja. Esto nos deja a mi amiga y a mí sin saber qué decir. Pero ella rápidamente adopta el papel de novia enamorada de mí, a pesar de que sé que le duele tener que hacerlo.

Tras un rato en el que hablamos todos con cordialidad, el senador se despide y se marcha. Después de una cena algo tensa y más silenciosa de lo normal en la que nadie es capaz de sacar a colación lo ocurrido, cada pareja nos metemos en nuestros dormitorios, eso sí, esta vez con quien me voy es con Sky.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta mientras nos desnudamos para acostarnos.

—Nada, no te preocupes, movidas mía. —No quiero hablar y ella lo nota porque no vuelve a preguntar.

Nos acostamos como hemos estado haciendo estas dos últimas semanas: lo más juntos que podemos.

—Te quiero mucho, lo sabes, ¿verdad? —murmura Sky besándome en el cuello.

—Yo también te quiero, mi ángel.

En el silencio de la habitación mi cabeza se empeña en martirizarme con lo que ha pasado, pero me niego a darle más vueltas. Toda esa mierda se va a

solucionar y Sky será plenamente mía. Estoy más que convencido de ello.

Cuenta atrás

3 años después

Tres años llevo con Sky; tres años en los que hemos construido una rutina y una relación estables. Ella sigue viviendo con David, pero me ha quedado más que claro que entre ellos no existe nada más que una grandísima amistad. Aún así, cuando tienen que irse de viaje los celos me atacan; pero se disipan en el momento en el que vuelven y mi chica viene directa a mi casa.

En cuanto al trabajo todo sigue igual, excepto que ahora quien organiza los horarios y lleva las reuniones iniciales de los turnos, es Ray. Como le prometí hace años renuncié a la candidatura del ascenso, por lo que enseguida ascendió él. En ningún momento me he arrepentido de mi decisión, es más, cada vez que veo la preciosa sonrisa de Kevin, mi ahijado e hijo de mi mejor amigo, me reafirmo en que hice bien.

—Cabo Harris —Charlie llama mi atención—, ya estamos listos.

—Bien, vayámonos —respondo levantándome de mi asiento para tirar los restos de mi café a la basura.

Hoy no nos toca trabajar, pero unos cuantos nos hemos presentado voluntarios para ir a dar una clase de seguridad a un colegio cercano. Que los niños estén preparados en ciertas situaciones es primordial. Nos montamos en uno de los camiones y marchamos sin prisa, con la sirena y las luces apagadas, hacia The Center School.

Al llegar nos dividimos en tres grupos de dos para ir a las tres clases que nos esperan. Cuando Charlie (que es con quien estoy emparejado) y yo entramos en el aula, los niños nos reciben como auténticos héroes. Eso es lo que somos para ellos. “Somos los señores que se meten en el fuego para apagarlo y rescatar a las personas”. Esto es lo que responde uno de los pequeños cuando la profesora les pregunta si saben quiénes somos.

Pasamos un buen rato explicándoles las normas de seguridad: que no hay que acercarse al fuego mientras mamá o papá cocinan, que no hay que jugar con mecheros ni cerillas... vamos, las cosas básicas. Después les explicamos lo que tienen que hacer si en su casa se provoca un incendio. Por último la maestra toma el mando y les cuenta como deben actuar si en el colegio salta la alarma de incendio.

La idea es hacer un simulacro de incendio a última hora, pero antes queremos que piensen en otra cosa para comprobar si han estado atentos. Para ello les dejamos que nos hagan todas las preguntas que se les ocurran y les dejamos que toquen y prueben el equipo que llevamos.

De pronto empieza a sonar la alarma que avisa de que hay un incendio. Al principio los niños se asustan y más cuando el humo (proveniente de la máquina de humo que otro compañero tiene instalada en el pasillo) se empieza a filtrar por debajo de la puerta. Al principio gritan pero al ver que la profesora, Charlie y yo estamos tranquilos empiezan a relajarse poco a poco.

—Muy bien, chicos —digo con voz tranquila pero firme—, ahora, ¿qué tenéis que hacer?

—¡Ponernos en una fila! —gritan todos al unísono.

—Pues ¡manos a la obra! —dice Charlie.

Rápidamente se ponen en fila y agarran la mano de sus compañeros. La profesora se sitúa la primera, agarra la mano del primer alumno, que no sé si será casualidad pero es el más bajito de todos y dice:

—Ahora recordad, no soltéis la mano de vuestro compañero y todos pegados a la pared. Sin gritar, ni asustaros. Si alguno se suelta que el de delante avise, ¿entendido?

—¡Sííí! —gritan todos a la vez.

Tras cerciorarse de que todos están agarrados la profesora abre la puerta, comprueba ambos lados y les dice a los enanos que vayan pegados a la pared y en orden.

Este tipo de simulacros no solo sirven para que los niños sepan lo que tienen que hacer y cómo hacerlo, sino que también para que los profesores sepan cómo actuar y que les quede muy claro que los niños son lo primero. Ya nos hemos encontrado con más de un caso en el que el profesor solo mira por su propia seguridad, e incluso una vez nos topamos con un gilipollas (porque no tiene otro nombre) al que los niños avisaron de que faltaba uno y que les dijo que no importaba, que no se detuvieran por nada. Ese día tuvieron que sujetarme para que no le partiese la cara a aquel impresentable. Fui yo quien, revisando que todos los niños estuviesen fuera, me encontré al pequeño agachado contra una pared llorando desconsolado. Le cogí en brazos y lo saqué de allí convirtiéndome en su *Superman*.

Una vez terminado el simulacro, y después de haber felicitado a los niños por lo bien que lo han hecho, nos montamos de nuevo en el camión y nos marchamos de vuelta al parque.

A Sky no puedo verla hasta la noche porque tiene que ir con su padre a no sé qué mierda, por lo que espero ansioso que lleguen las ocho de la noche y poder abrazarla. En estos tres años hemos intentado hacer una vida en pareja lo más normal que nos ha sido posible. Pero con esta mujer nada es normal y sencillo. Si queremos ir al cine, a pasear o a cenar a un restaurante, siempre lo hacemos con Marian y David. Vamos las dos parejas, pero no como nos gustaría, ya que la mujer que llevo agarrada a mi brazo no es Sky sino Marian. Fuera de las paredes de nuestras casas es como si Marian y yo fuésemos unos novios más. Esto es algo que me jode muchísimo, pero sigo teniendo que tener paciencia, aunque reconozco que se me está agotando.

—¿Qué tal ha ido? —me pregunta Ray cuando llegamos a nuestro destino.

—Muy bien. Sin incidentes, Sargento.

Esto último se lo digo con mofa. Aunque hayan pasado tres años desde su ascenso no me acostumbro. Además, me encanta meterme con él.

—¿Comes conmigo? —me pregunta tras darme un puñetazo en el hombro.

—No puedo, colega. Mi madre me espera.

—Contra eso no puedo competir —se carcajea—. Dale un beso de mi parte.

Me despido de mi amigo y de mis compañeros y me encamino hacia la casa de la matriarca Harris.

—Ya ha llegado el hijo de mi vida, mi alma y mi corazón.

El saludo de mi madre me hace reír. Es tan particular en tantas cosas que es imposible no quererla.

—¿Cómo ha ido el día? —me pregunta tras darle un beso en la mejilla.

—Ha ido muy bien. Los niños cada año son más listos.

—No es que sean más listos, es que son más responsables. ¿Te acuerdas de la vez que te expulsaron dos días por esconderte durante uno de los simulacros del instituto?

«¡Cómo olvidar aquel día!» Un bombero de lo más borde nos explicó lo que había que hacer, cosa que ya nos sabíamos de memoria porque todos los años hacíamos uno. Después empezó a sonar la alarma de incendios y mientras todos los compañeros se dirigían diligentemente hacia la salida Ray y yo, junto con dos chicas de la clase de al lado, nos escabullimos y nos metimos en uno de los baños para enrollarnos.

Todavía me acuerdo de esa chica, se llamaba Ruth y era la capitana de las animadoras. En ningún momento quise nada más con ella, aparte de follármela. Cosa que hubiese pasado aquel día si no llega a entrar el director, que iba buscando a las ovejas descarriadas como nosotros. El pobre hombre solo vio que yo tenía a mi acompañante sobre uno de los lavabos con las piernas abiertas, lugar que ocupaba yo mientras le comía la boca. Lo que tampoco vio el señor director es que Ray tenía la polla fuera de los pantalones y en la mano de su compañera. Aún así el director se pilló tal cabreo que nos expulsó dos días.

El disgusto que se llevó mi madre fue enorme. Me tuvo esos dos días castigado limpiando mi habitación. Y por supuesto me prohibió ver a Ray, aunque el castigo mereció la pena.

—¿Qué le apetece comer a mi pequeño? —La pregunta de mi madre me

devuelve al presente.

—Me da igual, mamá.

—¿Cómo dices?

Me giro para mirarla y veo que tiene a *Goliat* (al que ha ido a buscar a mi casa) entre sus brazos.

—Venga, cariño —dice dirigiéndose al dichoso perro—, vamos a la cocina que te he comprado tu lata favorita.

«¡Tiene cojones, le estaba hablando al perro! Qué rápido me ha sustituido». Tras conseguir que mi madre me preste atención de nuevo nos sentamos a comer una fantástica lasaña de berenjena.

—Podríaís tú y Sky venir a cenar una noche de esta semana —sugiere como si nada.

—No sé, mamá. Ya te diré algo. Primero debo comentárselo a ella.

—Vale, pero que no se te olvide, que eres muy despistado.

Consigo aguantar la tarde de manera estoica. Una tarde que consiste en: mi señora madre deshaciéndose en carantoñas con *Goliat*, en este disfrutando como el enano que es y en mí tumbado en uno de los sofás viendo el último partido de baloncesto que mi madre me grabó anoche. Todo esto se resume en que ha sido una tarde casi perfecta.

Cuando me despido de la matriarca para irme a mi casa nuestra despedida es corta, pero la suya con mi perro se hace eterna. Con mi compañero de fatiga en su mochila disfruto del viaje en moto. Estoy deseando que llegue la hora de que mi chica regrese, pero viajar en mi máquina del infierno es uno de mis mayores placeres y lo disfruto siempre que puedo.

Damos una buena vuelta en la que el cabronazo de *Goliat* ladra a los coches que tenemos al lado en los semáforos. Sé que lo hace para llamar su atención. Y lo consigue porque un par de chicas intentan darme sus números de teléfonos, cosa que no acepto, con mi chica tengo más que de sobra.

Cuando llegamos a nuestro destino bajo de la moto y saco a mi compañero de su mochila dejándolo en el suelo. Como siempre se queda mirando la moto, me mira a mí y me ladra.

—¿Quieres otro paseo? —le pregunto.

Su respuesta es mover el rabo a una velocidad pasmosa.

—En otro momento, colega. Ahora nos tenemos que preparar que está al venir Sky.

Es oír ese nombre y su chip cambia por completo. Ahora echa a correr hacia la puerta del portal ansioso. Al entrar, como es costumbre, me encuentro con Angelic esperando el ascensor.

—Hola, vecino —saluda.

—Buenas tardes.

—¿Qué tal llevas la noticia? —pregunta con falso desinterés.

—¿Qué noticia?

—Bueno, ha salido una noticia en un diario digital de que tu querida novia se va a casar con otro. No sabía que habíais roto. Es curioso lo rápido que ha rehecho su vida...

No la respondo. Se debe de estar equivocando de mujer, ni Sky ni yo hemos roto, ni ella se va casar con David. ¿O sí? Llegamos a mi planta sin decir nada más, ni siquiera *Goliat* se mueve, parece que nos ha entendido.

Entro en mi casa inmerso en mis pensamientos. Estoy convencido de que no me hablaba de ella, seguro que era otra persona; pero también es cierto que sería algo que beneficiaría mucho al padre de mi ángel. También es el paso lógico; después de una “relación” de tantos años lo normal es que en algún momento se casen y tengan hijos. Hijos que Sky tendría que tener conmigo y no con otro.

Yo solo me estoy encabronando, será mejor que espere a que llegue y me confirme que Angelic ha sacado su lado arpía de nuevo.

Espero y desespero, si no llega pronto me va a dar un ataque. *Goliat* parece empatizar conmigo porque en vez de permanecer tumbado plácidamente en el sofá está asomado a la ventana moviendo el rabo cada vez que algún coche se detiene frente a la puerta.

Para intentar distraerme me quito las botas y las guardo en su sitio. Después me saco los calcetines intentando conseguir que el frío del suelo me

despeje, cosa totalmente inútil. Voy a la cocina para hacer la colada, pero me doy cuenta de que la hice ayer. Ya no tengo nada que hacer, salvo desesperarme más aún.

Dudo durante lo que parecen horas si llamarla o no. Puede que todo esto sea una equivocación, una locura, una broma maléfica de Angelic; pero también cabe la posibilidad de que sea real. Si es así ¿qué voy a hacer?

Cojo el ordenador decidido a buscar la puta noticia. Si realmente habla sobre ella con poner el nombre saldré rápido de dudas, pero también sé que me sentiré peor. Es mejor esperar a que Sky me saque de mi incertidumbre.

Un mensaje entra en mi móvil distrayéndome momentáneamente.

Hola, mi vida. Ya estoy llegando. En cinco minutos, o menos, nos vemos. Tengo muchas ganas de ti.

Ya viene, en pocos minutos mi incertidumbre será resuelta. Me acerco a la pared donde descansan todos mis buenos recuerdos. La sonrisa de mi madre y la enamorada mirada de mi padre hacia ella consiguen absorber mis pensamientos. En ellos veo todo lo que he buscado durante mi periodo de adulto. Siempre he querido a una mujer a mi lado a la que poder adorar y venerar hasta el final de mis días, igual que hizo mi padre. Estoy convencido de que esa persona que llevo buscando desde los dieciséis años es Sky, pero ahora... todo se jode.

De pronto *Goliat* empieza a ladrar y a dar vueltas sobre sí mismo, señal inequívoca de que llegó la hora de la verdad. Un minuto después la puerta de mi apartamento se abre.

—¡Hola, mi vida! —saluda mi rubia preferida.

Me acerco a ella con prisa, necesito tocarla, sentirla mía. La abrazo con fuerza y la beso con desesperación.

—Oye, oye, oye... —dice separándose de mí ligeramente—. ¿Qué te pasa?

—Nada, solo que te echaba de menos.

Sin que pueda volver a decir nada la tumbo en el sofá y me deshago de su vestidito dejándola únicamente con un conjunto de ropa interior de mi color favorito.

—Rojo —susurro siguiendo con el dedo el borde de su sujetador.

—Solo para ti —gime.

En mi cabeza vuelve a aparecer la jodida noticia, así que para distraerme termino de desnudar al ángel que me sonrío tumbado en mi sofá. Sky se incorpora para intentar desnudarme, pero ella no se puede mover con la suficiente rapidez, por lo que me levanto hasta quedar de pie y me deshago de la camiseta, los vaqueros y los calzoncillos. Para después tumbarme sobre ella, que abre las piernas ansiosa por recibirme.

La penetro con lentitud, saboreando como todos y cada uno de sus músculos se relajan para facilitarlo todo. Llego al final, hasta que estoy completamente en su interior. Me incorporo para quedar apoyado en los antebrazos y así poder mirarla a los ojos. Es la mujer más bella a la que he tenido el placer de conocer y de poseer. Por esto no puedo perderla.

—Te quiero, Sky.

—Yo también te quiero —murmura.

De pronto una lágrima empieza a deslizarse por su mejilla. Mis caderas reaccionan solas meciéndose delante y atrás. El azul de sus ojos brilla humedecido. Automáticamente mis caderas se mueven con más rapidez sin que yo se lo ordene.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Con cada palabra entro y salgo de ella. Es como si mi cuerpo quisiera grabar en el suyo esas palabras. Pero en seguida mis movimientos se vuelven más bruscos, más rápidos. Ahora no es “te quiero” lo que intento grabarla, sino «mía, mía, mía, mía, mía».

—¡Joder! —grito al correrme.

Por suerte he conseguido que ella culmine a la vez que yo. Aún así, a pesar de que todo ha acabado, no me muevo. Sigo en la misma posición, en la misma postura, en el mismo sitio.

—Daniel —susurra Sky contra mi hombro—, ¿qué te ocurre?

Levanto la cabeza y la miro. Algo me pasa, sí, pero no se lo voy a decir, prefiero que sea ella la me saque de este sin vivir en el que estoy. Me levanto abandonando su precioso cuerpo, quedando sentado a su lado.

—Oye —dice sentándose a mi lado—, cuéntamelo, por favor.

—No te preocupes. Es que Angelic me ha contado un chisme que no me ha gustado mucho.

—¡Oh! —Su cara hace que vuelva a ponerme en alerta—. Daniel, hay algo que tengo que contarte.

Sin volver a abrir la boca se levanta y empieza a vestirse. Yo hago lo propio, se ha puesto demasiado seria y me da que es algo que no se debe de tratar en pelotas. Cuando terminamos volvemos a sentarnos en el sofá del que nos acabamos de levantar.

—Tú dirás —la apremio.

—No pensaba hacerlo así. En mi cabeza esta situación era diferente.

Sigo sin abrir la boca a la espera de que continúe.

—Bueno, el viaje que organizó mi padre tenía un propósito, como siempre. Pero esta vez no era por política, sino... —calla y traga saliva con dificultad—. ¿Podría tomar una cerveza o algo?

—Por supuesto.

Me levanto y le traigo lo que me ha pedido junto con otra para mí. Tras dar un par de largos tragos y sin mirarme a la cara vuelve a hablar.

—Bueno, será mejor que lo suelte sin más. —Ahora sí levanta la mirada hacia la mía—. El padre de David y el mío han acordado que..., que nos tenemos que casar.

No reacciono ante la noticia. Me he pasado media tarde asegurándome a mí mismo que lo que me había contado Angelic era mentira, que lo hacía por despecho, o por celos; pero no, todo es real. Se casa con David, y yo..., yo salgo de su vida. O eso es lo que quiero creer.

—¿Cuándo? —pregunto secamente.

—En tres meses.

—¡¿Tres meses?! No me jodas —grito descompuesto—. No lo irás a

hacer, ¿verdad?

Tarda una eternidad en contestar. Que se piense tanto la respuesta me pone los pelos de punta.

—No lo sé —susurra al fin.

—¿Cómo que no lo sabes? Sky, por Dios. ¿Vas a casarte con David?

Unas lágrimas que me desgarran el alma recorren sus mejillas. Me mata verla llorar, pero su declaración ha hecho que mi corazón se detenga. Todas las ilusiones que tenía de terminar formando una familia con ella se evaporan de un plumazo.

—No puedes hacerme esto, Sky. ¿Acaso no me quieres? He sido un divertimento para ti, ¿es eso?

—Claro que te quiero, Dan. Eres toda mi vida. Pero... necesito tiempo para arreglar esta situación.

—¿Tiempo? ¡No tenemos tiempo! —Vuelvo a gritar—. Te casas en tres meses.

—Créeme cuando te digo que soy consciente de que no hay mucho margen de maniobra —dice enfadada—. Pero tengo que pensar la mejor manera de hacer esto.

Su determinación y aplomo me dicen que lo piensa de verdad, pero aún así la noticia es muy fuerte. Mi cabeza se debate entre la furia y la desesperación. Al final la desesperación gana. Me arrodillo ante ella agarrando sus manos con las mías.

—Sky, no puedo perderte. Ya no. Eres parte la fundamental de mi felicidad. —Vuelven a desbordársele las lágrimas—. No puedo perderte.

Termino la frase en un susurro. No me avergüenza mostrarle mi debilidad, lo que pasa, lo que me hace perder la voz, es decir esas palabras en voz alta. Es como liberar a mis demonios, como abrir la caja de Pandora.

—Dan, no me vas a perder. Tú también eres el único responsable de mi felicidad. Eres el primer pensamiento que tengo al despertar y el último antes de dormir. Lo eres todo para mí. Arreglaré esto, confía en mí.

Se acerca para unir sus labios con los míos, contacto que no rechazo.

Necesito sentirla cerca, íntimamente. Pero no puedo pasar del beso. Ahora lo único que necesito es sentir su amor.

—Te quiero, Dan. Eso no lo duden nunca —susurra cuando nos separamos.

Después de pasarnos más de una hora abrazados en el sofá sin hablar, el estómago de Sky empieza a rugir haciéndome reír.

—Voy a pedir que nos traigan comida china —anuncio levantándome.

Entro en la cocina y, tras hacer el pedido de la cena, abro la nevera para sacar dos cervezas cuando oigo a mis espaldas:

—¿Quién te lo ha contado?

Sé que se refiere al gran notición. Dudo si decírselo o no, pero no le he ocultado nada en estos tres años y no va a ser esta la primera vez que lo haga.

—Cuando he llegado a casa me he encontrado con Angelic y me ha soltado la perla.

—¿Y ella cómo se ha enterado? —vuelve a preguntar pensativa.

—Según me ha dicho lo ha visto en internet.

Su semblante cambia por completo, pasa de la incertidumbre al enfado. Regresa al salón con pasos rápidos y vuelve, antes de que pueda ir tras ella, toqueteando la pantalla de su teléfono. Me quita de las manos una de las cervezas y le da un largo trago sin despegar los ojos del aparatito.

—¡Joder! —dice tras propinarle varios golpes a la pantalla—. Menudo cabrón.

—¿Qué ocurre?

Me acerco a ella con la intención de enterarme qué es lo que la perturba tanto. Al llegar miro la pantalla y veo que está leyendo el artículo de una página sensacionalista. Veo una foto de ella junto a David y su padre, todos la mar de sonrientes, con el titular “LA BODA ESPERADA POR FIN LLEGA”. Con el cabreo subiendo por momento empiezo a leer el artículo:

Esta tarde el mismo senador Murphy nos ha confirmado que su preciosa hija Lisa y el guapísimo David —hijo del juez del tribunal supremo McLee— se han comprometido. La boda se llevará a cabo el próximo mes de septiembre. El día, la hora y el lugar exacto aún no han sido revelados, pero tranquilos, queridos lectores, porque esta redacción está trabajando en ello y os iremos informando.

Sabiendo lo que conlleva este tipo de eventos de tan alto copete, que se celebre en tan poco tiempo hace que nos preguntemos si las prisas se deben a que la guapa rubia está embarazada. ¿No sería genial? Esa pareja, que nada tiene que envidiar a los modelos, tendrían unos nenos monísimos a los que todos querríamos achuchar y malcriar. Aunque sus papis tienen dinero para malcriar a medio país.

Desde este periódico les aseguramos que estaremos pendientes de los cambios (y los kilillos) que vayan surgiendo en la esbelta figura de la hijita del Senador.

Ahora sí que alucino en colores. No quiero creer lo que acabo de leer. Sky siempre me ha asegurado que entre ella y David no hay sexo, que ni siquiera comparten dormitorio, y me consta que en su casa de Nueva York es así, pero... cuando sale de viaje tengo que fiarme ciegamente de ella. Hasta el día de hoy lo he hecho, pero ahora son todo dudas.

—Estos periodistas son capaces de inventarse cualquier cosa con tal de vender su mierda —dice ofuscada.

—¿Es cierto lo que dicen? ¿Estás embarazada?

Apaga el teléfono y lo tira sobre la mesa cabreada. Alejándose de mí se dirige al salón. Sin importarme lo más mínimo su enfado la sigo. Me jode mucho hacerle preguntas y que no me las responda, me lleva a nuestros primeros tiempos en los que me guardaba secretos.

Cuando llego a su altura, al lado de la ventana, una escena aborda mi mente: Sky retorciéndose de placer sobre mi cama, pero quien la penetra,

quien le da ese placer que tanto ansía, no soy yo, sino David.

—Dime que no es cierto, Sky —imploro.

—¡Por supuesto que no! —me grita fuera de sí—. ¿Cómo puedes desconfiar así de mí? Pensaba que después del tiempo que llevamos juntos habíamos aprendido a confiar el uno en el otro.

—¡Joder! —Ahora soy yo quien grita sentándome en el sofá—. Claro que confío en ti, pero entiende que esto me supera. ¡Te vas a casar con otro!

—Deja de gritarme, por favor —susurra sentándose a mi lado—. Te prometo que arreglaré esto. Te quiero y no pienso renunciar a ti. Tú eres toda mi vida.

Levanto la vista y la fijo en sus azules ojos. Destilan sinceridad y ansiedad.

—Yo también te quiero, Sky. Y de verdad espero que arregles esto, porque si llega el día y te casas con él a mí no me vas a volver a ver. Por mucho que te quiera no voy a tragar con eso. O estás conmigo o sin mí.

Mi amenaza le duele, lo gritan sus ojos. Yo también tengo miedo de estar sin ella, pero desde el minuto uno tengo muy claro que si se casa con él yo no voy a quedarme para recoger las migajas que me pueda dar. Aunque... tampoco me voy a privar de ella por lo que pueda pasar, porque los ¿y si...? Son igual de malos si son para preguntarse lo que podría haber sido como para los posibles.

—Daniel —dice atrayendo mi atención encerrando mi cara entre sus manos—, te prometo que lo arreglaré y que seguiré siendo tuya para siempre.

Y sin más une nuestros labios. Que su lengua busque la mía me reconforta, pero no todo lo que necesito, por ello me separo ligeramente rompiendo el beso.

—No sé si voy a poder con esto, Sky —confieso.

—Para mí también es duro, pero me hiciste tuya desde el momento en el que me recataste del coche la primera vez que nos vimos, y así seguiré siendo. Aún no sé cómo, pero conseguiremos estar juntos. Hablaré con David y lo conseguiremos.

Vuelve a besarme y por segunda vez me retiro. Nunca, en todo el tiempo

que llevamos juntos, la he rechazado, pero siempre hay una primera vez para todo, ¿no?

Cuando llega la cena la tomamos en silencio delante de la tele, esta noche Marian no viene a dormir y tenemos la casa para nosotros solos. Pienso en cómo se va a tomar ella la noticia, ¿qué hará? Algo en mi interior me dice que no van a ser unas semanas agradables para ninguno. Al menos nos tendremos el uno al otro, algo bueno tiene que tener vivir con tu mejor amiga. El único que actúa como si nada es *Goliat* que reclama nuestras atenciones como siempre.

Después de recoger los platos nos sentamos uno junto al otro, como es costumbre en nosotros, para ver una película. Y cuando el sueño ya nos vence nos vamos a la cama. No hacemos el amor, no la toco de esa manera, hoy no puedo. Tiro de ella hasta que se acurruca contra mi cuerpo deseando sentirla.

—Duerme, mi ángel —susurro.

A los pocos minutos su respiración se vuelve profunda y regular, señal de que se ha dormido. ¡Qué suerte! Yo no creo que hoy pueda dormir, todo esto me ha trastornado demasiado. En mi cabeza no paro de dar vueltas a toda esta mierda. ¿Qué será de mí si no se arregla todo? ¿Qué haré sin ella? ¡Putas preguntas! Van a volverme completamente loco. Será mejor que intente dormir un poco. No es sano adelantarse a los acontecimientos, nunca lo he hecho y no me gustaría empezar a hacerlo ahora.

Jodida suerte

Un mes, solo queda un mes para que llegue la gran boda y Sky aún no ha hecho nada para evitarla. Sigo esperando que me llame y me diga que por fin ha hablado con su padre y que han cancelado el evento, pero ese puto momento no llega. Al contrario, ahora nos vemos menos que antes. Un día porque tiene que ir con su madre a ver un restaurante, otro a probar el menú, otro a por el vestido de novia, así día tras día.

No entiendo por qué sigue con toda esta mierda, yendo a todos esos compromisos, si al final no se va a casar. A no ser que me este engañando, dándome largas para que sigamos viéndonos, y cuando llegue el fatídico momento darme la estocada final.

En las tardes que paso solo en casa no dejo de pensar que esto es un estúpido juego para ella, que soy un simple entretenimiento que consigue que grite de placer como nadie más lo ha logrado. O quizás sí. En estos asquerosos momentos de duda cualquier cosa que pasa por mi mente es posible. A veces la imagino en ese sofá tan pijo que tiene en su casa sentada al lado de David, con una copa de champán contándole a su prometido las cosas que hacemos y lo bien que se lo está pasando a mi costa.

—Hola, guapetón —la melodiosa voz de Marian me saca de mi particular infierno.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás?

No responde, simplemente se sienta a mi lado y apoya la cabeza en mi hombro mientras suspira. Recuerdo como si fuera ayer cuando volvió a casa después de pasar la noche con David, tras enterarse de lo de la boda. A

diferencia de mí, a ella sí se lo dijo él. Necesitada de desahogarse con alguien, después de que Sky se fuera, se sentó a mi lado hecha un mar de lágrimas y me lo contó todo. Por lo visto David la esperaba con una exquisita cena y un buen vino.

En un principio se hizo falsas ilusiones. Según me dijo, un hombre no te espera con una mesa tan bien preparada si no es porque tiene algo muy importante que decirte. Cosas de mujeres, supongo. Me comentó que pensaba que le iba a decir que todo había acabado, que por fin eran libres de hacer una vida de pareja normal, que incluso pensó que iba a pedirle que se fuera con él a vivir. Sus esperanzas hicieron que cuando le dio la noticia David todo fuera mucho peor. Lo que se preveía como “una noche romántica llena de pasión” (palabras textuales tuyas) se convirtió en un desastre plagado de lágrimas y gritos.

Marian no le dio opción a David, al contrario que yo a Sky. Ella no se veía preparada para sobrellevar todo esto y decidió romper con él y alejarse. Le dio a elegir entre tener una vida plena y feliz con ella, o una desdicha continua con Sky. Y él al no responder, al darle la callada por respuesta, dejó más que claras sus intenciones.

Desde ese día Marian pasa mucho más tiempo en casa, gracias a Dios, porque así ayuda a mitigar mi soledad. Me pidió que la avisara cuando Sky fuera a estar en casa para no encontrarse con ella. Verla no hace más que desgarrar corazón (también palabras textuales tuyas). La entiendo, por supuesto. Por eso hago lo imposible porque estas dos mujeres que tanto significan para mí no se crucen. Es una tarea complicada donde las haya, ya que intento pasar todo el tiempo que puedo con Sky, pero a la vez no quiero dejar sola a mi amiga.

Por otro lado el tiempo que paso con Sky es tan escaso que casi es inexistente. No la he vuelto a preguntar por qué sigue adelante con todo esto, ni dónde va, o dónde pasa su tiempo. No me interesa saber los detalles de su boda. Sigo esperando que llegue el momento en que me diga que ya es totalmente mía, pero ese día no llega.

—¿Qué tal te ha ido el día? —la pregunta de mi amiga me devuelve a la realidad una vez más.

—Bien. He ido a comer a casa de mi madre y luego he pasado la tarde

cuidando de los monstruitos de mis sobrinos. Esos niños cada día son más peligrosos.

—No digas esas cosas de ellos, solo son niños —me reprende suavemente con una cándida sonrisa.

—Ya me lo dirás cuando vengan el sábado para celebrar mi cumpleaños. Habrá que esconder todo lo que no esté anclado al suelo y se pueda romper.

—Es verdad, casi se me olvida que mañana te haces un año más viejo. Habrá que salir a celebrarlo.

—¿Celebrarlo? No me apetece. Con la comida y la fiestecilla que vamos a hacer en casa con la familia es más que suficiente.

—¿Estás de coña? El sábado cuando todos se vayan tú, yo y Ray si se apunta, nos vamos a ir a un bar a emborracharnos. Quizás bailemos un poco, pero sobre todo vamos a trasnochar mucho y a olvidarnos de todo, que falta nos hace.

No tengo ninguna gana de salir a beber. Mucho menos de trasnochar. Y menos sin saber aún si podré pasar ese día con Sky. Pero pensándolo fríamente... creo que sería bueno. Quedar en un bar con los chicos, como antes; beber cervezas junto con chupitos de tequila; reírme de las tonterías de Ray; burlarnos de las técnicas de seducción de Juárez. No sé, puede que sea divertido y me venga bien.

No puedo basar mi vida en la agenda de Sky, porque así lo único que consigo es agobiarme y joderme a mí mismo. Si ella quiere unirse a la fiesta será bienvenida. Aunque no creo que eso pase. Para ella es imposible salir conmigo y mis amigos sin que David se nos una y por nada del mundo permitiré que él arruine la juerga de mi amiga.

—Vale —digo al fin—, me apunto a esa fiesta. Llamaré a los chicos y quedaré con ellos en el bar al que siempre íbamos. Los años solo se cumplen una vez y hay que celebrarlos.

—¡Esa es la actitud! Nos lo pasaremos bien juntos.

Más que una afirmación es un ruego, ella necesita más que yo esta fiesta y por eso voy a hacer que la disfrute como nunca lo ha hecho.

—Voy a mandar un mensaje a los chicos a ver cuántos se animan. Incluso

podríamos quedar a cenar en algún sitio para empezar la fiesta lo antes posible.

—*Mmmm...* eso suena muy bien. Iré a buscar un modelito adecuado para una noche tan especial. —Y sin más, con renovadas energías y una preciosa sonrisa se marcha a su habitación.

Cojo el móvil que descansa sobre la mesa para escribir a los chicos. Como esperaba todos se apuntan encantados, tanto a la cena como a la fiesta posterior. El único que no contesta es Ray, cosa que no es muy normal.

A los cinco minutos, después de haber acordado el lugar de la cena y haber discutido si los chicos pueden llevar a sus novias, o si va a ser una noche solo para hombres, dejo el teléfono de nuevo sobre la mesa. Una parte de mí desea que suene y que Sky me diga que quiere y puede pasar todo el sábado conmigo, que puede incluso venir a la comida con mi familia, pero mi parte realista sabe que eso no va a pasar.

De pronto el móvil, como si algún ser supremo me hubiese escuchado, empieza a sonar. Una chispa de esperanza me llena, pero esta se evapora en segundos al ver que quien llama no es mi chica, sino Ray.

—Hola, tío —saludo al descolgar.

—Hola, colega. Acabo de ver tu mensaje. La que has liado en el grupo, a estos tíos no se les puede nombrar la palabra fiesta sin que se desmadren.

—Sí, son como adolescentes —respondo riendo— ¿Y tú qué vas a hacer? ¿Te apuntas?

—He llamado a Sheryl y se lo he comentado. Va a hablar con su madre a ver si se puede quedar con el peque.

—Si no, sabes que mi madre estará más que encantada de haceros de canguro.

—Lo sé. Bueno... ¿y Sky se apunta a la juerga?

Me quedo unos segundos en silencio, podría mentirle y decirle que no va a estar en la ciudad, e incluso en el condado, pero a mi amigo no le puedo mentir.

—No creo, está muy ocupada. Será una noche para despejarnos.

—Te vendrá bien salir de nuevo con todos, hace demasiado tiempo que estás recluido en tu mundo de luz y de color.

—Sí, me vendrá bien pasar una noche con vosotros. ¿Entonces quedamos para cenar?

—Sí, claro. Si mi señora suegra no se queda con el peque se lo dejamos a tu madre.

Cuando cuelgo a mi amigo, la bonita cara de Marian aparece de nuevo en el salón. Cuando se marchó su cara resplandecía de entusiasmo, pero ahora... ahora sus lindos ojos verdes están enrojecidos. ¿Qué le ha pasado en un lapso de tiempo tan corto?

—¿Qué te ocurre? —le pregunto abriendo los brazos para que se refugie en ellos.

No me contesta, simplemente se sienta sobre mis piernas y esconde su cara en mi cuello. La abrazo intentando consolarla pero noto como sus lágrimas mojan mi camiseta. Marian no llora nunca; en los tres años que llevamos viviendo juntos la he visto cabreada, llena de ira, enfurruñada o simplemente frustrada, además, de tremendamente feliz y risueña. Pero nunca la he visto llorar, ni siquiera cuando discutía con David. Quiero saber qué es lo que ha ocurrido, pero no voy a insistir, cuando esté preparada me lo contará. Acaricio su pelo en un intento de tranquilizarla, ella es lo más parecido a una hermana pequeña que he tenido y no soporto verla así.

—Me ha llamado —me dice al fin un tiempo después—. Me ha dicho que me echa de menos, que no puede vivir sin mí. ¡El muy hipócrita! —De pronto recupera ese carácter que tanto la caracteriza—. ¿Cómo puede decir que no puede vivir sin mí y luego seguir adelante con esa estúpida boda? Los odio, Daniel. A los dos. Odio todo lo que nos están haciendo sufrir.

Dejo que siga despotricando, que descargue conmigo toda esa furia y frustración que siente. Mejor esto a que se lo guarde y la vaya consumiendo por dentro poco a poco... como a mí.

No puedo darle la razón, no puedo decirle que yo también los odio, porque eso me convertiría a mí en otro hipócrita. ¿Cómo voy a odiar a Sky y a la vez seguir con ella? No puedo hacer eso porque sencillamente no la odio. Me disgusta esta situación. Siento aversión por todo lo que está pasando, pero también la amo con toda mi alma. Ella es la mujer de mi vida y siempre lo

será, pase lo que pase.

—¿Cómo pueden jugar así con nosotros? —me pregunta Marian levantando la cabeza para mirarme.

—No creo que estén jugando con nosotros —respondo al fin—, simplemente... es que son unos cobardes que no se atreven a vivir la vida que desean. Prefieren renunciar a su felicidad con tal de no decepcionar a sus padres.

—Pero, ¡por el amor de Dios! Eso pasaba en el siglo XVIII. No sé, Dan, en estas semanas que llevo separada de David no he podido parar de pensar que nos han estado utilizando, que solo tenían ganas de pasárselo bien con otras personas y que nos escogieron a nosotros. Dime que tú no lo has pensado nunca.

Me tomo unos momentos para reflexionar, no sé si le hará bien que le confirme sus sospechas o no. Termino decidiendo que sí, al fin y al cabo Marian siempre ha sido sincera conmigo.

—Sí, yo también lo he pensado. Pero... siempre llego a la conclusión de que no juegan con nosotros. Pienso que el amor no se puede fingir.

—Pero, ¿cómo sabes que es amor de verdad? Puede ser lujuria, locura, deseo, en vez de eso que tu llamas amor.

—No sabría explicártelo. Simplemente, cada vez que miro los ojos de Sky cuando me dice esas palabras, lo único que veo en ellos es sinceridad. Seguro que también lo veías en los ojos de David, pero estás tan enfadada que prefieres no acordarte.

Vuelve a apoyar la cabeza en mi hombro soltando un bufido de lo más gracioso.

—Si la mujer con la que va a pasar por el altar no soy yo, prefiero olvidarlo todo.

Pensándolo fríamente es una decisión de lo más sabia, es mil veces mejor olvidarlo que martirizarse. ¿Por qué no podré yo hacer lo mismo? Necesito dejar de darle vueltas a todo esto, centrarme un poco en mí y llegar a una decisión. Ya sea difícil o la más simple del mundo.

—¿Qué te parece si vemos una película? —digo para distraernos a ambos

—. He visto que están disponibles algunos títulos nuevos.

—Me parece una idea genial. Pero que no sea nada romántico ni pasteloso, por favor. ¿Hay alguna de miedo? Una de esas que hacen que se te pongan los pelos de punta con solo oír una siniestra musiquita.

Cojo el mando de la tele y empiezo a ojear los títulos nuevos, aún con mi compañera sentada sobre mí. Miramos la sección de terror y enseguida nos decidimos por una que se llama “Ouija. El origen del mal”. Tras ver el tráiler y leer la sinopsis ambos estamos de acuerdo en que es exactamente lo que necesitamos. Pedimos unas pizzas para cenar y cuando terminamos hacemos unas palomitas y nos sentamos frente a la tele, dispuestos a desconectar del mundo.

La película es una pasada, toda llena de sobresaltos y de terror psicológico. Marian se ha pasado media película abrazada a mí, y en más de una ocasión ha soltado un grito. Yo me he reído de ella, pero la verdad es que la jodida niña asustaría al mismísimo demonio. Deberían de darle el Oscar a la mejor actriz sin duda. Sin recoger el salón nos despedimos y nos vamos cada uno a su habitación para descansar, o al menos para intentarlo.

Media hora después sigo tumbado en la cama mirando al techo y dándole vueltas a la conversación que he mantenido con Marian. Hasta que un mensaje llega a mi teléfono. Miro el reloj de mi mesilla y veo que pasan quince minutos de la media noche. Oficialmente ya soy un año más viejo. Cojo el cacharro del infierno y abro el mensaje que me ha llegado de Sky.

Muchísimas felicidades, mi amor. Ojalá pudiera estar allí contigo esta noche para celebrar tu cumpleaños como Dios manda, pero me ha sido imposible escaparme de este viaje. Al menos espero haber sido la primera persona en felicitarte. ¿Cómo tienes pensado pasar este día tan especial? Te tengo que dejar, que va a continuar la cena. Te quiero con toda mi alma.

Me quedo unos minutos mirando el estúpido mensaje. Al menos podría haberme llamado. Por el amor de Dios, es una mujer adulta no creo que tenga que estar las veinticuatro horas del día rindiéndole cuentas a su padre como si

fuera una jodida adolescente.

No debería hacerlo, pero la educación que me dieron mis padres me impiden obviar el mensaje, así que la contesto de manera escueta:

*Muchas gracias. Sí, has sido la primera en felicitar me.
Mañana comemos toda la familia donde mi madre y por la
noche me voy con los colegas a tomar unas copas.*

Espero inútilmente una respuesta que no llega. A esto se ha reducido mi vida: a esperar. La puerta de mi habitación se abre ligeramente, por una milésima de segundo pienso que es Sky, que me ha mandado el mensaje para disimular y que al final ha venido para darme una sorpresa. Pero no, la cabecita que se asoma es la pelirroja de Marian.

—Dan —susurra—, ¿estás dormido?

No me molesto en responderla. Desde que terminó su relación con David más de una noche ha dormido conmigo. Siempre encuentra una estúpida excusa para hacerlo: una araña, frío, calor, un ruido inexistente. Sé que lo hace porque se siente sola, aunque su orgullo femenino la impide decírmelo.

Retiro las sábanas en una silenciosa invitación, cosa que ella no rechaza. Se acomoda a mi lado apoyando la cabeza sobre mi hombro. No le pregunto que excusa tiene esta vez, pero ella me lo comenta de todas formas:

—Esa estúpida niña me ha acojonado, incluso creo haberla oído susurrarme. Me parece que vamos a tener que mudarnos de piso.

Me río sin hacer ruido, con tal de no decirme la verdad es capaz de quedar como una miedica. ¡Estúpido orgullo! Y la verdad es que desde que dejó a David las noches se le hacen eternas sin pegar ojo por culpa de los recuerdos. Se pasa las horas llorando por algo que no puede ser. Esto no me lo ha dicho, pero lo he deducido yo al oírla noche tras noche. Y porque en cierto modo a mí me pasa exactamente lo mismo.

Me despierto con Marina abrazada a mí como si le fuera la vida en ello. Me mata ver su bonita cara contraída de dolor. Incluso en sueños no deja de

darle vueltas a todo. Me levanto intentando no despertarla y me dirijo a la cocina. Hoy es sábado, ninguno de los dos trabajamos y me propongo hacer de hoy una gran jornada. Además, ¡es mi cumpleaños! Es un día en el que tenemos que disfrutar a tope. Exprimo unas naranjas y añado al zumo unas cucharadas de azúcar, hay que endulzarse la vida. Preparo unos huevos revueltos y unas lochas de beicon dejándolas bien crujientes. Vierto café caliente en dos tazas, en una añado solamente azúcar y en la otra, además del azúcar añado vainilla. Exactamente como le gusta a Marian.

—Buenos días —oigo a mí espalda.

Me giro y me encuentro a mi amiga despeinada, vestida con su pijama y bostezando mientras estira todo su delgado cuerpo con los brazos en alto.

—Buenos días, guapa. Te he preparado el desayuno.

—¿No tendría que habértelo preparado yo a ti? Por cierto, ¡¡¡felicidades!!!

Se acerca corriendo y de un salto se abraza a mí con brazos y piernas. Su entusiasmo es contagioso, tanto que acabamos los dos riendo.

—Muchas gracias —digo despegándola de mí—. Comámonos todo esto antes de que se nos enfríe el beicon y de que se le vayan las vitaminas al zumo.

Desayunamos mientras comentamos lo que nos depara el día de hoy. Quedamos en que lo primero que vamos a hacer va a ser salir a correr. Ella no es de hacer mucho ejercicio, pero como esta noche tiene previsto pasarse con las copas y la comida, según dice, quiere venir conmigo. Nos preparamos y tras atar al ansioso de *Goliat* salimos.

El paso que llevamos es más lento que el que suelo llevar cuando voy solo, pero es agradable salir acompañado por una vez. Antes salía con Ray cuando nos coincidían los días libres en el trabajo, pero después del ascenso y del nacimiento de Kevin nuestras escapadas deportivas han quedado prácticamente para el recuerdo.

Hacemos mi recorrido habitual por Central Park. Incluso mi pequeño perro tira de la correa para que aceleremos pero Marian ya no puede ir más rápido.

Al volver a casa nos encontramos con Angelic esperando el ascensor. De

verdad que pienso que se pasa el día apostada en la ventana esperando a verme aparecer para salir corriendo y acosarme. Al principio era divertido, incluso halagador, pero ahora..., después de que me soltara la bomba del compromiso de Sky con tanta inquina detesto verla.

—Buenos días, vecino —saluda con su habitual tono risueño, obviando a mi acompañante.

—Buenos días —respondo secamente.

—Buenos días —dice Marian con cierto tono de desprecio.

—Oh, buenos días, Marian. ¿Qué tal te va? Hace mucho que no se ve a tu novio por aquí.

La sola mención de la palabra “novio” hace que la cara de Marian se contraiga en una mueca de dolor. Esta mujer ya se está pasando con sus pullas e insinuaciones. Me tiene más que hartado.

—Angelic, no sé de qué vas, pero si eres capaz de estar tan pendiente de la vida de los demás es porque la tuya es algo... insustancial. Te recomiendo que salgas un poquito más y que te busques algo que se llama “amigos”, si es que consigues que alguien te aguante. —Suelto la retahíla sin pensar, dejando escapar todo lo que pienso sobre ella—. Ah, y por favor, abstente de meterte en mi vida o en la de mis amigos porque siempre he sido respetuoso y amable contigo pero si lo vuelves a hacer te aseguro que no te gustará el Daniel que vas a conocer.

Angelic tiene tal cara de asombro que no termina de procesar lo que le he dicho. Cuando lo hace se encamina hacia la escalera sin ni siquiera despedirse de nosotros y se marcha.

—No hacía falta que le dijeras esas cosas por mí —me dice Marian al quedarnos solos.

—Tranquila, no se lo he dicho por ti. Bueno en parte sí. Estoy más que cansado de que se meta en los asuntos de todo el mundo.

Mi amiga suelta una carcajada que me llega al alma y me hace sonreír a mí también.

Llegamos a casa de mi madre a las doce en punto. Llevo puesta mi nueva

camiseta de AC/DC, regalo de cumpleaños de Marian, que venía acompañada de un vinilo del disco *Host as hell*, toda una joya y una auténtica pasada.

La comida transcurre como era de esperar: muy entretenida. Mis sobrinos me regalan dibujos hechos por ellos en los que se nos ve, supuestamente, a *Goliat* y a mí luchando contra el fuego; en otro muñecajo (o sea yo) sale con los brazos en alto marcando bíceps; y el tercero... no tengo ni idea de lo que es, pero como son de mis pequeños diablillos los guardo como oro en paño.

En una ocasión mi madre me pregunta si Sky va a venir, pero ante mi tajante negativa no vuelve a sacar el tema. La casa es un alboroto constante de risas y niños correteando, todo lo que a mi madre le gusta. Verla sonreír de esa manera hace que yo me sienta feliz. Aunque sigue echando de menos a mi padre, como nos pasa a todos. La vida sigue y nosotros debemos seguir con ella.

Después de comer y dormir durante un rato en mi vieja habitación, Marian, Ray, Sheryl y yo nos reunimos con los chicos en la puerta del restaurante para la cena.

Todo transcurre según lo previsto: Juárez intenta ligar con todas las camareras, Charlie le pone ojitos a Marian y los demás... nos descojonamos de todo.

En el bar no cambia el juego a pesar de que hemos ido a uno en el que ponen rock del bueno nos lo pasamos bomba. Las cervezas corren como el agua y las risas no paran. Esto es exactamente lo que necesitaba, aunque en varias ocasiones echo de menos la presencia de Sky. Si ella estuviera aquí todo sería especial, pero no puede ser. Hoy hemos salido para divertirnos y eso es lo que pretendo hacer.

Cuando Marian y yo entramos por la puerta de casa son más de las seis de la mañana. Ha habido un par de ocasiones en las que he pensado que Charlie iba a conseguir su objetivo y mi compañera se iba a ir a pasar la noche con él, pero no, ella sigue de luto por lo suyo con David a pesar del tiempo que ha pasado. Miro por última vez mi teléfono con la esperanza de que Sky se haya puesto en contacto conmigo, pero para variar mis ilusiones son solo eso, ilusiones vanas y vacías.

Unas manos cálidas se arrastran por mi espalda y unas uñas me arañan el

estómago. En mi semiinconsciencia sé que es ella, su olor lo inunda todo, ese perfume que tanto la caracteriza llena todos mis sentidos.

—Buenos días, mi vida —susurra en mi oído.

No me vuelvo ni la contesto. Anoche me acosté muy tarde y aún estoy falto de sueño. Además, sigo un poco dolido por no haber podido pasar el día de mi cumpleaños con ella.

—Sé que estás despierto —vuelve a susurrar—, no te hagas el remolón.

Me giro poniéndome bocarriba para poder ver sus hermosos ojos, pero sigo sin decir nada. Ante mi mutismo ella empieza a besar toda mi cara. Baja poco a poco por mi cuello hasta que llega a mi pecho. Se entretiene en mis pezones e intento reprimir mi deseo, pero mi miembro juega en una liga diferente y deja constancia de su presencia. Cuando llega a la altura de mi ombligo cambia la ruta y vuelve a subir hasta que une sus labios a los míos.

—Siento muchísimo no haber podido pasar el día de tu cumpleaños contigo —murmura un segundo antes de besarme.

Esta vez no me hago el duro y le devuelvo el beso. Por mucho que me jodiera lo de ayer, lo que cuenta es el hoy y ella está conmigo ahora mismo. Es todo en lo que mi cabeza puede centrarse, creo que aún sigo borracho.

—¿Cuándo has llegado? —le pregunto cuando nos separamos.

—Hace una hora. Le pedí a David que me trajera directamente aquí. Deseaba verte con todas mis ganas.

Y así, sin más, me ha vuelto a ganar. Tomo las riendas de la situación, la tumbo de espaldas en la cama debajo de mí y le hago el amor volcando toda la frustración que siento en cada movimiento. Empiezo entrando poco a poco, pero a la vez que avanzan los minutos me muevo más rápido. La oigo gemir y una parte de mí se enfurece. No quiero que ella disfrute, quiero castigarla por todo lo que me ha hecho sufrir. Pero no puedo, a ella no. Ella es mi chica, el amor de mi vida, la mujer que se va a casar con otro hombre. Estos pensamientos aumentan mi furia y por lo tanto mis movimientos. Hasta que ambos, casi sin esperarlo, nos corremos al unísono.

—Lo siento —susurra cuando me dejo caer sobre ella extasiado—. Te quiero muchísimo, Daniel. No lo olvides nunca.

—Yo también te quiero —susurro al fin.

Me tumbo a su lado y tras abrazarla me vuelvo a dormir.

Todo llega a su fin

Lunes, otra vez. Hoy me toca trabajar, pero no voy al turno tan contento como normalmente. Este es el último lunes antes de que Sky se convierta en la mujer de otro. Creía que a estas alturas todo se habría solucionado y que ella y yo viviríamos al fin la vida que tanto queremos. Pero no es así. Y lo que es peor, esto está agriando mi carácter. Todo me molesta, mi paciencia llega a su límite con rapidez excesiva y no soy capaz de aguantar ni una puta broma.

—Buenos días, Cabo —me saluda un compañero al que ni me molesto en mirar.

—Buenos días —respondo secamente.

Al haber llegado al parque una hora antes de que empiece mi turno, puedo encaminarme al despacho de mi amigo para poder hablar con él. Creo que es el único que ahora mismo es capaz de soportar mis malas pulgas. Llamo a la puerta pero no espero a que me dé paso. Me siento en la silla que hay frente a la mesa de mi amigo, el cual está enfrascado en unos papeles.

—Hola, tío —dice sin levantar la mirada—. Pero no te cortes, ¡siéntate!

—Deja tus sarcasmos para otro momento, por favor. Hoy no estoy de humor.

Mis palabras hacen que por fin levante la vista de sus papeles y concentre toda su atención en mí.

—¿Qué te ocurre?

—¿Qué va a ser? El sábado se casa.

No hace falta que le dé más datos. A pesar de que no le he dicho nada hasta ahora, sabe perfectamente que esto me agobia mucho.

—¿Has vuelto a hablar con ella? —me pregunta tras unos minutos de silencio.

—No he podido, está demasiado ocupada.

Sus ojos fijos en los míos demuestran lástima. Y es normal; para una vez que me enamoro hasta las trancas lo hago de una mujer que no puede ser mía.

—¿Qué vas a hacer? —vuelve a preguntar.

Pienso mi respuesta durante unos segundos ya que es una muy buena pregunta. «¿Qué voy a hacer?» Sigo teniendo claro que no quiero ser su amante. Lo que quiero es ser su todo, igual que ella lo es para mí. Pero a cada día que pasa, cada hora que se escapa sin que pueda retenerla, me doy más cuenta de que mi deseo no va a poder hacerse realidad.

—No lo sé. Lo que sí sé es que el sábado no quiero estar en la ciudad. O quizás en el estado. O en el mismísimo país. Quizás...

Me callo unos segundos mientras una idea se forma en mi cabeza. «¿Y si... me marcho de vacaciones? ¿Y si me cojo unas laaaargas vacaciones para poder desconectar de todo?» Sí, eso será bueno. Jodidamente bueno para mí.

—Crees... —empiezo a decir aún pensativo—, bueno, ¿piensas que hay alguna posibilidad de que me pueda coger unas largas vacaciones?

—Bueno, no puedes cogerte más días de los correspondientes, pero... sí que podrías pedirte una excedencia. Aunque lo tengo que mirar. Lo que sí te puedo dar, si lo necesitas y me lo pides ahora mismo por escrito, es dos semanas de vacaciones que comiencen el sábado. ¿Qué te parece?

—Dos semanas puede que no sean suficientes pero menos es nada. Puede que me marche a alguna playa paradisíaca lejos de todo.

Mi amigo no vuelve a decir nada. Me da los papeles que tengo que rellenar para solicitar tanto las precipitadas vacaciones como el intento de excedencia.

Tras la charla nos reunimos con los compañeros para la reunión matinal y la asignación del trabajo. Como todos los días realizamos unas maniobras y unos entrenamientos, pero yo no estoy a lo que tengo que estar, mi cabeza no

para de darle vuelta al mismo tema una y otra vez. Si me conceden las vacaciones me marcharé el mismo sábado, no puedo estar en la misma ciudad en la que Sky está contrayendo matrimonio con Él. Lo que no sé es dónde me voy a ir. Siempre he querido visitar Maui. Esas playas paradisíacas, el sol, el calor, la tranquilidad... Sí, buscaré un vuelo con dirección al paraíso y buscaré un sitio donde alojarme. Me da igual que sea un hotel, un apartamento, o una chabola, la cosa es descansar. Desconectar de todo. Sobre todo lo que quiero es huir de Nueva York... y de Sky.

—Dan —me llama Ray.

Me acerco a él, no sin antes dejar la radial con la que estaba abriendo el techo de un coche en manos de un compañero.

—Ya me han contestado. Cuando los cabrones quieren son rápidos. —Le miro expectante. La manía que tiene Ray de darle expectación a todo es más que exasperante—. Bueno, lo que me han dicho es que no te dan la excedencia para ello tenías que haber avisado con más tiempo. —La decepción y la desesperación tienen que ser evidentes en mi cara ya que se deja de rodeos y rápidamente vuelve a hablar—. Pero la buena noticia es que sí te han concedido las dos semanas de vacaciones. Empiezan el sábado, bueno, cuando acabes el turno del sábado. Lo siento, colega, no he podido hacer nada más.

Me jode que no me hayan dado los seis meses de excedencia que pedí para poder desaparecer, pero al menos el sábado me marcharé de aquí.

—Tranquilo, amigo, bastante has hecho. Al menos tengo las vacaciones.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Se lo vas a decir o simplemente vas a desaparecer?

Lo pienso unos minutos, no sé qué hacer con Sky. Aún quiero pensar que tengo una oportunidad de que ella se decida a hacer lo correcto y no siga adelante. Sí, lo que voy a hacer es decirle que me marcho durante unos cuantos días y le daré la opción de venirse conmigo.

—No —le respondo a mi amigo al fin—, yo no soy la clase de tío que desaparece sin decir nada. Hablaré con ella y le daré la oportunidad de venirse conmigo.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

—La quiero, Ray, con toda mi alma. Voy a darle la oportunidad de elegirme.

—¿Aceptaré?—me pregunta no muy convencido.

—Eso espero, amigo mío. Pero si no lo hace... me marcharé yo solo, e intentaré olvidarme de ella para poder rehacer mi vida cuando vuelva.

—Espero que todo te salga bien. Y lo digo de corazón.

Paso el turno en una nebulosa. No hay salida que me pueda distraer, por lo que me como el coco todo el tiempo. Pienso una y otra vez en cómo voy a hacerlo, cómo voy a decirle que quiero que se venga conmigo que sea mía de una vez por todas.

Unas veces tengo esperanza y confío en que me va a decir que sí, que no se lo va ni a pensar y que se va a venir conmigo. Pero en otras ocasiones es el pesimismo quien gana la partida y me da por pensar que va a seguir adelante con la boda. Que va a decirme que soy un ingenuo por pensar que dejaría a David y su vida llena de comodidades para irse con un simple bombero que nunca la podrá llevar a todos los sitios que ella quiera, ni podrá darle la vida de lujo que tiene. Y siendo objetivo el pesimismo tiene razón. Yo lo único que puedo ofrecerle es mi amor y una vida cómoda, aunque sin grandes lujos. Mi sueldo de bombero me da para vivir bien, mejor que la media, pero ella está acostumbrada a otro ritmo de vida, uno que yo no le puedo dar. Aún así lo tengo que intentar. Sky es la única que puede decirme si gana el optimismo o el pesimismo.

Al fin llega la hora de irme a casa. Aunque no hemos tenido mucho trabajo no me he puesto en contacto con Sky. Ni un mensaje, ni una llamada, nada de nada. Lo que sí que he hecho ha sido buscar vuelos con dirección a mi destino: Maui. El sábado a las dos de la tarde sale mi avión. Bueno nuestro avión, en caso de que ella se decida por mí.

Llevo todo el día reprimiendo las ganas de darle la noticia y de pedirle que se venga conmigo, pero ahora ya sí que voy a escribirla. Tenemos que hablar y cuanto antes sea mejor que mejor.

Hola, preciosa. Ya salgo del curro. ¿Cuándo podemos vernos? Necesito hablarte de una cosa lo antes posible.

Puede haber sonado algo melodramático pero es lo único que se me ha ocurrido, siendo directo pero aún así sin decírselo todo. Esto no es algo que se deba decir por mensaje.

Me monto en la moto tras despedirme de los chicos y me voy a casa. Aunque para ello doy un rodeo. Un gran rodeo. Viajar en moto me despeja la mente, me relaja y ahuyenta los malos pensamientos y malos rollos. Con mi máquina del infierno entre las piernas solo puedo concentrarme en la conducción, en disfrutar de la libertad que me da la sensación del viento golpeando mi cara. Esto es lo mejor que existe.

El móvil que llevo en el bolsillo del pantalón vibra cuando estoy parado en un semáforo. Lo saco y leo el mensaje de Sky:

Hola, mi vida. En media hora llego a tu casa. Estoy deseando verte. ¿Qué es eso de lo que me quieres hablar? No me dejes con la duda, por favor... En nada nos veos. Te quiero.

Bueno, ya ha llegado el día D y la hora H. toca agarrar el toro por los cuernos y destapar mis cartas. Doy media vuelta en el primer sitio que puedo y me dirijo a casa. Estoy ansioso por llegar, por verla, por besarla, por saber qué me va a contestar a mi proposición. Nunca había sentido tanta ansiedad dentro de mí, ni siquiera cuando la enfermedad de mi padre iba avanzando.

Cuando entro por la puerta me encuentro con Marian en la cocina. Sonriéndome me prepara un café y unas tostadas con la cantidad perfecta de mantequilla y mermelada.

—¿Qué tienes pensado para hoy? —me pregunta tras dar un mordisco a su tostada.

—He quedado ahora con Sky —le digo sin ningún tipo de entonación en la voz—. He tomado una decisión y creo que ha llegado la hora de que ella

haga lo mismo.

—¿Puedo preguntar qué has decidido? —Ella también intenta fingir indiferencia.

En estas semanas en más de una ocasión me ha preguntado si pensaba seguir adelante con Sky aunque estuviese casada. En todas ellas le he contestado que no, pero claro, al ver que no cortaba con Sky al pasar los días no me ha creído en absoluto. Si la situación hubiese sido al contrario rápidamente habría intentado hacerla entrar en razón, pero Marian no es como yo, su pensamiento es que ya soy mayorcito para hacer lo que debo, o lo que quiero.

—He pedido vacaciones en el trabajo. El sábado me marché a Maui. Con o sin ella.

Me mira alucinada. Supongo que es un movimiento que nadie se esperaba de mí. «¡Qué coño!, ni yo mismo me lo esperaba».

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —vuelve a inquirir.

—Sí, ya ha llegado el momento de dejar de hacer el gilipollas. Debe elegir: o él o yo.

Sin decir nada se levanta de su silla y me abraza. Me gusta sentir su cariño justo en este instante. Es todo lo que necesito. Ella comprende lo que ansío, ya que ha pasado por lo mismo. Aunque en su caso yo no estaba ahí para apoyarla. Me siento como una mierda. Marian me necesitaba y yo no fui el hombro en el que se apoyó. No, en vez de estar ahí para ella me dedicaba a pasar todo el tiempo posible con Sky. Ahora me doy cuenta de que he sido un auténtico cabrón y un mal amigo.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites, ¿verdad? —dice en mi oído.

—Tú también me tienes para lo que quieras, menos para follar —le digo intentando quitar hierro al asunto—. Siento no haber estado ahí cuando tú me necesitabas. —Vuelvo a ponerme serio, necesito que sepa que estoy arrepentido.

—Tú siempre has estado cuando te he necesitado, no te preocupes. Si te refieres a cuando lo dejé con David... fue mejor que no estuvieses cerca porque podría haberte mordido. Y no en el buen sentido. Necesitaba estar

sola y saber lo que quería hacer con mi vida. Todo ha estado girando a su alrededor demasiado tiempo.

—¿Crees que hiciste bien? —inquiero inseguro.

—La verdad es que no lo sé. Le quiero. Aún le quiero mucho, ¿sabes? Pero la situación me superaba. Al principio todo era como un juego. La clandestinidad, el vernos sin que nadie lo supiese resultaba excitante. Luego empezamos a salir los cuatro a la calle y aunque era bastante... raro, también me ponía la situación de provocarle en público sin que nadie lo supiese. Cuando salíamos a cenar las dos parejas y llegábamos a casa era... explosivo. Los polvos que echábamos eran memorables. Pero cuando me dijo lo de la boda... el juego perdió completamente la gracia. Yo me merezco a un hombre que solo tenga ojos para mí y me quiera las veinticuatro horas del día, no solo cuando su prometida no esté cerca. Nunca he sido la querida de nadie y no voy a cambiar esto por él ni por nadie.

Tras decirme esto se acaba su café, me da un beso en la mejilla y se marcha a prepararse para irse a trabajar. Yo me quedo en mi sitio dándole vueltas a esas palabras que me han calado hondo. Nadie me ha dicho unas palabras tan sinceras desde hace mucho tiempo. Marian me ha demostrado que es una mujer como pocas. Es fuerte, valiente y con un par de narices. Se ha propuesto que nada pueda con ella y lo ha conseguido. Aunque esté triste o rota por dentro no deja que nadie lo vea, se mantiene entera y con la cabeza bien alta.

Tras recoger la cocina y darle los pertinentes cariños a *Goliat* me meto en la ducha. Necesito que el agua caliente me despeje y aclare mis ideas. De pronto unas delicadas manos pasean por mi vientre mientras que un menudo cuerpo se pega a mi espalda.

—Perdona que haya invadido tu ducha así, pero no me he podido resistir —dice la sensual voz de Sky mientras me besa la espalda.

No le digo nada, ahora mismo no quiero hablar con ella. Es posible que después de lo que tengo que decirle sea la última vez que pueda tenerla así.

Con esta idea en la cabeza me giro y apoyo su espalda contra los azulejos de la ducha. Me agarro con fuerza a su trasero y la levanto para que me rodee la cintura con sus piernas. Busco su boca y la beso desesperado. Mi lengua recorre su boca con ansias, como si al dejar de besarla fuese a morir de sed.

Suelto una mano y la meto entre nuestros cuerpo. Empiezo a acariciar su clitoris en pequeños círculos durante unos segundos hasta que introduzco dos dedos dentro de ella. Los meto y los saco lentamente, pero necesito más. Así que, sin separar ni un solo instante nuestras bocas, saco los dedos y los sustituyo por mi miembro. Al principio mis movimientos son lentos, controlados, pero a medida que pasan los segundos mis caderas se aceleran entrando y saliendo con más ansias y más fuerza.

—Dan...

Intenta hablar, decirme quizás que me quiere o alguna otra de las palabras cariñosas que siempre me dice, pero no se lo permito al no separar mi boca de la suya. Ahora no quiero oírle decir que me quiere o que soy el único para ella. Lo que quiero es saciar mis ansias físicas de ella por última vez porque esta será la última vez que la toque. A menos que se decida pronto.

Me muevo cada vez más y más rápido y ella acompasa mis movimientos con sus caderas. Noto como sus músculos se tensan a mi alrededor, está a punto al igual que yo.

—¡¡Daniel!! —grita corriéndose y haciendo que me corra yo también.

Sin decir nada la dejo en el suelo y la meto debajo del chorro de agua que cae en cascada. Lavo su rubio cabello y su precioso cuerpo. Paseo mis manos por todas y cada una de sus curvas intentando memorizar cada rincón, cada pequeño lunar. Sé que lo que voy a hacer es lo correcto, pero eso no quita que me sienta devastado por dentro.

Cuando ya está lista la insto a salir y la seco despacio. Ella no habla, parece que comprende que necesito esto: cuidar de ella y sentirla mía. Cuando está completamente seca la envuelvo en mi albornoz y me enrolla una toalla en la cintura. Agarrando su mano la saco del cuarto de baño y vamos en silencio a mi habitación.

—Dan, en el mensaje que me has mandado me has dicho que querías hablarme de algo —me dice al fin.

—Sí, será mejor que nos vistamos y vayamos al salón.

Por la mirada que me dirige me da la sensación de que sabe de lo que quiero hablarle. Nos vestimos en silencio y nos encaminamos al salón.

—¿Café? —pregunto.

—Sí, gracias.

Preparo dos tazas bien cargadas y vuelvo al salón. Dejo las dos tazas sobre la mesa de centro y me siento a su lado.

—Antes de nada quería darte tu regalo de cumpleaños —me dice levantándose de su asiento para ir a buscar algo en su bolso.

Vuelve a los pocos segundos con un sobre entre las manos. Me lo tiende y, desconcertado, lo abro. En el interior encuentro dos entradas para el concierto que AC/DC va a dar en diciembre en Las Vegas. Quise comprarlas hace tiempo pero se agotaron enseguida y me quedé con las ganas.

—¿Cómo las has conseguido? Llevan tiempo agotadas.

—Algo bueno tiene que tener ser la hija de un senador. Solo necesité hacer un par de llamadas y enseguida tuve los pases VIP.

Me quedo mirándola intentando decidir si lo que le voy a decir ahora es lo correcto o no. Quizás me esté precipitando o sea demasiado melodramático. Pero enseguida decido que no, ya que llevo dándole vueltas a esta mierda demasiado tiempo. Sin embargo, en el último momento me acojono.

—Muchas gracias —le digo volviendo a meter las entradas en el sobre y dejándolo sobre la mesa—. No tendrías que haberte molestado tanto.

—No ha sido una molestia. Siempre que sea para ti lo hago con gusto, te lo aseguro.

Miro esos preciosos ojos azules que tanto me gustan y que consiguieron enamorarme desde el primer momento en el que me fijé en ellos. Temo que sea la última vez que los pueda contemplar, pero tengo que echarle huevos y decírselo de una puta vez.

—Bueno —digo sin dejar de mirarla a los ojos—, será mejor que vaya al grano. El sábado que viene me voy de vacaciones y me gustaría que vinieses conmigo.

—¿El sábado?

—Sí. Sky, esto es una locura, no puedes seguir adelante con la puta boda. Si me quieres debes pararlo todo. No puedes hacerme esto. Te quiero más que a mi vida pero ya no puedo más. Si tú me quieres a mí dejarás esta

tontería y te vendrás conmigo.

—Dan, yo... No sé qué decirte. Te quiero, eres el único hombre al que he querido en toda mi vida, pero... necesito más tiempo.

—¿Tiempo? ¿Necesitas más tiempo? No hay más. ¡El puto sábado te casas! —Termino perdiendo los nervios al final de la frase.

—Lo sé, ¡joder! Créeme que soy consciente de ello.

Nos quedamos ambos en silencio. ¿Para qué decir nada más? Todo está más que dicho. Sin necesidad de que abra la boca sé qué ya tiene la decisión tomada. Pero aún así voy a seguir con mis planes y darle la última oportunidad.

—Mi avión sale el sábado a las dos de la tarde del J. F. K., si al final te decides a quedarte conmigo te esperaré allí. Sino..., bueno, solo decirte que ha sido un placer haberte conocido. El tiempo que hemos estado juntos ha sido maravilloso y siempre te recordaré con cariño, a pesar de todo.

—Daniel, ¿qué estás diciendo? ¿Me estás dejando? —susurra con una mirada aterrada.

Me levanto y saco el billete de avión que tiene el nombre de Sky. Lo he impreso en el trabajo desde el despacho de mi amigo. Vuelvo a sentarme a su lado y se lo tiendo.

—No, mi ángel. Te estoy dando a elegir por última vez. Yo sé lo que quiero en mi vida, ahora solo queda que lo sepas tú. Siempre te he querido y siempre te querré, pero ya no puedo más. Verte preparar tu boda con David me está matando poco a poco. Tienes hasta el sábado para aclararte y decidir si me quieres lo suficiente para quedarte conmigo o no.

—Está bien —dice secándose las lágrimas que se deslizan por su preciosa cara—. Siento hacerte sufrir y pasarlo mal. Nunca ha sido mi intención herirte. —Se levanta y yo con ella. Se acerca a mí y tras darme un dulce beso en los labios (el más dulce y a la vez más amargo que me han dado jamás) prosigue—: Te quiero, Daniel. Eso no lo olvides nunca.

Sin que pueda decir nada más se marcha dejándome desolado. Al menos me queda la mínima esperanza de que no sea la última vez que la vea ya que se ha llevado el billete de avión.

Me desmorono en el sofá y hundo la cabeza entre las manos. En mis treinta y cuatro años de vida nunca he llorado por una mujer pero para todo hay una primera vez y esta es una de ellas. Como un debilucho las lagrimas se me desbordan y dejo salir toda mi frustración.

El gilipollas que dijo que los hombres no lloran debe ser porque nunca estuvo enamorado y no perdió a su amor. Al cerrarse la puerta de mi casa se ha ido parte de mi alma y todo mi corazón. Ella era toda mi vida, todo mi mundo. Desde el momento en el que me confesó quién es su padre, y la existencia de David, supe que esto podría pasar, pero como un idiota mantuve la esperanza de que no llegaríamos tan lejos. Siempre quise pensar que haría lo correcto, es decir, que se quedaría conmigo. Pero... ¿cómo iba a hacer eso? No se puede comparar a un hombre de clase alta, con fortuna y una buena reputación, con un simple bombero. Nunca me he sentido inferior a nadie, ningún hombre ha sido mejor que yo, nunca. Pero ahora me siento como una mierda, como un bobo que ha intentado abarcar más de lo que podía y al final ha terminado hundiéndose en el fango.

Dejo fluir las lágrimas durante un buen rato por suerte estoy solo y nadie me puede ver. Pero esto no hace que me sienta mejor. Si ahora mismo estuviera rodeado de gente me daría igual, necesito desahogarme.

Un par de horas después me levanto del sofá al fin sereno. Tengo que tomarme esto como el adulto que soy y ser fuerte. Le he mostrado mis cartas y ahora la pelota está en su tejado. No me gusta dejar mi destino en manos de nadie que no sea yo mismo, pero esta vez tiene que ser así. Estoy convencido de que me quiere y de que al final se vendrá a mí.

Día D

—¡Cabo! —me grita Juárez desde lo alto de la torre en la que estamos haciendo prácticas de descenso en fachada—, ¡alegre esa cara, que en una hora se libra de nosotros por dos semanas!

Según dice eso, y una vez está bien atado y avisado a su compañero de tierra, empieza a descender con rapidez. Intento sonreír porque tiene toda la razón, en unas pocas horas estaré subido a un avión que me llevará da la paradisíaca isla de Maui. Pero no puedo hacerlo.

Hace una semana que le dije a Sky cuáles eran mis planes y que quería, necesitaba, ¡ansiaba!, que se viniese conmigo pero no me contestó. Comprendió que si no aceptaba mi oferta lo nuestro se había acabado.

Se despidió de mí dándome el beso más tierno y sentido que me han dado en mi vida, cogió su bolso y se marchó dejando mi corazón igual de vacío que mi apartamento. Desde entonces no he sabido nada de ella; ni una llamada, ni un mensaje, nada. Y la echo muchísimo de menos. Ella era mi mundo, toda mi vida. Y ahora... bueno, ahora me voy a ir a mi viaje, desconectaré de todo y me relajaré. Cuando consiga todo esto estaré en condiciones de decidir qué voy a hacer con mi jodida vida.

Una hora después, tras haberme despedido de los chicos, emprendo la marcha con dirección a mi casa. Me gustaría poder ir en mi moto, pero como voy a estar tantos días fuera, antes de ayer llevé tanto a mi moto como a *Goliat* a casa de mi madre. Aproveché esto para pasar un tiempo con ella y despedirme. No puedo evitar reírme al recordar lo que me dijo ella:

—Bueno, mamá, tengo que irme ya —le dije acercándome a ella para

darle un beso en la mejilla.

—Que sepas que no me gusta nada de nada ese viajecito que te has montado —me reprochó cruzándose de brazos.

—¿Y eso por qué? No tienes nada de lo que preocuparte, los aviones son muy seguros. Además, soy un profesional del rescate...

—Sí, sí, sí — me interrumpió con cara de aburrimiento—, ya sé que tengo un súper hijo y estoy muy orgullosa de ello, que conste. Pero lo que no me gusta es que no me lleves contigo. Aún soy joven y tengo un cuerpo que muchas jovencitas envidiarían. En vez de irte solo me podrías haber llevado para que pudiese lucirlo.

No pude evitar soltar una carcajada, sobre todo al verla hacer las poses que hacen las modelos profesionales en la televisión mientras ponía morritos.

—No te preocupes, mamá —dije intentando dejar de reírme—, cuando vuelva a tener dinero ahorrado te llevaré conmigo. Pero primero voy yo solo para comprobar que hay gente suficiente que pueda contemplarte.

Entrecerró los ojos dirigiéndome una siniestra mirada, cosa que hizo que volviera a reír.

—¿Y qué es eso de que te vas solo? ¿Por qué Sky no se va contigo? No te irás sin ella para hacer de ese turismo *guarrindongo* del que hablan en la televisión, ¿verdad? Porque como sea así y yo me entere, que sabes que siempre lo hago, te juro que dejaré de tener un hijo para tener una hija. No sé si me has entendido.

—¡Como para no entenderte! —No podía parar de reír—. Me ha quedado claro que si voy con malas intenciones me cortarás mis atributos masculinos.

—¡Exacto! Pero no te hagas el loco y dime por qué diablos te vas solo.

—Ya te lo dije, mamá —respondí poniéndome serio de golpe—, Sky tiene cosas que hacer y no puede acompañarme. Y yo necesito descansar.

Cuando le hablé de mi viaje lo primero que hizo fue emocionarse porque, según me dijo, un sitio como Maui es tremendamente bonito para pedirle a mi chica matrimonio. Como tampoco quería se preocupara de más con mis historias, simplemente le dije que Sky tenía compromisos y que, como me obligaban a cogerme estos días libres, había decidido irme de viaje a conocer

algo de mundo.

—¡¡No!! ¡Suéltalo! —El grito desgarrador de una joven me devuelve al presente.

Levanto la cabeza y veo a una muchacha con no más de veinte años forcejeando con un tío que lleva la cabeza cubierta por la capucha de su sudadera. La chica intenta que no le quite el bolso mientras pide ayuda a gritos. Sin dudar lo hecho a acorrer cruzando la carretera sin apenas mirar si vienen coches. Cuando llego a su altura como el tío está de espaldas a mí no me ve llegar y en el momento en el que el asa del bolso al fin se rompe salto sobre él placándole cual jugador de fútbol. El muy cabrón se revuelve intentando librarse de mí pero consigo agarrarlo y dejar caer todo mi peso sobre él. De reojo veo cómo la chica está sentada en el suelo tapándose la cara con las manos y llorando desconsolada.

—¡Suéltame, hijo de puta! —grita el desgraciado.

Compruebo que no se puede librar de mi agarre, e ignorándolo le presto toda mi atención a ella.

—¿Estás bien? —la pregunto.

—Sí, creo que sí —murmura destapándose la cara.

En ese momento una pareja vestida para hacer *footing* se detiene junto a nosotros. Mientras la chica intenta tranquilizar a la víctima, el hombre llama a emergencias.

—HE DICHO QUE ME SUELTES, CABRÓN DE MIERDA —sigue gritando el desgraciado mientras intenta revolverse y liberarse de mí.

Pongo una mano sobre su cabeza y le aprisiono contra la acera para evitar que me muerda, ya que parece que ha entrado en modo caníbal, el muy gilipollas. Harto de sus insultos acerco mi boca a su oído para evitar que nadie, salvo él, oiga lo que le voy a decir.

—Sigue, sigue resistiéndote. Dame un único motivo para estrellar la mano contra tu cara. Te aseguro que si eso pasa ni tú mismo te vas a reconocer en un espejo.

Justo en el momento en el que termino la frase se empiezan a oír las sirenas de la policía. Miro a la pobre chica a la que han tranquilizado un poco

y vuelvo a susurrarle al cabrón que tengo debajo:

—Vas a tener suerte y va a llegar la policía antes de que tengas que enfrentarte a un hombre de verdad.

—Muy bien, señor —me dicen unos agente agachándose a mi lado—, ya nos ocupamos nosotros.

Les cedo encantado el lugar y me acerco a la chica.

—¿Estás bien? — pregunto arrodillándome a su lado.

—Muchísimas gracias —solloza abalanzándose sobre mí para abrazarme—. Gracias, gracias, gracias.

—Tranquila, solo he hecho lo que debía.

Cuando los agentes esposan al malnacido y lo meten en el coche patrulla se acercan a nosotros para tomarnos declaración. Les cuento con todo lujo de detalles lo ocurrido, omitiendo, obviamente, lo que le advertí al oído. Treinta minutos después me dejan irme.

—¡Espera! —me dice Silvia, la chica a la que he ayudado—. ¿Puedo invitarte a un café? O a cenar. Para darte las gracias por tu ayuda.

La miro por primera vez, no como la víctima que he conocido, sino como una mujer. Es una chica preciosa, rubia con mechas más claras, una piel perfectamente cuidada y unos ojos azules que podrían eclipsar al cielo más azul. En cierta manera me recuerda a “ella”, pero aparto ese pensamiento de mi cabeza de golpe. Ella no es Sky, es Silvia.

—Me encantaría, de verdad, pero en unas pocas horas me marcho de vacaciones y aún tengo que hacer la maleta.

No todo lo que le he dicho es cierto ya que el equipaje lleva dos días hecho, pero no puedo tomar un café con ella porque hay algo que quiero hacer antes de ir al aeropuerto.

—Oh, qué suerte tienes —me dice con una sonrisa mientras saca una tarjeta de visita del bolsillo de su pantalón—. Llámame cuando vuelvas. Si quieres, claro.

Me despido de ella con una sonrisa y me guardo en la cartera su tarjeta. ¿Quién sabe lo que pasará a mi regreso?

Llego a casa, me preparo un desayuno a base de tostadas con mantequilla y mermelada, zumo de naranja recién exprimido y un café solo bien cargado. Cuando lo termino todo me fijo en que solo me queda una hora y media para estar... allí.

Reviso la maleta, no vaya ser que me haya olvidado de algo. Llamo a mi madre para contarle como ha ido el turno y le resumo lo que ha ocurrido con Silvia. Por supuesto tengo que tranquilizarla y asegurarle que no tengo ni un solo rasguño. Cuando por fin cuelgo me doy cuenta de que he necesitado más de treinta minutos de teléfono. Sin perder un segundo más llamo a un taxi y me meto en la ducha.

Casi sin darme cuenta los treinta minutos que tardamos en llegar a nuestro destino llegan a su fin. Le pido al taxista que aparque en la acera de enfrente del portal y que espere. Me quedo absorto mirando el lugar por el que rezo que no aparezca Sky. Cada vez que la puerta se abre se me corta la respiración, pero, por suerte, en ninguna de esas ocasiones es ella la que sale. Una pequeña llama de esperanza se enciende en mi pecho, es posible que al final haya mandado todo a la mierda. E incluso puede que ya esté en el aeropuerto esperándome y que la veré con su preciosa sonrisa cuando llegue. Con esa pequeña ilusión latiendo dentro de mí saco el teléfono del bolsillo para ver si tengo alguna llamada perdida suya o algún mensaje, pero no hay nada. Aunque también cabe la posibilidad de que quiera darme una sorpresa...

Todo se va al traste cuando una limusina aparca en la puerta y una preciosa Sky sale con un impresionante vestido blanco. Está más que preciosa, está perfecta. Tan bella que duele mirarla. Luce una gran sonrisa, pero sus ojos están tristes. Cualquiera persona que la vea pensará que es la novia ideal y feliz, pero yo que la conozco muy bien sé que eso no es cierto. Aún así veo cómo sonrío a los fotógrafos que la esperan en la puerta, intercambian unas rápidas palabras y se sube a la limusina acompañada de sus padres.

—Muy bien —le digo al taxista—, ya podemos irnos. Al J.F.K., por favor.

Facturo mi maleta intentando sonreír a la guapa rubia del mostrador sin mucho éxito. Ojeo los carteles luminosos y, como aún falta más de una hora para que salga mi vuelo, no aparece por lo que me siento en el primer sitio

vacío que encuentro. Me pongo los casos del iPod amortiguando todos los sonidos que hay a mi alrededor con la esperanza de que mis colegas de *Linkin Park* me ayuden a desconectar de mis sentimientos. Los primeros acordes de *In the end* me hacen soltar una carcajada por lo irónico que es todo. La gente de mi alrededor me mira extrañada pero me trae sin cuidado lo que puedan pensar los demás. El título de la canción es de lo más apropiado en este momento. El destino puede ser muy puñetero cuando quiere.

No puedo quitarme de la cabeza la imagen de Sky saliendo de su edificio vestida de novia. Por mucho que me joda tengo que reconocer que estaba más que bella. Ya llevando un simple vestido normal y corriente está deslumbrante, con ese traje pomposo, igual que el de una princesa de cuento, parecía... un ángel. Mi ángel. No, ya no puedo decir eso, ella ya no es mía.

Me echo hacia delante y hundo la cabeza entre mis manos. Creo que desde el principio sabía que terminaría pasando esto, aunque intenté encerrarlo en un rincón de mi mente para que no me atormentara. Sin embargo, ahora toda la mierda ha estallado y me está jodiendo vivo.

En treinta años creí haber estado enamorado un par de veces pero estaba equivocado. Sentí apego por aquellas mujeres, incluso cariño, pero nada parecido al amor. Esto solo lo he sentido por Sky.

«¿Por qué ha tenido que ser con ella? ¿Por qué no ha podido aparecer en mi vida una mujer soltera que pudiera ser mía la cien por cien?»

Esto tiene una respuesta muy simple: porque me habría aburrido. Nunca han ido conmigo las cosas fáciles. A mí me gusta que me presenten batalla, no habría podido estar con una mujer simple y sencilla. Aunque a veces desearía que hubiese sido así. Si Sky fuera una de esas mujeres simples ahora no estaría jodido porque ella estaría sentada a mi lado; haríamos planes sobre lo que vamos a hacer en el viaje; quizás intentaría meterle mano mientras la beso con ganas delante de todo el mundo; o incluso la instaría a que follásemos en algún cuarto de baño.

Saco de mi mochila el anillo que compré unos días antes de que Sky me soltase la bomba de la puta boda con David. Le di muchas vueltas, pero ya tenía todo pensado: Prepararía una cena en casa; decoraría el salón con decenas de velas que serían la única iluminación de la noche y me pondría mis mejores vaqueros junto con mi camiseta de *Scorpions*, que siempre me

ha dado suerte. Al terminar de cenar sonaría de fondo la versión de Manson de *Sweet dreams*, ya que es nuestra canción; y, tras hincar una rodilla en el suelo le diría que ella es la mujer de mi vida, con la que quiero compartir y disfrutar todos y cada uno de los días que me queden por vivir. Pero eso ya no va a pasar. Yo mismo la he visto salir lista para casarse con él. Una lágrima humedece la palma de mi mano al pensar en todo esto e intento respirar hondo para controlarme. Una cosa es que me derrumbe en la soledad de mi apartamento y otra que lo haga en público. No puedo dejar que los posibles, o los quizás, me terminen de hundir. El propósito de este viaje va a ser reponerme; reencontrar al Daniel que era antes de conocerla y disfrutar. En definitiva, voy a divertirme y pasarlo bien. Es ella quien se lo pierde, no yo. Conmigo habría sido completamente feliz, pero ha preferido no contrariar a sus padres y ante esto yo no puedo hacer nada, la decisión era suya.

Me seco los ojos disimuladamente y miro el reloj que llevo en la muñeca, el que era de mi abuelo, luego pasó a mi padre y que este me regaló a mí cuando me gradué en el instituto, y que algún día pasará a mi hijo, si es que consigo encontrar a la mujer ideal con la que terminar formando esa familia que tanto deseo, y que tan feliz haría a la loca de mi madre. Las manecillas me dicen que aún me quedan cuarenta y cinco minutos para que salga mi vuelo. Es desesperante lo despacio que puede llegar a pasar el jodido tiempo.

Me levanto de la incómoda silla, me echo mi mochila al hombro y me acerco a la cristalera para ver el ir y venir de los aviones. La gente pasa por mi lado, algunos felices, otros impacientes y el resto preocupados. Todos tenemos una historia y aunque dicen que hay que dar gracias por lo que tenemos (ya que siempre hay alguien peor que nosotros) no puedo evitar pensar que el que dijo eso por primera vez era un grandísimo gilipollas que no sabía lo que es sufrir y menos por amor. Ignoro a todos los que me rodean y me centro en el vaivén de los aviones.

Linkin Park siguen sonando en mis oídos, pero al acabar la canción *Crawling* se hace un silencio ensordecedor. Miro el iPod y compruebo que se ha quedado sin batería. ¡Perfecto! Está comprobado que todo puede ir a peor.

Al quitarme los auriculares vuelve a sobrecogerme el ruido que hay a mi alrededor, incluso oigo a lo lejos un taconeo apresurado, al parecer alguien pierde su vuelo... Después de guardar el maldito aparato en la mochila apoyo las dos manos en la barandilla que tengo frente a mí. Al no contar con la

distracción que me ofrecía la música, mi mente se recrea en buenos y excitantes recuerdos que hacen que las piernas me tiemblen. Como una noche de invierno en la que Sky me sorprendió al presentarse en casa con una gabardina larga. Al quitársela me dejó impactado al ver que debajo llevaba únicamente un conjunto de ropa interior de color rojo, con un liguero y unas medias del mismo color. Fue una imagen que por desgracia no podré olvidar nunca. Pero lo que más llamó mi atención fueron los zapatos que llevaba. Tenían un tacón altísimo de aguja y eran del mismo rojo intenso que lucía en sus carnosos labios. Todo en ella era excitante, apasionante, estimulante, provocador. Lo que pasó después, la noche de sexo que me regaló, tampoco la podré olvidar así como así. Parece increíble cómo una mujer tan sofisticada y con unos modales tan regios sea capaz de excitarme tanto

El taconeo que hace unos segundos escuché se detiene mientras yo sigo mirando cómo avanzan los aviones abstraído. Hasta que de pronto alguien me toca el hombro y oigo:

—Disculpe, señor, ¿sabe dónde está mi alma gemela?

Me giro sorprendido mirándola de hito en hito mientras sus preciosos ojos azules me sonríen.

—Pe...pero ¿qué haces aquí? —consigo balbucear.

—Bueno, el amor de mi vida me propuso que me fuera hoy con él de vacaciones a Maui y aunque me ha costado un poco librarme del compromiso que tenía, aquí estoy.

En cuestión de segundos paso de estar sorprendido a sentir una felicidad absoluta. Al final ha hecho lo correcto y ha ganado el amor ¡me ha elegido a mí! Me abrazo a ella con fuerza enterrando la cara en su cuello.

—¿No me puedo creer que estés aquí? Pensé que te había perdido para siempre.

—Nunca me has perdido. Siempre he sido tuya —me susurra con voz trémula.

La miro a los ojos mientras la sigo agarrando, tengo miedo de que si la suelto se esfume como en un sueño.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con algo de reticencia, pero con ganas de saber.

—¿De verdad quieres saberlo? —Asiento sin dejar de mirarla—. Sentémonos.

Nos acercamos a las butacas donde he estado sentado antes y nos acomodamos sin dejar de tocarnos.

—Llevaba queriendo hacer esto desde el día en el que te conocí, pero soy una cobarde —empieza a decir mirando nuestras manos unidas—. Esta mañana, cuando me he levantado estaba casi convencida de que iba a decirle a todo el mundo que te quiero a ti, que lo que David y yo teníamos era una mentira, pero todo ha ido muy rápido. Enseguida ha venido mi madre con la peluquera y la maquilladora. Cuando han terminado me han empezado a vestir y cuando me he dado cuenta la limusina ya me esperaba abajo.

Se nota que le da algo de vergüenza contarme todo esto, ya que no es capaz de mirarme a la cara. No me extraña, porque el relato no pinta bien, al menos para mí. La miro sin decir nada, sigo en silencio a la espera de que continúe hablando.

—En el viaje hacia la iglesia no podía dejar de pensar en ti. Tú has llenado todos y cada uno de mis pensamientos desde que te conocí, pero mis padres siempre me han tenido muy condicionada y nunca, jamás, he sido capaz de llevarles la contraria. Y menos aún en esto de la boda. Pero estaba decidida, o eso creía. Cuando he querido darme cuenta el cura me ha preguntado si quería casarme con David...

—¿Y qué has dicho? —Me temo lo que va a responder, pero debo saberlo.

—He dicho que sí. —Una lágrima rueda por su mejilla—. He mirado a mis padres y no me he atrevido. Al final ha tenido que ser David el que ha parado todo esto.

—O sea, que si él no lo hubiera hecho ¿os habrías casado?

Ahora mismo no sé cómo sentirme. Estoy muy contento de que esté aquí conmigo pero saber que no ha sido capaz de decir no... que si no hubiese sido por un tercero ella se habría casado con otro... me duele, mucho.

—No, a pesar de que ya había dicho que sí lo habría parado todo. No podía firmar esos estúpidos papeles si en ellos no ponía tu nombre.

Me acerco a ella y la beso para que no siga disculpándose. Tenerla

conmigo es todo lo que he querido desde... siempre, y ahora que la tengo me da igual el medio por el que he conseguido mi fin. Tengo que dejar de besarla cuando por megafonía anuncian que ya podemos embarcar.

—Siento mucho no haber podido contratar asientos de primera —le digo cuando nos acomodamos.

—No te preocupes, no me importa. El dinero no lo es todo.

Durante el vuelo no podemos dejar de tocarnos. Ya tenía asumido que no iba a poder estar con ella y ahora la tengo a mi lado. Vamos a disfrutar juntos de este viaje, tal y como había soñado en el momento en el que decidí contratarlo.

Pasadas un par de horas mi chica se queda dormida con su cabeza apoyada en mi hombro, yo sin embargo no puedo pegar ojo. Sigo teniendo que tocarla para cerciorarme de que está conmigo.

A lo largo de las múltiples horas que dura el vuelo, que no son pocas, me da tiempo a muchas cosas. Pero las dos que me quitan el sueño son: estar pendiente de mi chica y reproducir una y otra vez la conversación con mi madre. Es posible que tenga razón y que el sitio al que nos dirigimos sea el adecuado para pedirle que sea mía por completo de una vez. Quizás... Sí, es posible que sea arriesgado y muy pronto para ella pero necesito saber si se convertiría en mi esposa. ¿Y si dice que no? Pues no pasa nada, es normal que piense que es pronto, pero no cejaré en mi empeño y volveré a intentarlo más adelante, cuando la crea preparada. Ahora que ya es mía no pierdo nada por intentarlo.

Primer día de mi vida

Llevamos tres días en el paraíso. Tres días en los que mi vida está por fin completa. Cada mañana cuando me despierto me encuentro con el amor de mi vida a mi lado. Ver su sonrisa, la felicidad que destella en sus azules ojos, es un auténtico regalo.

Hace apenas setenta y dos horas pensaba que la había perdido, que no iba a volver a verla y ahora es completamente mía. O casi. He pensado durante estos días y también durante el vuelo que nos trajo aquí, si lanzarme o no. El anillo que tengo en la maleta me grita que lo haga y por más que lo intento no logro encontrar una razón para no hacerlo. Así que... hoy es el día, estoy decidido. Voy a darlo todo.

Me bajo de la cama sin despertarla y me quedo a los pies contemplándola. Está preciosa. Tumbada boca abajo, con la espalda desnuda y la sábana tapando su exquisito trasero. Y ese pelo que parecen rallos de sol desperdigado por la almohada. Es un sueño, mi sueño.

Salgo de mi ensimismamiento, no sin esfuerzo. Recojo la ropa que llevaba ayer por la noche cuando volvimos de nuestro paseo nocturno por la playa y que, Sky, en un arranque de pasión, se dedicó a desperdigar por toda la habitación. Una vez vestido bajo a la recepción del hotel con una misión importante que cumplir.

—Buenos días, señor —me saluda la morena recepcionista—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días. Verá, hay una cosa que quería pedirle.

Me detengo de pronto, no sé cómo pedirle esto. Creo que será mejor

soltarlo sin más estoy convencido de que no soy la primera persona que se lo pide.

El director del hotel (al que ha llamado la recepcionista cuando le he dicho lo que necesitaba) y yo concretamos todos los detalles. Pido que nos suban el desayuno a la habitación, dando la orden de que lo sirvan lo antes posible. Estoy deseando empezar el día. Solemos bajar al comedor por las mañanas pero hoy vamos a empezarlo de manera especial, o eso espero.

Al llegar a la habitación encuentro a mi chica en la misma postura en la que la dejé hace más de treinta minutos. Me siento en el borde de la cama acariciando su espalda para despertarla.

—Vamos, Bella Durmiente —susurro mientras reparto besos por su hombro—, es hora de despertarse.

—Daniel —refunfuña—, estamos de vacaciones. No es obligatorio que madrugemos.

Me río ante su comentario. Sky odia madrugar, cosa que sé desde hace tiempo y que siempre me ha parecido de lo más adorable.

—Vamos, nena. Ya son las diez de la mañana. Y, además, nos espera un gran día.

—¿Un gran día? ¿Es que tienes algo planeado? —pregunta bastante más despierta e interesada dándose la vuelta.

—Es posible —respondo evasivo—, todo depende de lo que tardes en levantarte.

En ese preciso momento llaman a la puerta para traer lo que he pedido. Tras desayunar Sky se va a darse un baño mientras yo la espero en la terraza sentado en una de las tumbonas. Creo que como tarde mucho en volver es posible que termine dándome un infarto o una apoplejía, de lo nervioso que me estoy poniendo. Compruebo cada dos minutos que llevo la cajita en el bolsillo e intento elaborar un discurso elocuente en mi cabeza, pero se me ocurre nada. Me parece que tendré que improvisar sobre la marcha.

Un cosquilleo en la nuca me anuncia que mi chica está cerca. Levanto la vista y ahí la encuentro, vestida únicamente con uno de los albornoces del hotel. No puedo apartar la mirada de ella. Es la belleza personificada.

—Hola —saluda tímidamente.

—Ven. Siéntate.

Se sienta a mi lado sin vacilar. Mi pierna se mueve compulsivamente sin que yo pueda evitarlo, ahora que ella está aquí a mi lado la seguridad que tenía hace unos minutos se ha evaporado del todo.

—Dan, ¿qué te ocurre? —me pregunta con un toque de temor en la voz.

—Sky, quiero decirte una cosa. —No sé cómo consigo articular palabra de lo nervioso que estoy.

—Claro. Dime, ¿qué ocurre?

—Sabes que te quiero desde el primer momento en el que te vi. Desde ese día solo has existido tú.

—Yo también te quiero, cariño —me interrumpe con una cándida sonrisa.

Respiro hondo para volver a armarme de valor. Ha llegado la hora de la verdad, el momento de abrir mi alma en canal.

—El otro día, el día de tu casi boda, estaba escondido frente a tu puerta. Rezaba porque te arrepintieses, que le plantases cara a tus padres y vinieses a buscarme. En ese momento te cogería y nos escaparíamos para no volver nunca más.

—Lo siento —me interrumpe de nuevo alicaída—. No me merezco la paciencia que has tenido con todo esto.

—Te mereces eso y mucho más —aseguro con rotundidad—. Y yo quiero dártelo. Por eso... —me arrodillo frente a ella y saco la cajita que tanto peso ejerce en mi bolsillo—, quiero... Me gustaría preguntarte... —suspiro de nuevo, esto es lo más difícil que he tenido que hacer en toda mi vida—. Quizás sea muy pronto, pero... ¿Te casarías conmigo?

Abro la caja y le muestro el solitario que hace tanto tiempo le compré.

—Sé que no es tan grande como el que te regaló David —me disculpo—, pero también sé que no te gusta la ostentación...

—Es perfecto. —Las lágrimas empiezan a caer por sus mejillas, espero que sean de felicidad.

—¿Eso es un sí?—pregunto esperanzado.

—Claro que sí —contesta sin dejar de llorar—. Me casaría contigo ahora mismo.

Saco el anillo y se lo pongo en el dedo anular de la mano izquierda, mientras las lágrimas caen y caen sin control por sus mejillas. Me levanto y uno sus labios a los míos en un beso de auténtica devoción. Ahora ya es mía del todo. Cuando ambos empezamos a jadear separo nuestras bocas y me abrazo a ella con todas mis fuerzas. Estoy seguro de que la estoy cortando la respiración, pero no me puedo contener.

Tras una eternidad abrazados en silencio, en el que las olas son las únicas testigos de nuestra felicidad, me separo de ella y tras acunar su rostro entre mis manos fijo mi mirada en la suya. Ya no llora, no hay más lágrimas, ahora solo veo mi felicidad reflejada en sus ojos.

—¿Has dicho en serio que te casarías conmigo ahora mismo? —susurro de nuevo nervioso.

—Por supuesto. No quiero esperar ni un minuto más para demostrarte que quiero ser tuya por completo —responde mirándome con seguridad.

—Bien.

Tiro de ella hacia el interior de la habitación con prisa. Suelto su mano dejándola al lado de la cama y sin detenerme me acerco al armario. Saco el vestido de encaje blanco que compré el último día que estuve en casa, cuando aún guardaba esperanzas de que lo necesitase. Lo dejo sobre la cama con cuidado de no arrugarlo y la miro.

—Póntelo —ordeno con suavidad.

—Pero... —Noto su sorpresa y desconcierto, pero no tenemos tiempo para dudas tontas.

—Nos está esperando el gerente del hotel en la playa —le explico con suavidad antes de darle un beso rápido en los labios—. Todo está preparado para que seas mía.

Se tapa la boca con la mano emocionada. Al fin lo vamos a hacer, se va a casar conmigo. Le ha costado hacer lo correcto, pero lo ha hecho. Este es el momento y el lugar perfecto para celebrarlo. Aunque... mi madre es capaz de matarme y dejar viuda a Sky en cuanto se entere, pero correré el riesgo.

Sin mediar palabra alguna me dirijo al cuarto de baño para darme una ducha rápida. Cuando salgo vuelvo al armario y cojo unos pantalones cortos de color blanco y una camisa de lino del mismo color, mientras veo de reojo como ella se deshace del albornoz y se pone un conjunto de ropa interior blanco. Mi cuerpo se anima, es inevitable al verla tan... sexy. Una vez estamos los dos vestidos salimos de la habitación cogidos de la mano sin poder dejar de sonreír.

Todo está preparado, tal y como había quedado con el gerente del hotel. Nos está esperando al borde de la playa bajo un precioso arco adornado con cientos de rosas rojas, acompañado de dos personas más del hotel. No tener aquí a mi familia me baja un poco el ánimo, pero en cuanto volvamos a casa organizaremos una gran boda donde todos los nuestros estarán con nosotros y con los que lo celebraremos por todo lo alto.

El señor Martin, el gerente, empieza su discurso en cuanto ambos estamos bajo el arco.

—Estamos aquí para unir en matrimonio a Daniel y a Sky; para ensalzar el amor que estas dos personas sienten el uno por el otro. Amor que puede superar cualquier obstáculo y que, con el tiempo, se hará más fuerte.

Mientras escucho el discurso no dejo de mirar a mi chica que está radiante con ese vestido blanco. Siempre me ha gustado que se vista de este color. Aunque si lo pienso bien, ¿de qué tono no me gusta que vista? Rojo, blanco, verde o amarillo, cualquier color le queda perfecto. Me devuelve la mirada con una enorme sonrisa. No puedo sino hacer lo mismo que ella y susurrarle un “Te quiero”, esas dos palabras que tanto me emociona oír de sus labios. Esas mismas palabras que ella me dice cuando hacemos el amor. Esas con las que se despide en todos sus mensajes y con las que me hace el hombre más dichoso del mundo.

—Daniel, ¿tienes los votos? —Asiento con la cabeza mientras Sky me dirige una mirada llena de escepticismo—. Adelante pues.

—Sky, llegaste a mi vida caída del cielo, como el ángel que eres. Nunca pensé que existiese en el mundo una mujer como tú, la mujer ideal para mí, mi otra mitad. Ahora eres plenamente mía y te juro, aquí y ahora, que moriré haciéndote feliz. Te quiero.

Intento retener las lágrimas pero es tal la felicidad que siento ahora

mismo que no soy capaz.

—¿Sky? —pregunta el señor Martin.

—Bueno, no tengo nada preparado, pero a ver qué podemos hacer. —Me mira sonriendo y me guiña un ojo—. Tuve que sufrir un accidente de tráfico para encontrarte. Cuando salí de casa aquel día, hace tres años ya, no sabía que mi vida iba a dar un giro tan radical. Contigo descubrí lo que es la auténtica felicidad. Te lo debo todo, Daniel. Te quiero.

—Daniel Joseph Harris —continúa el señor Martin cuando Sky termina —, aceptas a esta mujer como tu legítima esposa. Prometes amarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de tu vida.

—Sí, acepto —respondo sin apartar la vista de los ojos de mi chica.

—Y tú, Lisa Sky Murphy, aceptas a este hombre como tú legítimo esposo. Prometes amarle y respetarle, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de tu vida.

—Sí, acepto —responde ella casi sin dejar al oficiante terminar de hablar con una enorme sonrisa de felicidad.

—Por el poder que me ha sido otorgado yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia —finaliza el señor Martin mirándome.

Sin demora agarro su rostro entre mis manos y la beso, demostrándole todo el amor y la felicidad que siento en este momento. Al final es mía, completamente mía. No me puedo creer que esto me esté pasando y que al fin haya podido cumplir mi sueño. Junto a ella mi vida está completa.

Aún con nuestros labios unidos veo cómo el oficiante y los testigos de nuestro amor se hacen a un lado para darnos algo de intimidad. Pero no es suficiente, por lo que termino agarrando a mi chica por la parte trasera de sus muslos y levantándola para que sus fantásticas piernas me rodeen la cadera y nos meto en el templado agua.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero —susurra separándose levemente de mí.

No me da tiempo a responder porque vuelve a besarme pero esta vez con más ansias. Si la playa fuera privada ahora mismo estaría perdiéndome en su

interior en estas cristalinas aguas, pero como no es así, me separo de ella y la insto a salir del agua. Empapados pero más felices que nunca firmamos los documentos que el Señor Martín nos entrega. Tras ser sellados por el notario, que ha sido uno de los testigos, nos felicitan y nos marchamos a nuestra habitación.

Nada más entrar por la puerta, casi sin darnos tiempo de cerrar bien, empezamos a desnudarnos con premura. Yo estoy ansioso de ella y ella no se queda nada corta. Quiero poseerla en la cama, pero dudo que lleguemos hasta allí. Aunque no tengo que decidirlo yo, ya que ella toma la decisión por mí. Me empuja hasta el sofá de la habitación y es ella quien me posee a mí. Es la primera vez que tenemos esta conexión tan íntima siendo uno y puedo decir que cuando acaba conmigo estoy más que satisfecho.

—Lo hemos hecho —susurra jadeante contra mi cuello.

—Sí, mi vida, lo hemos hecho. Ahora ya eres toda mía.

—Y tú eres completamente mío —murmura y me da un mordisco en el cuello, cosa que me hace reír—. Estoy hambrienta.

—Pediré que nos suban algo especial. Hoy no pienso dejar que salgas de aquí.

Después una comida basada en langosta con salsa de mantequilla, ostras y un pudín de limón que hace que su lengua se pasee por sus labios provocándome, nos quedamos en silencio mirándonos. No nos es necesario decir nada, solo con mirarnos podemos comunicarnos.

—Hoy me has hecho el hombre más feliz del mundo —murmuro sonriendo como un tonto.

—Yo también soy inmensamente feliz. Y..., ahora que ya estamos en un sitio privado, podemos dar rienda suelta a nuestra pasión, ¿no crees? Contra la puerta de entrada, en la cama, en la ducha, la bañera, el sofá del salón...

—Eres insaciable —respondo fingiendo estar conmocionado.

—Dios mío, Dan, teniéndote cerca es imposible no serlo. Además, quiero disfrutar de mi marido todo lo que pueda en este paraíso.

“Mi marido” esto suena tan bien, que no necesito nada más. Me levanto tirando la silla al suelo y la cojo en volandas para hacer el amor con ella en

todos los sitios que ella ha sugerido.

Dos semanas, ese es el tiempo que hemos pasado en el paraíso y me parece que han sido dos vidas. Estar junto a ella hace que el tiempo carezca de importancia. Pero ya ha llegado el momento de volver a la realidad. En poco más de una hora nuestro vuelo de vuelta a Nueva York llegará a su destino. Sky se ha quedado dormida hace un rato con su cabeza apoyada en mi hombro. Y no la culpo, como hemos cogido un vuelo nocturno hemos aprovechado el día al máximo. No creo que podamos viajar al paraíso todas las semanas. Hemos tomado el sol tumbados en una hamaca suspendida entre dos palmeras, nos hemos bañado en esas fantásticas aguas, tomamos cócteles en cocos... vamos, hemos hecho el pack completo del turista. Además de haber hecho un par de escapadas a la habitación para hacer el amor tranquilos.

Pero satisfacer nuestros deseos carnales no es lo único que hemos hecho, también hemos hablado y mucho. Hemos quedado que ella se va a venir a vivir a mi apartamento. También me comentó que quiere trabajar. No tiene experiencia laboral, pero si va a vivir conmigo quiere contribuir con los gastos de la casa. Le dije cien veces que no hace falta que lo haga, ya que con mi sueldo podemos vivir sobrados, pero ella insiste. Me da la sensación de que le va a costar un poco deshacerse de la vida acomodada que tenía antes, aunque lo niega en rotundo.

Sé que va a ser duro para ella pasar de tenerlo todo, de no tener que hacer absolutamente nada y tener gente a su servicio las veinticuatro horas, a tener que poner lavadoras, fregar platos y limpiar el polvo. Nunca ha dado muestras de ser una princesita, pero a mí me reconcome pensar que tenga que hacerlo. Hace que me sienta... inferior. Ella se merece lo mejor de lo mejor y no estoy seguro de que yo se lo pueda ofrecer. Lo que sí tengo clarísimo es que esas carencias económicas las puedo suplir con amor. Pienso entregarme a ella al doscientos por cien y la haré la mujer más feliz del mundo. Y si a ella le hace feliz trabajar hablaré con Clay para que le busque un puesto en su empresa porque sus deseos son órdenes para mí.

En el aeropuerto nos esperan David y Marian agarrados de la mano. Se los ve más felices que nunca.

—¡Hola, chicos! —saluda la pelirroja—. ¿Qué tal han ido las vacaciones?

—Hola, preciosa —le doy un beso en la mejilla tras estrechar la mano de David—. Las vacaciones más que bien. ¡Nos hemos casado!

Se nos quedan mirando con los ojos a punto de salirseles de las órbitas. Tendría que haberme esperado, mi madre debería ser la primera en enterarse, pero estoy tan feliz que no me he podido resistir. Para afianzar mi declaración, Sky alza la mano izquierda enseñándoles el anillo con el que sellamos el contrato más importante de nuestra vida.

—¡Felicidades! —grita Marian acercándose para abrazarnos—. Pero eres consciente de que tu madre te va a matar cuando se entere, ¿verdad?

Todos nos reímos menos David, no porque no nos haga gracia el comentario, sino porque tiene toda la razón.

—Ya he pensado en ello. Le vamos a decir que lo que hicimos era de modo simbólico, y aunque no es cierto que carece de valor legal. No sé, le diré que fue un acto de amor espontáneo, o algo así. Que vamos a celebrar una boda por todo lo alto más adelante. Espero que con esto se quede tranquila y no me mate a collejas.

—¿Queréis que os llevemos a su casa directamente? —me pregunta Marian.

—No, llevadnos a casa. Dejaremos las maletas, nos daremos una ducha y así tendré tiempo para prepararme mentalmente para la guerra.

—Me parece que estáis exagerando un poco, ¿no? —pregunta David algo desconcertado por nuestra extraña conversación.

—Algún día la conocerás y entenderás por qué decimos esto —responde Marian entre risas.

Llegamos a casa sobre las once de la mañana. A nuestra casa. Aquí es donde va a comenzar nuestra vida en común. Donde vamos a ser felices o al menos donde lo intentaremos.

Tras una reparadora ducha llamo a mi madre para informarle de que ya estamos en casa y de que en breve iremos a su casa para comer. No tenemos muchas ganas de salir. Preferiríamos quedarnos en casa, tirarnos en el sofá y no movernos en todo el día, pero mi madre no acepta eso de ninguna de las

maneras, así que tenemos que ir sí o sí.

Una vez listos cogemos un taxi para poder llegar lo antes posible. La vuelta la haremos en la moto junto con *Goliat*. Tengo que reconocer que he echado mucho de menos a esa rata peluda *lamelotodo*. En cuanto el taxi aparca frente a la casa de mi madre empezamos a oír los ladridos del enano, parece que tiene tantas ganas de vernos como nosotros a él.

—¡Ay, Señor mío! —grita mi madre al vernos—. Si mi queridísimo hijo del alma ha vuelto a casa sano y salvo.

—Joder, mamá, tú siempre tan melodramática —la riño mientras nos abrazamos.

—¿¡Melodramática?! —Se cruza de brazos enojada—. ¡Melodramática dice! Te has marchado durante dos semanas al otro lado del mundo, me has dejado aquí y encima te has metido en un avión *vete-a-saber* cuántas horas. Cacharro, que por cierto, se podría haber caído en cualquier momento y haberme dejado sin mi hijito del alma.

Suelto una carcajada, sus idas de hoya son de lo que no hay, incluso se las llega a echar de menos si pasar más de dos días sin escucharlas.

—Bueno, mamá, ya puedes estar tranquila porque he vuelto y no lo he hecho solo.

Señalo a Sky que se ha mantenido en un segundo plano sin parar de sonreír, a ella también le divierten los monólogos de mamá Caroline.

—¡Ay, hija de mi vida! No te había visto, perdóname. Qué contenta estoy de que estés aquí. Qué alegría, ¡qué alegría!

Y así sigue degenerando hasta que después de la comida nos sentamos en el sofá delante de la tele. Ha llegado el momento de darle la gran noticia y reconozco que estoy acojonado. Como siempre es mi madre la que rompe el hielo.

—Bueno... ¿y cómo es que habéis venido juntos? Pensaba que te habías ido solo de vacaciones, hijo.

—Bueno, señora —responde Sky—, al final pude irme con él y pasar unos días juntos.

—Eso está bien, hija. Seguro que necesitábais unos días de descanso.

—La verdad es que sí —continúo yo—, pero... además... bueno, ya que estábamos allí... hicimos algo más.

Por primera vez en mucho tiempo mi madre se queda sin habla. Creo que sabe lo que le vamos a decir, pero permanece en silencio esperando a que se lo confirme.

—Bueno —respiro hondo para armarme de valor—, le he pedido a Sky que se case conmigo —suelto de sopetón.

Mi madre pasa su mirada de mí a Sky una y otra vez pero sin decir ni una sola palabra. Cada vez se va poniendo más y más seria.

—Daniel —dice al fin—, te he dicho millones de veces que no me gusta que me mientas, así que haz el favor de decirme la verdad. Sé que no le has pedido que se case contigo. Bueno sí que lo has hecho, pero no ha sido lo único, ¿verdad? —La miro con la boca abierta, esto sí que no me lo esperaba y mucho menos su reacción—. Os habéis casado allí, ¿a que sí?

Sigo sin dar crédito a lo que oigo, por lo que mi cerebro no responde y mi boca sigue cerrada a cal y canto. Al final es Sky quien tiene que responder a su pregunta.

—Sí, señora, nos casamos allí. Pero no se enfade con su hijo, fue todo muy repentino. Una locura de esas que se hacen sin pensar...

—Ya veo.—De pronto la expresión seria de mi madre se transforma en una lenta sonrisa—. No me extraña que no quisieras perder ni un segundo para casarte con esta mujer. Tonto habrías sido si no lo hubieses hecho. Eso sí, espero que organicéis un gran bodorrio aquí para que yo pueda lucir un súper tocado de esos que salen en las revistas y pueda presumir ante todo el mundo de hijo y nuera.

—Claro que sí, mamá. Eso ya lo teníamos pensado.

Tras soltar la noticia, y comprobar que mi madre es más lista de lo que pensaba, me siento mucho más tranquilo. Ahora solo queda prepararlo todo. Por suerte mi madre y Sky se llevan a las mil maravillas y han acordado que ellas lo organizaran todo.

Mientras las mujeres de mi vida charlan, yo me deshago en cariños con *Goliat*, esta pequeña bola de pelo me robó el corazón (igual que lo hizo Sky) en el primer instante en el que la vi. Mi vida sin ninguno de ellos ya no sería

lo mismo, ya no sería nada sin ellos. Sé que siempre tendré a mi hermano, a mi madre y mis sobrinos, pero sin mis dos amores estaría incompleto. Los quiero profundamente, con toda mi alma. Haré cualquier cosa por ellos y para ellos, porque la cuenta atrás ha llegado a su fin y ahora nos toca empezar una desde cero, y nadie sabe cuándo terminará todo esto.

Epílogo

Sky

Me levanto al tocar el despertador y veo que estoy sola en la cama. A Daniel, mi hermoso marido, como es bombero le ha tocado turno. Me levanto y en el momento en el que mis pies tocan el suelo mi estómago se revuelve por lo que tengo que salir corriendo al cuarto de baño. A duras penas llego a tiempo para vomitar en el lavabo. Cuando consigo dejar de tener arcadas y me recompongo un poco me meto en la ducha sin ni siquiera echarme un vistazo en el espejo. Tengo que tener una cara de pena que es mejor no verla. Tras una ducha rápida, y un desayuno inexistente me despido de *Goliat* y me marcho al trabajo con la esperanza de que el aire fresco me despeje.

Paso un día de horrible. Me encuentro mal, estoy mareada y el estómago no se me asienta.

—¿Estás bien, Sky? —me pregunta mi cuñado Clayton al pasar por mi mesa.

Le miro con una sonrisa cariñosa. Cuando Dan me dijo que había hablado con él para que me hiciera un hueco en su empresa me sentí algo cohibida, pero era lo que yo quería y se lo agradeceré siempre. Gracias a mi cuñado me siento una persona útil, lo que no había pasado nunca.

—La verdad es que no. Me he levantado con el estómago revuelto y no me encuentro nada bien.

—Será mejor que te vayas a casa a descansar. Si mi hermano se entera de que estas así y no te mando de vuelta es capaz de estrangularme.

—No hace falta, Clay, puedo aguantar, de verdad.

—De eso nada. Ahora mismo te vas a casa y te tumbas. Si mañana estás mejor vienes y si no me avisas y te quedas descansando.

A regañadientes termino accediendo. La verdad es que no puedo con mi alma y estoy deseando tirarme en la cama y cerrar los ojos.

Cuando entro por la puerta de inmediato sé que Daniel está en casa. Entro en el dormitorio y ahí está dormido, acostado en la cama. Me desvisto y me tumbo a su lado. Su sola presencia hace que me encuentre algo mejor. ¿Cómo será eso posible?

—Cariño, ¿qué haces en casa? —pregunta abrazándome aún con los ojos cerrados.

—Es que no me encuentro muy bien y me han mandado para casa.

—¿Qué te ocurre? —Me tumba boca arriba y, apoyándose en los antebrazos, inspecciona mi cara.

—No lo sé. Esta mañana he vomitado y no se me termina de asentar el estómago.

—Bien, me doy una ducha y vamos al médico. Y no me pongas excusas que me da igual.

Como era de esperar, no he podido resistirme. Así que estamos esperando a que el médico me llame. Cuando entramos me hace miles de preguntas, hasta que llega a la pregunta del millón: cuándo tuve mi último periodo.

Pienso, hago números y caigo en la cuenta de que llevo dos semanas de retraso. Me quedo pasmada. Petrificada. No reacciono. Hasta que me dice que me tiene que hacer una prueba de embarazo.

Mientras esperamos los cinco largos minutos que tarda la prueba en dar el resultado Daniel me agarra de la mano y me da apretones regulares. No sé si es porque tiene miedo, está contento, ansioso o enfadado.

—Bueno, enhorabuena, estás embarazada —nos dice la doctora en tono neutro.

¿Embarazada? Madre mía, esto sí que no me lo esperaba. Es cierto que no nos hemos preocupado demasiado en poner medios para evitar esto, pero...

no sé cómo tomarme la noticia. Necesito saber que piensa Dan de todo esto antes de analizar mis sentimientos.

Llegamos a casa y aún no he podido abrir la boca. Estoy en estado de *shock*.

—Nena, mírame —dice Daniel sentándome en su regazo en el sofá—. Dime cómo te sientes ante la noticia, por favor.

—Pues la verdad es que no sé cómo me siento. ¿Y tú? ¿qué piensas?

—Yo estoy muy contento. Es el mayor regalo que me podrías hacer.

Unas simples palabras me alegran el alma. Es todo lo que necesitaba oír para terminar de ser feliz. Daniel ha sido el amor de mi vida desde que nos cruzamos pero ahora, con esta nueva vida en camino, me siento más completa aún si cabe.

Daniel

Entramos agarrados de la mano al bar de siempre, donde los chicos nos esperan. Hemos quedado aquí con ellos para celebrar que dentro de muy poco vamos a ser padres. Casi ocho meses después y todavía no me puedo creer que esa pequeña cosa que se pasa las noches dando patadas será mi hijo, o mi hija, porque no se ha dejado ver aún.

Como esperaba, los muchachos ya han empezado con las rondas de cervezas. Más les vale que ninguno de ellos tenga turno después de esto.

Vitores y aplausos nos reciben haciéndome sonreír y apretar ligeramente la mano que está entrelazada con la mía. Miro hacia abajo y veo unos delicados dedos con las uñas perfectamente arregladas y pintadas, los dedos de mi fabulosa mujer. Giro la muñeca y en uno de esos bonitos dedos está el anillo de boda que le regalé. Levanto la vista buscando a la dueña de ese

anillo y ahí está ella: Mi ángel. Me muestra su preciosa sonrisa, esa que hace que mi corazón se salte un latido para luego desbocarse.

El ruido del bar se convierte en un murmullo lejano cuando ella me mira. Toda mi atención está centrada en esta maravillosa mujer que me sonrío. Su pelo rubio enmarca su preciosa cara y sus azules ojos (azules como un cielo despejado de verano) me atrapan e hipnotizan. Podría pasar el día entero mirándolos y no echaría de menos ni respirar. Solo la necesito a ella para ser completamente feliz. Y ella es total y absolutamente mía. De pronto mueve nuestras manos unidas y las apoya en su barriga. Desvío la mirada de su cara a nuestras manos y sonrío al notar como nuestra hija me saluda con una patada. Vuelvo a levantar los ojos hacia los de mi mujer y veo la felicidad extrema, la misma que me invade a mí.

—Es increíble como te reconoce —me dice Sky riendo.

—Por supuesto que me reconoce —respondo orgulloso—, ya es la niña de papá.

Pongo nuestras manos en su espalda y la acerco a mí todo lo posible, que no es todo lo que me gustaría debido a lo abultado de su vientre.

—Estás muy seguro de que es niña —susurra justo antes de besarme.

—Más que seguro. Pero si al final aciertas tú dará igual. Será el niño de papá igualmente —respondo contra sus labios.

—¡Eh! —Oigo que grita Ray pero le ignoro porque estoy con algo más importante—. Dejad la fabricación de bebés para cuando nazca mi sobrino.

Sin poder evitarlo suelto una carcajada. Ray, al igual que Sky, está convencido de que va a ser un niño, pero el chasco que se van a llevar ambos me hará descojonarme de ellos.

Pasar el tiempo con los chicos es agradable y entretenido. Soy muy afortunado por estar rodeado de personas tan buenas. Aunque tengo una sensación de *deja vu*, es como si esta escena ya la hubiera vivido. Mientras me tomo una cerveza veo a Sky hablar con Marian e intento comprender el porqué de esta sensación. De pronto el recuerdo de un sueño que tuve hace unos años, cuando mi historia con la que ahora es mi mujer comenzaba. En el sueño me sentía desconcertado al descubrir que no solo estábamos casados, sino que además, iba a ser padre. Pero aquí y ahora, en el mundo real, lo que

siento es una felicidad extrema.

—Se os ve felices —me dice mi amigo Ray. No me he dado cuenta del momento en el que ha acercado a mí.

—Lo somos, tío.

—Me alegro muchísimo por ambos.

Le miro y nos quedamos así sin decir nada. Es mi hermano de distinta madre desde hace mucho tiempo y no hace falta que nos pongamos sentimentales para demostrar lo mucho que significamos para el otro.

—Enhorabuena, Cabo —Charlie interrumpe nuestro sentido silencio.

Le doy las gracias y sin más nos embarcamos en una animada conversación sobre el partido de NBA de la noche anterior.

Sky

Los nueve meses de embarazo han sido difíciles, porque las nauseas han durado más de lo normal, pero todo ha llegado a su fin. Hace una hora empezaron a dolerme las contracciones, creo que ya es hora de que llame a Dan para que nos vayamos a el hospital. Si no lo he hecho antes ha sido porque se va a poner como un loco y aún no era el momento.

—Cariño —responde al primer tono—, ¿estás bien?

—Sí, mi vida, pero creo que ha llegado el momento de que vengas a por mí.

—¿Ya? Voy enseguida. No te preocupes, no estés nerviosa. Enseguida estoy contigo. ¿Necesitas algo?

—No, Dan, solo necesito que te tranquilices y vengas para casa cuanto antes.

No llamo a mis padres, ni siquiera sé si saben que estoy embarazada, al menos yo no se lo he dicho. Ellos cortaron toda relación conmigo cuando se canceló la boda. Ni una llamada, ni un mensaje, nada. Para ellos dejé de existir ese día, la traición que cometí ante ellos es mucho mayor que el amor que puedan sentir por su hija. Pero a mí no puede darme más igual, soy feliz con mi marido y mis amigos, no necesito a nadie más.

Pienso si llamar a Caroline, pero decido que es mejor que no, porque se pondrá muy nerviosa y a su edad es mejor no alterarla; no porque su salud se vaya a resentir, sino porque como vayamos al hospital y nos digan que es una falsa alarma y su hijo la haya asustado es capaz de matarlo a collejas.

Cuando Daniel llega ya estoy con la bolsa lista pero antes de salir quiere asegurarse de que estoy bien.

—¿Cómo estás? —pregunta preocupado

—Me duele, Dan.

—Está bien. Vámonos.

Cuando nos enteramos del embarazo nos tuvimos que comprar un coche, por mucho que nos guste hacer viajes en la moto, los tres no cabemos en ella. Aún así decidimos parar un taxi para que nos lleve al hospital, ya que Dan está demasiado nervioso para conducir y yo no estoy en condiciones de hacerlo.

En cuando entramos por la puerta una enfermera acerca una silla de ruedas para que me sienta. Y menos mal, porque el dolor es cada vez más intenso y más seguido. Me llevan a una habitación donde Dan me pone un camión enoormme que hace que me sienta como una mesa camilla. Nada más volver a tumbarme en la cama entra mi doctora y tras revisarme comenta que voy muy rápido y ya he dilatado cinco centímetros. Pero sin decir más se marcha y nos deja aquí solos con mi dolor.

—Dan, cariño, no dejes que se vaya.

—Nena, por favor, respira y relájate.

—¿Qué me relaje?! Que me relaje dice —grito ofuscada—. No tienes ni idea de lo que me duele. ¡Joder!

El dolor aumenta por momentos y las contracciones son cada vez más

seguidas, hasta que por fin vuelve mi doctora y da la orden de que me pongan la epidural. ¡Gracias a Dios! Tras dar la orden todo va más deprisa, me ponen el medicamento y el dolor se esfuma en un abrir y cerrar de ojos.

Al no sentir ya las contracciones puedo prestar más atención a mi marido. Tiene una expresión de preocupación en la cara que ahora me resulta algo cómica. Se sienta en la silla que hay al lado de mi cama, se levanta, se pasea por la habitación, así una y otra vez. Hasta que el monitor le anuncia que tengo una contracción y vuelve corriendo a mi lado.

Un par de horas después vuelve a entrar mi doctora. Esta vez en lugar de encontrarse un monstruo de dos cabezas que suelta maldiciones a diestro y siniestro a causa del dolor, se encuentra a una mujer histérica riendo sin control por la cara de preocupación de su marido. Sé que puede ser cruel que me ría de él, pero es todo un cuadro verlo respirar como lo tendría que estar haciendo yo mientras mira el monitor de las contracciones. Pero la risa se me corta de golpe cuando la doctora levanta la cabeza de entre mis piernas y habla:

—Bueno, Sky, ya es hora de empujar.

¡Mierda! Ahora soy yo la que tiene cara de susto. Miro a Dan que tiene puesta toda su atención en las instrucciones que le está dando la enfermera. Cuando devuelve su mirada hacia mí y ve la preocupación en mi cara se agacha y susurra contra mis labios:

—Vamos, mi amor, tú puedes con esto y con mucho más.

Paso las manos por debajo de mis rodillas, tal y como me han explicado, y empiezo a empujar. Daniel me agarra una pierna mientras que una enfermera me sujeta la otra. Hemos preferido que la familia de Daniel se quede fuera para que estemos más tranquilos, y porque ya bastante gente va a verme la entrepierna.

Empujo unas mil veces, o esa es la sensación que me da. Parece que esto no avanza hasta que al fin la doctora anuncia:

—Venga, Sky, el último empujón. Coge aire y cuenta hasta diez antes de soltarlo y trae a tu bebé al mundo.

Así hago, respiro profundamente y contengo la respiración mientras cuento hacia atrás.

10... Hace un año no me hubiera imaginado que estaría en esta situación.

9... El hombre de mi vida me anima para que dé a luz a su bebé.

8... A NUESTRO bebé.

7... Estoy deseando ver si es niño o niña.

6... Si es niño se llamara Justin.

5... Si es niña será Sophie.

4... Cuando llegué al hospital estaba asustada, ahora estoy impaciente.

3... Daniel sonrío mientras me dice que ya le ve la cabeza.

2... Lloro al ver cómo le caen lágrimas a él.

1... Ya está aquí, ¡noto como sale!

—¡Es una niña! —exclama Dan—. Una bebe tan guapa como tú. —Se acerca a mí para besarme aún llorando.

En otras circunstancias me resultaría cómico verle en este estado, pero como estoy igual que él no le encuentro la gracia.

Después del parto y de darme mil besos Daniel se lleva a la niña para que su familia conozca a Sophie mientras me asean. Cuando vuelve, la habitación está vacía. Se sienta a mi lado en la cama y deja a la niña en mis brazos.

—Es tan bonita como tú —dice besándome la frente y mirando embelesado a nuestra hija.

Se tumba mi lado y mientras acaricio suavemente la cabeza de Sophie, él acaricia la mía.

Ahora sé que las decisiones que he tomado en la vida han sido las adecuadas, por mucho que me haya costado tomarlas y haya tenido que dejar atrás a tanta gente. Pero gracias a un accidente de coche he conseguido saber lo que es la verdadera felicidad. Nunca he estado más segura de nada en la vida como lo estoy ahora de tres cosas:

3... He encontrado al amor de mi vida, con quien voy a estar hasta que me muera.

2... Somos un matrimonio feliz y hemos creado a la niña más bonita del mundo.

1... Y así va a ser por siempre jamás.

3...2...1... Sky

- 10... Llevo esperando este momento durante mucho tiempo.
- 9... No estoy segura de poder dar el gran paso.
- 8... Mi madre me mira preocupada, piensa que saldré corriendo.
- 7... Yo también pienso que saldré corriendo, no sé si estoy preparada para esto.
- 6... Mi padre me tiende el brazo.
- 5... Lo miro fijamente.
- 4... Me agarra del brazo decidiendo por mí.
- 3... Pocos pasos me separan de mi futuro marido.
- 2... Mis padres me miran esperanzados.
- 1... David tiende una mano en mi dirección. Me da fuerzas para seguir adelante, para afrontar mi destino.

El reverendo McArthy comienza la ceremonia con el ya conocido «Estamos aquí reunidos». Miro hacia David que me devuelve una mirada preocupada, no sé si se preocupa por mis nervios, o es que pasa algo que se me escapa.

La ceremonia sigue su curso, el padre McArthy sigue soltando su charla. David se mueve inquieto ¿Qué le pasa?

Llegamos al momento crucial, el padre se gira hacia mí:

—Tú, Lisa Sky Murphy, ¿aceptas a David Edgard McLee como legítima

esposo y prometes serle siempre fiel, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de tu vida?

—Sí, acepto —murmuro con un hilo de voz.

Miro a mi futuro marido, el que me va a cuidar y a querer para siempre, y le hace la misma pregunta. Espero su respuesta pero no llega, solo me mira a los ojos.

—Sky... —susurra—, he de hablar contigo un momento.

Asiento levemente y agarrados de la mano nos dirigimos a la rectoría. Una vez cierra la puerta suspira y agarra mis manos.

—Quiero pedirte perdón por esto. Bueno en realidad quiero pedirte perdón por todo. Eres una mujer extraordinaria, el tiempo que hemos pasado juntos ha sido fantástico, pero no puedo seguir adelante. No puedo casarme contigo.

Le miro asombrada, realmente lo ha dicho. Ahora mismo solo tengo tres opciones:

1... Llorar y suplicar que no me haga esto (aunque no es lo que quiero).

2... Resignarme y hacerme la ofendida.

3... Darle las gracias por ser tan valiente, por haberse atrevido a hacer lo que yo no he podido.

Opto por la tercera opción. Yo tampoco puedo seguir adelante. La boda ha sido siempre una gran farsa. En realidad toda nuestra relación ha sido una farsa, solo por guardar las apariencias. Ambos tenemos vidas paralelas. Ni siquiera compartimos cama para dormir porque cada uno tiene sus propios... amigos.

—Tranquilo, David, no pasa nada, te entiendo. Yo tampoco puedo seguir con esta mentira. Si no lo hubieses parado tú, lo habría hecho yo.

Suspira aliviado. Supongo que esperaba una rabieta, pataleta o berrinche. Pero no habrá nada de eso, en cierta manera he de darle las gracias.

Con tranquilidad y cogidos de la mano, salimos de nuevo a la sala donde todos los invitados nos esperan impacientes. David les comunica que la boda se anula. Los murmullos y exclamaciones se suceden por doquier pero

nosotros ahora somos totalmente felices. Por una vez en la vida nos atrevemos a decir NO a nuestros padres.

Avanzamos por el pasillo en dirección a la salida aún cogidos de la mano. Cuando llegamos a la puerta nos despedimos con un beso en los labios y nos prometemos seguir en contacto. Que entre nosotros no haya nacido el amor, no quita para que seamos amigos y que hayamos compartido cinco años de nuestra vida.

Cojo un taxi que me lleva directamente a la casa que David y yo hemos compartido hasta el día de hoy. Tras cambiarme y hacer la maleta rápidamente me monto en otro taxi que, gracias a una generosa propina, me lleva a toda velocidad al aeropuerto Internacional J.F.K.

Busco desesperada la puerta treinta y cuatro por la que despegaba el avión dirigido a Maui. Llego corriendo, me falta el aire y la preocupación me asalta cuando no encuentro a la persona que busco. Miro por todas partes hasta que le veo. Está apoyado en la ventana viendo el paso de los aviones. Me acerco lentamente a él, quiero darle una sorpresa. Espero que sea la mayor que le han dado hasta el momento.

3... pasos me separan de mi destino.

2... almas que se aman vuelven a estar juntas.

1... sonrisa se expande por mi cara. Quiero que vea la verdadera felicidad que siento.

Toco su hombro ligeramente.

—Disculpe, señor ¿Sabe dónde está mi alma gemela?

Se gira sorprendido. Sus preciosos ojos negros me miran de hito en hito.

—Pe...pero ¿qué haces aquí?

—Bueno, el amor de mi vida me propuso que me fuera hoy con él de vacaciones a Maui y aunque me ha costado un poco librarme del compromiso que tenía, aquí estoy.

Su mirada pasa de ser sorprendida a ser una mirada de felicidad. Me abraza con fuerza enterrando la cara en mi cuello.

—¿No me puedo creer que estés aquí? Pensé que te había perdido para

siempre.

—Nunca me has perdido. Siempre he sido tuya —susurro con voz trémula.

Mientras esperamos a que salga nuestro avión no podemos dejar de tocarnos. El otro día me asusté cuando me advirtió de que si seguía adelante con la boda no podríamos seguir juntos. Como es lógico él no quería ser la aventura de una mujer casada. Lo entendí perfectamente, no podía pedirle algo así. Yo tampoco quería que fuera mi amante, él se merece algo mucho mejor. Por lo visto me quiere a mí y está convencido de que sí lo merezco. Y yo no soy capaz de contradecirle, ya que le amo más que a mi propia vida.

Y así el cronómetro llega a cero. La cuenta atrás ha terminado. A partir de ahora viviré junto a mi familia cada minuto sin pensar en el tiempo que nos queda.

Fin